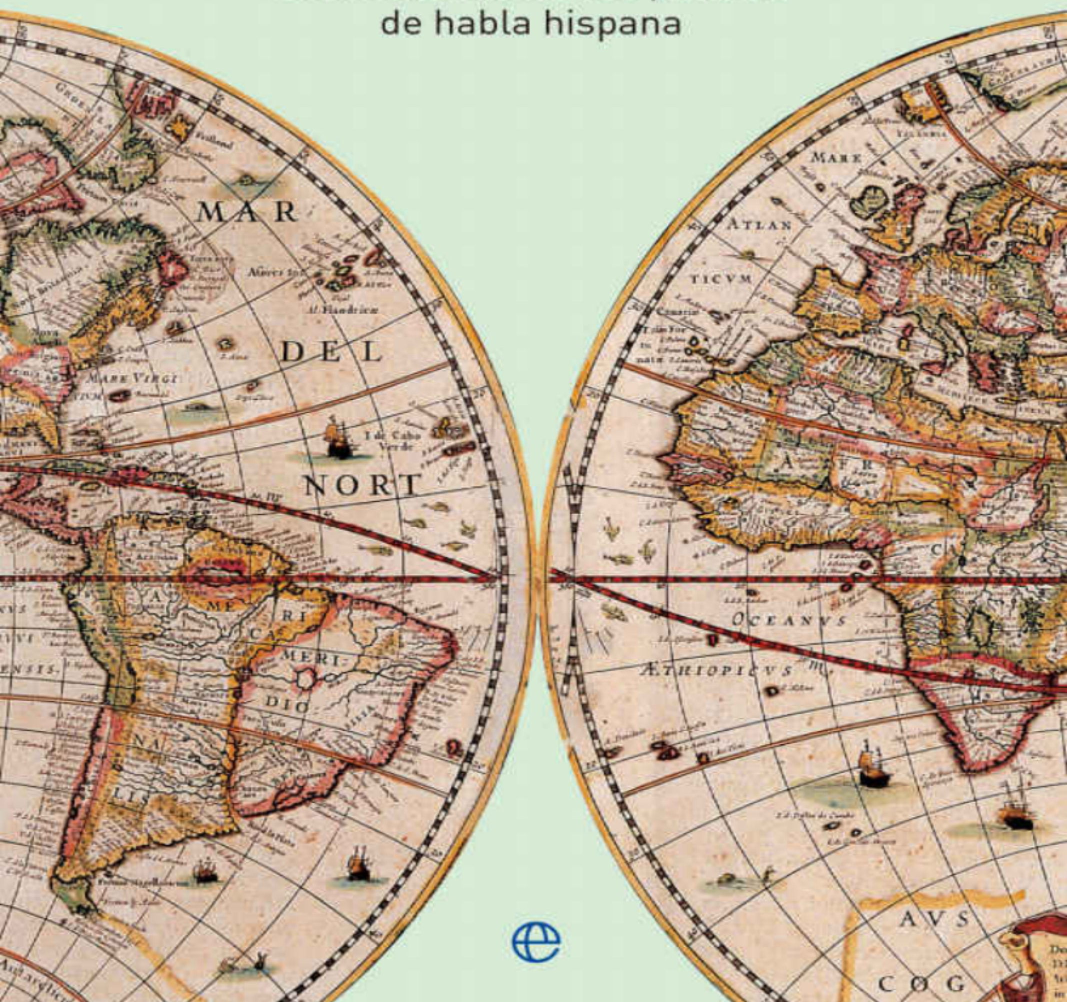
FERNANDO DÍAZ VILLANUEVA

HISPANOS

Breve historia de los pueblos de habla hispana



Fernando Díaz Villanueva

HISPANOS

Breve historia de los pueblos de habla hispana

la esfera de los libros

Primera edición: marzo de 2023

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel.: 91 443 50 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-546-3
Depósito legal: M-2701-2023
Composición: Versal CD, S. L.
Impresión y encuadernación: Unigraf
Impreso en España-*Printed in Spain*

A mi hermano Luis,
compañero de mil batallas.

PRÓLOGO.
Por Alberto Garín

¿Se puede escribir una historia común de los hispanos considerando a estos como todos aquellos que habitaron la vieja Hispania romana desde el siglo III a. C. a la actualidad más las otras Hispanias que se crearon en América a partir del siglo XVI?

Lo ambicioso no es establecer el relato del pasado de todos los países que hoy conforman esas Hispanias de Europa y América. Podríamos limitarnos a poner una junto a otra una treintena de historias nacionales.

Lo ambicioso es considerar que se puede escribir una historia común a todos esos hispanos por el hecho de considerar que hay tal homogeneidad entre todos ellos que existe esa historia común que prevalezca sobre las historias locales.

Ese es el empeño que se ha propuesto Fernando Díaz Villanueva en este libro.

Los detractores no han de tardar en llegar, incluso antes de pasar de esta primera página.

Por un lado, los defensores de los estados-nación, aquellos que consideren que, por ejemplo, México, Perú, Portugal o República Dominicana tienen personalidades tan definidas que integrarlas en un marco más amplio es imposible.

Por otro, los que consideren que las historias las hacen las personas, con nombres y apellidos (millones y millones de personas con millones y millones de nombres y apellidos) y no grupos indefinidos donde esas personas se diluyen. En este grupo me encuentro yo mismo.

Y me encuentro yo mismo a pesar de que he seguido la elaboración de este libro desde el primer día que a Fernando se le ocurrió la idea de hacer una historia de los hispanos.

La idea inicial parecía atractiva. Curiosamente, el final de la historia. Si seguíamos lo que había ocurrido en la península ibérica y en Hispanoamérica desde las independencias de los 1820s, veíamos

muchos paralelismos: las guerras civiles de las décadas centrales del siglo XIX; las revoluciones liberales del último cuarto de ese siglo XIX que habían traído un periodo de prosperidad que llegó hasta el final de la Primera Guerra Mundial; los caudillos totalitarios de los 1920-1930 como primera reacción al inicio de los movimientos de la izquierda revolucionaria; las dictaduras militares durante la Guerra Fría.

Sí, había una serie de dinámicas tan similares entre todos esos países (cierto, con alguna breve excepción) que era difícil dejar de pensar que acaso, fruto de una historia común, esas similitudes eran inevitables.

El reto era entonces definir cuál era esa historia común que había terminado por hacer triunfar las similitudes frente a las diferencias. Y esto es lo que ha querido resolver Fernando en este libro.

El punto de partida no por conocido y, en principio, evidente, deja de ser importante. Desde el siglo III a. C., los ejércitos romanos empiezan a ocupar la península ibérica, un territorio que pese a las diferentes divisiones administrativas que tuvo, fue siempre visto como un lugar de características propias, esa península separada del resto de Europa por los Pirineos, a la que llamaron Hispania. No podemos negar que los romanos tuvieron buen ojo para encontrar regiones geográficas con una personalidad tan fuerte que sus habitantes terminaban por asumir esa singularidad. El caso de Hispania no es único. Ocurre lo mismo con Italia, esa península al sur de los Alpes, de origen heterogéneo (como Hispania), pero que con la romanización hizo que sus habitantes se vieran a sí mismos viviendo en un lugar común.

Obviamente, más allá del corsé geográfico, hubo una serie de vicisitudes propias de Hispania que le pudieron dar más carácter. El latín evolucionó allí de una forma determinada hacia varias lenguas romances con grandes similitudes entre ellas, aunque solo fuera por el hecho de ser fronterizas las unas con las otras. Las instituciones romanas, que, como el latín, homogeneizaron todas las instituciones previas, se volvieron más hispanas cuando desde el siglo VI quedó establecido un reino único en toda la península ibérica, el de los visigodos.

Y ese proceso de singularización se acentuó aún más cuando el reino hispanogodo fue sustituido por el emirato cordobés. Es decir, la geografía no determinaba a los hispanos, pero las sucesivas entidades estatales se fueron ajustando a esa geografía y agudizando la singularidad hispana.

Curiosamente, la siguiente etapa es en el momento que políticamente Hispania está más dividida, pero los reinos cristianos del norte se dedicaron a crecer siguiendo una dinámica muy similar

haciendo retroceder a los reinos islámicos del sur. Y aunque podemos distinguir hasta cinco grandes reinos cristianos (Portugal, León, Castilla, Navarra y Aragón), varios de los monarcas de todos esos reinos se definieron a sí mismos como hispanos. Es decir, reconocieron que más allá de que Hispania-España fuera una realidad política, los que sí eran reales era los elementos en común que tenían todos esos cristianos hispanos.

Terminada la reconquista, esos cinco reinos ya reagrupados en solo dos (Portugal, por un lado, y Castilla y Aragón, por otro) se dedicaron, desde finales del siglo XV, a exportar la hispanidad fuera de Europa (otros reinos europeos lo harían más tarde, pero siguiendo la senda de estos dos), una exportación que de todos los lugares donde se intento imponer, solo cuajó (para portugueses y españoles) en América. ¿Qué se exportó? Para empezar, ese latín deformado en Hispania que había generado media docena de idiomas cercanos, siendo los dos mayoritarios el castellano y el portugués. Después, la religión cristiana en su variante católica. Pero también todo el aparato institucional de organización del territorio de origen romano y que se había perfeccionado durante la reconquista: el derecho romano pasado por el tamiz visigodo, el sistema de adelantados, los cabildos municipales o las órdenes religiosas como cabezas de la repoblación. El resultado final era un mundo donde todos se reconocían, se entendían y los intercambios eran fluidos.

En esencia, este es el relato que va a tratar de explicarnos Fernando y que nos lleva a esa historia común contemporánea. Habiendo crecido con las mismas raíces, es normal que los frutos se asemejen.

Ahora bien, ¿estamos convencidos de que lo que plantea Fernando es acertado? ¿O ha hecho una selección consciente de determinados hechos, un *cherry picking*, que le permita refrendar su hipótesis de partida?

Porque de la misma manera que ha puesto el foco en los elementos en común, podríamos haberlo hecho en aquellas que separan. Después de todo, no hubo un latín hispano, sino varios. Es cierto que los reinos cristianos se esforzaron en ganarle terreno a los musulmanes, pero algunos de esos reinos se dieron pronto de baja y miraron a otro lado: Navarra se volvió hacia más allá de los Pirineos, Aragón se fue por el Mediterráneo adelante. Y si bien es cierto que Felipe II logró reunir todos los territorios de la península ibérica a partir de 1580, un poco más de medio siglo después comenzaron los intentos secesionistas, con la separación de Portugal, intentos secesionistas que perviven hasta hoy (con casos como Cataluña o las Vascongadas).

El problema, al final, es construir una historia con categorías tan

amplias, como los hispanos, que pueden quedarse vacías de contenido si tratamos de profundizar.

¿Esto quiere decir que el empeño de Fernando es baldío?

En absoluto. En realidad, es una propuesta atractiva. Porque, recordando por dónde empezamos, sí hay una historia sugerentemente común entre las Hispanias de Europa y América en los siglos XIX y XX que nos ha de hacer reflexionar.

Pero, además, hay una serie de grandes preguntas de nuestro pasado que Fernando plantea en este libro y a las que hemos de saber enfrentarnos.

Por ejemplo, la influencia islámica. ¿Cuál es el peso real en la historia de esos hispanos? Sí, hay términos de origen árabe en las lenguas españolas (unos cuantos), y hay grandes y hermosas manifestaciones artísticas del mundo islámico repartidas por toda la península ibérica. Pero en los fundamentos que hemos heredado hoy, cuánto ha quedado de lo islámico en el derecho, la institucionalidad, las creaciones culturales o los hábitos de los hispanos contemporáneos. Porque sería como si los hispanos de hoy se declarasen inevitablemente anglosajones porque hay una gran cantidad de hábitos en la vestimenta, la música, el mobiliario doméstico, el cine o la comida actual que vienen de Estados Unidos.

O, por ejemplo, el relativo retraso que Hispanoamérica muestra frente a la Europa occidental o América del norte, ¿es el resultado de su herencia hispánica o de su empeño por deshacerse de esa herencia? Las formas de gobierno de buena parte de las repúblicas hispanoamericanas, en muchos casos réplicas de las construcciones políticas de la Revolución francesa, ¿fueron un motor de desarrollo, o supusieron un freno al desmontar la institucionalidad previa hispana?

Como vemos, por más que queramos huir de categorías genéricas como lo hispano, estas vuelven una y otra vez a la mesa de discusión. De modo que leamos este libro de Díaz Villanueva, y veamos cómo resuelve esta porfía, o, al menos, como nos da nuevos argumentos para seguir debatiendo.

Vegas de Matute, 20 de enero de 2023

LÉASE ANTES DE EMPEZAR

A mediados del siglo XIII Rodrigo Jiménez de Rada, un religioso navarro que llegaría a ser canciller mayor de Castilla y arzobispo de Toledo, puso punto final a su *De rebus Hispaniae*, algo que podríamos traducir como historia de las cosas acaecidas en España. No era la primera crónica que se hacía sobre el particular, pero sí la más completa hasta ese momento. Jiménez de Rada servía al monarca castellano y bien podría haberse limitado a glosar las hazañas de los reyes de Castilla, pero era bien consciente de que ese reino formaba parte de algo de mucho mayor alcance, por lo que era necesario dar al lector una visión de conjunto para que todo lo allí expuesto cobrase sentido. Se remontó hasta los tiempos de Roma, transitó con gran puntillosidad sobre el reino visigodo y luego relató el modo en el que la península ibérica había sido invadida obligando a los cristianos de Hispania a recuperar el terreno perdido, trance en el que se encontraban en el momento de la publicación del libro. Esta crónica de Jiménez de Rada creó escuela, su original en latín se tradujo a varias lenguas y sirvió de base para la *Estoria de España*, la gran crónica que, unos años más tarde, encargó Alfonso X el Sabio, escrita ya en romance para que fuese entendida por cualquiera capaz de leer. La voluntad de ambos, el obispo y el rey, era dar una visión general que permitiese a los contemporáneos saber qué había pasado, cómo habían ido sucediéndose los acontecimientos y el modo en el que se interrelacionaban entre sí, es decir, la esencia misma de cualquier ensayo histórico, incluyendo este que se dispone a leer.

Hispanos no es una historia de España o de Portugal, de México, Brasil, Chile, Colombia o Argentina al modo en el que hoy las entendemos, sino una historia del recorrido que los hispanos han realizado a lo largo de más de dos mil años. Por hispanos hay que entender no solo a los que comúnmente se conoce como hispanohablantes, sino a todos los que hablamos una lengua originada en Hispania, denominación que aplicaron los antiguos romanos al confín más occidental de su imperio. Fue entonces cuando nuestros antepasados adoptaron el gentilicio, la lengua latina y todas las formas

culturales que la acompañaban. Tras la caída del imperio romano esa lengua y esa cultura evolucionó por su cuenta dando origen a una serie de pueblos culturalmente emparentados que crecieron, prosperaron y se expandieron por todo el mundo, unas veces chocando entre sí y otras cooperando. Hoy se trata de una comunidad cultural muy numerosa asentada en tres continentes, enriquecida con todo tipo de influencias externas y cuya evolución no se ha detenido.

Sé que la empresa es ambiciosa, pero precisamente por eso me interesa acometerla. Será usted, amable lector, quien determine si la he culminado con éxito.

Capítulo I.
HISPANIA ROMANA

En el año 218 a.C. la república romana se encontraba en guerra con Cartago. A esta guerra se la conoce hoy como segunda guerra púnica. Lo de púnico viene del gentilicio con el que los romanos se referían a los cartagineses. Les llamaban *poenus*, término que habían tomado prestado a los griegos, quienes se referían a los habitantes de Cartago como *phoinikós*, es decir, fenicios. Los cartagineses habían llegado a Cartago, enclavada cerca de la que hoy es capital de Túnez, desde la ciudad fenicia de Tiro. Eran navegantes muy capaces y se dedicaban al comercio como todos sus antepasados, pero en el Mediterráneo occidental emprendieron también una activa política expansionista. Estos fenicios de Cartago no tardaron en costear hasta poniente por el litoral africano, una ruta esta bien conocida desde antiguo que servía para conectar el Mediterráneo, un mar interior, con el océano Atlántico. Habían sido, de hecho, los fenicios quienes, en sus muchas singladuras por las costas occidentales del Mediterráneo, habían situado puestos comerciales en la costa ibérica que con el correr de los siglos terminaron siendo ciudades que hoy son bien conocidas como Alicante o Cádiz.

Estos establecimientos fenicios eran factorías, es decir, lugares, generalmente al abrigo de algún accidente natural en el que instalaban un fondeadero y algunas instalaciones en tierra para intercambiar productos traídos de Oriente por los locales. No les había interesado o carecían de la capacidad de penetrar en el interior de la más occidental de las penínsulas, pero sabían que allí había indígenas dispuestos a comerciar con las riquezas, especialmente las minerales, extraídas en las minas de las serranías ibéricas. Los cartagineses fueron un paso más allá que sus abuelos y quisieron dominar aquellas tierras indómitas pero muy ricas con las que llevaban siglos comerciando. La península ibérica y el continente africano forman un arco montañoso que va aproximándose hasta confluir en el estrecho

de Gibraltar. A eso hoy se le conoce como el mar de Alborán y es la antesala del Mediterráneo cuando se accede desde el océano. Es un mar bien venteado, pero asequible y con buen tiempo la práctica totalidad del año. Tampoco es muy grande. De norte a sur su anchura máxima es de unos 180 kilómetros y de este a oeste de unos 300. Los fenicios, como los griegos durante la misma época, sabían llegar hasta allí, echar el ancla, intercambiar lo que fuese menester con los nativos y hacer buenos negocios, pero no sería hasta el siglo III a.C. cuando una potencia externa decidiese emprender una conquista en serio de estas remotas tierras ubicadas en el extremo occidental del mundo conocido.

En el año 227 a.C. un cartaginés llamado Asdrúbal Barca fundó la ciudad de Qart Hadasht, que en lengua púnica significaba ciudad nueva. Con el correr del tiempo esa Qart Haddasht pasaría a llamarse Cartago Nova (nueva Cartago) y luego Cartagena. La intención de Asdrúbal y sus cartagineses iba algo más allá del mero comercio, querían participar del festín apropiándose de algunas minas y ser ellos mismos quienes las regentasen ahorrándose así un intermediario. Los cartagineses controlaban ya una tupida red comercial desde el levante hasta pasado el estrecho de Gibraltar, por lo que necesitaban mantener un suministro constante de metales. El emplazamiento que eligieron para Cartagena tenía algunas ventajas que ningún otro lugar ofrecía. Cuenta con un puerto natural de aguas profundas fácilmente defendible, está relativamente cerca de las zonas mineras del arco ibérico y dista tan solo 200 kilómetros de la costa del norte de África. No es casual que la ciudad siguiese siendo de gran importancia en los siglos venideros y que hoy en ella se encuentre una de las bases de la Armada española. Tampoco es casual que, cuando en 1502 el explorador sevillano Rodrigo de Bastidas se hizo a la mar para cartografiar la costa norte de lo que hoy es Colombia, al ver una bahía cerrada y bien protegida la bautizó como Cartagena. Años más tarde, y para distinguirla de la Cartagena del Mediterráneo, se quedó con lo de Cartagena de Indias. Hoy es la quinta ciudad más poblada de Colombia y una de las más bellas de todo el continente americano.

Pero no nos vayamos tan lejos. En el año 218 a.C. los cartagineses, ya firmemente instalados en la península ibérica, se enfrentaron con los romanos. Era, como decía más arriba, la segunda vez que lo hacían. Hubo una primera guerra púnica que se libró entre los años 264 a.C. y 241 a.C. Se disputaron Sicilia, que queda a corta distancia de la costa africana y cuyo control ambos ambicionaban. La victoria romana fue aplastante. Cartago tuvo que entregarles el control de Sicilia y eso en buena medida les empujó a profundizar sus campañas en la península ibérica. Fue a raíz de aquello cuando fundaron Cartagena y se derramaron por el interior de la península buscando

alianzas con los caudillos locales.

Para los generales cartagineses aquello que se traían con los romanos no había terminado. Anhelaban la revancha, aunque eran conscientes de que les haría falta tiempo, no menos de una generación, para fortalecerse y pasar al contraataque. Aníbal Barca, miembro de una influyente familia de generales cartagineses, concibió un plan que borraría Roma del mapa. Primero tenía que provocar a los romanos para que estallase la guerra y luego, pillándoles desprevenidos, se dirigiría a Italia por tierra con un gran ejército. La primera parte del plan le salió bien. Tras la primera guerra púnica cartagineses y romanos se habían repartido las áreas de influencia en el Mediterráneo occidental. Roma sería la dueña de la península itálica, de Córcega, de Cerdeña y de la costa que va del delta del Ródano hasta el del Ebro. Cartago se quedaría con lo demás.

Pero los romanos carecían de presencia física más allá de la propia Italia, así que todo lo más que podían hacer era cerrar acuerdos de amistad con las poblaciones costeras. Uno de esos acuerdos lo sellaron con una ciudad ubicada al sur de la desembocadura del Ebro llamada Sagunto. A Aníbal aquello le parecía motivo más que sobrado para provocar el conflicto, así que se presentó ante las puertas de Sagunto con un ejército formado por cartagineses y tribus íberas, puso sitio a la ciudad y la rindió después de un largo asedio. Al llegar a Roma las noticias de cómo los cartagineses habían atacado a sus aliados saguntinos, el Senado concluyó que había que dar una respuesta firme e inmediata. De lo contrario los cartagineses no tardarían en cruzar el Ebro y continuar hacia arriba entrando de lleno en el área de influencia romana. Eso mismo, de hecho, era lo que pretendía Aníbal. Lo de Sagunto le había servido como advertencia y no solo para los romanos. Cualquier localidad costera evitaría oponer resistencia sabiendo lo que les pasaría si lo hacían.

Los romanos se plantearon dos frentes. Uno en el sur desde Sicilia para atacar directamente a su capital, Cartago, y otro en la península ibérica. La armada cartaginesa no podía hacerles frente en el mar así que toda la operación tenía que ser terrestre. Aníbal partió de Cartagena con un gran ejército con la intención de llevarlo hasta la misma Roma. Eso implicaba recorrer unos dos mil kilómetros, vadear grandes ríos como el Ebro o el Ródano y atravesar dos cordilleras imponentes, la de los Pirineos y la de los Alpes. Un movimiento así no se lo esperarían los romanos, que habrían enviado lo mejor de su ejército al sur y a tratar de darle caza en la península ibérica. Era un plan arriesgado, pero si funcionaba haría desaparecer a la república romana para siempre. El movimiento de Aníbal sorprendió ciertamente a los romanos, pero no modificaron su plan. Los hermanos Cneo y Publio Escipión se dirigieron hacia el oeste y el primero de

ellos desembarcó en la colonia griega de Ampurias en el año 218 a.C.

A esa parte del mundo los romanos la conocían como Hispania y a sus habitantes de manera genérica como hispanos. No sabemos a ciencia cierta de dónde proviene el término. De los griegos, que tantas palabras dieron a los romanos, no viene. Los griegos denominaban a las tierras de poniente como Iberia, seguramente por el río Íber, que bien podría ser el mismo Ebro u otro situado más al sur. No tenemos ni idea de por qué la bautizaron con ese nombre, pero sí sabemos que, en el otro extremo del Mediterráneo, al sur del Cáucaso, los antiguos griegos llamaron Iberia a lo que hoy es el interior de Georgia. Los romanos conocían la terminología griega y la empleaban a menudo, es por ello por lo que en los textos latinos se encuentran referencias a Iberia, pero les debió gustar más la denominación Hispania. Ambas han llegado hasta nosotros y sirven para referirse de forma desapasionada y precisa a los naturales de la península ibérica o de las tierras que colonizaron siglos más tarde al otro lado del océano. Es, de cualquier modo, un completo misterio el origen de la palabra en sí. Eso ha dado lugar a infinidad de hipótesis. La más común, quizá porque la dejó por escrito Isidoro de Sevilla en el siglo VI, es que eso de Hispania viene directamente de los cartagineses, que llamaban a la península «Ispanim». En púnico conejo se decía «spn» y se cree que lo pronunciaban «sapan», literalmente tierra de conejos, un pequeño y simpático mamífero que abundaba y sigue abundando en esta parte del mundo. Una teoría posterior, ya del siglo XVIII, va en una dirección muy distinta. El alfabeto púnico carecía de vocales por lo que no sabemos cómo pronunciaban la palabra «spn», pero sí sabemos que norte se decía de forma muy similar, algo parecido a «span». Los cartagineses habían llegado a Hispania desde el sur, por lo que es posible que se refiriesen a ella simplemente como «el norte». Otra hipótesis mucho más reciente apunta a que el Hispania latino deriva directamente del «I-span-ya» cartaginés que significaría isla de los metales. Las tres son perfectamente posibles y nos vendrían a decir que los hispanos somos los que habitamos las tierras del norte, la de los conejos o la de los metales. Seguramente no lleguemos a saber nunca de dónde proviene la palabra Hispania, lo que sí sabemos es que los romanos la emplearon desde muy temprano para poner nombre a todo lo que venía de este confín, por aquel entonces aún relativamente remoto, del mar Mediterráneo.

Volviendo sobre la historia que sí tenemos bien documentada, la segunda guerra púnica la volvieron a ganar los romanos, Aníbal fue derrotado en Italia después de muchos años tratando de apoderarse de Roma. La puntilla se la dieron cerca de casa, en África, en la batalla de Zama, donde hábilmente llevaron los romanos la guerra en el año 202 a.C. Cartago volvió a ser humillada, Aníbal se exilió a Asia Menor e

Hispania cayó en la esfera de influencia de Roma.

La Hispania que se encontraron los romanos era un batiburrillo de pueblos, generalmente mal avenidos entre ellos y separados por las formidables barreras montañosas que hay en el interior de la península. No tardaron mucho los Escipiones y todos los que vinieron tras ellos en advertir que Hispanias había muchas y que la extensión de aquella península era mucho mayor que la de Italia o Grecia que conocían mucho más de cerca. Con casi 600.000 kilómetros cuadrados la península ibérica dobla en superficie a la itálica, pero es geográficamente más variada. Está separada, como sucede con Italia, del resto del continente europeo por una abrupta cordillera, la de los Pirineos, cuyos picos más elevados superan holgadamente los 3.000 metros de altura. Su interior no es menos áspero y arriscado. Un total de cuatro grandes cordilleras la atraviesan de oeste a este formando grandes valles fluviales, a lo que hay que sumar otra más que la atraviesa en diagonal desde el mar Cantábrico al Mediterráneo. El centro de la península está formado por una meseta cuya altitud oscila entre los 500 y los 800 metros de altura media sobre el nivel del mar. Las costas son escarpadas en el norte y allá donde las montañas se precipitan sobre el mar, algo relativamente común en prácticamente todas las regiones de la península. Los grandes ríos son más largos que los italianos, pero de escaso caudal y difíciles, cuando no imposibles, de navegar por falta de agua o por traicioneros rápidos. Exceptuando el fondo de los valles donde se han ido depositando capas de sedimentos y se puede construir un sistema de riego, los suelos son rocosos y pobres, poco propicios para sostener comunidades humanas numerosas que vivan de la agricultura y la ganadería, que es de lo que vivieron nuestros antepasados hasta hace no mucho tiempo.

El clima peninsular es también muy variado y propenso a los extremos. El propiamente mediterráneo de veranos cálidos e inviernos templados al estilo italiano solo se da en la estrecha franja costera del Mediterráneo y ni siquiera en toda, en la del suroeste es de tipo desértico con precipitaciones muy escasas que, para colmo de males, cuando se presentan, lo hacen de forma torrencial. En el interior es clima frío durante los inviernos y cálido durante los veranos. En ambas estaciones es seco. Solo el noroeste y la cornisa cantábrica reciben suficiente precipitación, pero es la zona más montañosa de la península y a la que más tardó en llegar la civilización. Es también la costa norte la más recortada y la mejor dotada de puertos naturales en sus rías. La del Mediterráneo no es tan afortunada, abundan las playas seguidas de un pequeño llano a menudo ocupado por humedales estancados y, a renglón seguido, las montañas.

A cambio de todas esas maldiciones, las serranías ibéricas eran ricas en metales, algunos modestos como el plomo o el cobre, y otros

mucho más valiosos como la plata y el oro. Tanto los griegos como los fenicios lo que habían ido a buscar a Hispania era eso mismo: plata y oro para alimentar el activo comercio del Levante mediterráneo y el creciente fértil. Eso los romanos lo sabían de primera mano. Hispania era un galimatías étnico, orográfico y climático, pero su posición en el extremo del mundo conocido y la proverbial riqueza de su subsuelo convertían aquella lejana península en un caramelo para cualquiera que quisiese levantar un imperio. Los cartagineses de Amílcar y Aníbal Barca lo habían intentado, pero les faltó tiempo y les sobró orgullo, Roma se interpuso en su camino y serían los romanos los encargados de meter a Hispania y a sus habitantes en la historia por la puerta grande.

El primer problema con el que se encontraron los romanos en Hispania era su formidable tamaño. Solo la costa mediterránea peninsular tiene más de 2.000 kilómetros, 1.500 más si contamos la de las islas Baleares, un archipiélago formado por cuatro islas habitables fáciles de alcanzar desde la península en una breve travesía. Exceptuando los valles del Guadalquivir y el Ebro, que se abren al golfo de Cádiz y al Mediterráneo respectivamente, el interior de la península era conocido, pero no demasiado. No había un solo camino fácil. Llegar más allá de la meseta, donde se levantan las altas montañas del Cantábrico, implicaba largos viajes por comarcas habitadas por indígenas a menudo belicosos y con los que, incluso para comerciar, costaba entenderse porque estaban muy atrasados.

Eso no desanimó a los romanos que, desde el primer momento, decidieron extender sus dominios a Iberia. En el año 197 a.C. crearon dos provincias hispanas: la Hispania Citerior, es decir, la más cercana a Roma y la Ulterior, la más lejana. La Citerior iba de los Pirineos hasta pasado el puerto de Cartagena, la Ulterior se correspondería a grandes rasgos con lo que hoy es Andalucía. Para gobernar ambas provincias designaron dos capitales. La de la Citerior sería Tarraco, la actual Tarragona, la de la Ulterior sería Corduba, que hoy conocemos como Córdoba. En ambos casos había asentamientos indígenas en las cercanías y los recién llegados aprovecharon el lugar para fundar una ciudad de tipo romano con sus calles ordenadas en damero, sus edificios públicos y sus acometidas de agua fresca en vistosos acueductos.

Tarragona sería una ciudad abierta al mar, levantada sobre un promontorio en cuyo extremo se construyó un puerto. Tarragona está aproximadamente en la misma latitud que Roma, por lo que se podía navegar desde allí hasta la capital a través del estrecho de Bonifacio que separa Córcega y Cerdeña en unas pocas jornadas. Córdoba era una ciudad fluvial en el curso medio del río Guadalquivir. El valle del Guadalquivir era probablemente la región más rica y civilizada de la

Hispania del siglo II a.C. Lo habitaban varias tribus que los romanos dieron en llamar oretanos, bastetanos y turdetanos. Estos últimos eran los más avanzados gracias al contacto que, gracias al río y a las factorías costeras de los fenicios, habían tenido con las civilizaciones del Levante mediterráneo. Córdoba quedaba también relativamente cerca de los ricos filones de plata de Sierra Morena y desde ahí se podían controlar los pasos de montaña que conducían a la meseta central.

Estos primitivos hispanos que se encontraron los romanos estaban organizados en tribus más o menos poderosas y más o menos ricas en función del espacio que ocupaban y de la relación que mantenían con los pueblos llegados desde el Mediterráneo. Los romanos fueron poniendo nombre a todos ellos en sus crónicas, muchas de ellas dedicadas a glosar las guerras de conquista que, un general romano tras otro, libraban para ir ganando terreno. No fue una conquista cómoda. El mismo año en el que establecieron las dos provincias el procónsul de la Citerior se las tuvo que ver con una revuelta de los íberos locales, a quienes no les parecía buena idea tener un amo cuando hasta ese momento no habían tenido ninguno. Poco después la revuelta se produjo en la Ulterior y los romanos tuvieron que abandonarla temporalmente para regresar después con refuerzos y asegurar la provincia.

Podrían los romanos haberse quedado ahí, a fin de cuentas, eran los dueños de lo único que merecía realmente la pena en Hispania, pero sus planes a largo plazo eran más ambiciosos. Sabían del desafío que suponía apoderarse de una península de aquellas dimensiones, de geografía tan endemoniada y poblada por no muchos, pero si muy valientes guerreros. Pero eso no les amilanó. Intuyeron que el precio a pagar por una conquista que se prometía prolongada en el tiempo estaba sobradamente justificado. La conquista romana de Hispania duró dos siglos. Hubo periodos en los que avanzó con mucha rapidez y otros en los que permaneció estancada ya que Roma también tenía sus propios problemas internos. En aquella época se encontraba, además, conquistando otras regiones del Mediterráneo que a menudo detraían los recursos necesarios para continuar con las campañas hispanas. Como sucede en muchas grandes historias, la conquista romana de Hispania tuvo un arranque complicado durante los primeros años. Luego, tras el control de la franja costera mediterránea y del valle del Guadalquivir pusieron sus ojos sobre lo que denominaron Lusitania, una amplia región ya al norte de Sierra Morena que se extendía en el curso medio de los ríos Tajo y Guadiana. La conquista de Lusitania fue rápida y permitió a los romanos tomar la medida a las tribus que habitaban el interior de la península. Eran gente de tierra adentro dedicada a la ganadería y la agricultura y que se organizaba en tribus.

Carecían de ciudades propiamente dichas, estaban sin alfabetizar y vivían en un estado de guerra permanente entre ellas. Encontrarse al enemigo dividido es siempre una buena noticia para un invasor. Los romanos tenían mejores armas, un ejército bien entrenado, mucha paciencia y visión de conjunto. Priorizaban el pacto a la guerra. Ofrecían un generoso acuerdo a una tribu aprovechando que estaba enfrentada con otra tribu vecina. Esa labor de información sobre el terreno se demostró de una importancia capital porque les permitió en muchas campañas ganar valiosos aliados a una velocidad asombrosa.

Entre los años 179 a.C. y 178 a.C. Tiberio Sempronio Graco, el gobernador de la Citerior, consiguió avanzar sobre el interior valiéndose de esta táctica del palo y la zanahoria. Pedía apoyo militar y un tributo a los indígenas a cambio de su protección. Tener amigos poderosos como los romanos se antojaba algo interesante para muchos de los caudillos locales. Roma no cuestionaba su poder entre los suyos, todo lo más que tenían que entregar era un tributo anual en metales o en especie y a partir de ahí podían vivir tranquilos, nadie osaría meterse con ellos. Los romanos no se percibían tampoco como un imperio lejano. Estaban presentes en la península en ciudades de nueva fundación que se apresuraban en unir con calzadas muy útiles para mover tropas por el territorio, pero también para el trasiego mercantil. Traían un alfabeto muy práctico como es el latino y les metían de lleno en un área comercial mucho mayor de la que podían sacar gran provecho a poco que se lo propusiesen. Las campañas de Sempronio Graco recorrieron casi todo el valle del Ebro hasta lo que hoy es Navarra. A mediados de siglo la práctica totalidad del valle estaba ya en manos de Roma y en su interior había dado comienzo el proceso de romanización de sus gentes.

La Lusitania no era tan sencilla como lo había sido el valle medio del Ebro. Una vez conquistada Roma hubo que defender la provincia continuamente de revueltas internas de sus habitantes. La Lusitania estaba abierta a la meseta, donde vivían pueblos como los vacceos, los vetones o los carpetanos, particularmente atrasados y, precisamente por eso, muy reacios a llegar a acuerdos con los romanos. La Lusitania no terminó de someterse hasta la segunda mitad del siglo II a.C. Fue en esta época cuando apareció un caudillo llamado Viriato que puso en jaque a los romanos durante varios años. Finalmente fue traicionado por los suyos y retirado de la circulación. Tras ello los generales romanos penetraron en las tierras altas de la meseta, el espacio que hoy ocupan las dos Castillas y la comunidad de Madrid. La denominada guerra celtíbera no fue excesivamente larga, pero concluyó con un sonado episodio de armas: el sitio de Numancia, un asentamiento celtíbero enclavado en el curso alto del Duero junto a lo que hoy es la ciudad de Soria. Los numantinos no se avinieron a

razones y decidieron resistir tras los muros de su ciudad. El Senado envió a un experimentado general llamado Publio Cornelio Escipión Emiliano que se plantó delante de Numancia y decidió sitiarla hasta que se rindiese por hambre. El asedio duró trece meses, sus habitantes tuvieron que escoger entre el suicidio o entregarse a los romanos, que los reducirían a la esclavitud en el acto. Tras ello la ciudad fue refundada y reconstruida al estilo romano. Las ruinas de Numancia que aún hoy se conservan y que hacen las delicias de los turistas que se dejan caer por allí no son celtíberas, sino romanas.

En el último tercio del siglo II a.C. la conquista se detuvo. Los romanos consolidaron las posiciones y empezaron a desangrarse en guerras civiles en las que Hispania terminaría jugando un importante papel. A principios del siglo I a.C. Quinto Sertorio fue nombrado pretor de la Hispania Citerior, poco después Lucio Cornelio Sila se hizo con el control de la república haciéndose nombrar dictador por el Senado. Quinto Sertorio pertenecía a la facción de Cayo Mario, que era su tío, y decidió resistir en Hispania. Sila envió tropas para someterle, pero Sertorio se las arregló para independizarse *de facto* de Roma apoyándose sobre la población indígena, que le reconocía como caudillo. Los sertorianos fueron derrotados por Cneo Pompeyo, pero unos años más tarde estalló otra guerra civil entre los patricios romanos. Julio César se enfrentó a Pompeyo, que se había refugiado en Grecia. César, ya entonces un prestigioso general que había conquistado las Galias, se trasladó a Hispania para controlar sus provincias y privar de apoyos a Pompeyo, que había pasado muchos años en Hispania batallando contra Sertorio. Julio César conocía también Hispania de primera mano porque había comenzado su carrera política años antes como cuestor en la Ulterior.

Todo este ajetreo de generales romanos de primera fila que corrían a Hispania para controlar de cerca sus legiones y proteger sus riquezas es una muestra inequívoca de que para el siglo I a.C. buena parte de la península estaba ya muy romanizada. En ello había tenido mucho que ver la fundación de ciudades y la expansión del latín como lengua franca entre las diferentes tribus. El latín era un código de comunicación extremadamente ventajoso ya que una vez aprendido abría un mercado lingüístico muy amplio. No solo los romanos hablaban latín (era su lengua madre, a fin de cuentas), también lo hacían los comerciantes que llegaban por el Mediterráneo y los que cruzaban los puertos pirenaicos desde las Galias.

Durante siglos lenguas de más allá de la península como el griego o el púnico, la lengua de los cartagineses de origen fenicio, habían servido para comunicarse con los visitantes de fuera, pero solo habían tenido contacto con ella los hispanos de la costa, no habían pasado al interior ni eran lo suficientemente atractivas como para que el grueso

de la población local las aprendiese y las hiciese propias. Con el latín no sucedió lo mismo. Los romanos habían llegado para quedarse y, aparte de superioridad en el campo de batalla, exhibían una cultura vibrante que a nuestros antepasados les debió de fascinar. De otro modo no se entiende que de forma voluntaria fuesen abandonando sus lenguas y dialectos para abrazar con gran decisión la lengua del invasor.

La administración romana hablaba latín, pero incluso allá donde era difícil encontrar un solo romano (recordemos que la península ibérica es de grandes dimensiones) la población indígena fue adoptando la nueva lengua. En ello tuvo mucho que ver el hecho de que cuando los primeros romanos llegaron a las costas ibéricas a finales del siglo III a.C. se encontraron con un crisol lingüístico. No todos los indígenas de la Hispania prerromana poseían el mismo grado de desarrollo. En algunos lugares como la fachada costera del Mediterráneo o el valle del Guadalquivir la civilización había llegado mucho tiempo atrás. Los griegos habían bautizado a los pueblos de estas regiones con el sobrenombre de íberos, un simple gentilicio de una tierra a la que denominaban Iberia. Esos íberos hablaban un conjunto de lenguas que los lingüistas han dado en llamar ibérico de forma genérica.

El ibérico cubría un área muy vasta que iba del sur de la Francia actual hasta Andalucía ajustándose a la costa mediterránea. En el interior se hablaban lenguas que se conocen como celtibéricas y en el extremo occidental, desde la desembocadura del Guadalquivir hasta la costa portuguesa, el tartésico. No es mucho lo que sabemos de ellas porque desaparecieron. Allá donde habían recalado los griegos se empleaba el alfabeto griego, allá donde había cartagineses el púnico. Pero estos eran alfabetos de importación. Los íberos desarrollaron incluso un sistema de escritura, un signario propio, quizá inspirado en el fenicio, que se ha conseguido descifrar, pero no sabemos lo que querían decir ya que los especialistas en la materia no disponen de lenguas parecidas con las que establecer comparaciones. Los hispanos de aquella época, en definitiva, no se entendían entre sí.

En ese rico mosaico lingüístico que se encontraron los primeros romanos arraigó con relativa facilidad y rapidez el latín. Digo relativa porque el proceso duró un par de siglos, no concluiría hasta entrada nuestra era, pero una vez culminado nada dejó a sus espaldas. No sabemos muy bien qué hablaban nuestros ancestros lejanos, pero no porque los romanos les prohibiesen hablar su lengua, sino porque ellos la abandonaron generación tras generación por voluntad propia en un periodo relativamente rápido de tiempo. Los romanos allá donde llegaban iban con su idioma, sus costumbres y su administración. Lo único que imponían era lo último, lo demás quedaba al gusto de los

conquistados siempre y cuando liquidasen los tributos en tiempo y forma. En buena parte del imperio, especialmente en su parte oriental, el latín no echó raíces porque competía con el griego, que para el siglo I a.C. era una lengua ya muy extendida y prestigiosa. Eran los propios romanos los que se encargaban de aprender griego, algo considerado de buen tono entre los patricios y de gran utilidad si eran destinados a las ricas provincias orientales de Asia, Siria o Egipto. En la parte occidental sí que consiguió imponerse, razón por la cual hoy en Francia, Portugal o España se hablan idiomas derivados directamente del latín. Esa división lingüística del mundo romano se dejaría sentir siglos más tarde cuando, ya en el Bajo Imperio, Teodosio el Grande repartió sus dominios entre sus hijos Honorio y Arcadio. Al primero le entregó occidente, al segundo oriente. Teodosio el Grande, por cierto, era hispano, había nacido a mediados del siglo IV en la ciudad de Coca, hoy en la provincia de Segovia, aunque algunos especialistas creen que realmente vino al mundo en Itálica, una ciudad romana fundada en el bajo Guadalquivir poco después de terminar la segunda guerra púnica. Hoy las ruinas de Itálica se encuentran a pocos kilómetros de Sevilla. En ellas se puede encontrar un teatro, un anfiteatro, unas termas y una gran colección de mosaicos que adornaban las villas de la ciudad.

A mediados del siglo I a.C. los grandes emperadores hispanos como Teodosio, Trajano o Adriano quedaban aún lejos. En aquel momento la península ibérica se estaba aún latinizando de forma paulatina pero firme. En tiempos de Julio César en las áreas conquistadas durante el siglo II a.C. el latín era ya la única lengua, en el resto el proceso de romanización avanzaba veloz ya que donde llegaba Roma lo hacían las ciudades que no tardaban en comunicarse unas con otras mediante calzadas. Estas ciudades eran a menudo colonias de soldados romanos licenciados de las legiones que recibían del Estado parcelas de tierra y se establecían en un lugar concreto, asegurándose antes de que la tierra era fértil y de que podrían abastecer de agua a los núcleos urbanos mediante acueductos. Así nacieron, por ejemplo, Augusta Emerita, que sería capital de la provincia de Lusitania y que hoy conocemos como Mérida o Caesaragusta, la actual Zaragoza. Augusta Emerita fue fundada en el año 25 a.C. para asentar a los veteranos de dos legiones que habían combatido en las guerras cántabras. Caesaragusta nació poco después, en el año 14 a.C., y fue poblada por los mismos legionarios que se habían encargado de su construcción.

Eso permitió que las provincias hispanas se integrasen bien dentro primero de la república y posteriormente del imperio. Quedaba, además, una parte de la península sin someter a Roma, toda la cornisa cantábrica habitada por dos pueblos muy arriscados: los cántabros y

los astures. Era con diferencia la región más remota de Hispania, la más inaccesible y la más pobre. Seguramente por eso los romanos no habían hecho intención de conquistarla durante el siglo que transcurrió desde las guerras sertorianas y la llegada al trono de Cayo Octavio, más conocido como Octavio Augusto, sobrino de Julio César, que aprovechó en su beneficio la agitación permanente de la república romana para hacerse con todo el poder.

Fue Octavio quien se tomó como algo personal lo de culminar la conquista de Hispania. A diferencia de su tío, un caudillo guerrero que había rendido las Galias, él no tenía una gran campaña de conquista de la que presumir y sobre la que cimentar su leyenda y legitimar todo el poder que había acumulado en su persona. En el año 29 a.C. decidió lanzarse sobre los últimos hispanos que permanecían al margen del poder romano. Viajó personalmente a Hispania y estableció su cuartel en lo que hoy es la provincia de Burgos. Desde allí sus generales establecieron un plan para ir de forma concienzuda sometiendo a los indígenas. Los cántabros y astures eran tipos duros. Augusto llegó a desplazar nada menos que ocho legiones: la I y II Augusta, la VI Victrix, la X Gemina, la IX Hispana, la IV Macedonica, la V Alaudae y la XX Valeria Victrix. La guerra duró diez años y, según se desprende de las crónicas que nos han llegado, muy sangrienta. Valiéndose de la accidentada orografía de aquella región los hispanos emplearon la táctica de guerrillas con éxito, pero su victoria era imposible, para el año 19 a.C. la guerra ya había terminado. Desde ese momento toda Hispania pasó a estar bajo el control de Roma.

Octavio Augusto hizo de la conquista de lo que quedaba de Hispania uno de los principales motivos propagandísticos de sus años de gobierno. En su representación escultórica más conocida, el llamado Augusto de Prima Porta por ser en ese barrio romano donde se encontró a mediados del siglo XIX, se nos muestra en calidad de general victorioso con una coraza ricamente ornamentada que incorpora relieves alusivos a sus distintas victorias, entre ellas la de Hispania. La alegoría hispana aparece en el costado derecho junto a Marte, dios de la guerra, recibiendo las insignias romanas de un general parto derrotado.

Con Octavio Augusto finalizaron en Hispania las guerras de conquista y se consolidó la romanización. El emperador procedió a reorganizar la administración provincial creando tres provincias: la Tarraconense con capital en Tarraco (Tarragona), la Lusitania con capital en Emerita Augusta (Mérida) y la Bética con capital en Corduba (Córdoba). Siglos más tarde, ya en tiempos de Diocleciano de la Tarraconense se desgajarían dos provincias: la Cartaginense con capital en Cartago Nova (Cartagena) y la Gallaecia con capital en Bracara Augusta (Braga, hoy en el norte de Portugal). La romanización

dependía mucho de la vida urbana ya que la ciudad era el centro administrativo y comercial. En origen no todas eran ciudades romanas en sentido estricto. Las denominadas colonias lo eran desde su fundación, generalmente por soldados romanos licenciados de las legiones. Estas colonias eran romanas a todos los efectos y sus habitantes también. Tras ellas estaban los municipios, ciudades indígenas que adoptaban instituciones romanas y permitían a algunos de sus habitantes acceder por méritos a la ciudadanía romana. Por último, estaban las ciudades indígenas, tributarias de Roma, pero sin formar parte de la república.

El norte de la península fue el último en ser romanizado, pero lo fue igualmente, especialmente el noroeste, donde los romanos encontraron cantidades significativas de oro. En lo que hoy es la provincia de León y el norte de Portugal empezaron a explotarse unos yacimientos auríferos muy ricos que dieron lugar a ciudades como Asturica Augusta, la actual Astorga o Lucus Augusti, la actual Lugo. La red de calzadas se extendió con rapidez por la mitad norte de la península hasta alcanzar el océano y el mar Cantábrico. Cerca de lo que hoy es La Coruña levantaron incluso un faro que, tras muchas transformaciones, aún hoy se mantiene en pie y plenamente operativo, se le conoce como torre de Hércules y es el faro romano más antiguo del mundo aún en funcionamiento.

Las minas contribuyeron mucho a la romanización. Explotarlas y administrarlas atrajo capital y mano de obra. Hispania se convirtió en un importante proveedor de metales preciosos como el oro o la plata, imprescindibles para el sistema monetario romano en el que las monedas de mayor valor como el áureo o el denario se acuñaban en oro y plata respectivamente. En la comarca del Bierzo abrieron una mina de tamaño descomunal para arrancar el oro a las montañas. Emplearon un método conocido como *ruina montium* que consistía en deshacer los montes de la zona mediante un sofisticado sistema hidráulico. Hoy a aquel paraje se le conoce como las Médulas y es de una belleza extraordinaria.

El oro de las Médulas alimentaba a todo el imperio, pero también lo hacía el aceite de oliva de la Bética, la provincia más rica de todas las de Hispania, creada por Octavio Augusto tras la reorganización provincial que llevó a cabo tras hacerse con el poder. Las tierras del sur de Hispania parecían hechas a medida para el cultivo del olivar, algo que los romanos pronto advirtieron transformando la Bética en el principal proveedor de aceite de oliva. Hoy este aceite lo utilizamos básicamente en la cocina, pero los antiguos romanos le daban otros muchos usos, entre ellos el de servir de combustible de los candiles. Hay al sur de Roma una colina artificial que se conoce como monte Testaccio, se encuentra junto al Tíber y tiene más de 30 metros de

altura. Está formada en su práctica totalidad de restos de ánforas, casi todas provenientes de Hispania, concretamente de la Bética. Llegaron hasta allí hace dos milenios con aceite de oliva en su interior. Al llegar al puerto de Roma se desechaban, se hacían pedazos y se arrojaban en un vertedero junto al río que terminó por formar esta peculiar colina hecha de barro hispano. El monte Testaccio permite hacernos una idea de cuán intenso fue el comercio de Hispania con el resto del imperio, un comercio en el que los hispanos se integraron sin problemas ya que, para inicios del primer siglo de nuestra era, la península había sido asimilada al mundo romano en su práctica totalidad.

En la segunda mitad del siglo I con el emperador Vespasiano todas las ciudades hispanas que no se habían constituido como municipios pasaron a serlo gracias al edicto de latinidad. Esto permitía a cualquiera que ostentase una magistratura dentro de la ciudad obtener la ciudadanía romana con los privilegios y las obligaciones que ello entrañaba. Siglo y medio más tarde otro emperador, Caracalla, concedió la ciudadanía romana a todos los habitantes del imperio mediante la *Constitutio Antoniniana*. Lo hizo por motivos fiscales ya que correspondía a los ciudadanos romanos liquidar una serie de impuestos. El emperador estaba en aquel entonces muy apurado financieramente por las cada vez más costosas campañas militares en la frontera norte y necesitaba el dinero con urgencia.

Cuando Caracalla hizo ciudadanos a todos los hispanos la península ya estaba plenamente romanizada. Dos grandes emperadores del siglo anterior (Trajano y Adriano) habían salido de Hispania que formaba en todos los ámbitos parte del orbe romano. La economía peninsular había quedado integrada por completo en la del imperio y también la cultura. Filósofos, escritores y tratadistas nacidos en Hispania como Lucio Anneo Seneca, Lucano, Marcial, Quintiliano, Pomponio Mela, Prudencio o Columela eran muy reconocidos en todo el imperio y, especialmente, por los propios romanos de la capital. Seneca y Lucano eran cordobeses, Marcial de Bilbilis (Calatayud), Quintiliano de Calagurris (Calahorra), Pomponio Mela de Iulia Traducta (Algeciras), Prudencio de Caesaragusta (Zaragoza) y Columela de Gades (Cádiz). En todos los casos provenían de ciudades ya bien asentadas que han perdurado hasta nuestros días.

En esa Hispania que ya hablaba latín y participaba de la cultura y la civilización romana a igualdad de condiciones con otros pueblos del Mediterráneo, penetró el cristianismo, una religión nueva originada en las remotas provincias orientales del imperio. Desconocemos cuál fue el primer hispano en convertirse y dónde lo hizo, pero para el siglo III la nueva fe ya había entrado en Hispania, seguramente a través de los soldados que servían en la Legión VII Gemina, que desde el año 69 tenía su campamento en el norte de la meseta, justo en el lugar donde

se asienta la ciudad de León, a quien debe su nombre. Los legionarios provenían de todos los rincones del imperio e iban rotando, es probable que algunos llegados desde oriente o desde el norte de África, donde el cristianismo se extendió antes que en la península, trajesen consigo la nueva fe. No lo sabemos, pero el hecho es que, en las persecuciones que desató el emperador Diocleciano a finales del siglo III, cayeron algunos cristianos hispanos que hoy forman parte del santoral. Las patronas de Sevilla, por ejemplo, Justa y Rufina, dos hermanas que vivieron en la segunda mitad del siglo III fueron martirizadas por el prefecto local. Los niños Justo y Pastor de Complutum (Alcalá de Henares) corrieron la misma suerte unos años más tarde. Tras el edicto de Milán, promulgado en el año 313 por el emperador Constantino, el imperio se cristianizó a gran velocidad porque se convirtió en la religión del Estado. Hispania no fue una excepción. Al tratarse de un conjunto de provincias ricas, especialmente la Bética y la parte costera de la Tarraconense, que ya estaban muy urbanizadas, hubo unos cuantos hispanos que contribuyeron a la consolidación del cristianismo en todo el imperio y participaron activamente en los acalorados debates que se produjeron en su seno durante los dos primeros siglos. El cordobés Osio fue el autor, por ejemplo, del Credo de Nicea, aprobado en un concilio que presidió el mismo Osio. Hoy para la mayor parte de las iglesias cristianas este credo constituye el símbolo de la fe. Las conclusiones de Nicea no gustaron a todos. Potamio, obispo de Olissipo (Lisboa), se pasó al arrianismo, una herejía difundida por Arrio de Alejandría que negaba la divinidad de Jesucristo. Otro hispano de nombre Prisciliano, natural de la Gallaecia, creo en el siglo IV su propia herejía, el priscilianismo, algo que le salió muy caro porque el emperador Magno Máximo le condenó a muerte. Paulo Orosio, un teólogo nacido en Braga, colaboró muy de cerca con San Agustín y San Jerónimo y su obra tuvo gran influencia en todo el orbe cristiano durante los siglos siguientes.

Que el idioma, la cultura y la religión se moviesen a una velocidad tan rápida se debió a la unidad política y administrativa que emanaba del imperio, cuando esta se esfumó los romanos de Hispania quedaron aislados y emprendieron su propio desarrollo. Pero no se volvería a los momentos anteriores a la conquista porque era imposible que así fuese. La Hispania del siglo V era muy distinta a la del siglo II a.C. Las lenguas indígenas habían sido ya completamente olvidadas con la excepción del vascuence, un idioma que aún no se sabe muy bien de dónde viene (del latín no, definitivamente) y cuyo uso se ha mantenido en las montañas del norte hasta el momento presente. Esa comunidad lingüística, cultural y religiosa que había conformado la romanidad durante seis largos siglos de aculturación empezó a partir

de entonces a evolucionar por su cuenta. Cuando los pueblos bárbaros irrumpieron en la península a principios del siglo V no se encontraron nada esencialmente distinto a lo que habían visto en otras partes del imperio. Unos pasaron de largo y se encaminaron hacia África, otros se quedaron y se fundieron con el paisaje creando sobre las antiguas provincias romanas un reino independiente.

Capítulo II.
HISPANIA GODA

Los hispanos de principios del siglo V eran, como hemos visto en el capítulo anterior, una variedad de romanos del extremo occidental del imperio. Casi todos hablaban la misma lengua, compartían la misma religión y sus costumbres necesariamente tendrían que ser muy parecidas porque Roma y el cristianismo habían operado como un rodillo aplanador. Esa Roma tardoimperial del siglo IV, que solemos imaginar decadente y ruinosa, atravesó un periodo de esplendor político, económico y cultural. Es cierto que el siglo III en Roma fue crítico y el imperio llegó por momentos a tambalearse, no así el que le siguió, que marcó un renacimiento del que dan fe las obras literarias que nos han llegado y la profusión de restos arqueológicos. Fue a finales de ese siglo cuando Teodosio el Grande, a quien dejamos más atrás dividiendo el imperio entre sus hijos Honorio y Arcadio, tuvo que enfrentarse en serio con la amenaza que provenía del norte, de las estepas más allá del limes danubiano. Tan solo un año antes de que llegase al trono, en 378, las legiones romanas al mando del emperador Valente habían sucumbido ante una coalición de godos, alanos y hunos en Adrianópolis, a corta distancia de Constantinopla, la nueva capital imperial. De ahí en adelante se prodigarían los problemas, especialmente en la porción occidental del imperio, cuyas élites no fueron capaces de sostener el pulso a las distintas fuerzas disgregadoras que terminaron por dar al traste con todo en el año 476.

Esta fecha se toma de forma convencional como el año en que cayó definitivamente el imperio romano, pero es eso mismo, una simple convención que los historiadores de siglos posteriores utilizaron copiosamente para subdividir la historia de Occidente en compartimentos estancos fácilmente reconocibles. Digo bien de Occidente porque en Oriente el imperio como realidad política duraría otros mil años más hasta que los turcos otomanos conquistaron Constantinopla en 1453. En el lado occidental del imperio el último de

sus emperadores, un niño de once años llamado Rómulo Augústulo, fue depuesto en Rávena por los hérulos de Odoacro. Para entonces el imperio occidental se limitaba a Italia, y ni siquiera toda la península. Las provincias galas, britanas, hispanas y africanas hacía tiempo que se habían desgajado del imperio y estaban controladas por tribus de pueblos bárbaros llegados desde el interior del continente o desde la estepa euroasiática previo paso por el corazón del imperio. En Hispania hubo una irrupción de pueblos germánicos en torno al año 410. Por las fuentes sabemos que cruzaron los Pirineos y, una vez en Hispania, se separaron. Los suevos y los vándalos (los había de dos tipos: silingos y asdingos) provenían de la actual Alemania, los primeros se establecieron en el noroeste de la península apoderándose de la provincia de Gallaecia. Allí fundaron un reino que llegó a un acuerdo de federación con el emperador Honorio. Los vándalos abandonaron posteriormente Hispania y cruzaron el estrecho camino de África atraídos por las riquezas de la Mauretania Tingitana. Algo similar hicieron los alanos, un pueblo de origen iranio que habían partido tiempo atrás de la región del Cáucaso, penetraron en la Germania y tras atravesar las Galias irrumpieron en Hispania. Su paso fue breve, se dirigieron al sur, pasaron a la otra orilla del Mediterráneo y se establecieron en el norte de África.

Para resolver el desorden que se había creado en Hispania, el emperador buscó la ayuda de otro pueblo germánico, el de los visigodos, a quienes conocía bien, para que expulsase a los intrusos y restableciese el control romano de la Bética, la provincia más próspera de Hispania. Los visigodos, que estaban en las Galias, acudieron al llamado imperial y retomaron el territorio, pero aquel arreglo no duraría mucho. Años más tarde los suevos, que habían llegado a un acuerdo años antes con Roma para asentarse, trataron de avanzar sobre las regiones de Hispania que no estaban bajo su control. Eso obligó al emperador a recurrir de nuevo a los visigodos, pero esta vez no se retiraron, aprovechándose de que el imperio se encontraba ya en estado terminal incorporaron a su reino las provincias de la Tarraconense, la Bética, la Cartaginense y buena parte de la Lusitania. Para cuando Odoacro depuso a Rómulo Augústulo la Hispania romana ya había pasado a mejor vida y en rigor podía hablarse de Hispania goda en honor a la adscripción étnica de sus nuevos dueños.

Los godos de finales del siglo V no eran como la imaginería romántica los ha representado, barbaros sanguinarios con yelmos rematados por cuernos y barbas desarregladas. No, nada de eso, se trataba de un pueblo ya muy romanizado. Estaban cristianizados y hablaban latín, lo cual tampoco es extraño habida cuenta de que muchos de ellos llevaban más de un siglo trasteando por el interior del imperio, sirviendo al emperador como mercenarios y mezclándose con

los romanos y con otros pueblos germánicos. Sus lenguas ya las habían olvidado por las mismas razones que aquellos íberos de los siglos II y I a.C. olvidaron las suyas. Les quedaban algunas tradiciones y costumbres, algunas palabras que no tardaron en integrarse en el acervo del latín bajoimperial y los nombres propios que siguieron utilizando durante generaciones. Esos mismos nombres pasaron luego a las lenguas romances y hoy algunos de los nombres más típicamente hispanos como Alfonso, Alberto, Álvaro o Fernando provienen directamente de aquellos pueblos godos. En todo lo demás eran romanos y sobre romanos se dispusieron a gobernar, aunque, eso sí, fundamentando su legitimidad sobre el hecho de que el emperador les había reconocido como aliados.

El primer reino visigodo de Hispania no se organizó en torno a ninguna ciudad hispana, sino en torno a Tolosa, una ciudad aquitana de la Galia Narbonense a orillas del río Garona y relativamente cercana a los Pirineos. Pero ahí no pasarían mucho tiempo. Su entrada definitiva en Hispania se debió a dos casualidades encadenadas. La primera fue la descomposición del poder romano en la península ibérica. El emperador les abrió, como acabamos de ver, las puertas de sus provincias occidentales para que pusiesen orden. Entraron, lo pusieron y se quedaron. Pero el centro de sus dominios seguía siendo el sur de las Galias. La segunda casualidad apareció a principios del siglo VI, con el imperio de Occidente ya desaparecido, cuando otro pueblo germánico, el de los francos, empezó a presionar desde el norte. Francos y visigodos terminaron llegando a las manos en la batalla de Vouillé en el año 507. La derrota obligó a los visigodos a trasladar su centro de gobierno y el tesoro real hacia el sur originando así el reino visigodo de Toledo, que persistiría durante algo más de dos siglos ocupando todas las provincias hispanas. A ellas les sumaría la franja costera de la Narbonense conocida como Septimania.

La corte se estableció en Toledo probablemente por encontrarse cerca del centro geográfico de la península y porque era fácil de defender. Toledo había sido fundada como Toletum en el siglo II a.C. durante las guerras celtibéricas y pasó a convertirse en un importante centro urbano en el valle medio del Tajo, pero no llegó nunca a adquirir la importancia de otras ciudades hispanorromanas como Corduba, Tarraco o Augusta Emerita. Los visigodos de principios del siglo V se la habían arrebatado a los alanos y seguramente fue entonces cuando descubrieron las inmejorables cualidades defensivas que tenía aquel emplazamiento. Toledo está situada sobre un cerro elevado justo donde el río Tajo se encajona y forma un amplio meandro. Eso implicaba que por un lado había un foso natural difícil de franquear y, por el otro, se podía fortificar la plaza pudiéndola defender desde arriba. Estaba, por lo demás, conectada al sistema de

calzadas romanas y desde allí el acceso a los valles del Guadalquivir y el Ebro no es especialmente complicado.

La historia política del reino visigodo en Hispania es compleja y muy tediosa. Se sucedieron sin interrupción los monarcas durante sus dos siglos de existencia. Hay documentados un total de veintisiete reyes godos que en otros tiempos los desdichados escolares tenían que aprender de memoria. Durante los primeros años los visigodos hispánicos estuvieron sometidos a los ostrogodos que se habían establecido en Italia luego, ya a mediados del siglo VI, ganaron su independencia completa. Los visigodos hispanos se sabían herederos de una realidad política previa, la de las provincias romanas que Diocleciano a finales del siglo III había englobado en la llamada Diocesis Hispaniarum. No se consideraban propiamente reyes de Hispania, sino reyes de los visigodos que gobernaban sobre los romanos de aquel rincón del extinto imperio. Desde fuera se les empezó, no obstante, a considerar pronto como reyes de los hispanos a pesar de que su reino se extendía algo más allá de los Pirineos y entraba en la parte sur de las Galias, pero como aún no había diferencias sustanciales entre los galorromanos y los hispanorromanos tampoco podían hablar de un pueblo claramente diferenciado.

Uno de los problemas que este reino visigodo tuvo que enfrentar desde el principio fue que ya había otro pueblo germánico instalado en la península desde mucho antes, el de los suevos, a quienes dejamos más arriba cerrando un acuerdo con el emperador Honorio para establecerse y administrar la provincia de Gallaecia. La cornisa cantábrica tampoco la controlaban del todo. Era una región remota que a los romanos les había costado mucho conquistar y de difícil acceso desde el interior de la península. Para colmo de males, los romanos de Oriente, esos que hoy conocemos como bizantinos, atravesaban un periodo a mediados del siglo VI expansivo y se plantearon reunificar el imperio. Durante el reinado del emperador Justiniano el poder de Bizancio resurgió y se pusieron en marcha una serie de campañas para ir recuperando lo que se había perdido en Occidente. Retomaron Italia instaurando allí un exarcado con capital en Rávena, conquistaron el norte de África y llegaron hasta el sur de la península. No es mucho lo que nos ha llegado de aquella expedición, pero parece que se establecieron en Cartago Nova, que en aquel entonces se conocía como Cartago Spataria y que hoy es Cartagena.

Con un enemigo formidable en el sur, otro no menos temible en el noroeste y pueblos indómitos en el norte que se negaban a prestar la obediencia debida, el destino del reino visigodo de Toledo parecía abocado al fracaso, pero supo resistir primero e imponerse después. Semejante milagro se debió a dos monarcas, Leovigildo y Recaredo,

padre e hijo, que a finales del siglo VI consolidaron el reino godo incorporando a los suevos. Luego, ya unos años más tarde con el rey Suintila, consiguieron expulsar por completo a los bizantinos que estaban ya en retirada. Los reyes visigodos duraban poco tiempo, era común que muriesen antes de tiempo y no precisamente por causas naturales. Leovigildo fue una excepción. Reinó durante más de quince años y demostró ser un monarca habilidoso, especialmente en todo lo relacionado con la guerra. Peleó contra los bizantinos, los suevos y los vascones del norte, en todos los frentes con gran éxito y aún tuvo tiempo de fundar una ciudad de tipo romano a la que bautizó Recópolis en honor a su hijo Recaredo. Hay especialistas, eso sí, que dudan de ese nombre y se inclinan por Rexópolis, es decir, ciudad del rey. Recópolis o Rexópolis, tanto da, se encuentra en la provincia de Guadalajara, fue abandonada siglos más tarde, olvidada, redescubierta a finales del siglo XIX y hoy se conservan sus ruinas. No era una ciudad de gran tamaño, pero el hecho de que en la Hispania del siglo VI se fundase una ciudad es de por sí algo notable. En la mayor parte del antiguo imperio romano de Occidente las ciudades estaban siendo abandonadas, lo que vendría a demostrar que Hispania conservaba cierta pujanza política y económica.

A Leovigildo se debe la consolidación y supervivencia del reino visigodo de Toledo. Sin él todo hubiese sido muy distinto. Fue el primero, por ejemplo, en emplear cetro y corona en la conocida como *imitatio imperii*, es decir, la imitación del imperio. Se sentía ya como un rey con méritos propios y no un mero encargado cuya legitimidad bebía de la lejana Constantinopla. Mandó acuñar moneda con su efigie y reformó el código de Eurico permitiendo que los visigodos pudiesen contraer matrimonio con los hispanorromanos. Leovigildo y su hijo Recaredo marcaron a finales del siglo VI el apogeo del poder visigodo. Gregorio de Tours, un obispo galorromano que escribió la historia de los francos, se hizo eco de las hazañas de Leovigildo y de cómo estaba concentrando el poder en la península ibérica. Llegó a decir que no había dejado un solo enemigo con vida que tuviese edad de orinar contra la pared. Años más tarde, ya a principios del siglo VII, Isidoro, arzobispo de Sevilla, escribió la historia de los godos en Hispania, una obra que ha llegado hasta nuestros días y cuya influencia en la historiografía posterior fue capital. Isidoro era hispanorromano y católico a diferencia de la monarquía visigoda que fue arriana hasta Recaredo, pero no solo no veía mal a los reyes visigodos, sino que hablaba maravillas de ellos. El prólogo de su *Historia Gothorum* lleva por título *Laus Spaniae*, es decir, alabanza a España. Merece la pena ir a la fuente. Dice textualmente:

> De todas las tierras que hay desde el poniente hasta la India eres la más bella, oh,

> Hispania, sagrada y siempre feliz madre de príncipes y de pueblos. Con razón tú ahora eres de todas las provincias reina, de la que no solo el Occidente sino también el Oriente toma prestada tu luz. Tú, belleza y ornato del orbe, la más ilustre porción de la tierra, en la que la gloriosa fecundidad del pueblo godo disfruta mucho y abundantemente florece. Merecidamente la naturaleza, muy bondadosa, te ha enriquecido con abundancia de todos los seres vivos. Tú, abundante en aceitunas, caudalosa en uvas, fértil en mieses; te vistes de campos de cereales, te envuelves en la sombra de los olivos, te adornas con viñas. Tú, floreciente en tus campos, en tus montes frondosa, llena de peces en tus costas. A ti, situada en la región más agradable del mundo, ni te quema el ardor del veraniego sol ni te consume el frío glacial, sino que, rodeada por una zona templada del cielo, te nutren favorables céfiros. Pues todo lo que hay de fecundo en los campos, todo lo que hay de precioso en las minas, todo lo que hay de bello y útil en los animales tú lo produces. No tienes que ser pospuesta a aquellos ríos a los que hace famosos la ilustre fama de sus impresionantes rebaños. El Alfeo es inferior a ti en caballos, el Clitumno en vacadas, aunque el sagrado Alfeo ejercite por el campo de Pisa a las aladas cuadrigas para conseguir las palmas olímpicas y el Clitumno hace tiempo inmolara grandes novillos como víctimas capitolinas. Tú ni deseas, muy rica en pastos, los sotos de Etruria ni admiras, repleta de palmas, los bosques del Molorco ni por la carrera de tus caballos envidias a los carros de la Élide. Tú, rica en rebosantes ríos; tú, dorada por tus torrentes aurifluos. Tú tienes la fuente de la raza equina. Tú tienes vellones teñidos con púrpura indígena que brillan como la púrpura de Tiro. Tú tienes la piedra reluciente en la oscuridad del interior de los montes, que se ilumina con un brillo cercano al del vecino sol. Así pues, rica en pupilos, en piedras preciosas y en púrpura, igualmente fértil en gobernantes y en méritos del imperio, eres tan rica en adornar príncipes como feliz en engendrarlos. Así con razón ya hace tiempo que la dorada Roma, cabeza de los pueblos, te deseó y a pesar de que la misma virtud romúlea, primero vencedora, te desposó con sí misma, sin embargo, finalmente el floreciente pueblo de los godos, después de numerosas victorias en el orbe, con empeño te raptó y te amó, y hasta hoy disfruta de ti entre regias ínfulas y abundantes riquezas seguro de la prosperidad de su imperio.

Esta era la visión que un hispanorromano culto del siglo VII tenía de Hispania. Isidoro de Sevilla hablaba y escribía en latín, un latín tardío no muy diferente al del bajo imperio. Textos como este iban dirigidos a que las capas más ilustradas del reino los leyesen y difundiesen luego de forma oral como sucedió siempre hasta que la alfabetización se extendió a toda la población. Isidoro reconocía la herencia romana, pero daba por hecho que Hispania ya no estaba casada con los romanos, sino con los godos cuyos monarcas habían mantenido la lengua, la cultura y la religión de Roma. El propio Isidoro escribiría años después su obra magna, las *Etimologías*, un compendio de todo el saber antiguo a petición del obispo de Zaragoza. Las *Etimologías* son realmente veinte libros, cada uno de ellos dedicado a un tema distinto. Empieza por la gramática y termina en las provisiones y utensilios domésticos y agrarios, pasando por la geografía, las bestias, el lenguaje y la medicina. Se trata de toda una enciclopedia que fue muy alabada en su época y que terminaría convirtiéndose en una obra de obligada consulta para los eruditos de toda Europa durante siglos.

Esta labor de conservación y proyección de los saberes grecorromanos fue muy intensa en el reino visigodo a pesar de su

congénita inestabilidad política. Isidoro de Sevilla no fue el único, Tajón de Zaragoza, Masona de Mérida, Juan de Bíclaro o Eugenio de Toledo desarrollaron una febril actividad intelectual. En todos los casos estaban relacionados con la iglesia, que era el centro de la Hispania visigoda. Como vimos en el capítulo anterior, el cristianismo había entrado en Hispania siglos antes por lo que al llegar los primeros godos a principios del siglo V estaba ya plenamente cristianizada. Ese cristianismo del bajo imperio era cesaropapista. El emperador no era más que la imagen especular de Dios en la Tierra. La decisión de Constantino que sin ser él cristiano decidió adoptar el cristianismo se debió precisamente a eso. Con la desaparición de los emperadores en Roma fueron los reyes godos quienes heredaron esa condición de espejo de la divinidad. En origen quedaba el emperador de Constantinopla, pero estaba muy lejos y su poder no se dejaba sentir. Había, además, una barrera lingüística. El emperador de Bizancio hablaba griego y lo mismo ocurría con las iglesias orientales. En el occidente del imperio en manos de las monarquías godas se hablaba latín. Veíamos más arriba que los bizantinos llegaron a ocupar una parte pequeña de territorio hispano. No es mucho lo que nos ha llegado, pero lo suficiente como para dar por segura la presencia bizantina en lugares como Cartagena. Pues bien, allí se encontró una lápida que coronaba la puerta de la ciudad. En el texto se informaba a quienes la franqueaban de que esa puerta la había mandado levantar un tal Comenciolo, enviado por el emperador Mauricio contra los enemigos bárbaros. Mauricio reinó en Bizancio en el último cuarto del siglo VI. La lápida está escrita en latín, no en griego. La división entre estas dos lenguas era mucho más antigua, pero a los emperadores del siglo VI les costaba llegar tan a poniente e imponerse. No pudieron llegar mucho más lejos de Cartagena y aun con todas su presencia debió de ser muy débil.

Eso mismo, la lejanía y el hecho de que el reino godo disfrutase de cierta prosperidad si lo comparamos con lo que estaba pasando en otras antiguas provincias del imperio occidental como las Galias o Britania, permitió a los monarcas hispanogodos ir soltando amarras y construir una identidad diferenciada que es la que se atisba en los textos de San Isidoro. La religión fue, de cualquier modo, un motivo de continuos quebraderos de cabeza para los reyes visigodos. La Hispania a la que ellos habían llegado tras su precipitada salida de la Galia Narbonense era católica, es decir, estaba en comunión plena con el patriarca de Roma. Los visigodos no eran católicos, sino arrianos, seguidores de la doctrina de un sacerdote alejandrino del siglo IV llamado Arrio que en Hispania había tenido seguidores siglos antes como Potamio de Lisboa. Las diferencias doctrinales eran pequeñas, pero suficientes como para que, en el concilio de Nicea del año 325, se

condenase agriamente la obra de Arrio, que creía que no existía la Santísima Trinidad y que el hijo no había coexistido eternamente con el padre, sino que había sido creado con posterioridad.

Los visigodos se habían convertido al cristianismo en el siglo IV cuando empezaron a merodear por las fronteras del imperio. El emperador Constancio II les envió un misionero, el obispo Ulfilas, para evangelizarles. Ulfilas conocía la lengua gótica e incluso tradujo la Biblia del griego a ese idioma creando un alfabeto desde cero para tal fin. Sus prédicas tuvieron buena acogida y muchos de los godos que se encontraban al otro lado del Danubio decidieron convertirse, pero Ulfilas era arriano y fue esa la interpretación del cristianismo que les transmitió. Décadas más tarde, cuando los godos empezaron a establecerse en las provincias del Mediterráneo occidental, advirtieron que los romanos locales no tenían exactamente la misma religión. El asunto hoy nos puede parecer baladí, pero no en aquellos tiempos en los que todo orbitaba en torno a este tema. Los visigodos consintieron que el pueblo sobre el que gobernaban fuera de obediencia romana, pero ellos se negaron a convertirse, seguramente pensando que eso les ocasionaría la condenación eterna. Durante el primer siglo de presencia goda en la península había por lo tanto dos iglesias cristianas separadas con sus propios templos, su propio clero y sus propios obispos. El rey tenía que escuchar a ambos en los concilios y, aunque vivían más o menos en paz, había siempre roces porque el número de arrianos era muy inferior al de católicos, aunque los arrianos retenían el poder. Arrastraron esa diferencia, que era de orden religioso y no lingüístico, durante mucho tiempo hasta que en tiempos de Leovigildo uno de sus hijos, Hermenegildo, decidió convertirse al catolicismo por su cuenta. Lo hizo en Sevilla convencido por Leandro, obispo de la diócesis y hermano de San Isidoro. Tras ello se hizo proclamar rey y se apoderó de la Bética. Cuando las noticias de la rebelión de Hermenegildo llegaron a Toledo el rey trató de convencer a su hijo al tiempo que reunía a los obispos arrianos para que facilitasen las conversiones al arrianismo. Sabía que la fuerza de los rebeldes estaba ahí mismo, en el hecho de que los monarcas no compartiesen la misma religión que la mayor parte del pueblo. Pero esa era una solución que requeriría tiempo y paciencia. Leovigildo no tenía ninguna de las dos. Se dirigió a Sevilla con el ejército y tomó la ciudad, pero Hermenegildo había huido a Córdoba, donde fue finalmente apresado. Fue enviado cargado de cadenas a Tarragona y allí le asesinaron, probablemente por orden de su padre.

La rebelión de Hermenegildo demostró que la cuestión religiosa supuraba y que, a diferencia de lo que había sucedido durante los primeros años, cuando se podía establecer una línea clara entre godos e hispanorromanos, la monarquía y su nobleza se habían hispanizado

por completo. Lo de Hermenegildo era el primer aviso, pero vendrían más si no se hacía algo al respecto. De modo que lo primero que hizo Recaredo, hermano de Hermenegildo, nada más llegar al trono fue eso mismo, resolver el problema religioso convirtiéndose él mismo al catolicismo romano en el curso del III concilio de Toledo, que declaró anatema las doctrinas de Arrio y proscribió el arrianismo. Encontró algo de resistencia, pero nada significativo. El reino visigodo quedó de este modo totalmente unificado.

Los concilios visigodos no eran concilios en el sentido contemporáneo del término, sino propiamente un órgano de gobierno. Se celebraban en una iglesia de Toledo y no tenían una periodicidad regular. No hay nada que se le parezca en toda Europa. Los convocaba el soberano cuando creía conveniente hacerlo y en ellos se reunían los obispos de todo el reino. Hubo un total de 17 entre el año 527 y el año 702. Su naturaleza era de tipo religioso, pero, por las actas que han llegado hasta nosotros, se trataban todo tipo de temas. Durante el siglo VII en los concilios se definió la estructura de la monarquía visigoda, que extendía ya sus dominios por toda la península tras la conquista del reino suevo del noreste y la expulsión de los bizantinos en el extremo opuesto.

Aquel reino godo ya plenamente consolidado, aunque crónicamente inestable porque nunca llegaron a arbitrar un modo satisfactorio de resolver la cuestión sucesoria, era el más poderoso de Europa occidental tanto en términos militares como económicos. Seguía abierto al comercio mediterráneo y sus ciudades se mantenían populosas, activas y prósperas. Nada que ver con la Galia, dividida entre varios reinos francos, o con la antigua provincia romana de Britania que se sumergió durante esos siglos en el periodo de la heptarquía, una época especialmente oscura de la que escasean las fuentes durante la cual distintas tribus anglosajonas se repartieron Gran Bretaña en un estado de guerra permanente. La Hispania visigoda se miraba en Bizancio y, de forma modesta, trataba de imitarle.

Fue en ese momento cuando un enemigo que nadie esperaba y que, de hecho, no sabían ni de su existencia surgió de las costas del norte de África. A mediados del siglo VII las tribus de la lejana península arábiga se habían unificado bajo el mando de un profeta llamado Mahoma que decía ser portador de una nueva revelación. Estos árabes, que habían vivido durante siglos en los márgenes de los imperios del Mediterráneo y del creciente fértil, se pusieron en marcha hacia el norte. Fue todo extraordinariamente rápido. En el curso de una generación liquidaron el imperio persa sasánida y arrebataron a Bizancio sus provincias levantinas y Egipto, que eran las más ricas de todo el imperio. En el camino los árabes, que rechazaban tanto el

cristianismo bizantino como el zoroastrismo persa, se bizantinizaron y persificaron. Adquirieron nuevos conocimientos, especialmente los aplicados al campo de batalla, y prosiguieron sus conquistas tanto hacia el este como hacia el oeste. Los herederos de Mahoma no tardaron en organizarse políticamente mediante un califato con sede en la ciudad de Damasco. Los primeros califas prosiguieron las conquistas y se hicieron con Mesopotamia, Egipto, buena parte de Persia y Libia.

A partir del año 660, coincidiendo con el reinado de Recesvinto, el monarca que promulgó el *Liber Iudiciorum*, el cuerpo legal definitivo de la Hispania visigoda, el califa Omeya Muawiya I relanzó la campaña de expansión. Asedió Constantinopla, conquistó Armenia y envió varias expediciones al norte de África. Los bizantinos se encontraban acogotados y metidos en disputas sucesorias por lo que los Omeyas pudieron avanzar casi sin resistencia hasta llegar al actual Túnez, donde fundaron la ciudad de Kairuán. Ahí la conquista empezó a tener problemas con los pueblos bereberes del Magreb, que, al estar en la órbita externa de Bizancio, gozaban de mucha autonomía. Se ralentizó el avance durante unos años y, a finales de siglo, ya se encontraban en las costas del estrecho de Gibraltar y tenían Hispania a tiro.

En aquel momento el reino visigodo atravesaba una profunda crisis. Se habían encadenado todo tipo de calamidades como malas cosechas y sequías que agravaron la perpetua agitación política en la que vivía el reino desde sus orígenes. Las rebeliones internas estaban a la orden del día. Los reinados eran breves y convulsos e imperaba el descontento. Los musulmanes llevaban ya varios años en la costa sur y habían enviado alguna que otra expedición de castigo y saqueo contra las costas levantinas, pero seguramente no se imaginaban lo fácil que iba a ser derrotar al reino godo y hacerse con él en tan poco tiempo. Supondrían que Hispania sería, como mínimo, tan difícil como el Magreb, donde les había costado muchos sacrificios imponerse y aún no lo habían conseguido del todo. A principios del siglo VIII controlaban ya las plazas de Tingis, la actual Tánger, y Ceuta. Utilizarían ambas como plataforma para saltar sobre la península. Siglos más tarde se creó una leyenda que atribuía la responsabilidad de todo a don Julián, conde godo de Ceuta, cuya hija había sido forzada por el rey Rodrigo. No existe prueba documental alguna de ello, pero para el año 710 ya se encontraban en Ceuta, una fortaleza que habían perdido poco antes los bizantinos.

Estos conquistadores musulmanes no provenían de Arabia, o no solo de Arabia. Las tropas dedicadas a la conquista estaban formadas por guerreros de distintos lugares a quienes empujaba más la promesa del botín que la de extender el islam. En su rápida cabalgada por el

norte de África su modo de proceder siempre había sido el mismo. Llegaban de improviso, daban un golpe certero y se adueñaban del poder. Una vez en él ofrecían buenas condiciones a los vencidos respetando su religión y sus bienes. Tras ello proseguían. Esa determinación era atractiva para los que buscasen un oficio en las armas ya que la victoria segura garantizaba el premio en forma de saqueo. Ese ejército, muy móvil y equipado al uso bizantino, continuaba con la conquista mientras en la retaguardia se iba organizando la nueva administración dependiente de Damasco. Eso había sucedido en el Levante y en todo el norte de África, que estaban tan cristianizados como la península ibérica. Los cristianos locales no se oponían mientras les respetasen. Más tarde llegaría la islamización.

Con Hispania sucedió lo mismo, pero fue más rápido incluso que en África. En ello tuvo mucho que ver el hecho de que el reino godo se encontraba inmerso en su enésima guerra civil, esta vez entre Rodrigo y Agila II, que controlaba Tarragona y el noreste de la península. En esas estaban cuando Musa ibn Nusair, gobernador de la provincia omeya de Ifriquiya, ordenó a uno de sus mejores generales, Táriq ibn Ziyad, que cruzase el estrecho con una escuadra y ganase una cabeza de puente. No era la primera vez que se dejaban caer por allí. Años antes ya habían hecho algunas incursiones para reconocer el terreno, pero, lo más importante de todo, Táriq y sus hombres no eran árabes, sino bereberes por lo que las costas del estrecho las conocían muy bien, no estaban en tierra extraña. La expedición no encontró resistencia. Táriq estableció la cabeza de puente junto al peñón que hoy lleva su nombre (Gibraltar es la derivación de Yabal Tariq, montaña de Táriq) y lo utilizó para ir haciendo acopio de fuerzas en la orilla norte del estrecho. Desde allí se dedicó al saqueo de las poblaciones vecinas, algo que no debió pasar desapercibido a los visigodos, pero que probablemente le quitaron importancia ya que los musulmanes del Magreb habían hecho otras incursiones parecidas en el pasado. Rodrigo se encontraba en aquel momento guerreando en el norte de la península contra los rebeldes vascones. Cuando sitiaba Pamplona le informaron de que en la Bética había problemas. Se dirigió hacia el sur con intención de hacerles frente y cortar por lo sano devolviendo a los intrusos de vuelta al norte de África.

Los ejércitos de Rodrigo y Táriq se vieron las caras en el verano del año 711. No se sabe bien dónde ocurrió. La tradición apunta al río Guadalete, no muy lejos de la ciudad de Cádiz, aunque investigaciones posteriores apuntan a las serranías que flanquean la bahía de Algeciras. Tampoco es mucho lo que sabemos de esta batalla, de hecho, no sabemos demasiado de la conquista musulmana de la península ibérica. La fuente más cercana en el tiempo y seguramente la más fiable es la denominada Crónica Mozárabe que fue escrita a

mediados de siglo, es decir, unos cuarenta años después de la batalla de Guadalete por un religioso anónimo que vivía ya bajo gobierno musulmán. Siglo y medio más tarde aparecerían referencias en crónicas musulmanas, pero la información directa no es demasiada y cuesta mucho separar lo legendario de lo real. Sabemos que Rodrigo fue derrotado en la batalla de Guadalete y eso abrió el bajo Guadalquivir a los invasores que se derramaron por él a gran velocidad. Aseguraron la posición y Táriq se sintió con fuerzas para avanzar. Solicitó entonces refuerzos a África que no tardaron en llegar con Musa Ibn Nusair a su cabeza. Tomaron Sevilla y desde allí se dirigieron hacia el interior con dos ejércitos separados. Uno tomó rumbo norte en dirección a Mérida, otro siguió el curso del Guadalquivir para tomar Córdoba. El método era el mismo que habían empleado todos los ejércitos musulmanes desde su salida de Arabia un siglo antes. Iban directos a por los centros urbanos, los asediaban y se apoderaban de ellos. En la Hispania visigoda como en toda la cuenca del Mediterráneo las ciudades eran importantes, la administración se organizaba en torno a ellas por lo que cuando un enemigo conquistaba la plaza hacía lo propio con toda la provincia circundante. Eso tampoco tenía nada de novedoso. El mundo mediterráneo era un mundo urbano que se regía desde las ciudades. Los propios romanos habían hecho sus conquistas del mismo modo cuando se expandieron por oriente.

En buena medida el *regnum gothorum* de los hispanos no era muy diferente a lo que los musulmanes se habían encontrado en las provincias bizantinas del Levante y del norte de África, regiones muy romanizadas bien conectadas entre ellas mediante una densa red de calzadas. Musa lo sabía porque él era árabe, había recorrido el imperio de los Omeyas de punta a punta participando en muchas de las campañas de conquista. Sabía también que el reino visigodo tenía su capital en una ciudad del interior llamada Toledo. Tenía que llegar allí y tomarla cuanto antes, de lo contrario el enemigo se reorganizaría y podría plantarle cara con las líneas de avance ya muy alargadas exponiéndose así innecesariamente. Al llegar a Mérida se encontró con sus murallas, pero no tenía tiempo de asediarla, de modo que dejó un contingente frente a la ciudad y continuó hacia Toledo. Antes de que acabase el año 711 Toledo ya había caído. Tras Rodrigo, muerto en las refriegas se proclamó rey Oppas, hijo de Égica y hermano de Witiza, un miembro de la facción rival de Rodrigo. Oppas carecía de fuerza para impedir que los musulmanes conquistasen la capital, intentó primero llegar a un acuerdo con ellos y luego huyó de la ciudad. Con Toledo en sus manos Musa vislumbró que todo el reino podía ser suyo, pero tenía que actuar con presteza ya que la península es grande y podía aparecer resistencia por cualquier lado. Los ejércitos

de Táriq y Musa volvieron a repartirse el trabajo. Musa se dirigió al noroeste, Táriq al noreste, al territorio controlado por el aspirante Ágila II. El avance de ambos fue muy rápido porque la resistencia era mínima. En algunos lugares sí que se la encontraban, en ese caso al tomar la ciudad procedían a un castigo ejemplar que disuadía a ciudades vecinas de hacer lo mismo. Las que se entregaban a la primera tan solo tenían que capitular ante los invasores y entregarles el gobierno. A cambio estos últimos se comprometían a respetar la religión y la hacienda de los conquistados. No parecía mal trato. Los hispanos de aquel tiempo estaban, a fin de cuentas, habituados a la guerra. Los nobles visigodos llevaban siglos guerreando entre ellos. Eso es algo que tanto Musa como Táriq supieron ver a la primera. El poder visigodo era mucho más débil y sus estructuras mucho más frágiles de lo que habían pensado y de lo que se nos antoja ahora milenio y pico después.

Los señores locales tenían mucho poder porque la península es de grandes dimensiones y su orografía muy fracturada, esto favorecía que los nobles gozasen de una gran autonomía dentro de sus propios dominios. Fueron muchos los aristócratas godos que llegaron a buenos acuerdos con los invasores. No les hacía falta ni siquiera convertirse al islam y, de hecho, ninguno de ellos lo hizo a excepción del conde Casio, que controlaba el valle medio del Ebro en lo que hoy es Navarra y Zaragoza. Los invasores se imponían por la fuerza de las armas y ponían en un dilema a estos señores que controlaban grandes áreas de terreno. La guerra en aquel entonces era muy distinta a la actual. Un ejército invasor vivía del terreno invadido, arrasaba los campos y perpetraba todo tipo de atrocidades sobre la población local. Tener en una comarca a un ejército hostil era una amenaza continua que o se eliminaba de raíz derrotándole o lo ponía todo patas arriba durante meses. No es que los musulmanes del siglo VIII hiciesen la guerra así, es que la guerra de aquel entonces se hacía de esta manera.

Los ejércitos de Táriq y Musa llegaban a un valle, lo recorrían y trataban de someterlo por las malas o por las buenas. Si era por lo primero y conseguían triunfar sus pobladores podían verse reducidos a la esclavitud y perderlo todo. Si era por lo segundo cabía la posibilidad de, al menos, salvar el pellejo y las propiedades. Para eso hacía falta rendirse formalmente mediante un pacto de vasallaje, algo que los musulmanes tenían muy trillado porque era lo que habían hecho con persas, bizantinos y con todo aquel con el que se habían encontrado desde su salida de Arabia décadas antes. En estos pactos de vasallaje podían incluirse matrimonios de conveniencia entre los conquistadores y las hijas de los aristócratas locales. Nada muy diferente, por lo demás, a lo que habían hecho siglos atrás los cartagineses o los romanos cuando se internaron en Hispania. El

matrimonio permitía solidificar en el tiempo las alianzas. Ambas partes ganaban. El invasor porque emparentaba con la nobleza local y eso le aportaba legitimidad, el invadido porque se convertía en familia política del invasor de lo que se derivaban grandes ventajas políticas de cara a la competencia. Fueron muchos los señores godos que entregaron a sus hijas para evitar perder lo que tenían y, ya de paso, subirse al carro del vencedor.

Estos acuerdos no siempre involucraban matrimonios, pero en todos los casos implicaban sumisión a los nuevos amos. En el que Teodomiro, un noble visigodo que controlaba todo el sureste peninsular, selló con Abd Al-Aziz, hijo de Musa, el invasor se compromete a respetar sus propiedades y a dejar libertad de culto a cambio de la entrega de siete ciudades y de un impuesto especial que dejaron establecido en un dinar, cuatro almudes de trigo, cuatro de cebada, cuatro qist de vinagre, dos de miel y uno de aceite. Todos los hombres libres bajo la jurisdicción de Teodomiro tenían que pagarlo anualmente según el calendario lunar que empleaban los musulmanes. Por los esclavos debía pagarse la mitad.

Algunos de estos acuerdos que suscribieron los nobles visigodos con los invasores musulmanes nos han llegado y permiten que nos expliquemos por qué aquella conquista fue tan vertiginosa. Algunas ciudades resistieron, pero no demasiadas. A los invasores les precedía la fama de implacables si se encontraban con oposición, pero también la de magnánimos cuando mediaba una capitulación sin lucha. Cuando las noticias llegaron a Damasco no terminaron de creer lo rápido que había sido todo. El califa Walid llamó a Musa para que le informase personalmente. En su lugar dejó a su hijo Abd Al-Aziz, a quien veíamos antes firmando un pacto con Teodomiro. Abd Al-Aziz prosiguió la conquista del reino godo y fijó la capital en Sevilla, una ciudad de origen romano que durante la época visigoda había adquirido gran importancia. Sevilla contaba con puerto fluvial y era fácilmente accesible desde el norte de África, pero estaba ligeramente descentrada con respecto a los grandes ejes de comunicación peninsulares. No en vano la capital de la Bética romana había sido desde su creación la ciudad de Córdoba, enclavada en el corazón del valle del Guadalquivir y dotada de un portentoso puente de piedra de 17 arcos levantado en tiempos de Octavio Augusto. Desde Córdoba se puede controlar bien todo el tercio sur de la península y además se sitúa cerca de los puertos de montaña que dan acceso a las tierras altas del centro peninsular. Abd Al-Aziz contrajo matrimonio con Egilona, viuda del rey Rodrigo. Esto le legitimaba aún más, pero no tuvo tiempo de disfrutarla ya que fue asesinado por sus generales que le acusaban de haberse convertido en secreto al cristianismo por influencia de su esposa. Le sucedió Al Hurr que terminó de someter la

Tarraconense y trasladó la capital a Córdoba imitando a los romanos. La ciudad años más tarde se convertiría en la capital de un califato independiente cuando el emir Abderramán III se autoproclamó califa en el año 929, dos siglos después de que los musulmanes conquistasen el reino godo.

Para entonces la islamización estaba ya muy avanzada. Hispania había dejado de llamarse así, los musulmanes la rebautizaron como Al Ándalus, que no sabemos muy bien de dónde proviene. Hay varias hipótesis al respecto. Unos creen que es la evolución del término germánico «landahlauts» que vendría a significar lote de tierras porque los reyes godos al llegar a la península en el siglo V habían sorteado parcelas de tierra entre sus hombres. Otra teoría es que su origen es bereber. Al parecer en tamazight, una lengua que aún hoy se sigue hablando debidamente evolucionada en el norte de África, «tamort u-andalus» significa «tierra de los vándalos». El de los vándalos, como vimos más arriba, fue uno de los pueblos que cruzaron el Pirineo a principios del siglo V. No estuvieron mucho tiempo, pero sí el suficiente como para guerrear durante unos años y luego cruzar al norte de África, donde fundaron un reino después de tomar la ciudad de Cartago. Mayoriano, uno de los últimos emperadores de Occidente, trató de sacarles de allí mediante una escuadra que estaba reuniendo en Cartagena, pero el rey de los vándalos, un tal Genserico, les vio venir y se anticipó hundiendo frente a las costas de Alicante la armada romana. Aquello fue en cierta medida una segunda guerra púnica, pero a la inversa. Esta vez fueron los vándalos, cuya capital era Cartago, quienes derrotaron a los romanos.

Es posible que las gentes del norte de África, tanto o más romanizadas que las de Hispania, identificasen a esta última como el lugar de origen de los vándalos. Ellos no tenían por qué saber que habían salido de la Germania profunda décadas antes, que habían cruzado el Rin aprovechando que estaba congelado y que, en el camino, se habían latinizado y cristianizado. No olvidemos que los pueblos del sur de Europa llamaban germanos a los que vivían al otro lado del Limes, una región muy vasta que era conocida como Germania desde siglos antes. La actual Francia debe su nombre a los francos, una comunidad germánica que ocupaba la ribera derecha del Rin. No es extraño, por lo tanto, que aquellos bereberes romanizados mirasen a la península ibérica como el lugar de donde habían llegado los vándalos. De cualquier modo, no deja de ser una hipótesis mejor o peor formulada. No sabemos cuál es el origen de la palabra Al Ándalus, pero sí que, a mediados del siglo VIII, el de la conquista, ya la consignaban en las monedas. En una del siglo VIII vemos cómo en el anverso aparece la inscripción Al Ándalus y en el reverso reza Hispania en caracteres latinos para que quedase claro quién mandaba

allí. La palabra o, mejor dicho, su evolución sigue entre nosotros. Hoy una de las principales regiones de España se llama Andalucía, término que proviene directamente de Al Ándalus.

En este punto habría que preguntarse si Al Ándalus fue un heredero del reino visigodo y, por ende, de la Hispania romana. Abreviándolo mucho: ¿eran los andalusíes hispanos? El asunto es espinoso porque, aunque aquello aconteció hace más de mil años, aún hoy sigue despertando suspicacias. Para entenderlo es mejor ceñirse a hechos fácilmente objetivables. Hispania se unificó política, cultural, social y económicamente con Roma. Tal y como vimos en el capítulo anterior, hasta la llegada de los romanos, las comunidades humanas de la península ibérica eran muy heterogéneas. Se hablaban muchas lenguas diferentes y, aunque había contacto entre las diferentes tribus, la atomización política, cultural y económica era la norma. De eso mismo se aprovecharon los romanos para someter a los íberos que fueron encontrándose durante los dos siglos que les costó conquistar Hispania. La etnogénesis hispanorromana se produce entonces y, como refería anteriormente, se abandonaron las lenguas, las costumbres y la organización política previa a la llegada de los romanos. Este fue un proceso lento que debió durar entre dos y tres siglos, pero ya estaba concluido en el bajo imperio. Fue ahí cuando entraron los godos en diferentes oleadas. Todos pasaron de largo menos dos que se quedaron en la península fundando sendas unidades políticas: el reino suevo y el visigodo. El segundo terminó por absorber al primero en tiempos de Leovigildo.

Tanto suevos como visigodos habían dado continuidad a las pautas lingüísticas, sociales, políticas y culturales del bajo imperio. Los hispanorromanos del siglo IV hablaban latín, eran cristianos y vivían en una serie de provincias y diócesis con su respectiva administración que respondía ante el emperador y el patriarca de Roma. Los del siglo VII seguían hablando latín, aunque ya con unas peculiaridades locales mucho más marcadas, seguían siendo cristianos y, a pesar de que el imperio se había evaporado, el rey godo ejercía de eso mismo y era percibido como tal. Gregorio de Tours hablaba de Leovigildo como rey de Hispania porque hasta sus oídos habían llegado las campañas victoriosas que protagonizó. Ese hispano de recién comenzado el siglo VIII, justo antes de que se produjese la invasión musulmana, no era muy diferente al hispano de dos siglos antes porque la evolución había sido muy lenta.

Con la entrada de los musulmanes en el año 711 y su rapidísima conquista no cambió gran cosa, al menos durante las primeras décadas. Empleo el termino musulmanes para que se me entienda, pero no todos los que llegaron con Táriq y Musa eran musulmanes. Una buena parte eran cristianos del norte de África que se habían

apuntado a la campaña deseosos de cobrarse un sustancioso botín. Los capitanes de los barcos en los que Táriq cruzó el estrecho, por ejemplo, eran cristianos egipcios y los bereberes que iban a bordo o no estaban aún islamizados o lo estaban solo muy levemente. La religión tuvo su papel durante las primeras décadas de Al Ándalus, pero no fue tan determinante como suele pensarse. Hispania hablaba latín y estaba cristianizada, eso los invasores lo sabían porque recorrieron el reino de extremo a extremo obligando a capitular a todas sus ciudades y firmando acuerdos de vasallaje con los señores. Si les hubiesen prohibido practicar su fe o hablar su lengua los hispanos de aquella época habrían vendido mucho más caro el pellejo.

Fue en los dos primeros siglos de Al Ándalus cuando se produce otra etnogénesis. Esos hispanos latinoparlantes y cristianos fueron arrumbando el latín y el cristianismo del mismo modo que unos siglos antes los íberos habían abandonado sus lenguas, sus cultos y sus costumbres para abrazar los de Roma. Nuestros antepasados eran extraordinariamente prácticos. Generación tras generación, conforme fueron viendo que les convenía convertirse al islam y emplear el árabe, lo hicieron sin pestañear, seguramente pensando que hacían lo mejor para ellos y para sus hijos. Durante un tiempo, eso sí, una comunidad menguante de cristianos se mantuvo dentro de las fronteras de Al Ándalus, se les conoce como mozárabes, vocablo que proviene del árabe «mustarab» que significa arabizado. El nombre no se lo pusieron los musulmanes, sino los cristianos del norte que veían a hermanos de fe que se vestían y hablaban como los andalusíes, pero practicaban el cristianismo. Para los musulmanes de Al Ándalus eran simplemente cristianos sin más añadiduras. El número de mozárabes, muy elevado al principio, fue descendiendo y en el siglo X eran ya una minoría. Unos se terminaron convirtiendo porque seguir siendo cristianos les ocasionaba infinidad de problemas. Eran «dhimmis», gentes del libro a quienes los gobernantes musulmanes toleraban, pero solo a cambio de que satisficiesen un impuesto especial, la yizia, que podía llegar a ser muy elevado si el emir o el califa tenía especial ojeriza hacia los cristianos. Con el tiempo les fueron poniendo más problemas y en ocasiones les perseguían, de ahí la rica nómina de mártires mozárabes de los siglos IX y X que atesora la Iglesia, especialmente en la ciudad de Córdoba.

Otros emigraron hacia el norte para vivir tranquilos y se establecieron en los reinos cristianos que empezaron a brotar a partir del siglo IX y que necesitaban colonizar nuevas tierras para poder defenderlas mejor. De aquellos mozárabes nos ha llegado su liturgia, la labor de sus artesanos y arquitectos en territorio cristiano y una lengua ya extinta que partía del latín pero que se escribía en aljamiado andalusí, la adaptación que los hispanos hicieron del

alfabeto árabe para adaptarlo al latín que hablaban en el momento de la conquista.

Los musulmanes contaban con dos ventajas para que la comunidad islámica creciese y la cristiana fuese a menos. Por un lado, detentaban el poder. Desde el momento de la conquista los gobernantes pasaron a ser musulmanes y eran ellos quienes hacían las leyes. Es normal que estas leyes beneficiasen más a los musulmanes ya que consideraban que el islam era la religión verdadera y, aunque sobrellevaban que cristianos y judíos se negasen a convertirse a cambio de un impuesto, su deseo era que toda la población se sometiese al islam. Toda la legislación religiosa fue en esa dirección durante los primeros siglos. En definitiva, que no hubo nada parecido al multiculturalismo de nuestros días, aunque algunos se empeñen en establecer paralelismos de forma tan anacrónica como temeraria. Por otro lado, los musulmanes contaban con una ventaja llamémosla biológica. El Corán les permitía casarse con varias mujeres musulmanas o cristianas con las que podían engendrar hijos que serían musulmanes porque la transmisión de la fe en el islam es patrilineal. Los cristianos solo podían casarse con una y de su misma religión. Cualquier cristiano podía convertirse al islam cuando lo creyese oportuno. Bastaba con que hiciese la profesión de fe, la shahada, delante de dos testigos y en ese momento pasaba a beneficiarse de todas las prerrogativas que acarreaba ser musulmán en Al Ándalus. Pero una vez convertido no se podía echar atrás ya que en el islam la apostasía estaba penada con la muerte. Con todo a favor el islam y la lengua de los califas no podían sino extenderse.

Para el cambio de milenio el uso árabe y la práctica del islam eran la norma en todo Al Ándalus que en aquel momento se encontraba en su apogeo con el califato instaurado en el año 929. El proceso de asimilación y aculturación de la población hispanorromana estaba ya completado o cerca de completarse. En ese momento, no obstante, los dominios musulmanes habían retrocedido con respecto a las conquistas del siglo VIII. Al norte habían aparecido varios reinos cristianos que se habían hecho fuertes en los Pirineos y la cordillera Cantábrica, estos últimos habían conseguido incluso bajar hasta la línea del Duero y sostenerla. No era una región que interesase especialmente a los califas, que controlaban el centro de la península, la práctica totalidad de la costa mediterránea y los valles del Ebro y el Guadalquivir. Estos reinos cristianos estaban emparentados culturalmente con la Hispania goda, de quien se decían herederos, pero su aparición en la historia tuvo algo de milagroso ya que entre los años 711 y 730 los musulmanes habían conquistado y controlaban de forma más o menos efectiva toda la península ibérica. Hispania seguía viva, pero a punto había estado de desaparecer.

Capítulo III.
HISPANIA PERDIDA

Al igual que nos sucede con el reino visigodo de Toledo, para el surgimiento de los reinos cristianos del norte de la península tampoco tenemos muchas fuentes primarias a las que agarrarnos. Son, de hecho, menos incluso que con los godos, un periodo que, mal que bien, contó con algunos cronistas de primera fila como Isidoro de Sevilla o Juan de Bíclaro que redactaron dos crónicas contemporáneas de la época que estaban viviendo. Tenemos también las conclusiones a las que llegaron los concilios que se celebraron en Toledo. Quizá hubo algo más, pero no ha llegado hasta nosotros. De la rebelión de Pelayo y los astures tenemos solo una crónica redactada ya en el siglo IX, más de siglo y medio después de que aconteciese, y una serie de referencias en las crónicas musulmanas que son todavía más tardías. En ambos casos relatos incompletos, muy parciales y que cabalgan sin preocupaciones entre la leyenda y la realidad. No es mucho a lo que nos podemos agarrar, pero una idea general de lo que pasó sí podemos tener partiendo de estas fuentes.

Resumiéndolo al máximo, en torno al año 720, cuando los ejércitos musulmanes ya habían ocupado toda la península y se disponían a penetrar en el reino de los francos, hubo una rebelión muy modesta en las montañas cantábricas. La rebelión estuvo bendecida con el éxito y de ella nació un pequeño reino en la vertiente septentrional de la cordillera. Los musulmanes habían llegado hasta allí poco antes y seguramente establecieron su cuartel general en el pequeño puerto de Gegio, la actual ciudad de Gijón, que había surgido durante el imperio romano para servir como escala comercial en la ruta marítima de la cornisa cantábrica. Un tal Pelayo que, dependiendo de la fuente, había sido espatario del rey Rodrigo o hijo de un duque visigodo, se levantó contra el gobernador musulmán local llamado Munuza.

Desconocemos por qué lo hizo. Los cronistas cristianos crearon

una leyenda, la de Ermesinda. Según cuentan, Munuza se prendó de la hermana de Pelayo, llamada Ermesinda y para evitar que este interfiriese en el amorío le envió a Sevilla a entregar los tributos de la provincia. A su regreso Pelayo se encontró con que Munuza y Ermesinda se iban a casar contraviniendo los deseos de Pelayo, que ya había arreglado el matrimonio de su hermana con un noble cristiano llamado Alonso. Encolerizado se enfrentó a Munuza y, cuando sus guardias quisieron prenderle, huyó a los Picos de Europa, un macizo muy elevado en el centro mismo de la cordillera. Una vez allí plantó batalla a los musulmanes junto al monte Auseva y les derrotó obligándoles a abandonar la región. En las faldas de ese monte hay una cueva por la que cae una cascada. Esa cueva lleva el nombre de Covadonga y fue ahí mismo donde Pelayo se refugió con sus hombres y la que dio nombre a la batalla, que no debió ser gran cosa porque el lugar es angosto y aquella comarca no estaba muy poblada en esa época. Es, eso sí, un emplazamiento perfecto para tender una emboscada a un ejército que no llegue sobre aviso. Pero Covadonga tampoco era un lugar estratégico que preocupase a los invasores, concentrados entonces en penetrar en las Galias para proseguir su cabalgada suministrando a los francos la misma medicina que habían dado a los visigodos en Hispania. Tras la victoria Pelayo pudo descender hacia el llano para coronarse como príncipe de los astures en Cangas de Onís, una pequeña aldea al abrigo de las montañas junto al río Sella.

La leyenda fue elaborada posteriormente para justificar el levantamiento sobre motivos morales y religiosos. Los sucesivos cronistas fueron adornando más y más el relato hasta el punto de que tiene un sinfín de variaciones. Como toda leyenda tendrá algo de verdad. Es posible, como aseguran algunos historiadores, que aquello no pasase de una intrascendente escaramuza entre los lugareños y las tropas del gobernador musulmán que pretendían recaudar impuestos. Quizá no hubo un Covadonga, sino varios y al final fueron los propios musulmanes los que se retiraron por su propio pie ya que poco podían sacar de allí y la región no era fácil de someter. En el sur, además, se habían presentado problemas. Unos años después de la conquista estalló una rebelión entre los bereberes del norte de África y de las guarniciones de Hispania. Tiene lógica que abandonasen las regiones más expuestas y de menor valor para concentrarse donde sí que se despachaba algo importante.

El hecho es que algo sucedió en aquel remoto confín de Hispania en torno al año 720 porque un par de décadas después ya se había establecido un reino autónomo de confesión cristiana. El resto es fácil de adivinar, hablarían un latín ya muy desgastado y su organización política y social sería muy similar a la de los tiempos del reino

visigodo. Sabemos que no pagaba impuestos al emir cordobés y eso ya era razón más que sobrada para ser una entidad política diferenciada. Ninguna conquista puede considerarse exitosa hasta que el conquistador dispone de la capacidad de recaudar impuestos sin que le rechisten. La sociedad de nuestros antepasados del siglo VIII era mucho más simple que la nuestra. Eran, por lo demás, muchos, muchísimos menos. No hay censos y no sabemos el número exacto, pero los especialistas en demografía histórica estiman que, en el mejor de los casos, en toda la península ibérica vivían en aquel tiempo unos cinco o seis millones de almas. Hoy España y Portugal suman casi sesenta millones de habitantes, diez veces más, y aun así en ciertas zonas de ambos países cuesta cruzarse con alguien porque la península ibérica es la parte menos densamente poblada de toda Europa occidental. Con tan poca gente imaginemos lo difícil que sería encontrarse con alguien en el siglo VIII. Las ciudades eran muy pequeñas, hoy de hecho casi todas ellas las veríamos como pueblos siendo muy generosos, y lo que hoy entendemos por pueblo eran simples aldeas en torno a una iglesia.

El norte era la parte más atrasada de la península, no había ciudades dignas de tal nombre, la romanización había llegado tarde y esa zona de la península no es muy accesible desde el interior. Hasta hace poco más de dos siglos cruzar la cordillera cantábrica era todo un desafío por lo que era más sencillo y menos costoso llegar por mar costeando. La orografía es muy accidentada, aunque como el suelo está bien regado el fondo de los valles y las zonas llanas son fáciles de cultivar. El poblamiento de la cornisa cantábrica fue desde siempre disperso y eso seguramente fue una ventaja que los de Pelayo utilizaron a su favor. No había un centro urbano claro desde el que controlar el territorio y recaudar los impuestos. Hoy cuando pensamos en impuestos nos viene a la cabeza la declaración de la renta o del IVA que liquidamos en efectivo, generalmente a través de una cuenta bancaria. En aquel entonces los impuestos se pagaban en persona. Podía hacerse en metálico, pero este solía escasear (más aún en zonas apartadas y en la época que estamos tratando), así que se liquidaba en especie. El gobernante se mantenía así del excedente agrícola y ganadero a cambio de protección armada. Los periodos de inestabilidad obligaban a la población a amurallarse o a buscar cobijo en las zonas altas. Eso tenía una consecuencia que suele pasar desapercibida. Había comarcas en las que sus habitantes vivían durante mucho tiempo sin estar sometidos a una autoridad de tipo estatal, ya porque esta quedaba muy lejos, ya porque la inestabilidad impedía que se consolidase ninguna.

Ese sería el caso del conocido como «desierto del Duero», un área de grandes dimensiones entre el río Duero y las estribaciones de la

cordillera Cantábrica en la que muchos creen que durante el siglo y medio que transcurrió entre la conquista musulmana y el descenso hacia la meseta del reino de Asturias no vivía nadie. Los restos arqueológicos encontrados en la zona nos cuentan una historia diferente. Gente había, pero no estaban sujetos ni al fisco cordobés ni al asturiano. No disponemos de documentación escrita de su presencia, lo cual tiene lógica en tanto que lo primero y a veces lo único que se consignaba eran registros fiscales. No sería mucha gente la que habitaría allí, pero sí la suficiente para mantener el poblamiento del área durante varias generaciones hasta que el reino asturiano, convertido ya en reino de León, organizó políticamente la región instalando en esas tierras la Corte real.

En la Asturias inmediatamente posterior a la conquista musulmana la población debía ser más numerosa que al sur de la cordillera y algo levantisca. Los propios reyes godos habían tenido repetidos problemas para controlar la región norteña. Acceder a ella no era fácil y su población estaba muy dispersa. Los romanos sí que lo habían conseguido a finales del siglo I a.C., pero a cambio de un esfuerzo considerable con nada menos que ocho legiones y por empeño personal de Octavio Augusto. No era un lugar fácil de someter y, lo peor de todo, es que, una vez sometido, poco se podía obtener de allí. Eso explica que el primer foco de resistencia frente al emirato de Al Ándalus apareciese en la cordillera Cantábrica y no en los Pirineos, que es una cadena montañosa imponente y cuajada de apretados valles en los que hacerse fuerte, pero que en la primera mitad del siglo VIII sí constituía un lugar estratégico para los invasores, que no pretendían limitar sus conquistas a Hispania.

Los musulmanes continuaron hacia el norte, se apoderaron de la Septimania y avanzaron por el interior del reino franco con el mismo propósito que les había llevado a liquidar el reino visigodo. Saquearon Aquitania y la ciudad de Burdigala, la actual Burdeos, en la desembocadura del Garona. Las victorias rápidas y decisivas les condujeron más hacia el norte. Los francos no les parecían muy distintos a los visigodos y la población que se iban encontrando era también muy parecida a la de Hispania. La invasión musulmana había empujado a muchos hispanogodos hacia el norte a quienes los francos llamaban «hispani». Las Galias, especialmente el sur, se habían romanizado muy intensamente y había una red de calzadas por las que avanzar de ciudad en ciudad con poco esfuerzo. Pero en el año 732 un ejército franco al mando de Carlos Martel, mayordomo de palacio del reino de Austrasia les paró los pies. Aquella batalla, la de Poitiers, marcó el punto más lejano del avance musulmán. Desde ese momento todo fue retroceder.

Pero, a pesar de su fracaso en la Galia, los invasores habían

triunfado en Hispania y tenían un nuevo reino que administrar. Sucedió entonces que, en el año 756 Al Ándalus se independizó de Damasco por una inesperada carambola. Los abasíes derrocaron a los omeyas y se llevaron la capital a Bagdad, una ciudad de nueva creación a orillas del río Tigris. El nuevo califa As-Saffah ordenó que todos los omeyas fuesen ejecutados, pero uno de ellos llamado Abderramán, nieto del califa Hisham, consiguió huir hacia poniente y refugiarse en la provincia de Ifriquiya, justo al otro lado del estrecho de Gibraltar. Una vez allí debió enterarse de que el emirato hispano se desangraba en una guerra civil. El emir, que dependía directamente del califa, no conseguía sofocar la rebelión que había empezado unos años antes en el interior de Al Ándalus. Abderramán no se lo pensó dos veces, buscó aliados en la península, cruzó el estrecho y se hizo proclamar emir insistiendo en que él era un genuino sucesor del profeta y que el suyo era un reino autónomo, totalmente desligado del califato de los abasíes.

El emirato independiente se consolidó, pero el empuje musulmán ya se había agotado hacía tiempo. Solo en momentos muy concretos de los siguientes ochos siglos volvería a retomar la iniciativa. La conquista la habían hecho de forma muy rápida, pero el nuevo emirato nació con unos cimientos un tanto endebles. Táriq y Musa, los dos primeros conquistadores, uno bereber y el otro árabe, eran una muestra de quién había protagonizado la invasión. Cuando esta se produjo los árabes llevaban poco tiempo en el norte de África y necesitaron a los bereberes, solo tibiamente islamizados, para cruzar el estrecho y continuar hacia el norte. Sin ellos no lo hubiesen conseguido ya que no eran demasiados los que habían llegado hasta tan lejos desde Arabia. El reino de Toledo, astillado por sus querellas internas y por la crisis económica de su última etapa, cayó con gran celeridad, lo que obligó a improvisar un reparto de tierras. Los árabes se quedaron con las mejores parcelas en los valles del Ebro y del Guadalquivir, dejando a los caudillos bereberes y a sus huestes las zonas más pobres. Una de ellas era Asturias donde, como veíamos antes, no tardaron en verse metidos en problemas. En otras regiones de la península los bereberes se rebelaron contra los árabes permitiendo que los rebeldes cristianos del norte afianzasen su posición y se despreocupasen por un contraataque ya que el emir estaba enfrascado en reprimir las asonadas de nativos y bereberes que proliferaron por muchos años por todo el emirato.

Las continuas disputas entre los recién llegados, el tamaño mismo de la península y su endemoniada orografía fue, en última instancia, lo que permitió que el núcleo asturiano prosperase. Sin esos tres factores más el espíritu indómito de astures, cántabros y vascones, el cristianismo latino heredero del reino godo y de la Hispania romana,

hubiese encontrado muchas más dificultades para su supervivencia, pero sucedió de aquella manera y eso posibilitó que se fuesen formando una serie de reinos cristianos en el norte. El primero fue el de Asturias, que en origen debió ser muy poca cosa, apenas un puñado de comarcas de la vertiente norte de las montañas cantábricas gobernadas por un régulo que fue aliándose con otros caudillos locales, seguramente atando las alianzas con matrimonios. Eso permitió a estos primeros reyes astures extender sus dominios con rapidez. Para finales del siglo VIII, justo cuando iba a cumplirse el primer centenario de la invasión musulmana, pasó incluso a la ofensiva realizando expediciones de castigo al sur de la cordillera. Fue en ese momento cuando el rey Alfonso II trasladó la corte desde Pravia, adonde se la había llevado el rey Silo, a Oviedo, un emplazamiento mucho más adecuado ya que se encontraba en un cruce de caminos entre la vía que recorría la costa de este a oeste y la que provenía de los puertos que comunicaban con la meseta. En el lugar ya había un monasterio y una basílica en la que había nacido el propio Alfonso. Se encontraba, además, sobre una colina, lo que permitía defender mejor la plaza. Fue en Oviedo donde el reino asturiano tomó forma definitiva. Se levantaron edificios de gran tamaño como Santa María del Naranco, San Miguel de Lillo o la iglesia de San Tirso y se organizó la vida cortesana y la administración del territorio. Esto no tenemos que imaginarlo ya que contamos con fuentes primarias y, lo más importante, con actividad constructiva, que hoy nos puede parecer modesta, pero que da fe de que una entidad política de cierto tamaño se había establecido y trataba de hacer ver que estaba allí.

Santa María del Naranco no era, a pesar de su nombre, una iglesia, sino un palacio real edificado en piedra en un estilo que posteriormente se dio en llamar prerrománico asturiano por sus afinidades estéticas con el románico, que no aparecería en el resto de Europa hasta dos siglos más tarde. Los arquitectos que levantaron Santa María del Naranco (muy diestros, por lo demás, ya que después de 1.200 años sigue en pie y en uso), no sabían que estaban haciendo prerrománico, simplemente que el rey de Asturias necesitaba un palacio lo suficientemente grande como para dar cabida a la familia real y a su consejo privado, que, según nos ha llegado, era numeroso. Estos primeros reyes asturianos tenían a su servicio un mayordomo, un condestable, un canciller y varios escribas, todos con un título en latín que quedó consignado en las crónicas.

Ese, el mantenimiento de la herencia cultural del reino godo, era uno de los pilares del reino asturiano. La justicia aplicaba el derecho visigodo del *Liber Iudiciorum* compilado por Recesvinto a mediados del siglo VII. La lengua en la que escribieron las crónicas de esta época

como la de Alfonso III escrita a finales del siglo IX, es el latín, aunque ya algo tosco y desarreglado. El pueblo debía hablar también una variedad de latín, pero alejada ya del latín vulgar tardoimperial porque había pasado mucho tiempo desde el colapso del imperio y las comunicaciones no eran precisamente fluidas en la Europa de la época. Unos años después de la crónica de Alfonso III se redactó la conocida como crónica albeldense, cuya voluntad era enciclopédica. No tiene nada de extraño. La mayor parte del material escrito que había en la península había quedado en Al Ándalus por lo que los reyes asturianos impulsaron que se reprodujese y plasmase en pergamino parte de ese saber. El poder siempre ha necesitado legitimarse. El mejor modo de hacerlo es relatar la historia propia y hacer ver que todo era un camino recto hasta llegar ahí. En la crónica albeldense, cuya lectura es una auténtica delicia, se empieza describiendo el mundo y la propia Hispania. De esta última, titulada *Item Exquisitio Spaniae* dice:

> Primeramente por Ibero, se llamó Iberia; después por Ispalo, Spania. También se dijo Hesperia por la estrella occidental denominada Espero. Su situación es entre África y Galia: al septentrión la cierran los montes Pirineos, y por las demás partes está rodeada de mares. Es fecunda en todo género de frutos, y riquísima en toda especie de metales y piedras preciosas.

Es imposible no asociar una descripción como esta con Isidoro de Sevilla y sus *Etimologías* porque de ahí mismo lo sacó el autor. La descripción es corta porque el pergamino era caro y los libros cortos se copiaban antes y mejor, pero contiene todo lo básico que hay que saber de un lugar determinado: cómo se llama ese lugar, por qué se llama así, dónde está enclavado y qué produce su tierra. Tras ello repasa las provincias hispanas, la longitud de sus principales ríos y lo que denomina «cosas célebres de Hispania», productos como el trigo de Narbona, la miel de Galicia, los mulos de Sevilla o la ciencia de Toledo. Todo con un remate final en el que recuerda que, lo que está contando, era en tiempo de los godos. Habla en pasado, pero en un pasado cercano con el que el cronista enlaza a continuación redactando una cronología que empieza en Adán y el diluvio universal y termina en los reyes asturianos. Las fechas van ganando precisión conforme se acerca al presente, también los hechos, que son relatados de forma mucho más detallada cuanto más cercanos en el tiempo son. A Octavio Augusto lo despacha con una sola frase, con Pelayo se explaya pormenorizando su proeza contra los musulmanes, a quienes denomina ismaelitas.

En estas crónicas de los siglos IX y X los reyes asturianos barren para casa estableciendo un vínculo directo entre el imperio romano, el reino visigodo de Toledo y el de Asturias. Eso les daba la legitimidad

que necesitaban. En aquel entonces eran muy pocos los que sabían leer, pero quien era capaz de hacerlo se encargaba de transmitir oralmente lo que había leído, de este modo lo principal del mensaje iba pasando de boca en boca hasta que casi todo el mundo conocía lo principal: que el rey era rey porque todo se había dispuesto así, había una línea que partía en Adán y que terminaba en el padre del monarca reinante. Estaba escrito y con eso bastaba. Pero crónicas como la albeldense habla de los reyes godos en pasado lo que nos lleva a pensar que ya no se consideraban a sí mismos godos o que, a diferencia de lo que sucedía en los siglos V o VI, cuando godo e hispano se percibían como identidades diferenciadas, en la Asturias de esa época el godo y el hispano habían quedado definitivamente fusionados. Daban por hecho que la línea de los reyes godos se había roto y que había que comenzar de nuevo. A los godos, a fin de cuentas, se les podía admirar, pero solo hasta cierto punto ya que habían sido derrotados sin contemplaciones por los mismos a quien Pelayo se había impuesto con un puñado de valientes. No eran en eso un ejemplo a seguir, de modo que quizá lo más prudente era no llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Al fin y al cabo, a nadie le gusta que el rey sea el nieto de un perdedor.

La noción de identidad que tenían nuestros ancestros no era exactamente como la nuestra. Hoy anudamos nuestra identidad a un Estado nación con su himno, su bandera, su lengua oficial y sus mitos históricos asociados, pero eso es algo muy reciente que empezó a tomar forma a finales del siglo XVIII y cristalizó ya durante el XIX. Mil años antes la identidad la definían pautas culturales un tanto difusas. Estas pautas debemos entenderlas como el combinado de religión, lengua, costumbres y tradiciones. La más importante de todas ellas era la religión ya que en el mundo se estaba poco tiempo y había que garantizarse la salvación del alma para la eternidad. En la Hispania de los últimos reyes godos se había alcanzado cierta uniformidad cultural a la que no eran ajenos los contemporáneos. Esa uniformidad empezó a romperse con los invasores musulmanes y dos siglos más tarde cuajó en dos realidades culturales bien delimitadas: Al Ándalus por un lado donde tanto el islam y como la lengua árabe se terminaron imponiendo, y los reinos cristianos, donde la evolución del latín siguió su curso y se mantuvo el cristianismo occidental de obediencia romana.

Sobre el cristianismo de sus reyes tanto los monarcas asturianos como posteriormente los del área pirenaica hicieron descansar su razón de ser. Pero ahí se presentó un problema en los inicios. Los musulmanes no forzaron la conversión de los hispanogodos. Les gravaron impuestos específicos y trataron de incentivar las conversiones, pero en el emirato de Al Ándalus se podía practicar el

cristianismo. Los obispos se mantuvieron en sus sedes y, aunque empezaron a levantarse mezquitas por doquier, durante el siglo VII y buena parte del IX el paisaje de las ciudades andalusíes estaba lleno de iglesias. El obispo primado de Hispania se encontraba en Toledo, que había sido también la capital del reino visigodo. Eso no cambió con la llegada de los musulmanes, pero Toledo perdió la capitalidad política en favor de Córdoba. Durante la invasión la mayor parte de obispos hispanos se mostraron muy proclives al pacto con los invasores, quizá por evitar males mayores o quizá porque durante los primeros años pensaron que, como eran pocos y no muy bien avenidos, terminarían abrazando la religión de los hispanos, que era lo que habían hecho los propios visigodos, quienes también llegaron profesando una versión del cristianismo algo diferente de la de los hispanorromanos. El hecho es que los musulmanes no tenían intención alguna de cambiar de credo. El islam era una religión con preceptos muy sencillos, fáciles de aprender y que, al menos en lo esencial, no difería mucho del cristianismo. Los musulmanes creen en un único Dios creador de todas las cosas, creen también en el paraíso e incluso aceptan a Jesucristo como un profeta precursor. El Corán, de hecho, menciona a Jesús por su nombre en más de veinte ocasiones. No veían aquellos musulmanes a los cristianos como indignos idólatras, sino como musulmanes que no habían pasado a la siguiente y definitiva fase que había mostrado Mahoma tras la revelación.

Tanto en el Levante mediterráneo como en el norte de África y en Hispania el islam tuvo que gestionar la relación con los cristianos, y los cristianos de estos lugares se encontraron frente a un nuevo credo que tenía algunas similitudes y cuya práctica era sencilla. Eso en Hispania no tardó en transformarse en un cisma entre el obispo de Toledo y los prelados de los reinos cristianos. La sede toledana volvió sobre una herejía que se había presentado en los primeros siglos del cristianismo, el adopcionismo, una doctrina que aseguraba que Jesús no era hijo de Dios, sino un ser humano iluminado desde arriba y elevado a la divinidad porque Dios le había adoptado. Esta herejía llegó a tener muchos adeptos durante los siglos III y IV hasta que los concilios de Nicea y Constantinopla la condenaron. Pues bien, el obispo Elipando de Toledo abrazó el adopcionismo, no sabemos si por convicción personal o porque eso acercaba aún más el cristianismo al islam y le ahorraba problemas con el emir. Las noticias de lo que había hecho Elipando no tardaron en llegar al norte provocando gran escándalo entre los religiosos locales, al menos entre los religiosos cultos como Beato de Liébana, abad de un monasterio en la actual Cantabria. Uno y otro, Elipando de Toledo y Beato de Liébana, se intercambiaron acusaciones de herejía en términos muy gruesos. Aquello significó el divorcio entre la iglesia del norte y la de Al

Ándalus que vivía sometida a los gobernantes islámicos. En adelante los cristianos de los reinos cantábricos y pirenaicos dejaron de mirar a Toledo como punto de referencia y pusieron sus ojos en el reino franco, que se había fortalecido mucho tras las conquistas de Pipino el Breve y, especialmente, tras llegada al trono de Carlomagno.

La idea de Carlomagno no era ser solo rey de los francos, quería reinstaurar algo parecido al imperio romano de Occidente convirtiéndose en el protector del patriarca de Roma, algo que consiguió al ser coronado por el propio papa León III en la basílica de San Pedro el día de Navidad del año 800. Para entonces Carlomagno había llevado a buen término varias campañas por toda Europa, incluyendo el flanco suroeste. En el año 777 se enteró de que algunos valíes musulmanes de Al Ándalus estaban a disgusto con el emir cordobés. Le hicieron llegar una embajada ofreciéndole su sumisión, algo que despertó su apetito de conquista en una parte de Europa que era rica y estaba muy civilizada. Se dirigió a la península con dos ejércitos que pasaron por ambos extremos del Pirineo y fue directo a por Zaragoza. Pero no consiguió hacerse con la ciudad y tuvo que regresar al norte. Cuando se disponía a cruzar los Pirineos por el paso de Roncesvalles los francos fueron emboscados por los vascones y tuvo que olvidarse de seguir intentándolo, o al menos de pretender conquistar algo tan al sur. Años más tarde su hijo Luis penetró de nuevo en la península para incorporar al reino de su padre un territorio que pasó a conocerse como Marca Hispánica. Esta marca se corresponde con lo que hoy es el norte de Cataluña. Los francos fortificaron el área, que es muy montañosa y de acceso difícil y establecieron una serie de condados dependientes de Aquitania.

Más al oeste en el Pirineo central y oriental, nacieron dos reinos entre los siglos IX y X: el de Pamplona, que con el correr del tiempo se convertiría en el reino de Navarra, y el condado de Aragón. Ambos estuvieron muy interrelacionados entre sí durante varios siglos. En los primeros tiempos los señores cristianos locales controlaban un territorio muy pequeño en la falda meridional del Pirineo. El reino de Aragón, que siguió siendo un simple condado hasta mediado el siglo XI, era de más difícil acceso que el de Navarra por lo que, aunque ambos estaban vinculados, los condes aragoneses pronto pudieron desarrollar personalidad propia y desvincularse de Pamplona, que durante en siglo X había establecido lazos con los asturianos que ya habían establecido su capital más al sur, en la ciudad de León, el antiguo campamento de la Legión VII Gemina.

Al cumplirse dos siglos de la conquista los reinos cristianos, ya fuesen reinos propiamente dichos o condados dependientes de los francos, estaban perfectamente establecidos y suponían un quebradero de cabeza para el emirato que en el año 929 se transformó en un

califato cuando Abderramán III se proclamó califa desafiando así a los califas abasíes de Bagdad. En el islam un califa no es cualquier cosa, es el sucesor de Mahoma y su función es dirigir la comunidad de fieles. Hubo califas desde la aparición del islam hasta el año 1924. El último fue el otomano, el primero el denominado califato ortodoxo que arrancó tras la muerte de Mahoma en el año 632. Entre medias hubo varios, los dos más importantes fueron el omeya y el abasí. Crear un califato con sede en Córdoba suponía independizarse de lleno del islam oriental y permite hacernos una idea del grado de autonomía que había alcanzado Al Ándalus, convertido ya en una potencia islámica regional que se miraba de tú a tú con los fatimíes de Kairuán. En ese momento habían pasado poco más de doscientos años desde las expediciones de Táriq y Musa, tiempo más que suficiente para que la islamización de la sociedad andalusí estuviese prácticamente completada.

Junto a las conversiones masivas de las primeras décadas se había producido otro fenómeno que resultó de vital importancia y que veíamos anteriormente, la emigración de cristianos mozárabes hacia el norte, especialmente hacia el reino de León, que es el nombre que adquirió el reino de Asturias en los primeros años del siglo X. Los monarcas astures pudieron expandirse con más facilidad porque, a diferencia de lo que sucedía en el Pirineo, donde el populoso valle del Ebro les dificultaba avanzar hacia el sur, en la submeseta norte la población era escasa y no había grandes ciudades. Los musulmanes habían ignorado o desatendido esta zona desde el primer momento. No era tanto la lejanía (Córdoba está más o menos a la misma distancia de Zaragoza que de León), como la dureza del terreno y la falta de habitantes. En el centro de la península la mayor ciudad andalusí de cierta entidad era Toledo. Más al norte se encontraba la sierra de Guadarrama y luego un gran altiplano por el que discurría el río Duero muy poco poblado y sin grandes centros urbanos. A eso, como me refería anteriormente, se le dio en llamar posteriormente el «desierto del Duero». No hubo tal, pero sí una tierra de nadie en espera de que apareciese un señor que organizase políticamente la región. Eso mismo fue lo que hicieron los reyes de Asturias durante el siglo IX mediante sucesivas expediciones. Se aprovecharon de la poca oposición que encontraron, de que al sur había cristianos que hablaban latín y de una sostenida inmigración mozárabe que llegaba desde el sur y a la que había que asentar en algún sitio. La asimilación de estos pobladores de la ribera del Duero no debió ser complicada. Los reyes asturianos seguramente alcanzaron acuerdos con los señores locales ofreciéndoles títulos nobiliarios y un acomodo dentro de un reino de mayores dimensiones y fiscalmente integrado.

El foco asturiano alcanzó en poco tiempo una superficie

considerable. Iba desde la costa cantábrica al norte a la línea del Duero al sur, y de la actual ciudad de Oporto al oeste a la ribera del Ebro al este. Era más complicado gobernar un dominio tan vasto desde Oviedo que hacerlo desde una ciudad situada al sur de la cordillera. Esa seguramente fue la razón que empujó a Ordoño II en el año 914 a trasladar la corte y todo el aparato administrativo a la ciudad de León, en aquel entonces un pequeño enclave de origen romano en la confluencia de los ríos Torío y Bernesga, este último un tributario del Esla que baja con un respetable caudal hasta el Duero. La ciudad había estado poblada desde muy antiguo ya que los romanos habían destacado una legión allí durante siglos. Luego fue decayendo, pero nunca dejó de estar habitado. Tenía, además, una posición estratégica en las rutas comerciales que comunicaban el valle del Ebro con Galicia y la meseta con la cornisa cantábrica. Ordoño II no había recibido esa parte del reino de su padre Alfonso III, que dividió sus posesiones entre sus tres hijos. En origen le había tocado solo Galicia, a su hermano Fruela II Asturias, y a su otro hermano García I los dominios en la meseta recién incorporados. Pero García I murió reclamando Ordoño la corona de su hermano. Fruela, por su parte, se limitó a reconocer la primacía de León alumbrando un reino unificado, o al menos todo lo que podía estarlo en aquel momento.

Durante los siglos siguientes fue común que los reyes cristianos repartiesen al morir sus reinos entre su descendencia directa. Eso hace del mapa político de la Hispania cristiana un galimatías en el que es fácil perderse. Los monarcas tenían una concepción patrimonial del reino y, para evitar disputas por la corona, dividían la herencia. Eso también ayudaba a ejercer un control más directo sobre el territorio ya que León había crecido muy rápido y abarcaba un área muy extensa. Reinos como este o los pirenaicos no vivían precisamente en la abundancia, el comercio era escaso y estaban sometidos de continuo a incursiones de castigo llamadas aceifas que primero los emires y luego los califas enviaban durante los veranos a territorio cristiano. Eso, aparte de proporcionarles botín, les permitía exigir tributos a los reyes del norte. A León como a Navarra, Aragón o los condados catalanes les faltaba población ya que sin ella no podían resistir los embates del califato ni retener territorio. De nada servía avanzar si el terreno ganado no se podía conservar. Al no haber grandes núcleos urbanos tuvieron que ir ingeniando métodos para fijar población en comarcas que, o estaban deshabitadas o su población era muy escasa. Jugó a su favor el hecho de que contaban con un número muy alto de hombres libres que podían establecerse a placer donde deseasen. También era necesario establecer rutas comerciales con un tránsito continuo, preferentemente las que comunicasen con allende los Pirineos.

Fue entonces cuando apareció el camino de Santiago. En tiempos de Alfonso II de Asturias un ermitaño gallego se enteró de que en un paraje junto al río Sar a no mucha distancia de la costa los aldeanos habían visto luces. Comunicó al obispo de Iria Flavia el hallazgo y acudieron juntos a comprobarlo en persona. Concluyeron que allí mismo se encontraba enterrado Santiago el Mayor, uno de los apóstoles de Cristo que, según la leyenda, había cristianizado Hispania siglos antes. La noticia llegó a Oviedo y el rey impulsó la construcción de una pequeña iglesia en el mismo lugar en el que creían que se encontraba la tumba del apóstol. Empezaron a afluir peregrinos, primero de las proximidades y luego de todo el reino. Años más tarde Alfonso III ordenó que se ampliase el templo original para que fuese algo digno de un apóstol. Junto a eso se levantó un pequeño asentamiento amurallado. Acababa de nacer Santiago de Compostela que fue creciendo con los años atrayendo a cada vez más peregrinos y consolidándose como centro espiritual del nuevo reino. A partir del siglo X las noticias de la existencia de la tumba de Santiago en el remoto noroeste de Hispania se difundieron por Europa. Hasta ese momento había dos grandes peregrinaciones, una a Roma y la otra a Jerusalén. La primera estaba muy arraigada, pero presentaba algunos problemas de índole político. El papa era, aparte de vicario de Dios en la Tierra, un señor temporal con intereses asimismo temporales que no siempre coincidían con los de los señores. La segunda era complicada en tanto que Palestina está muy alejada de Europa occidental y además se encontraba en manos musulmanas desde el siglo VII. Para colmo de males, las diferencias entre la cristiandad oriental y la latina eran ya más que palpables en aquel entonces, las disputas eran continuas y los cristianos de ambos lados del Mediterráneo no se terminaban de reconocer mutuamente. Precisamente para liberar Jerusalén el papado llamaría a las Cruzadas siglos más tarde. Una vez allí los caballeros latinos se encontraron con que los cristianos locales no eran como ellos, eso ocasionó problemas, algunos de los cuales han perdurado hasta el momento presente. Los sacerdotes católicos y orientales siguen a la gresca por la administración de los santos lugares y aunque conviven no lo hacen de buena gana.

Santiago de Compostela era distinto. Era como traer un pedacito de Tierra Santa al Occidente latino. Estaba mucho más cerca y era infinitamente más asequible. Para los reyes hispanos aquello fue una bendición porque abría una ruta directa y permanente transitada entre el centro de Europa y la península ibérica por la que circulaban peregrinos sí, pero también caballeros, mercaderes y artesanos. El camino terminaba en Santiago y comenzaba en los pasos occidentales del Pirineo como Roncesvalles o Somport, descendía hasta el valle del Ebro y allí tomaba rumbo oeste, se encaramaba a la meseta y la

cruzaba de este a oeste a la derecha del Duero atravesando la ciudad de León. Todos los reyes cristianos favorecieron el tráfico de peregrinos, tanto los de Aragón como los de Navarra, León y, posteriormente, los de Castilla. No era como suele pensarse un camino por el que solo entraban influencias, habilidades y nuevas invenciones, también salía mucha información rumbo al norte. La Europa del siglo X era, por decirlo de forma que todos lo entendamos, pobre y bárbara en el norte y rica y civilizada en el sur. Quizá reinos como los de León o Navarra nos pueden parecer atrasados a los ojos de hoy, pero los peregrinos venían de lugares a menudo mucho más menesterosos que ni siquiera habían formado parte del imperio romano. A juicio de algunos especialistas como mi amigo Alberto Garín que tiene estudiado el tema muy a fondo, los peregrinos se llevaron más saberes de los que trajeron. La vía también sirvió para que población franca se estableciese voluntariamente en la península contribuyendo así al esfuerzo repoblador de los reyes hispanos.

Culturalmente los hispanos del norte y la gente de ultrapuertos eran muy afines por lo que el tráfico de personas e ideas era fluido. Aparte del cristianismo de estricta obediencia a Roma el idioma era más o menos común. El latín se había empezado ya a descomponer en lenguas romances que en origen debieron ser inteligibles entre sí. Esas lenguas que se hablaban en los siglos IX y X no nos han llegado ya que la documentación oficial, ya fuese esta de tipo religioso o administrativo, se escribía en latín. Los pocos que podían leerla conocían bien esta lengua y si tenían que transmitir su contenido al pueblo llano lo hacían de forma oral en la lengua del lugar. No existía todavía nada parecido al castellano, el leonés, el catalán, el portugués o el aragonés, sino dialectos locales más o menos cercanos al latín del que habían surgido y que estaban evolucionando a gran velocidad, prestándose términos entre ellos y tomándolos también del árabe andalusí. Nuestros antepasados no estaban obsesionados con la pureza de la lengua, la veían más como un código con el que se entendían con sus vecinos. Esos códigos fueron diferenciándose y ahí es donde entraba el latín como lengua culta, la única digna de ser utilizada para la escritura, que por su difusión era entendida en todo el Occidente europeo.

En el siglo X la entidad política más poderosa y próspera de ese Occidente era Al Ándalus. La ciudad de Córdoba creció y las formas culturales se sofisticaron durante el califato. Los andalusíes no solo controlaban la parte más rica y urbanizada de la península, sino que estaban en contacto mercantil y cultural continuo con África y el Levante mediterráneo. La prosperidad material y el poder político han sido como siempre imanes culturales porque todos queremos parecernos al rico y exitoso y no al pobre y al fracasado. En nuestro

tiempo lo vemos con el inglés y con todo lo que sale de Estados Unidos. Hace mil años ese poder de atracción lo tenía el mundo islámico que atravesaba su periodo dorado. La región de Europa occidental que tenía un contacto más directo con el islam eran los reinos hispanos del norte. Muchos avances técnicos, inventos revolucionarios como el papel o juegos como el ajedrez entraron en Europa desde Al Ándalus atravesando primero los reinos cristianos del norte. También lo hicieron las formas artísticas. Estilos como el gótico le deben mucho más de lo que pensamos a la arquitectura islámica que los cristianos de León, Navarra o los condados catalanes veían en Al Ándalus y que no tardaban en replicar en sus propios edificios. La ruta jacobea, concebida en origen como una peregrinación religiosa, se convirtió así en un itinerario comercial que sirvió a los reinos por los que pasaba, esencialmente los de León, Castilla, Navarra y Aragón, a estructurar el territorio, llenarlo de iglesias, monasterios y nuevas comunidades.

A pesar de la importancia que se ha dado a la repoblación durante los primeros siglos, a menudo no hubo una repoblación propiamente dicha y realizada desde arriba. Incentivos para poblar una tierra siempre existieron porque más habitantes significaba una base fiscal mayor con la que acrecentar el poder de los señores y del propio rey, pero era habitual que más que repoblar se organizase población ya existente, que debía estar dispuesta siempre a resistir las aceifas que enviaban los califas para obtener botín y esclavos. Poco era lo que podían oponer los cristianos salvo resistencia y algunas incursiones en territorio musulmán con idénticos objetivos. El califato estaba dividido en varias provincias, las que hacían frontera con territorio cristiano se llamaban marcas. La marca inferior estaba situada en lo que hoy es el centro de Portugal y su capital era Mérida, la marca media ocupaba la submeseta sur y su capital era Toledo, por último, la marca superior cubría el valle del Ebro y su centro administrativo estaba en Zaragoza. En todos los casos eran ciudades romanas que luego jugaron un papel importante durante el reino visigodo y que se transformaron en ciudades andalusíes principales. Las marcas estaban bien delimitadas por una barrera natural en el centro, las serranías del Sistema Central, que llenaron de atalayas y castillos para controlar los pasos montañosos. Una de esas fortificaciones fue Madrid que con el correr del tiempo se convertiría en Corte de los reyes de España y capital del Estado liberal a partir del siglo XIX. La primitiva Madrid estaba emplazada en alto en un cerro sobre el valle del río Manzanares que desciende desde el cercano Guadarrama. En el valle del Ebro durante mucho tiempo los señores cristianos se mantuvieron al abrigo del prepirineo y fue allí donde surgieron sus primeras capitales como Pamplona, que ya existía desde tiempos de Roma, o Jaca, que nació

como un campamento del reino de Navarra en la canal de Berdún, un valle transversal separado de la marca superior andalusí por las sierras prepirenaicas. Tanto Pamplona como Jaca se beneficiaron mucho del camino de Santiago ya que ambas se sitúan a pie de los puertos de Roncesvalles y Somport. En ambas ciudades no mucho después se terminarían levantando sendas catedrales románicas de grandes dimensiones

Esa frontera entre el cristianismo y el islam, un tanto difusa en muchos periodos y con muy pocos avances, se mantuvo durante tres siglos hasta que en el siglo XI el califato saltó por los aires desangrándose en una prolongada guerra civil. Fue entonces cuando dio comienzo de verdad lo que hoy conocemos como reconquista.

Capítulo IV.
HISPANIA RECOBRADA

El uso del término reconquista acarrea, como tantos otros en nuestro tiempo, algo de polémica. Arguyen sus detractores que es relativamente reciente, pero por relativo hay que entender los últimos doscientos años. Los historiadores empezaron a emplearlo a principios del siglo XIX y se ha seguido haciendo hasta nuestro tiempo. No solo en España sucedió esto, la historiografía portuguesa también se refiere a este periodo con el mismo término que, por lo demás, ha pasado a otros idiomas traducido o en su versión original. En francés lo llaman *reconquête*, en italiano *riconquista* y en alemán *rückeroberung*. Como es obvio, los hispanos de los siglos XI, XII o XIII no hablaban de reconquista, sino de conquista sin más, pero tenían muy claro que todo lo que conquistaban había sido antes de sus antepasados. Eso, por descontado, no lo hacían para legitimar la conquista, sino para explicarse lo que estaban haciendo. En aquellos tiempos todo lo que consistiese en arrebatar territorios al infiel estaba legitimado de por sí, era algo que no hacía falta ni justificar. La religión lo ocupaba todo y solo existía una verdadera, por lo que su obligación moral era llevarla a todos los rincones de la Tierra y expulsar a los que no comulgaban con ella. Esto no era privativo de los cristianos, los musulmanes hacían lo mismo. La guerra se percibía como algo noble y glorioso, a menudo revestido de sacralidad. El vencedor estaba en pleno derecho de apropiarse de la vida y la hacienda de los vencidos. Algo así ni se discutía por lo que no tiene mucho sentido, y además no nos explica nada, aplicar criterios morales propios de nuestros días a lo que hicieron nuestros ancestros de hace un milenio.

Para entender lo que sucedió y ponerlo en su contexto histórico lo mejor es ir al inicio, al momento mismo de la conquista musulmana a principios del siglo VIII. El reino visigodo, como hemos visto en capítulos anteriores, implosiona en muy pocos años porque la mayor parte de los habitantes del reino se entregan sin oponer resistencia.

Los nuevos gobernantes recogen la legitimidad de los godos y la incorporan como propia, pasan a ser los nuevos reyes de la Hispania goda, aunque no profesen la misma religión, es decir, hay una continuación entre los reyes godos y los emires en tanto que estos últimos se han hecho con prácticamente toda la península incluyendo las partes de reino visigodo de allende los Pirineos como la provincia de Septimania. Llegaron a pactos de vasallaje con los señores locales y con los obispos, y quien no les opuso resistencia conservó su vida, sus bienes y no fue reducido a la esclavitud. Las primeras monedas que se acuñaron incluían, tal y como veíamos anteriormente, la leyenda Al Ándalus y, en el reverso, la leyenda Hispania. La continuidad parecía evidente, los representantes de un monarca poderoso y lejano habían sustituido a los monarcas locales sin que nada fundamental cambiase, pero a lo largo de los dos siglos siguientes sucedieron varias cosas que sí hicieron cambiar lo fundamental. Los emires no terminaron adoptando la religión y la lengua de sus súbditos como sí habían hecho los visigodos al llegar a la península en el siglo V. En ambos casos era una minoría guerrera que se hizo con el control del territorio sometiendo a sus habitantes, pero los godos, que ya hablaban latín cuando cruzaron el Pirineo, se hispanizaron mientras que los musulmanes evitaron hacerlo y fueron imponiendo paulatinamente la lengua árabe, la religión islámica y costumbres traídas del norte de África y el Levante. Ese proceso de deslatinización y descristianización de la antigua Hispania comenzó con la invasión y fue lento pero avanzó decididamente durante los siglos VIII y IX. Los naturales del lugar se convirtieron porque había poderosos reclamos para hacerlo, algunos con el tiempo llegaron incluso a fabricarse árboles genealógicos que partían de la misma Arabia. La lengua de los conquistadores se expandió asimismo a mucha velocidad. Durante un tiempo convivió con el latín, que tuvo su propia evolución en lo que hoy conocemos como mozárabe o romance andalusí, pero Al Ándalus no miraba al norte, sino al sur por lo que sus intercambios comerciales y culturales se hacían preferentemente en esa dirección. La lengua litúrgica y la de la administración pasó a ser el árabe, la aculturación fue paulatina pero intensa y alcanzó a todos. Los principales usuarios de una lengua, no lo olvidemos, somos los propios hablantes que elegimos una u otra en función de su utilidad. En Al Ándalus llegó un momento en el que el latín dejó de ser útil y pasó a serlo el árabe.

Para mediado el primer tercio del siglo X, momento en el desapareció el califato de Córdoba, todos los elementos culturales de la Hispania de los godos habían desaparecido de Al Ándalus que ya se había convertido en otra cosa, ni mejor ni peor, simplemente en otra cosa. La lengua árabe desarrolló unas características propias en el emirato dando lugar al árabe andalusí, un dialecto que provenía

directamente del árabe hablado en el Magreb y ya alejado del árabe que se hablaba en la península arábiga. Algo similar, en definitiva, a lo que había ocurrido mil años antes con el latín. Cuando los conquistadores romanos llegaron a la península no impusieron directamente su idioma, pero sí crearon los estímulos adecuados para que la población indígena lo aprendiese y se lo transmitiera a sus hijos. Ese latín hispano adquirió vida propia y los escritores clásicos dan fe de cómo los habitantes provenientes de Hispania lo hablaban de un modo un tanto peculiar con un acento muy distintivo. La diferencia entre romanos y musulmanes fue que los primeros se encontraron en un entorno plurilingüe, antes de ellos los habitantes de Hispania no se entendían entre ellos y ni siquiera tenían noción de formar una comunidad única, eran los fenicios, los griegos o los romanos los que hablaban de íberos e hispanos, no los propios hispanos, que no se tenían por tales. Los musulmanes llegaron a un territorio con una única lengua y eso no les planteaba problema alguno. La expansión del islam durante el primer siglo fue tan veloz que allá donde iban llegando se encontraban comunidades que empleaban el griego o el latín. Todo el Levante mediterráneo, los actuales Siria, Jordania, Palestina y el Líbano eran grecoparlantes desde antes de la irrupción del imperio romano, pero sus pobladores fueron abandonando esa lengua, que era la del emperador de Bizancio y las iglesias cristianas locales, por el árabe. Algo similar sucedió en el norte de África desde Egipto hasta el Magreb. Lo mismo pasó en Hispania sin que nadie se preocupase por ello porque el proceso de cambio no fue ni rápido ni traumático. Hoy tendemos a atar nuestra identidad al idioma, nuestros antepasados no eran tan esencialistas con este tema.

En el norte eso no sucedió. Entre el reino godo y los reinos de Asturias, Navarra y Aragón y los condados catalanes no hubo una continuidad política, pero sí cultural. Esto es algo innegable y no admite discusión. Las crónicas encargadas por los reyes astures en el siglo IX están redactadas en latín y la administración palatina que fueron creando estaba inspirada en la del reino de Toledo. La religión era la misma, aunque el cristianismo norteño evolucionó con el del resto de Europa occidental, mientras que en Al Ándalus se quedó aislado y sus obispos o no pudieron o no quisieron hacer lo propio. La reforma gregoriana del siglo XI alcanzó de lleno a los cristianos del norte, pero no a los de Al Ándalus, que se mantuvieron apegados a la liturgia hispánica heredera de los godos durante siglos. El rito romano se adoptó primero en la Marca Hispánica creada por los carolingios y luego se extendió por todo el norte de la península. El número de cristianos en Al Ándalus fue disminuyendo hasta constituir una minoría, incluso en ciudades que albergaban sedes episcopales de

importancia como Toledo, Mérida o Zaragoza. Cuando en el año 1085 los leoneses conquistaron Toledo se encontraron con esa minoría cristiana en la que no terminaban de verse reflejados porque, por un lado, hablaba un romance que no entendían del todo y, por otro, empleaban una liturgia en misa que les era ajena. Impusieron, naturalmente, el canon romano, no porque al mozárabe lo considerasen herético, sino porque estaba anticuado y no respondía a los tiempos. Un sentimiento parecido al que los católicos posconciliares de nuestros días albergan hacia los que se mantienen fieles a los ritos tridentinos. Aunque aquellos reyes de León decían sentirse vagamente vinculados con los ya lejanos reyes godos y así lo consignaban en sus crónicas, habían alumbrado una realidad política distinta, aunque culturalmente estaba emparentada con la Hispania del bajo imperio del periodo visigodo.

Esas dos realidades políticas y culturales son las que se enfrentan en la conocida como reconquista, un término que, por convencional, es útil ya que todo el mundo lo conoce. El primer e irrenunciable objetivo del historiador y del divulgador histórico es hacerse entender. Por ello lo seguiré utilizando en las líneas que siguen como en las anteriores empleé los términos Bizancio y bizantino, otra convención historiográfica decimonónica para referirnos al imperio romano de Oriente. Esa reconquista no dio comienzo hasta el siglo XI. En los tres siglos precedentes hubo enfrentamientos documentados entre cristianos y musulmanes, especialmente en Navarra y Cataluña, pero la guerra no fue la norma. Durante ese tiempo tanto unos como otros lo emplearon para afianzar su propia posición. Fue entonces, tal como vimos en el capítulo anterior, cuando surge el reino asturiano que luego se transforma en reino de León y cuando aparecen los reinos y condados pirenaicos. El propio Al Ándalus, cuyos problemas internos eran continuos se atrincheró tras las marcas y transitó de la dependencia política de Damasco a un emirato independiente y luego a un califato autónomo que duró un siglo casi exacto, desde su proclamación por Abderramán III en el año 929 a la deposición del último califa Hisham III en 1031.

La implosión del califato tuvo lugar en el mayor de los conflictos civiles que jalonaron la historia de Al Ándalus. Fue tan prolongado y de tales dimensiones que se le conoce como la fitna de Al Ándalus de forma genérica a pesar de que fitnas (guerras civiles) hubo varias. Esta fitna estalló en el año 1009 tras el derrocamiento de Hisham II y concluyó dos décadas después. El califato se fragmentó en un puñado de taifas. El término taifa se traduce del árabe como facción o bandería, algo que había existido desde el mismo origen del emirato en el siglo VIII ya fuese por diferencias de origen o por situación geográfica. Al Ándalus era extenso y no todas sus provincias estaban

sujetas al mismo grado de control por parte de la administración cordobesa. Algunas eran más ricas y otras, en cambio, malvivían en terrenos montañosos de los que poco se podía sacar. La marca superior, la del valle del Ebro, por ejemplo, era muy próspera ya que allí la agricultura siempre fue muy productiva. Lo mismo sucedía con las de Levante que, además, estaban abiertas al comercio mediterráneo lo que les aportaba recursos y autonomía. La introducción del papel en la península que comentaba más arriba se produjo por ahí, la primera fábrica de papel del Occidente europeo está documentada en la localidad valenciana de Játiva. Desde el momento mismo de la conquista varios eran los grupos de poder primero del emirato y luego del califato. En la cumbre se situaban los árabes o los que decían tener ascendencia árabe. Provenir de la tierra del profeta daba un extra de legitimidad. Por debajo se encontraban los llegados de Siria y los bereberes del norte de África, que siempre debieron ser los más numerosos, aunque solo fuese por la cercanía geográfica. Esas fracturas étnicas y territoriales eran un caldo de cultivo perfecto para las desavenencias, las rebeliones y las guerras civiles. La fitna de 1009 a 1031 fue una de ellas con la particularidad de que, en el largo plazo, tuvo consecuencias dramáticas para la permanencia de la lengua árabe y la religión islámica en la península.

Tras el fin del califato surgieron emiratos independientes, generalmente asociados a un clan como el de los hudíes zaragozanos, los ziríes granadinos, los abadíes sevillanos, los amiríes valencianos o los aftasíes de Badajoz. Estas taifas fueron variando en número y extensión, pero no se volvió a unificar el califato. Eso fue aprovechado de inmediato por los cristianos del norte, que en la segunda mitad del siglo XI avanzaron hacia el sur tratando de ganar terreno a los musulmanes. El aquel momento el mayor de los reinos cristianos era el de León seguido del de Navarra, que aún se conocía como de Pamplona y que atravesó durante el tránsito del siglo X al XI su periodo de mayor florecimiento político. Entre medias se encontraba un condado que empezó a consignarse en las crónicas como de Castilla, seguramente por la proliferación de castillos que observaron los contemporáneos. El conde de Castilla, en origen un simple vasallo del rey asturiano, adquirió cierta autonomía en el siglo X con un conde llamado Fernán González. En el año 1028 Sancho III de Pamplona heredó el condado y lo incorporó a sus dominios, pero a su muerte se lo entregó a su hijo Fernando que convirtió el condado en un reino independiente que, de ahí en adelante, se uniría y separaría de León hasta su unificación definitiva en 1230.

Los monarcas castellanos y leoneses gobernaban sobre el reino cristiano más extenso y justo al sur se habían quedado dos taifas débiles sobre las que tras las periódicas expediciones de saqueo que se

venían haciendo desde hacía siglos se podía forjar una gran conquista, más aún cuando los emires de Toledo y Badajoz solían estar a la gresca consumiéndose mutuamente. La más apetitosa era la de Toledo cuyo contenido simbólico era enorme. Los reyes leoneses se veían en la posición ventajosa de exigir tributos a los emires de estas taifas a cambio de disfrutar de periodos más o menos prolongados de paz, pero Toledo había sido la sede del poder godo siglos antes, algo que se repetía incansablemente en las crónicas. Volver a reinar desde aquella ciudad tenía un significado que el resto de los reyes cristianos peninsulares entenderían a la primera. La noticia alcanzaría Roma y se hablaría de ella en toda la cristiandad occidental, que en aquel momento se preparaba para la primera cruzada. Toledo era no solo la capital de un importante reino moro, sino que su obispo era el primado de Hispania, al menos sobre el papel, ya que el número de cristianos en la ciudad era pequeño. En el año 1080 Alfonso VI buscó y encontró un *casus belli* y decidió pasar a la ofensiva. Cruzó los puertos del sistema central y fue apoderándose de plazas y castillos. El rey entró en la ciudad después de un largo asedio en mayo de 1085. Aquello ponía fin a casi 375 años de dominio musulmán sobre Toledo, tiempo más que sobrado para que se islamizase en su práctica totalidad. Alfonso VI prometió respetar a los musulmanes locales y que mantuviesen sus mezquitas. La ciudad era grande para los estándares de la época, tenía unos 30.000 habitantes y mucha actividad comercial. El rey se hizo intitular «ex et imperator totius hispaniae» (rey y emperador de todas las Españas) al tiempo que mostraba su intención de reinar tanto sobre moros como sobre cristianos, una constante esta que se mantendría hasta el siglo XV cuando los Reyes Católicos tras la conquista de Granada mostraron su intención de reinar sobre ambas comunidades religiosas.

Pero pregonar la voluntad de ser rey de moros y cristianos no era sinónimo de llevarlo a término. A pesar de sus promesas de proteger al islam y al judaísmo en pie de igualdad con el cristianismo el monarca leonés empezó a legislar a favor de los súbditos que profesaban su religión y la lengua de la administración pasó a ser el latín y el romance castellano que estaba dando sus primeros balbuceos escritos en aquella misma época. Toledo y la vega del Tajo, que en algunas zonas es muy feraz, pudo ser colonizada por leoneses y castellanos llegados desde el norte. Toledo dejaba de mirar al sur para empezar a hacerlo hacia el norte. El primer obispo de la Toledo recuperada fue un monje benedictino de origen franco llamado Bernardo de Sedirac que había ejercido de abad en Sahagún hasta ese momento. Pero lo más importante de la conquista de Toledo más allá de su simbolismo era que los cristianos arrebataban por primera vez a los musulmanes una ciudad importante y toda su provincia. Más al oeste, en lo que

hoy es Portugal, los leoneses avanzaron en estos mismos años desde el norte hacia el valle del río Mondego y se apoderaron de la ciudad de Coímbra que había custodiado el acceso a la marca inferior de Al Ándalus durante mucho tiempo. Coímbra pasó a integrarse en el más occidental de los condados leoneses, el de Portucale que había surgido a finales del siglo IX.

El debilitamiento de los emiratos musulmanes de Al Ándalus, que era recibido en Roma y en toda la cristiandad con regocijo, provocaba preocupación en el norte de África. Fue allí, entre los bereberes del Sáhara donde mediado el siglo XI surgió un movimiento religioso que se extendió raudo por todo el Magreb. Sus partidarios, llamados almorávides hacían una interpretación del islam muy rigorista. Habían partido del desierto vestidos totalmente de negro al modo de los tuaregs. Fundaron una nueva ciudad a sus puertas, Marrakech, y, centralizando el poder desde allí, iniciaron una serie de campañas que culminaron en la década de 1080 con su entrada en la península ibérica. Seguramente les interesaba cruzar el estrecho porque todos los movimientos de estas características tienen mucho empuje en sus inicios, pero la iniciativa no partió de ellos, fueron los emires de las taifas andalusíes los que requirieron sus servicios para enfrentar la amenaza cristiana que se había cobrado una presa, Toledo, y podría cobrarse otra, Zaragoza, si no se reforzaba el valle del Ebro y de modo general las defensas de Al Ándalus. Un ejército almorávide cruzó el estrecho y junto a tropas de varias taifas andalusíes fue en busca de Alfonso VI, se lo encontró cerca de Badajoz y le derrotó. Los almorávides en principio no querían sustituir a los emires locales, simplemente se quedaron como consejeros advirtiéndoles del relajo de sus costumbres y de que eso era la causa de que hubiesen sido humillados por los cristianos. Pero los consejeros a veces no se conforman con eso y quieren el negocio entero. Eso mismo fue lo que pasó con los almorávides, que en el año 1090 volvieron a cruzar el estrecho, pero esa vez ya para apoderarse de todo Al Ándalus. Querían primero recuperar Toledo, no lo consiguieron, pero sí fueron sometiendo a todas las taifas peninsulares.

Los años de la invasión almorávide coincidieron con los de un caballero castellano, Rodrigo Díaz de Vivar, más conocido como el Cid campeador, que luchó para los cristianos, pero también como soldado de fortuna para los musulmanes. Las relaciones entre los emiratos del sur y los reinos del norte eran muy fluidas y no siempre malas. Se sabían enemigos, pero en ocasiones les interesaba pactar. Los emires peleaban a menudo entre ellos y lo mismo ocurría entre los reyes cristianos. La religión importaba, pero en el corto plazo las urgencias del momento se imponían. La irrupción de los almorávides terminaría por debilitar aún más la posición de Al Ándalus ya que su imperio

entró pronto en decadencia. A principios del siglo XII los aragoneses que llevaban siglos resguardados en las gargantas de los Pirineos descendieron hasta el valle del Ebro y en unos pocos años se hicieron con Huesca y con Zaragoza. Huesca la conquistó Pedro I de Aragón, Zaragoza Alfonso I. Tras aquello los emires almorávides empezaron a tener problemas cada vez más serios en Al Ándalus que desembocaron en la disgregación de su imperio. Pero el norte de África era un hervidero de misticismo religioso. Tan pronto como los almorávides desaparecieron de escena entraron otros, los almohades, surgidos entre los bereberes del Atlas. Su evolución fue similar, se expandieron muy rápido por el Magreb y luego cruzaron el estrecho para reunificar las taifas y enfrentarse a los cristianos cuyos avances hacia el sur eran incesantes.

La regla general era que el territorio que los reyes cristianos arrebataban a Al Ándalus ya no lo perdían. Eso les obligó a ingeniar el modo de repoblar con urgencia aquellas zonas recién conquistadas. Durante los dos primeros siglos de reconquista se empleó un método conocido como presura, que consistía en apropiarse de la tierra sin más. El que estuviese dispuesto a ocupar un territorio y trabajarlo podía hacerlo ya se tratase de un grupo de colonos o de una comunidad monástica. La sola presencia en el lugar era el equivalente a un título de propiedad ya que antes esa tierra no tenía dueño. El sistema de presura funcionó muy bien en el valle del Duero, no muy poblado, de gran extensión y sin más amenazas que las aceifas estacionales que provenían de Al Ándalus. En el siglo XI con la conquista del valle del Tajo la presura se perfeccionó mediante la llamada repoblación concejil. A diferencia del del Duero, el valle del Tajo había formado parte de Al Ándalus durante mucho tiempo, su población era más numerosa y estaba bien organizada. Tras la llegada de los cristianos no toda la población local se marchaba, tan solo una parte, el resto se quedaban, pero la administración pasaba a ser cristiana y se establecían en ella colonos llegados desde el norte. Los que acudieron a poblar las vegas de la antigua taifa de Toledo recibieron tierras de labranza y, una vez allí, los colonos se agrupaban en concejos que disfrutaban de un fuero concedido por el rey o por los señores a quienes se les había entregado tierra en reconocimiento por los servicios prestados. La figura de los fueros fue un elemento fundamental en los reinos cristianos. El fuero recogía los derechos y deberes de los pobladores de un lugar determinado y establecía los impuestos que habrían de pagarse. Hubo fueros en todos los reinos cristianos ya que todos se encontraron con el problema del repoblamiento. Necesitaban atraer gente y un buen fuero hacía bien ese trabajo. Permitían que la frontera avanzase y que, al tiempo, estuviese poblada por súbditos leales avisados de que si perdían la

ciudad perdían algo que les pertenecía. Los primeros fueros se concedieron en el reino de Asturias en el siglo IX y el ejemplo cundió. Tanto en León como en Castilla toda ciudad que se preciase de tal, contaba con fuero propio con el que se regía la ciudad misma y el llamado alfoz, es decir, los campos que la rodeaban. Algunos estaban tan bien hechos que se utilizaban como base para el de otras fundaciones. El de Sepúlveda, por ejemplo, en la actual provincia de Segovia, sirvió de inspiración para muchos otros. Este de Sepúlveda lo concedió Alfonso VI en el año 1076 y en él se contemplan infinidad de privilegios con los que contaban los que quisiesen establecerse en aquella villa. Toda esa zona del centro peninsular era estratégica ya que acababa de ser tomada a los musulmanes y tenía que retenerse a cualquier precio. Para ello nacieron las llamadas comunidades de villa y tierra. La unidad política estaba constituida por una villa y las tierras de los alrededores que quedaban divididas en sexmos. El órgano de gobierno de estas comunidades era un concejo formado por los vecinos que contaba con gran autonomía y que es el antecedente directo de los cabildos que siglos más tarde se establecieron en América y de los municipios actuales.

La labor repobladora y el crecimiento constante de los reinos cristianos tanto en términos geográficos como económicos hizo más compleja la administración por muy descentralizada que esta estuviese. Gobernar se hizo más difícil, los monarcas, la Iglesia y los concejos demandaban profesionales que no abundaban y que era necesario formar antes. En tanto que había que dejarlo todo por escrito, a ser posible en latín, hacía falta gente que dominase la escritura y la lengua latina, que para entonces ya entrañaba cierta dificultad porque había dejado de hablarse y solo se conservaba en su forma escrita. Fue entonces cuando empezaron a surgir los estudios generales patrocinados por la corona, la Iglesia o las autoridades locales deseosas de formar a sus cuadros y de atraer población y talento. El primero de ellos fue el de Palencia, creado en Castilla en 1212 durante el reinado de Alfonso VIII, seguramente por presión de la Iglesia. El de Palencia estuvo solo unos años en activo, a mediados del siglo XIII ya había desaparecido. En paralelo al de Palencia, el rey de León Alfonso IX había creado su propio estudio en Salamanca, ese sí tuvo continuidad y se terminaría convirtiendo en la Universidad de Salamanca tras la bula que el papa Alejandro le concedió en 1255. En esto de crear universidades los reinos hispanos fueron muy precoces. La de Salamanca es la cuarta universidad más antigua del mundo, la de Coímbra la séptima y la de Valladolid la octava. Contar con el aval pontificio era importante porque significaba que sus egresados podían ejercer en todo el orbe cristiano. La de Salamanca pronto adquirió prestigio por su enfoque jurídico, pero no fue la única. A finales del

siglo XIII se establecieron otras dos en Valladolid y Lisboa. Esta última se trasladó a Coímbra posteriormente. En la corona de Aragón el primero de los estudios llegó en el siglo XIV en Lérida por iniciativa de las autoridades municipales. Siglo y medio más tarde se creó otro estudio en Barcelona y en el año 1500 otro más en Valencia. En esa misma época nacieron las universidades de Santiago de Compostela y Alcalá de Henares, ambas a iniciativa de eclesiásticos. El impulsor de los estudios compostelanos fue Alfonso de Fonseca, arzobispo de Santiago, el de los complutenses Francisco Jiménez de Cisneros, arzobispo de Toledo, que creó el primer campus universitario propiamente dicho. Disponer de especialistas versados en letras y ciencias se demostró de vital importancia para el gobierno de unos reinos en constante expansión ya que dominar la pluma era tan importante como dominar la espada. El papel de esa pequeña élite universitaria sería crucial siglos más tarde cuando los reinos peninsulares comenzaron su expansión ultramarina.

A principios del siglo XIII los reinos cristianos eran ya en su conjunto más extensos que Al Ándalus. La frontera por el oeste había bajado hasta Lisboa y por el este hasta Teruel. El reino de Aragón había crecido mucho, en parte por las conquistas de Alfonso I y en parte por el matrimonio de Petronila de Aragón con Ramón Berenguer IV, conde Barcelona, el mayor de los condados catalanes. Su hijo, Alfonso II, reinaría desde 1164 como monarca común dando origen a la corona de Aragón. Ese proceso de concentración política se dio también entre León y Castilla, que quedarían unidos a partir de 1230. En el oeste el condado de Portucale, que ya actuaba de forma autónoma desde mucho antes, se convirtió en reino en el año 1157 con Alfonso I gracias a una bula del papa Alejandro III. Empezó a ser conocido como Portugal, un nombre que proviene directamente de la ciudad de Oporto, una antigua ciudad romana en la desembocadura del Duero que había sido reconquistado en el año mil. En la sociedad de aquel tiempo los títulos importaban. No era lo mismo ser conde, marqués o duque, existía una jerarquía clara en cuya cúspide se encontraba el rey. El papa había reconocido al conde de Portucale como rey, frente a eso su antiguo señor, el monarca leonés, nada podía hacer salvo fijar convenientemente los límites de ambos reinos para ahorrarse discusiones. Un rey no podía ser vasallo de otro, a lo sumo aliado, de ahí la importancia de los matrimonios de sangre azul. Casar bien a los hijos era tan importante como tenerlos. Los nobles trataban de emparentar solo con nobles y los reyes con reyes. La costumbre se ha mantenido hasta muy recientemente. Recordemos que Felipe VI, actual rey de España, es hijo de Juan Carlos I de España y, por parte de madre, nieto de Pablo I de Grecia.

Portugueses, leoneses, castellanos y aragoneses hacían frontera

directa con el islam. Navarra ya se había quedado encajonada entre Aragón y Castilla, pero sus monarcas siguieron imbuidos durante mucho tiempo del espíritu de cruzada tal y como se vería en la batalla de las Navas de Tolosa, en la que Sancho VII de Navarra se distinguió capitaneando la carga sobre el palenque del emir almohade. Esa batalla, librada en la vertiente sur de Sierra Morena en julio de 1212, fue el punto de inflexión definitivo que marcó el final de Al Ándalus. Abrió las puertas del valle del Guadalquivir a los castellanos y dejó tan debilitados a los emires levantinos que los aragoneses pudieron tomar las islas Baleares y la costa levantina unos años después y de forma muy rápida. Las Navas de Tolosa fue una gran batalla campal algo que, a pesar de la idea general que tenemos de la reconquista, no fue la tónica general. En estos siglos abundaron las batallas, pero, como los ejércitos eran de pequeño tamaño, a menudo se quedaban en enfrentamientos menores que no decidían demasiado. Lo que marcaba un avance o un retroceso era tomar o perder una ciudad importante, tras ella caía el alfoz y los castillos. En las Navas de Tolosa no sucedió nada de eso. Dos grandes ejércitos, el almohade llegado desde el Magreb y reforzado con una recluta en Al Ándalus, se vio las caras con un combinado cristiano. Todos los reinos con la excepción de León intervinieron en la batalla que se saldó con una victoria total para las armas cristianas. Aquello terminaría provocando la disolución del imperio almohade y la formación en la península de nuevos reinos de taifas. Eso permitió en los años siguientes un avance rapidísimo en todos los frentes, algo como no se había visto en los siglos precedentes. Los aragoneses de Jaime I conquistaron Mallorca y Valencia entre 1229 y 1238. Los portugueses de Alfonso III llegaron hasta el Algarve dando por concluida su reconquista en 1249 con la toma de Faro. Los castellanos de Fernando III entraron en Córdoba y Sevilla entre 1236 y 1248 que habían sido hasta ese momento las dos principales ciudades andalusíes. La primera durante siglos había albergado el emirato y el califato y la segunda servía como capital de los almohades. Con ellas el valle del Guadalquivir, la antigua Bética romana, el lugar más rico y urbanizado de toda la península ibérica, se integraba en la corona de Castilla. Alfonso X, hijo de Fernando III, se encargaría en los años siguientes de consolidar la posición y recobrar Cádiz y se terminó de hacer con Murcia, conquistada años antes por Jaime I de Aragón.

Al terminar el siglo XIII todas las taifas a excepción de la de Granada habían pasado a mejor vida. De este último impulso reconquistador el gran beneficiado era el reino de Castilla que desde sus humildes orígenes en el norte de la actual provincia de Burgos se había ido abriendo en abanico hacia el sur. Eso convirtió a los monarcas castellanos del siglo XIV en los más poderosos de la

cristiandad hispana. Sus dominios iban del mar Cantábrico al estrecho de Gibraltar y de la costa atlántica al valle del Ebro. En su interior se encontraban algunas de las ciudades más importantes de la península y los valles del Duero, el Tajo, el Guadiana y el Guadalquivir. La de Castilla era una historia de éxito inesperado. En solo dos siglos había pasado de ser un pequeño condado dependiente de León que ocupaba una estrecha franja longitudinal en la submeseta norte, a ser el poder peninsular central. Esto le ocasionó infinidad de problemas internos que se desarrollaron en el siglo XIV en forma de guerras civiles. Tuvieron también que repoblar a toda prisa las regiones conquistadas para evitar que se rebelasen. La repoblación de la mitad septentrional de la meseta había sido relativamente sencilla, en parte porque ya había población previa allí y no hubo más que reorganizarla, y en parte porque el enemigo estaba lejano y solo se dejaba caer de vez en cuando. En la submeseta sur el sistema de concejos combinado con las órdenes militares funcionó más o menos bien. Las órdenes militares, aparecidas entre los siglos XII y XIV a imagen y semejanza de las de Tierra Santa resultaron de gran ayuda. La primera en fundarse fue la de Calatrava en 1158 en el reino de Castilla. Luego llegarían la de Santiago en 1170 y la de Alcántara en 1175, ambas en el reino de León. En Portugal se fundó en 1211 la Orden de Avis y en Aragón la de Montesa en 1317. Las órdenes, formadas por caballeros que eran monjes y soldados a un tiempo servían tanto para conquistar como para repoblar lo conquistado.

Pero el valle del Guadalquivir era otra cosa. Ese había sido el corazón de Al Ándalus y había demasiada gente. Para evitarse problemas en la retaguardia mientras avanzaba, Fernando III decidió ir vaciando las ciudades de sus habitantes. Antes de entrar les invitaba a abrazar el cristianismo o de lo contrario tendrían que marcharse. Con la ciudad ya vacía entraban los castellanos y establecían la nueva administración que se sabía rodeada de un entorno hostil. En el campo la población andalusí arabófona y de religión islámica seguía allí, muchos esperando la llegada de un salvador desde el norte de África como había sucedido con almorávides y almohades. Pronto se darían cuenta de que el campo habría que vaciarlo también y traer colonos desde el norte. Había sobrevivido además un pequeño reino musulmán, el emirato de Granada, que constituía una amenaza permanente. Pocos años después de la conquista, tras la revuelta mudéjar en Murcia y en algunas zonas de la baja Andalucía, los monarcas castellanos concluyeron que aquello era un polvorín y que necesitaban uniformizar la composición étnica de sus nuevos dominios.

La idea era expulsar a la población para así ahorrarse disgustos como el de Murcia, pero si los andalusíes salían la tierra quedaría sin

cultivar y se paralizaría la vida económica de las ciudades. Era un problema peliagudo porque la economía andalusí del valle del Guadalquivir era compleja y estaba muy especializada. La corona buscó pobladores en el norte prometiéndoles una tierra fértil de clima benigno. A eso le sumó incentivos fiscales y privilegios por asentarse más allá de Sierra Morena. En tanto que el rey era el propietario de toda la tierra conquistada podía hacer con ella lo que le viniese en gana. Una parte se la entregó a la aristocracia, a la Iglesia y a las órdenes militares, otra fue poblada con hombres libres llegados de todos los reinos hispanos. Para la aristocracia, la Iglesia y las órdenes militares reservó los llamados donadíos mayores. Para el resto se emplearon los heredamientos. La corona concedía cartas puebla, que no eran más que un tipo de fuero, a las comunidades que se estableciesen en los antiguos asentamientos andalusíes. Los nuevos vecinos conformaban un concejo y quedaba así incorporado a la corona. Salvo localidades de nueva creación la topografía andalusí se mantuvo convenientemente castellanizada. El propio nombre de la región, Andalucía, se tomó directamente de Al Ándalus, seguramente de forma espontánea por los nuevos pobladores. Los nobles, por su parte, se encargaron de atraer mano de obra por su cuenta prometiendo a los braceros castellanos del norte buenas condiciones de trabajo. Tanto a donadíos como a heredamientos les dieron en llamar repartimientos.

En las ciudades y el fondo del valle no encontraron muchas dificultades. Sevilla y Córdoba junto a toda su vega se repoblaron en pocas décadas ya que el lugar era muy atractivo. Para Sevilla y su comarca se constituyó una junta de repartimiento que se encargó de clasificar las propiedades y proceder a su adjudicación. El medio y el bajo Guadalquivir se repobló con gentes provenientes del valle del Duero, aunque también acudieron asturianos y gallegos. Sevilla era tan grande y prometía tanto que pronto se instalaron en la ciudad comerciantes catalanes y genoveses. El problema estaba en las zonas marginales fronterizas con el emirato granadino. La tierra era mucho más pobre y constante el peligro de incursiones musulmanas. Como consecuencia la raya de Granada se mantuvo semidespoblada durante mucho tiempo. Ya a finales del siglo XV con la liquidación del emirato nazarí por parte de los Reyes Católicos ese peligro desapareció, pero surgió otro, el de cómo repoblar el último reducto musulmán en la península. En Granada se procedió del mismo modo, pero los pobladores andalusíes, conocidos ya como moriscos, se mantuvieron allí casi un siglo más hasta que Felipe II tuvo que sofocar una rebelión e intensificar después la repoblación de la Alpujarra. Con grandes dificultades, por cierto, porque para entonces ya se había descubierto América y los peninsulares preferían emigrar a Nueva España que

hacerlo a Granada. En Mallorca y Valencia los reyes de Aragón también emplearon los repartimientos por idénticos motivos, no se terminaban de fiar de sus nuevos súbditos y querían gobernar sobre una masa lo más homogénea posible, así que incentivaron la emigración desde Aragón y Cataluña. Esto vendría a explicar la difusión de la lengua catalana hacia el archipiélago balear y la costa levantina. El resultado final de esos repartimientos medievales es que la mayor parte de los antepasados de los actuales andaluces, murcianos, valencianos y mallorquines son los colonos que llegaron desde el norte en aquellos años para sustituir a la población previa.

Los repartimientos de la baja edad media impidieron la aculturación paulatina de los andalusíes, un proceso que hubiese llevado mucho más tiempo y que no hubiera estado libre de problemas. La presencia del emirato de Granada y la cercanía del norte de África a las costas andaluzas y levantinas suponía una amenaza de que lo que se había ganado rápido podía perderse a la misma velocidad. Para entonces los reinos cristianos peninsulares contaban ya con lenguas romances distinguibles entre sí que, especialmente a partir del siglo XIV, empezaron a ser usadas de forma masiva en el medio escrito. El romance más extendido era el de Castilla por su condición de reino central. El castellano apareció en torno al siglo X como una lengua diferente del latín del que procedía. En aquel momento, de cualquier modo, era muy similar todavía al latín vulgar que en la península se había ido transformando desde el siglo V, momento en el que el imperio desaparece y las comunidades de hablantes quedan más o menos aisladas. Eso ocasionó que su forma de hablar evolucionase también aisladamente incorporando léxico del entorno. Un idioma es algo vivo y en constante evolución que pertenece a sus hablantes. Son estos mismos hablantes los que, generación tras generación, van adoptando cambios en la morfología, la sintaxis y la pronunciación. En definitiva, podemos llegar a conocer de dónde proviene un idioma, pero no hacia dónde va ya que eso dependerá del uso que le den sus propietarios. En la península ibérica el latín se partió en dos troncos que los lingüistas han denominado iberorromance y occitanorromance. Del primero proviene el castellano, el portugués, el gallego y el asturleonés. Del segundo el catalán, el valenciano, el aragonés y el occitano. Estas son las lenguas vivas que han llegado hasta nuestro tiempo, en el camino debieron formarse infinidad de dialectos intermedios que desconocemos. Las similitudes entre unas y otras en función de su origen son evidentes y no requieren mucha explicación. La preeminencia política, económica y demográfica de la corona de Castilla a partir del siglo XIII explica que su romance se extendiese rápidamente y adquiriese forma escrita en torno al año mil en el monasterio riojano de San Millán de la

Cogolla en las conocidas como Glosas Emilianenses. Es un breve pasaje, simples anotaciones a un texto mucho más extenso en latín. La lengua empleada por este monje anónimo no se parece mucho al castellano actual, pero permite hacernos una idea de cómo había evolucionado el latín hasta ese momento y, dado que se trata de anotaciones para facilitar la lectura, nos dice que ya ambas lenguas no eran mutuamente inteligibles porque el copista vio la necesidad de hacer unas aclaraciones en un idioma distinto, seguramente el que todos los capaces de leer el texto entendían sin problemas. Estas Glosas Emilianenses, descubiertas a principios del siglo XX, han dado lugar a un acalorado debate entre lingüistas ya que lo que puede leerse ahí no es castellano, sino un romance indefinido que bien podría identificarse con el navarroaragonés o con el castellano antiguo. La realidad es que esas glosas no son ni lo uno ni lo otro, es un simple romance que nos da muchas pistas sobre lo que nuestros antepasados hablaban a finales del siglo X.

Tres siglos más tarde los romances ya se distinguían mucho más, pero, aun así, el gallegoportugués y el castellano de la época eran todavía muy parecidos. Como decía anteriormente, la pureza lingüística era algo que a nuestros ancestros no les preocupaba mucho. El romance castellano se benefició y recibió su impulso definitivo con la conquista del valle del Guadalquivir ya que la corte castellana llegó a adquirir gran complejidad administrativa y, aunque el latín se siguió utilizando, el romance fue abriéndose camino ya que era el que entendía todo el mundo. El latín se reservó como lengua litúrgica y de prestigio, y como código para eruditos. Si se pretendía que algo se entendiese se consignaba en romance, si lo que se buscaba era transmitir algo más serio o que iba dirigido a un público internacional se empleaba el latín. No es casual, por ejemplo, que el Fuero Juzgo fuese redactado en castellano. El Fuero Juzgo no es más que la traducción del *Liber Iudiciorum* de los visigodos compilado por Recesvinto en el siglo VII. Seis siglos más tarde eran ya pocos los que entendían latín por lo que se hizo necesario volcarlo a la lengua romance que bien podría ser castellano o bien leonés. No importa porque eran muy parecidos, tanto que aún no se habían preocupado ni de etiquetarlos. Esa obsesión por encerrarlo todo en categorías cerradas y excluyentes es algo muy contemporáneo. El Fuero Juzgo fue otorgado por Fernando III en 1241 poco después de conquistar Córdoba a los musulmanes. En el fuero que concedió a la ciudad informa que:

> Estas son las cosas que yo don Ferrando rey do e otorgo al conceio de Cordoua por fuero. Otorgo et mando que el Libro Iudgo que les yo do, que ge lo mandaré trasladar en romanz et que sea lamado fuero de Córdoua con todas estas cosas sobredichas, et que lo ayan siempre por fuero et nenguno sea osado de lamarle de

otra guisa sinon fuero de Córdoua.

Como vemos no se refiere a lengua alguna, habla de romance sin más, pero la carta está escrita en un idioma que entendemos sin problemas casi ocho siglos después. Ese romance podía ser el antecesor del castellano o del asturleonés actual. La diferencia entre ambos es que lo que posteriormente sería llamado castellano se difundiría por toda la península y por medio mundo. En esa misma época un poeta riojano llamado Gonzalo de Berceo escribió un largo poema en cuaderna vía dedicado a Santo Domingo de Silos, un devoto monje benedictino del monasterio de San Millán que había sido canonizado poco antes. En la segunda estrofa dice:

Quiero fer una prosa en roman paladino
En qual suele el pueblo fablar a su veçino,
Ca non so tan letrado por fer otro latino,
Bien valdrá, commo creo, un vaso de bon vino.

Berceo transmite al lector desde el principio que el poema lo escribirá en «román paladino», la lengua en la que el pueblo habla con su vecino, es decir, la que todos entienden y que luego podrán reproducir. ¿Significa esto que a aquello que hablaban lo denominaban román paladino? No, en absoluto. Berceo está constreñido por la métrica, la cuaderna vía impone versos alejandrinos de catorce sílabas y rima consonante de modo que necesitaba un término que rimase con vecino, con latino y con buen vino. Cualquiera que haya tratado de componer un poema con rima consonante conoce en carne propia los malabarismos léxicos que hay que hacer para que la rima salga.

Este romance que leemos en las obras de Berceo es la lengua que emplearon los juristas de Alfonso X para redactar las *Siete Partidas*, un cuerpo normativo completo que pretendía reunir en una sola obra todo lo que se sabía de derecho, de ahí que se meta en áreas tan variadas como el derecho civil, el penal, el mercantil, el político y el procesal. Trataba de ser algo así como una enciclopedia jurídica. Cada una de las partidas tiene un propósito. La primera hacer ver que todo pertenece a Dios a través de la Iglesia. La segunda cómo debe un príncipe gobernar y cuáles son sus límites. La tercera incide en la idea de Justicia y cómo administrarla. La cuarta habla de cómo han de relacionarse las personas entre ellas ya sea en términos de vasallaje o matrimoniales. La quinta aborda los intercambios mercantiles y cómo deben realizarse conforme a la ley. La sexta se ocupa de los testamentos. La séptima se dedica al derecho penal en su integridad describiendo los posibles delitos y sus correspondientes castigos. Las *Siete Partidas* es una obra monumental que sirvió de base para todo el

derecho castellano durante siglos en los territorios controlados por la corona española. Lo regulaba casi todo y fue esa vocación enciclopédica la responsable de su longevidad. Con la llegada de las codificaciones posteriores a las guerras napoléonicas y las de independencia en América se fue abandonando, pero aún hoy en prácticamente todos los países de habla hispana pervive el hálito de las *Siete Partidas*. En algunas repúblicas como la de Paraguay las *Siete Partidas* de Alfonso X estuvieron en vigor hasta 1870 cuando se promulgó la primera Constitución que alumbraría después los códigos correspondientes.

La obra de carácter intelectual llevada a cabo durante el reinado de Alfonso X en la segunda mitad del siglo XIII fue mayúscula. Junto a las *Siete Partidas* el rey impulsó la redacción de una gran crónica, pero no de los orígenes de sus dos reinos como se había hecho hasta entonces, sino de toda España. No era la primera vez que se intentaba. Años antes el arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada había escrito la *De rebus Hispaniae*, una historia de las cosas acaecidas en España en la que el prelado compiló con celo de historiador lo narrado en un número indeterminado de fuentes que fueron llegando a sus manos, desde las crónicas asturianas hasta San Isidoro de Sevilla pasando por relatos andalusíes y testimonios orales que el autor fue recogiendo y ordenando. Todo el material escrito se había conservado en monasterios y obispados. Varias generaciones de monjes habían ido copiando (y renovando las copias si el pergamino original amenazaba ruina) estas crónicas para que no se perdiesen. Jiménez de Rada empleó el latín ya que consideraba que aquella obra magna tenía que pasar a la posteridad y algo así solo podría hacerlo en una lengua inalterable como el latín. Alfonso X ordenó que se escribiese en romance con la intención clara de que todo el que supiese leer pudiera entenderlo y transmitir después oralmente su contenido. En eso solo había un precedente, el llamado *Liber Regum*, una crónica escrita en Navarra en tiempos de Sancho VI, es decir, a finales del siglo XII, en lengua romance que los lingüistas han categorizado como navarroaragonés. El *Liber Regum* habla de Pelayo en estos términos:

> Est rei don Pelaio fo muit buen rei e leial. E todos los xianos qui eran en las montannas acullieron se todos ad el e guerreioron a moros e fizieron muitas batallas e uencieronlas.

La crónica es, como vemos, comprensible para casi cualquier castellanohablante del siglo XXI por lo que la distancia entre los diferentes romances no debía ser muy grande en aquel momento.

La *Estoria de España* es aproximadamente un siglo posterior y se trata de una obra mucho más extensa y detallada. Consta de cuatro partes. La primera es la historia de Roma, la segunda habla de los

reyes godos, la tercera del reino de Asturias y la cuarta de los reinos de León y Castilla. Como es obvio Alfonso X no la redactó, la encargó y puso los medios humanos y materiales para que se confeccionase. Reunió un comité de sabios versados en las fuentes y les encomendó la redacción de la obra. En el prólogo puede leerse:

> El noble príncipe de Espanna, al qual la gracia de Jhesu Cristo vengadera de la porfía lo saluo de toda cosa triste, príncipe digno de alabança, Alfonso, nombrado por nombre, príncipe nunca vençido, príncipe venerabile, el qual por merescimientos sobrepuia a todas alabanças, el qual a la vengança los engaños con fierro condena, al qual la fama de qualquier cosa lo perpetua, los fechos de Espanna faze manifestos en este libro, en quisa que cada cual pueda saber por el muchas cosas venideras [...] O Espanna, si tomas los dones que te da la sabiduría del rey, respandeçeras, otrosi en fama et fermosura creçeras. El rey, que es fermosura de Espanna et tesoro de la filosofía, ensennanças da a los yspanos; tomen las buenas los buenos, et den las vanas a los vanos.

Como acabamos de ver con nuestros propios ojos, la distancia que hay del romance alfonsino al de nuestros días es muy parecida a la que nos separa del romance del *Liber Regum* navarro. Dicho sea esto para que nos percatemos de la inutilidad de etiquetar con categorías contemporáneas lo que no puede ser etiquetado.

Que tanto Jiménez de Rada como los cronistas de Alfonso X insistan tanto en el término Hispania o en su evolución España no hay que entenderlo en un sentido político. España no era una realidad política en el siglo XIII y aún tardaría mucho tiempo en serlo, pero es común que las fuentes de la época se refieran a ella con insistencia. No importa que consultemos crónicas leonesas, castellanas, navarras o aragonesas, en todas es habitual encontrar la palabra Hispania o sus variantes romances. En el *Liber Regum* que veíamos antes cuando informa de Rodrigo, el último de los reyes godos, lo hace en los siguientes términos:

> Murie Vatizanus, e rregno el rei Rodrigo en toda Espanna, e fo buen rei e conquirie muito. E pues, por el consello de los fillos de Vatizanus e de so nieto del rei Rodrigo el comte don Julian, entroron los moros en España. Era DCCLII.

En la corona de Aragón encontramos que, en la crónica de Jaime I, más conocida como *Llibre dels feits* o *Libro de los hechos*, se menciona varias veces la palabra Espanya, que es como derivó en el romance catalán la Hispania de los romanos. En varios puntos encontramos sentencias como «Nostro pare, lo rei En Pere, fo lo pus franch rey que anch fos en Espanya» refiriéndose a Pedro II, padre de Jaime I. O cuando tras conquistar las Baleares recuerda que «Deus nos ha feyt tanta de gracia quens ha donat regne dins el mar, ço que anch rei d'Espanya no poch acabar».

Durante la edad media Hispania o España era una referencia

geográfica, cultural o sentimental dependiendo del contexto. Algo parecido al significado que tiene hoy el término Iberia o ibérico. La parte geográfica va de suyo. Si los romanos habían bautizado a la península ibérica como Hispania y a los naturales del lugar los llamaban hispanos utilizar ese término era algo meramente descriptivo. Algo parecido al modo en el que hoy empleamos el término Europa al que le adjudicamos antes de nada un sentido geográfico. En la parte cultural los hispanos de la baja edad media se parecían mucho entre ellos. Hablaban romances muy similares, mutuamente inteligibles hasta un grado muy alto y eran cristianos. En la *Estoria de España* de Alfonso X hay una parte dedicada a la batalla de las Navas de Tolosa, que en el momento en el que se escribió el texto estaba muy cercana en el tiempo, en la que el cronista cuenta hablando de Alfonso VIII de Castilla:

> Apartose otro día con los de Aragon et portogaleses et gallegos et asturianos, essos que vinieron, et dixoles asi el rey don Alfonso. Amigos, todos nos somos espannoles et entraronnos los moros la tierra por fuerça.

Por «espannoles» hay que entender hispanos porque ambos términos eran sinónimos e incluían a todos los cristianos que hablaban un romance peninsular. A los francos y otros soldados de ultrapuertos que también acudieron a esa batalla el cronista no los incluye entre los hispanos. El componente sentimental se deja ver en todas las crónicas, aunque de ahí no hay que derivar una intención política, al menos claramente articulada en aquel momento. Por esa misma época los italianos o los alemanes se sabían también parte de una entidad cultural superior a la que se empezó a llamar nación. En las grandes universidades medievales los estudiantes solían organizarse por naciones en función de la lengua que hablaban. A la de Bolonia, la más antigua de todas, acudían algunos estudiantes de la península que eran particularmente brillantes y contaban a la vez con buenos padrinos. En el siglo XIV Gil Álvarez de Albornoz, que había sido arzobispo de Toledo y que acabó sus días como cardenal en Italia, fundó de su propio bolsillo un colegio universitario en la ciudad para que acogiese a los estudiantes que llegasen de la península ibérica. Llamó al colegio «Domus Hispánica» (casa española) ya que solo admitía a los nacidos en cualquiera de los reinos peninsulares. Ese colegio sigue en funcionamiento, se llama Real Colegio de España y en su interior conserva la única aula medieval de la universidad y la biblioteca más antigua. Por él pasaron Antonio de Nebrija, autor de la primera gramática castellana, Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesús, o el humanista Juan Ginés de Sepúlveda, famoso por su disputa de 1550 con Bartolomé de las Casas en la llamada controversia de Valladolid.

Gil Álvarez de Albornoz murió en Italia, pero pasó buena parte de su vida en España como arzobispo en un siglo, el XIV, que fue algo difícil. Mediada la centuria se propagó por toda Europa occidental la peste negra que diezmó la población sin que apenas ningún rincón del continente se salvase. La peste desató una profunda crisis económica que complicó aún más las cosas. Tanto en los reinos de España como en Francia o en el Sacro Imperio hubo una cadena casi ininterrumpida de guerras, la más famosa de todas la de los cien años que libraron franceses e ingleses entre 1337 y 1453 en distintas etapas. En el Mediterráneo oriental surgió el imperio otomano que dejó el imperio bizantino reducido a su mínima expresión territorial y que empezó a extenderse por el sureste de Europa justo cuando el islam se replegaba del suroeste. En la Iglesia católica no fueron mejor las cosas. A principios de siglo, en 1309, los papas abandonaron Roma y trasladaron su corte a una pequeña ciudad del mediodía francés llamada Aviñón. En 1378 el problema empeoró porque Gregorio XI regresó a la ciudad eterna y allí murió ocasionando que el cónclave se celebrase en la basílica de San Pedro. Del cónclave salió elegido Urbano VI, pero no era del agrado de todos los cardenales así que eligieron a otro, Clemente VII, dando lugar a un cisma que no se resolvería hasta entrado el siglo siguiente en el concilio de Constanza.

En Castilla las guerras civiles fueron la norma, también las que enfrentaron a castellanos y aragoneses más por motivos dinásticos que de límites. Mucho tiempo antes, en 1151, los monarcas de ambos reinos habían suscrito un tratado para repartirse el reino de Navarra y todo lo que fuesen arrebatando a los andalusíes. Lo primero no lo consiguieron, pero lo segundo se llevó a cabo conforme a lo pactado. Casi un siglo más tarde, en 1244, sus sucesores volvieron a reunirse en Almizra (hoy conocido como Campo de Mirra, en la provincia de Alicante) para repartirse la taifa murciana. Las diferencias entre ambos quedaron resueltas en el tratado de Elche firmado unos años después. Los problemas entre aragoneses y castellanos no eran, por lo tanto, de índole territorial, sino política. Sus monarcas estaban estrechamente emparentados y lo mismo sucedía con la aristocracia. En cuanto un rey moría sin un heredero claro estallaba la guerra. Eso mismo fue lo que sucedió a finales de siglo entre Castilla y Portugal. Juan I de Castilla estaba casado con Beatriz, una infanta portuguesa heredera del trono. Al morir su padre Fernando I el testamento contemplaba que Beatriz fuese proclamada reina con Juan como consorte. El hijo de ambos heredaría la corona de Portugal, pero no la de Castilla. Fernando I murió y se puso en marcha lo estipulado, pero no todos estaban de acuerdo y se desató una guerra que acabó con la derrota de los castellanos en la batalla de Aljubarrota.

La crisis general y las continuas disputas entre y dentro de los

reinos cristianos impidieron que la reconquista avanzase, algo de lo que se benefició la última taifa, el emirato nazarí de Granada. Este emirato había surgido poco después de que Fernando III conquistase Córdoba. Alhamar, sultán de Arjona, se declaró vasallo del monarca castellano y conquistó por su cuenta la ciudad de Granada donde se estableció junto a todo su linaje. En Al Ándalus las afinidades tribales y familiares eran muy poderosas, lo cual tampoco es extraño. Hasta muy recientemente en el mundo árabe la lealtad a la tribu, una suerte de familia extendida con vínculos mutuos muy robustos, tenía mucha más fuerza que la lealtad al Estado. Alhamar pertenecía a la familia de los Banu Nasr (hijos de Nasr) que eran los dueños de Arjona, una pequeña ciudad hoy en la provincia de Jaén, donde habían levantado tras la retirada de los almohades una pequeña taifa. La suerte les sonrió porque pudieron evitar el derrumbe de todo el valle del Guadalquivir y buscar cobijo poniéndose a resguardo tras las sierras béticas en una región con salida al mar por los puertos de Málaga y Almería. La corte la ubicaron en la ciudad de Granada, un emplazamiento idóneo por la fertilidad de su vega y por lo fácil que era defender la capital desde la colina de la Sabika, donde ya había un castillo que los sucesores de Alhamar se encargaron de mejorar y embellecer y que daría lugar a la Alhambra, una ciudad en miniatura dotada de población permanente, palacios, suntuosos jardines y un acueducto que abastecía de agua a la ciudadela desde las montañas cercanas.

El reino nazarí se consolidó a finales del siglo XIII y sobrevivió durante dos siglos más. Castilla, único reino cristiano que hacía frontera con él, no quiso o no pudo (dependiendo del momento) liquidarlo y poner de este modo fin a la reconquista. Los reyes de Granada eran oficialmente vasallos del rey castellano y pagaban generosos tributos. Hubo algunas guerras puntuales, por lo general escaramuzas fronterizas, en las que se fue recortando el territorio del emirato que perdió su acceso al estrecho en 1344 y algunas plazas importantes como Alcalá la Real, Priego y Antequera, esta última ya a principios del siglo XV. El conquistador de Antequera, Fernando de Trastámara, hijo de Juan I de Castilla, se convertiría años más tarde en rey de Aragón tras la muerte de Martín I sin descendencia. Se reunieron en Caspe los representantes de los tres reinos de la corona de Aragón (Aragón, Valencia y los condados catalanes) y eligieron a Fernando frente a otros cinco candidatos, todos emparentados con el difunto. De este modo pasó a reinar en Castilla y Aragón la misma dinastía, los Trastámara, una familia que se había hecho con la corona de Castilla no muchos años antes, en 1369 en una de las guerras civiles castellanas, la que sostuvieron Pedro I y Enrique II.

Que ambos monarcas estuvieran directamente emparentados no

presentaba problema alguno siempre y cuando la consanguinidad no fuese muy evidente. Pero eso llegado el caso también lo podían arreglar si era preciso. En 1469 se casaron en Valladolid Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Ella era hermana de Enrique IV, él hijo de Juan II. Ambos eran Trastámara y si consultamos su árbol genealógico comprobamos que eran primos segundos. Eso, conforme al derecho canónico, les impedía contraer matrimonio a no ser que obtuviesen una dispensa papal, cosa que solicitaron, pero se retrasaba así que se casaron igualmente y la bula expedida por Sixto IV llegó dos años más tarde. Isabel y Fernando, que con el tiempo serían conocidos como los Reyes Católicos, pusieron fin a la inestabilidad política en ambos reinos. Antes de llegar al trono tuvieron que lidiar con una guerra civil en Castilla a la que los portugueses se apuntaron encantados y con otra en Cataluña, pero una vez lo consiguieron pusieron en marcha un ambicioso programa de reformas internas y ordenaron la conquista del emirato granadino.

La guerra de Granada duró diez años y fue una de las primeras guerras modernas. Castilla y Granada habían convivido más de dos siglos en una paz inestable jalonada de enfrentamientos y treguas. Así podría haberse mantenido durante mucho más tiempo de no haber aparecido los Reyes Católicos, para quienes borrar del mapa al último emirato se convirtió en una cuestión que iba más allá de lo meramente bélico y entraba de lleno en lo simbólico. Aprovecharon un momento en el que el emirato se desangraba en la enésima guerra civil y jugaron con eso mismo, apoyando a un bando para luego ir sacado provecho mediante artimañas en las que Fernando el Católico fue siempre un consumado maestro. El rey, que dirigió la guerra personalmente desde la cercana Córdoba, apresó a Boabdil, hijo del emir Muley Hacén, contra quien se había sublevado. Con Boabdil en su mano pudo meterse de lleno en las querellas internas de los nazaríes poniendo a unos contra otros. Eso lo combinó con una serie de campañas militares en las que fue privando a los emires granadinos de sus puertos y sus principales plazas. En 1487 cayó Málaga tras un asedio, en 1489 Almería y un año más tarde los castellanos ya se encontraban en la vega de Granada frente a la capital, a la que rindieron tras un largo sitio. Para que Boabdil cediese Fernando ordenó levantar un campamento al que llamó Santa Fe a solo unos kilómetros de la Alhambra. Fue allí, en ese campamento temporal que luego se convertiría en ciudad, donde un navegante genovés llamado Cristóbal Colón capituló antes los Reyes Católicos. Colón decía conocer la ruta que llevaba hasta la India y sus especias navegando hacia el oeste. A Fernando la idea le parecía arriesgada y un tanto quimérica, pero Isabel decidió arriesgarse. En ese viaje Colón y su tripulación se encontrarían sin esperarlo con el continente americano.

Santa Fe sería también el modelo de ciudad que los colonizadores castellanos de las islas Canarias y del Nuevo Mundo emplearían en la fundación de ciudades de nueva planta, que se contarían por centenares en los dos siglos siguientes. Colón y los reyes capitularon en abril de 1492, para entonces la ciudad de Granada ya era castellana. El 2 de enero de ese año los Reyes Católicos entraron en la ciudad poniendo punto final a la presencia musulmana en la península ibérica. Los soberanos se habían comprometido con Boabdil dos meses a respetar la religión de los lugareños e incluso aceptaron entregar al antiguo emir un señorío en la Alpujarra, una comarca al otro lado de Sierra Nevada. Diez años después y a la vista de que las conversiones voluntarias no iban a la velocidad esperada los reyes obligaron a toda la población granadina a abrazar el cristianismo so pena de destierro, exactamente lo mismo que habían hecho con los judíos años antes. Unos decidieron tomar el camino del exilio y establecerse en el norte de África, otros lo hicieron como mero formulismo mientras seguían practicando el islam en privado. El problema se quedó ahí hasta casi un siglo más tarde cuando Felipe II, biznieto de los Reyes Católicos, tuvo que sofocar una rebelión morisca en la Alpujarra. Años más tarde, a principios del siglo XVII, Felipe III decidió expulsar a toda la población morisca de la península cerrando así por completo el larguísimo capítulo del islam en las tierras de Hispania que había comenzado siglos antes con la llegada de Táriq y Musa.

La guerra por Granada fue celebrada en toda Europa con alegría, más aún cuando solo unos años antes el cristianismo oriental había perdido Constantinopla. Quiso la casualidad que dos ciclos históricos se cerrasen con muy poco tiempo de diferencia: el del imperio romano de Oriente y el de Al Ándalus. En España quedaron solo cuatro reinos cristianos y solo uno de ellos, el de Navarra, se había mantenido desde el principio de la reconquista, los tres restantes aparecieron después. Castilla y Aragón estaban unidos por arriba, pero mantenían sus propias instituciones y se gobernaban de forma autónoma, aunque Isabel y Fernando crearon alguna institución común como el tribunal del Santo Oficio. La pequeña Navarra apuraba sus últimos años como reino independiente y Portugal llevaba casi un siglo dedicado a la exploración oceánica. Sus navegantes exhibían una destreza asombrosa y habían convertido a Lisboa en un emporio comercial de primer orden. Los hispanos, ese precipitado histórico que había surgido en tiempos de Roma, se disponían a abandonar su península y a expandir su cultura y su forma de entender el mundo por todos los confines de la Tierra.

Capítulo V.
HISPANIA NOVA

Los demógrafos históricos estiman que al despuntar el siglo XVI la población de los cuatro reinos que compartían la península ibérica sumaba unos cinco o seis millones de habitantes, un número ligeramente superior al que debió tener durante los años del imperio romano. El mayor de esos reinos era el de Castilla, formado dos siglos antes por la unión de Castilla y León. Castilla tenía algo más de cuatro millones de habitantes, Portugal en torno a un millón, Aragón no llegaba a esa cifra y Navarra rondaba los cien mil. No parece demasiado para lo que aquellas gentes harían a lo largo de los dos siguientes siglos por todo el mundo. El proceso se había iniciado dos siglos antes cuando los navegantes portugueses comenzaron a alejarse de la península en dirección sur siguiendo la costa africana. Portugal era el reino más occidental de los cuatro. Sus gentes poseían una vocación muy marinera y contaba con buenos puertos naturales como el de Oporto y el de Lisboa, ambos enclavados en la desembocadura del Duero y el Tajo respectivamente. Tal y como se había configurado durante la reconquista, el de Portugal era un reino que no tenía acceso al mar Mediterráneo, pero sus costas eran escala necesaria para los barcos que viajaban de los puertos italianos a los del mar del Norte. Ese tráfico continuo de embarcaciones con sus mercaderías animó a los monarcas portugueses a interesarse por el activo comercio que pasaba por delante de ellos. En la península poco más podían hacer, habían tomado la ciudad de Faro, en el Algarve, en 1249, y si querían seguir expandiéndose solo podrían hacerlo por mar ya que si pretendían realizarlo a costa de la recrecida Castilla la cosa se antojaba complicada.

Quedaba, eso sí, el norte de África, que los castellanos tenían a mano tras su llegada al estrecho de Gibraltar a mediados del siglo XIV. El rey Juan I puso sus ojos en Ceuta, un magnífico puerto al otro lado del estrecho cuya conquista parecía asequible. En 1415 una gran flota

de 212 barcos partió de Lisboa con dirección a Ceuta. La capitaneaba el príncipe Duarte, heredero de la corona, y a bordo, aparte de portugueses, se enrolaron castellanos provenientes de Galicia y de la cornisa cantábrica. La ciudad cayó rápido, en apenas una semana, entregando así al rey de Portugal un puerto de excepción en la entrada misma del Mediterráneo. Aunque los cronistas se afanaron en buscar motivos de índole religiosa para justificar la conquista, a nadie se le escapaba que aquello obedecía a una razón mucho más práctica. Un siglo más tarde el cronista Amador Arrais, obispo de Portalegre, hablaba de la toma de Ceuta en estos términos:

> El Rei Dom João o primeiro, começou a conquista de África, tomado Septa, baluarte da Cristandade, e chave de toda Hespanha, porta do comércio do poente para levante.

El planteamiento es evidente y está expuesto en un román paladino tan claro que los hispanos de nuestros días no necesitamos solicitar una traducción para entenderlo. Ceuta era solo el principio de una campaña mucho mayor, la de África nada menos, y había sido la primera por ser baluarte de la cristiandad, llave de España y, lo más importante de todo, puerta del comercio que circulaba en ambas direcciones por el estrecho de Gibraltar.

No exageraba el prelado, Ceuta sería, efectivamente, el comienzo de algo mucho mayor. Unos años después Enrique de Avis, hijo de Juan I, se estableció en Sagres, un pequeño pueblo costero del Algarve, donde reunió a una pequeña comunidad de marinos, cosmógrafos y astrónomos. La idea era explorar la costa africana y navegar hacia el sur todo lo que fuese posible. No sabían muy bien lo que se encontrarían porque nadie había intentado nada similar, pero Enrique, que no dejaba de ser un hombre de su época, fantaseaba con hallar por fin el paradero del reino del Preste Juan, un monarca cristiano mitológico que descendía de los Reyes Magos y cuyos dominios se encontraban en algún punto de Oriente. En lo que localizaban al Preste Juan siempre podrían ir aprovechando lo que se encontrasen de camino. Pero el Atlántico no era el Mediterráneo. En el océano se podía navegar saltando de cabo en cabo hacia el sur, pero el regreso era más difícil ya que, a partir de un punto los vientos metían a los navíos en alta mar haciendo de las travesías un suplicio. Esto les obligó a adentrarse en mar abierto, algo que los genoveses ya habían hecho anteriormente encontrándose con las islas Canarias, un archipiélago situado a corta distancia de la costa africana ya cerca de los trópicos. Las flotas portuguesas empezaron a frecuentar las Canarias donde capturaban esclavos que vendían luego en la península. Fue entonces cuando se encontraron con dos archipiélagos desconocidos y deshabitados: el de Madeira y el de las Azores, ambos

de clima suave y suelo fértil que invitaba a poblarlos y aprovecharlos. Hasta ese momento habían limitado por el sur sus expediciones hasta el cabo Bojador, un promontorio muy traicionero en la costa del actual Sáhara Occidental que nadie se atrevía a sobrepasar. Lo hizo en 1434 un piloto del Algarve llamado Gil Eanes abriendo de par en par la ruta que en unos pocos años llevó a las carabelas portuguesas hasta el golfo de Guinea. Para asegurar que nadie más pudiese beneficiarse de aquello, el rey Alfonso V pidió al papa una bula que declarase parte del reino de Portugal todo lo que se descubriese al sur del cabo Bojador que tanto esfuerzo les había supuesto superar. En Roma Nicolás V atendió a la petición y se la concedió. A fin de cuentas, nadie sabía lo que había en aquella remota zona del mundo, pero sí que los portugueses estaban encontrando algo de oro y muchos esclavos que luego vendían en la ciudad de Lagos. En Madeira, una isla de clima templado bendecida por los alisios, comenzaron a plantar caña de azúcar, un producto caro y muy demandado en toda Europa. En la segunda mitad del siglo la riqueza africana se dejaba ver ya en Lisboa, que se embelleció y se transformó en una gran capital que rivalizaba con otros grandes puertos europeos.

Esa prosperidad no pasó desapercibida a sus vecinos castellanos que tras la conquista del valle del Guadalquivir habían pasado más de un siglo enfrascados en guerras civiles y problemas internos. Los castellanos contaban también con una fachada atlántica desde la que podían enviarse expediciones, pero carecían de los conocimientos náuticos que habían desarrollado los portugueses. Eso se resolvió pronto ya que el tráfico de personas entre ambos reinos era continuo. Salvo en el valle del Ebro, las fronteras de Castilla con Aragón, fijadas en el siglo XIII, estaban marcadas por macizos montañosos. Con Portugal no sucedía lo mismo. La frontera, la raya tal y como la conocen los que viven en sus cercanías, es a menudo eso mismo, una raya trazada arbitrariamente sobre el terreno que en varios puntos sigue el curso de algunos ríos como el Miño, el Limia, el Duero, el Tajo o el Guadiana. Era una frontera muy permeable por la que pasaban continuamente mercancías, personas e ideas. A ambos lados se hablaban romances muy similares y mutuamente inteligibles lo que facilitaba aún más las relaciones. Los saberes que durante décadas habían ido acumulando los marinos portugueses fueron adquiridos por sus homólogos castellanos de la costa andaluza. Eso les dio los conocimientos necesarios para construir barcos pensados para la navegación oceánica como la carabela y las habilidades para moverse en mar abierto a una distancia antes impensable de la costa. Más allá del cabo Bojador no podían ir porque la bula de Nicolás V se lo impedía, pero las islas Canarias quedaban ligeramente al norte de este accidente costero. Las Canarias, conocidas desde la antigüedad, eran el

destino de navegantes europeos de distintas procedencias, pero nadie se había propuesto conquistarlas porque, a diferencia de Madeira y las Azores, estaban habitadas por un pueblo de origen norteafricano. Los indígenas de las Canarias se beneficiaban asimismo de la orografía insular. Las Canarias son un archipiélago de origen volcánico muy accidentado, una auténtica pesadilla para cualquier invasor que pretenda apoderarse de él por la fuerza. Lanzarote y Fuerteventura eran relativamente asequibles, no así el resto. Conquistarlas requeriría muchos años y gran determinación, algo en lo que se afanaron los castellanos desde mediados del siglo XV. Los recursos de la corona eran limitados así que otorgaron los derechos de conquista a los condes de Niebla cuyos territorios se encontraban en la actual provincia de Huelva. Los condes convirtieron las islas ya sometidas en un señorío no muy distinto a los que había en la península al tiempo que se comprometían con el rey a conquistar Tenerife, la Palma y Gran Canaria, las tres islas que faltaban. Pero estas tres islas eran particularmente difíciles, demasiado grandes, estaban más pobladas que el resto y tenían una orografía endemoniada. A partir de 1478, ya con Isabel la Católica en el trono, la corona se hizo cargo personalmente de la conquista. Someter esas tres islas supuso un esfuerzo considerable agravado por la distancia y la resistencia feroz que opusieron los indígenas, especialmente en la isla de Tenerife. En 1483 concluyeron la conquista de Gran Canaria, en 1493 la de La Palma y en 1496 la de Tenerife.

Los conquistadores se apresuraron a establecerse en las islas fundando ciudades y tratando de poblarlas con peninsulares cuanto antes ya que por allí se dejaban caer con frecuencia piratas que saqueaban la costa y portugueses que no habían renunciado aún a reclamar su parte. En 1478 fundaron el Real de Las Palmas en Gran Canaria, en 1493 Santa Cruz de la Palma y en 1496 San Cristóbal de la Laguna, que pasó a convertirse en capital del archipiélago. En San Cristóbal los castellanos aplicaron la misma trama urbana que habían empleado años antes en Santa Fe, aquel campamento que los Reyes Católicos habían levantado para asediar Granada. El planteamiento, un plano hipodámico con calles formando ángulos rectos no era nuevo, los romanos y los griegos ya lo habían empleado en la antigüedad. Luego se dejó de usar y se recuperó en la baja edad media. A principios del siglo XIV la villa de Briviesca, en el norte de la actual provincia de Burgos, se había reconstruido tras un traslado con un plano de este tipo. La idea la retomaron los arquitectos de los Reyes Católicos para trazar los planos de Santa Fe y se volvería a usar en San Cristóbal de la Laguna. Este modelo sería el utilizado en América, razón por la cual todas las ciudades virreinales desde Nuevo México hasta Chile tienen un plano urbano tan parecido.

La disposición de las calles y manzanas en damero permitía organizar los elementos propios de una ciudad de forma racional y ahondaba en la vieja idea romana de ciudad entendida como institución jurídica formada por propietarios libres. La ciudad eran sus habitantes, no las calles y los edificios, que podían demolerse y levantarse de nuevo en otro lugar. Esa idea la habían adoptado los reinos peninsulares durante la reconquista adoptando la forma de concejos en los que los vecinos elegían a los cargos públicos. La traslación de una idea tan isonómica al plano de una ciudad solo podía resultar en calles rectas con manzanas cuadradas trazadas «a cordel y regla» que confluían en una plaza central donde se levantaban los edificios públicos como la catedral y el palacio municipal. La plaza servía, además, de lugar de paso y encuentro, de escenario para las grandes ocasiones y de mercado. En las ordenanzas de 1523 promulgadas por Carlos I puede leerse:

> Y cuando hagan la planta del lugar, repártanlo por sus plazas, calles y solares a cordel y regla, comenzando desde la plaza mayor, y sacando desde ella calles a las puertas y caminos principales, y dexando tanto compás abierto que aunque la población vaya en gran crecimiento, se pueda siempre proseguir y dilatar en la misma forma.

Esa plaza central ha ido adquiriendo distintos nombres, aunque el más común en la península es el de plaza mayor. No existe ciudad hispana que no tenga una plaza de esas características. Las ciudades peninsulares, más antiguas y con tramas típicamente medievales, las abrieron posteriormente en medio de un dédalo de callejas que desembocan en la plaza, las ciudades americanas nacieron con ellas.

Las exploraciones portuguesas por la costa africana y la conquista de las Canarias dieron un salto cualitativo a finales de siglo. En el año 1488 un marino portugués llamado Bartolomeu Dias consiguió doblar el cabo de Buena Esperanza abriendo así la puerta del océano Índico. Esto es algo que hoy nos parece sencillo, pero a Dias y su tripulación le llevó más de un año. Descendió por la costa africana hasta llegar a San Jorge de Mina, una fortaleza levantada años antes por los portugueses en la costa de la actual Ghana, allí se reaprovisionó y siguió hacia el sur hasta encontrar el punto exacto donde terminaba el continente africano. Lo fue anotando todo en un mapa y regresó a Lisboa para informar. Diez años más tarde otra expedición mucho mayor al mando de Vasco da Gama hizo el mismo recorrido pero una vez superado el cabo de Buena Esperanza continuó hacia el norte, atravesó el Índico recalando en las costas del África oriental y llegó a la India el 20 de mayo de 1498. Nada más desembarcar en el puerto de Calicut se acercaron a los portugueses dos moros norteafricanos que les preguntaron en un romance peninsular un tanto indefinido

«Ao diabo que te dou; quem te trouxe cá?», a lo que Vasco da Gama respondió «vimos buscar cristãos e especiaria». La sorpresa de aquellos dos magrebíes era comprensible. Lo último que esperaban encontrarse en aquel remoto confín del mundo era un grupo de hispanos buscando cristianos y especias. Encontraron ambos y en gran cantidad. Cristianos había en la India desde por lo menos el siglo IV, se les conocía como cristianos de Santo Tomás ya que creían que el apóstol Tomás había viajado hasta allí para difundir la buena nueva. Era una comunidad no muy numerosa y semiaislada, pero a los portugueses les agradó encontrarse con ellos. Especias había todas las que pudiesen adquirir y cargar en sus barcos a un precio irrisorio.

El viaje de Da Gama y sus hombres revestía una gran trascendencia histórica. Era la primera vez que se circunnavegaba África y la primera que las costas europeas quedaban conectadas mediante una ruta con las del sur de Asia. Eso tenía implicaciones económicas de gran calado ya que se podría prescindir de los intermediarios italianos, levantinos y árabes que hasta ese momento y desde muy antiguo ponían en contacto la India con Europa. Los portugueses lo entendieron desde el primer momento. En el año 1503 establecieron en el puerto de Lisboa la Casa da Índia a imagen de la Casa da Guiné que Enrique el Navegante había creado medio siglo antes para controlar el comercio con Guinea. Las mercancías africanas eran una minucia al lado de lo que iban a traer desde la India. Los monarcas portugueses se habían encontrado con un tesoro y querían sacarle todo el partido posible. Francisco I, rey de Francia en aquella época, llegó a bautizar a su homólogo portugués Manuel I como «le roi épicier» (el rey especiero). Para principios del siglo XVI el comercio con ultramar suponía dos tercios de los ingresos del reino, y el de especias llegadas desde la India representaba casi la mitad de los ingresos de la corona. En el resto de Europa Portugal pasó a ser sinónimo de especias. Los mercaderes flamencos, ingleses o franceses ya no tenían que ir a Venecia a por ellas, sino a Lisboa, donde la Casa da Índia se encargaba de tasar las mercancías, fijar los precios y ponerlas a disposición de los comerciantes de cualquier rincón de Europa. Era un negocio redondo que transformó Lisboa hasta convertirla en un emporio mercantil que los monarcas se encargaron de engalanar con grandes obras como el monasterio de los Jerónimos, la torre de Belén o el fastuoso palacio de Ribeira. Los dos primeros se conservan y son de gran belleza y majestuosidad. El tercero fue destruido por el terremoto de 1755. Estos tres edificios era lo primero que veían los navegantes al arribar a Lisboa, una carta de presentación que ya no olvidaban.

En la vecina Castilla los progresos de los portugueses seguramente influyeron en el ánimo de Isabel la Católica para financiar el viaje que

proponía Cristóbal Colón, un marino genovés que había intentado convencer antes a los portugueses de sus planes. La idea de Colón era alcanzar la India navegando hacia el oeste en lugar de hacerlo hacia el sur circunnavegando África. En tanto que la Tierra es esférica, algo que se sabía desde la antigüedad, tanto daba navegar en una dirección o en otra porque se llegaría al mismo lugar. A Fernando el Católico no le convencía. Si los portugueses, que eran los que más sabían de eso, se habían negado a patrocinar la expedición colombina su rentabilidad era cuando menos dudosa. Pero Isabel decidió asumir el riesgo. Sus parientes portugueses se la habían estado jugando durante décadas y ahora recogían el fruto de aquella empresa incierta. Acordó con Colón las condiciones poco después de la conquista de Granada y en agosto la expedición, formada por dos carabelas y una nao, partió de Palos, un pequeño puerto en la costa del golfo de Cádiz donde era fácil encontrar marinos y marineros expertos. Unos días más tarde recalaron en Canarias, en la isla de La Gomera concretamente, para hacer aguada y ultimar los planes. En ese punto se adentraron en lo desconocido. No podían seguir la línea de costa como habían hecho los portugueses en sus primeras expediciones africanas porque la tierra se acababa, así que no quedaba otra que arriesgarse en mar abierto y navegar hacia poniente hasta encontrarse con Asia. Navegaron durante todo el mes de septiembre empujados por los vientos alisios y el día 12 de octubre se dieron de bruces con el archipiélago de las Bahamas. Colón estaba convencido de que había llegado a las inmediaciones de Cipango, nombre con el que Marco Polo se refería a Japón. Tras él se encontraría Catay (China) y luego la especiería y la India. Era cuestión de seguir avanzando hacia el oeste. La flotilla castellana se internó en el mar Caribe encontrándose con las islas de Cuba y Santo Domingo. A la primera la bautizó Juana en honor a Juan, príncipe de Asturias, a la segunda la llamó Hispaniola, nombre que aún conserva en su forma romance: La Española. Allí estableció el primer asentamiento europeo en América al que llamó Navidad por la fecha en la que fue levantado. Tras ello dejó a un pequeño destacamento y regresó a Europa con un barco menos, la nao *Santa María* que había encallado en La Española. Conocía o al menos intuía el camino de vuelta. Las dos carabelas se separaron en el Atlántico a causa de una tormenta por lo que llegaron con dos días de diferencia. *La Pinta* al mando de Martín Alonso Pinzón arribó a las costas de Galicia, *La Niña* capitaneada por Colón tocó tierra en Lisboa por lo que el rey de Portugal se enteró antes que la de Castilla que una expedición había encontrado la ruta de la India navegando hacia el oeste. Los reyes le recibieron un mes más tarde en Barcelona. Colón había cumplido, pero aún era pronto para cantar victoria porque, aunque había demostrado su teoría, no solo no traía especias, sino que

ni siquiera se había acercado a los puertos especieros. Era necesario volver. Colón lo hizo en tres ocasiones más entre 1493 y 1504, pero en ninguna de ellas dio con Catay ni con la India porque no estaba en Asia, sino en un continente desconocido, algo que otros exploradores ya sospechaban.

Ya fuesen nuevas tierras o las inmediaciones de las ya conocidas en Oriente, los descubrimientos de los castellanos en ultramar creaban un problema serio a los monarcas peninsulares. Años antes, en 1479, se había firmado en Alcazobas el acuerdo de paz que puso fin a la guerra de sucesión castellana. Alfonso V de Portugal reconocía a Isabel como soberana legítima al tiempo que ambos se repartían las islas que se habían ido descubriendo en el Atlántico. Portugal se quedaría con Madeira, Azores, Cabo Verde y toda la costa africana, Castilla habría de conformarse con las Canarias. Para 1493 aquel tratado se había quedado antiguo, no se ajustaba a todo lo que se había ido incorporando a los mapas desde entonces. Los portugueses habían doblado el cabo de Buena Esperanza y alcanzado la India, los castellanos por su parte habían cruzado el Atlántico encontrándose tierra desconocida al otro lado. Los Reyes Católicos buscaron rápidamente el aval pontificio tal y como hicieron los portugueses cuando avanzaban hacia el sur por la costa africana. Solicitaron a Alejandro VI una bula que otorgase a Castilla la exclusiva al oeste de un meridiano situado a cien leguas al oeste de la última de las islas Azores descubierta. El papa, que era valenciano, accedió y fijó ahí la frontera marítima entre ambos reinos. A Juan II de Portugal aquello no le pareció bien. Envió un emisario a Castilla para que ambas partes se sentasen a negociar un meridiano. Isabel accedió y de ahí salió el tratado de Tordesillas, firmado en 1494, que partía el Atlántico en dos con una línea de demarcación que iba de polo a polo y que estaba situada a 370 leguas al oeste de las islas de Cabo Verde. Esto permitió que los portugueses de Pedro Alvares Cabral llegasen en 1500 a las costas de Brasil y se estableciesen allí unos años más tarde.

El tratado de Tordesillas cumplió su objetivo porque en las tres décadas siguientes tanto portugueses como castellanos prosiguieron con sus exploraciones sin estorbarse. Los portugueses ya asentados en la India continuaron hacia el este en busca de las islas de las especias, el lugar de donde provenía el clavo y la nuez moscada, que eran las más apreciadas y, por tanto, las más caras. Nadie sabía dónde estaban porque los proveedores guardaban celosamente el secreto para mantener alejada a la competencia. En 1510 Alfonso de Albuquerque se hizo con la ciudad de Goa y desde allí dirigió varias campañas por el sudeste asiático para encontrar el origen mismo de la especiería. Dieron pronto con él porque allá donde llegaban se hacían fuertes y seguían el rumbo de los comerciantes de especias. En 1511 ya estaban

en el estrecho de Malaca y dos años más tarde ya se habían abierto paso por el archipiélago indonesio hasta dar con las islas de Banda, un pequeño grupo de islas volcánicas al sur de las Molucas. De allí provenía toda la nuez moscada del mundo. La nuez moscada alcanzaba precios astronómicos en Europa, solo los más ricos podían permitirse condimentar sus platos o elaborar remedios medicinales con ella. Los portugueses descubrieron que aquellas nueces tan escurridizas se recogían de unos árboles que solo crecían en aquellas islas remotas. No lo dudaron, cargaron hasta arriba los barcos y se llevaron la mercancía a Europa. La ruta comercial de la pimienta y el resto de las especias ya estaba establecida, tan solo era necesario mantenerla. Eso se demostraría muy complicado porque otras potencias europeas, especialmente los ingleses y los holandeses encontraron el modo de llegar hasta allí a lo largo del siglo XVII. Entretanto tuvieron tiempo de cartografiar con gran detalle las costas del Índico, un océano que llegaron a considerar suyo. La costa africana, el sur de la península arábiga, el golfo Pérsico y todo el sur de Asia se llenaron de fortalezas y puestos de comercio portugueses.

En el apogeo de sus exploraciones decidieron meterse en China, que era el mayor mercado del mundo y también el más hermético. No fue una empresa fácil, tampoco rápida, pero era necesaria. Habían llegado a Japón en 1542, pero quedaba muy lejos del estrecho de Malaca por lo que convenía hacer una escala a mitad de camino en la costa china, preferiblemente a la altura del río de las Perlas donde se encontraba la floreciente ciudad de Cantón. A los chinos no les gustaban los europeos y no estaban dispuestos a comerciar directamente con ellos. Tras varias expediciones fallidas buscaron un acuerdo que les permitiese establecerse en una pequeña península del estuario del río de las Perlas. Las autoridades chinas de la dinastía Ming accedieron finalmente y en 1554 firmaron un tratado con los portugueses que dio lugar a la ciudad de Macao. Los portugueses arrendaban el puesto liquidando el pago con plata, un metal muy demandado en China. Pero los portugueses de Macao no tenían vocación de inquilinos, sino de dueños. Crearon un Senado local, enviaron un gobernador y solicitaron a Roma la creación de una diócesis, algo que el papa Gregorio XIII concedió encantado. Levantaron una catedral cuya fachada aún se conserva y un colegio universitario regentado por la Compañía de Jesús. El enclave, concebido en origen como un simple almacén para que los comerciantes portugueses embarcasen la carga y pusiesen rumbo a Europa, se hispanizó a gran velocidad adquiriendo las hechuras de una ciudad peninsular. Durante cientos de años, hasta las guerras del opio ya en el siglo XIX, Macao se mantuvo como el único puerto controlado directamente por los europeos en China. Pero su caso no

fue excepcional, sino un patrón que se fue repitiendo. En la India la ciudad de Goa, una ciudad muy antigua ocupada por los portugueses a principios del siglo XVI, sufrió una transformación similar. Quisieron hacer de ella una nueva Lisboa, la llenaron de basílicas y conventos, y construyeron una catedral inmensa que nada tenía que envidiar a las de Europa. Les había empujado hasta allí el comercio, pero cuando se establecieron no pudieron reprimir la pulsión de reproducir su tierra natal en el otro lado del mundo.

La voluntad de crear nuevas Hispanias se encontró con infinidad de problemas en Asia, donde ya había imperios milenarios con culturas mucho más antiguas y en ocasiones bastante más sofisticadas que la de los hispanos. Pero América era un terreno virgen, o casi. Cuando los castellanos llegaron a las islas del Caribe se encontraron comunidades humanas, pero estaban muy atrasadas, en las primeras fases del neolítico en el mejor de los casos. Eso llevó a los estudiosos de la época a plantearse si realmente Castilla tenía el derecho de conquistar aquellas tierras y someter a sus gentes. Parecía obvio que su obligación como cristianos era difundir el Evangelio, pero más allá de eso la legitimidad de la conquista estaba en entredicho. El papa había adjudicado esa parte del mundo a los reyes de Castilla y Aragón, pero solo para evangelizar a sus habitantes e incorporarlos a la cristiandad. Por evangelizar hay que entender imponer la religión cristiana, la única verdadera para nuestros antepasados. En aquellos tiempos las cosas se hacían así por lo que carece de sentido traer la cuestión al presente y juzgarla bajo nuestros parámetros morales. Los portugueses trataron de llevarse el cristianismo a Asia con resultados muy modestos ya que allí se toparon con religiones muy antiguas y arraigadas como el budismo, el hinduismo, el confucianismo o el propio islam, que contaba con millones de fieles en el África oriental y en la India. En América era distinto. Los pobladores del Caribe profesaban religiones animistas por lo que parecían candidatos idóneos para abrazar la revelación cristiana. Ya en el continente, en tierra firme tal y como lo denominaban los contemporáneos, los conquistadores castellanos se encontraron con civilizaciones más avanzadas y dotadas de un sistema de creencias más complejo. Ese mismo sistema de creencias jugó en su contra porque en ocasiones los indígenas creyeron que aquellos hispanos barbados que desembarcaban en las playas eran dioses. De todos es conocido que los mexicas identificaron a Hernán Cortés con el dios Quetzalcóatl que regresaba desde la costa del golfo, el lugar donde había desembarcado la expedición castellana y donde fundaron Veracruz, la primera ciudad hispana de México. A su lugarteniente, Pedro de Alvarado, que posteriormente conquistaría Guatemala le identificaron con Tonatiuh, la divinidad mexica del sol. Es posible que los conquistadores

exagerasen esa identificación para apuntalar la legitimidad de la conquista, pero el elemento religioso tuvo su importancia. La religión no explica la conquista de México, pero contribuyó. La conquista en sí se debió a la habilidad diplomática de Cortés, que supo encontrar a los aliados adecuados entre los pueblos del valle central de México, a la superioridad técnica de los conquistadores y a las enfermedades que llevaron hasta allí desde el viejo continente. De todos esos factores el que se demostró crucial fue el de saber atraerse a unos indígenas para combatir a otros. Exactamente lo mismo que habían hecho los romanos en su conquista de Hispania, pero mucho mejor documentado.

Los hispanos se presentaron en América con tres herramientas muy poderosas de las que carecían tanto los grandes imperios como las pequeñas tribus. La primera fue la alfabetización. No todos los conquistadores sabían leer y escribir, pero los que habían aprendido a hacerlo podían comunicarse entre ellos a distancia de forma muy efectiva. Podían también comunicarse con sus antepasados. A conquistadores como Hernán Cortés o Gonzalo Jiménez de Quesada que habían pasado por la universidad no les eran desconocidos los textos de Alejandro Magno o de Julio César, podían incluso leerlos personalmente y sacar conclusiones. Los libros favoritos de los conquistadores eran, de hecho, las novelas de caballería, un género que estaba muy en boga en aquel entonces. Es normal que fuesen encontrando tantos paralelismos entre lo que leían y lo que veían y hacían. Otros conquistadores que sí eran analfabetos podían pedir a un escribano que llevase la correspondencia, que les hablase de las gestas de la antigüedad o que les leyese en voz alta una novela. La segunda herramienta que jugó a favor de los conquistadores fue la religión. El cristianismo es un credo monoteísta que parte de una revelación condensada en un libro sagrado, la Biblia. Se puede acceder individualmente a la palabra de Dios, un Dios que, aunque interfiere en los asuntos terrenales, no está en la Tierra. El cristianismo tiene, además, vocación universal, no es una religión étnica atada a un pueblo concreto. Surgió entre los judíos del siglo I d.C., pero pronto se extendió por todo el mundo conocido. Todos los seres humanos son hijos de Dios y todos fueron salvados por su hijo con la crucifixión sin importar raza, sexo o condición social. Aquellos indígenas que se encontraban los navegantes castellanos y portugueses en las costas americanas estaban desnudos y no observaban los preceptos de una fe que desconocían, pero podían abrazarla en tanto que eran seres dotados de raciocinio y, por tanto, hijos de Dios. La mitología mexica o la incaica, por poner las dos más desarrolladas de la América prehispánica, eran un agregado de mitos y leyendas con un inagotable panteón de deidades que patrocinaban distintas actividades humanas

y que controlaban los elementos a su antojo. En ambos casos se trataba de religiones privativas de un pueblo cuyos gobernantes gozaban de una condición divina o semidivina. En el imperio incaico los incas, nombre que recibían los soberanos, eran seres sagrados que al morir se momificaban como los faraones del antiguo Egipto. La tercera herramienta que favoreció a los conquistadores era la microbiología, algo tan pequeño que ni ellos tenían constancia de su existencia. Los peninsulares no dejaban de ser un pueblo proveniente del viejo mundo. Eso les hacía inmunes a ciertas enfermedades una vez las habían superado en la niñez. La viruela o el sarampión no afectaban a los conquistadores porque ya las habían pasado, pero entre los indígenas hicieron estragos.

Los hispanos supieron poner a su favor esas ventajas técnicas, biológicas y religiosas cuando en la tercera década del siglo XVI abandonaron las costas del Caribe y las islas antillanas y penetraron a fondo en el continente. Su avance fue prodigiosamente rápido y ordenado. La conquista de México dio comienzo en 1519, la de Chile, en la otra punta de América, culminó en 1541 con la fundación de Santiago del Nuevo Extremo, más conocido como Santiago de Chile y el establecimiento de la correspondiente capitanía general. En el sur la guerra continuaría durante muchos años más contra las tribus araucanas, pero la conquista propiamente dicha se realizó en muy poco tiempo. Eso fue posible porque todo se hizo a iniciativa de los propios conquistadores, que capitulaban ante el rey y financiaban sus propias expediciones. Si lo conseguían la corona les premiaba con títulos y mercedes, pero todo lo conquistado pasaba a integrarse en el patrimonio de la corona.

Tras la conquista llegó la colonización, un proceso mucho más dilatado en el tiempo, que dio comienzo con el mismo descubrimiento. Los primeros castellanos en llegar a América fueron, como vimos antes, Colón y su tripulación en 1492. Durante tres décadas no pasaron del Caribe, un mar que exploraron a fondo colonizando las islas mayores. La primera ciudad europea del continente fue Santo Domingo, fundada por Nicolás de Ovando en la costa sur de La Española. El Caribe era inmenso, pero, por más que las buscaban, no aparecían las riquezas con las que todos fantaseaban. No había especias y la cantidad de oro encontrada era muy escasa. No parecía aquello un buen negocio. Estaba demasiado lejos de la península y en una latitud muy diferente, por lo que no arraigaban los cultivos propios de España como la vid o el olivo. Expedición tras expedición recorrían incansablemente la costa hacia el norte y hacia el sur buscando el paso que les permitiese continuar hacia la India, que era el objetivo no solo de Colón, sino de cualquier europeo de la época. Los sucesivos viajes confirmaron que América era, efectivamente, una

masa de tierra aislada en medio del océano, pero muy vasta y, sobre todo, extraordinariamente alargada. A ese nuevo continente se le empezó a conocer a principios del siglo XVI como América, aunque durante siglos convivió ese nombre con el de las Indias. El término América proviene de un navegante florentino llamado Américo Vespucio al servicio de la corona castellana. A su vuelta de las Indias publicó dos obras que se difundieron por Europa y que debieron caer en manos de un cartógrafo alemán llamado Martin Waldseemüller que dibujó un mapamundi en el que, sobre la costa de Sudamérica, aparecía por primera vez la palabra América.

Persuadidos de que lo que se interponía entre ellos y la especiería era un continente inmenso no quedaba otra posibilidad que sobrepasarlo por los extremos. Por el norte se antojaba difícil porque los mares eran bravos y los hielos polares no tardaban en aparecer impidiendo la navegación. Solo quedaba una ruta, la del sur. En 1519 una expedición de cinco naves y 239 hombres comandada por el marino portugués Fernando de Magallanes, pero financiada por la corona castellana, partió de Sevilla rumbo a la especiería con la intención de hallar el punto donde se encontraba el final del continente americano por el sur. Magallanes dio con él en el estrecho que hoy lleva su nombre, atravesó el océano Pacífico y arribó a las Filipinas, donde murió tras entrometerse en una reyerta entre nativos. La expedición consiguió llegar a las Molucas, se aprovisionó con un cargamento de clavo y las dos naves que quedaban decidieron regresar a la península por caminos diferentes. La nao *Trinidad* regresaría a América navegando hacia el este, pero no lo conseguiría ya que los portugueses la interceptaron. La nao *Victoria* al mando de Juan Sebastián Elcano navegaría hacia el oeste advertido de que no podría realizar escalas ya que se encontraba al este de la línea de demarcación de Tordesillas. Elcano cruzó el océano Índico en demanda del cabo de Buena Esperanza, lo dobló y remontó el Atlántico hasta enfilar el estuario del Guadalquivir y atracar en Sevilla. Elcano y los 18 hombres que le acompañaban acababan de completar la primera circunnavegación del mundo, pero esa era una consecuencia no buscada de un viaje a la especiería que no salió mal del todo porque el clavo que acarreaba en su bodega la *Victoria* permitió pagar la expedición y dejar incluso beneficio. El viaje de Magallanes y Elcano puso sobre la mesa la necesidad de establecer una nueva línea de demarcación, esta vez sobre las aguas del Pacífico. Los representantes de Castilla y Portugal se reunieron en Zaragoza para fijarla. A esta se la conoce como contrameridiano de Zaragoza, estaba situado 297 leguas al este de las Molucas. Eso dejaba las islas de Banda en manos de Portugal, pero la realidad era que los castellanos no habían encontrado un modo práctico de llegar hasta

allí. Años más tarde regresaron a Filipinas, pero ya para quedarse. Miguel López de Legazpi tomó Manila, una ciudad resguardada en el fondo de una bahía fácil de defender. Manila serviría de ahí en adelante como puesto comercial con Oriente. Los navíos no iban directos de Manila a España, sino a los puertos de Nueva España en el Pacífico para no contravenir los acuerdos con los portugueses. Para eso hizo falta encontrar la manera de atravesar el Pacífico en dirección al este, el llamado contraviaje. Una vez conseguido esto, sobre esta ruta se estableció el Galeón de Manila o Nao de la China, una flota de galeones que cruzaban el océano cargados de productos chinos que encontraban muy buena salida en los virreinatos españoles y en la propia España, donde las mercaderías orientales llegaban desde América a bordo de la flota de Indias, también conocida como flota del tesoro porque en sentido Europa navegaba cargada de plata.

Lo que transportaba el Galeón de Manila era interesante desde el punto de vista mercantil y permitía mantener la presencia en Asia, pero para cuando empezó a circular entre el extremo oriente asiático y América la fiebre con encontrar una ruta directa con las islas de las especias había remitido. Para mediado el siglo XVI la América hispana se había convertido en una empresa en sí misma gracias a las minas y el contrabando. Las especias, además, estaban dejando de ser la bicoca que habían sido hasta entonces. Los monarcas y los mercaderes portugueses ya no les sacaban tanto rendimiento porque había demasiada competencia y la misma abundancia de producto había hecho caer su precio. La otrora vibrante Casa da Índia hacía aguas. Las importaciones de especias, la seda y la goma laca y las exportaciones de oro, plata, cobre y coral pasaban por allí. Los funcionarios revisaban la mercancía, la tasaban y aplicaban un impuesto del 30 por ciento lo que encarecía todos los productos, más aún cuando había contrabandistas dispuestos a ofrecer lo mismo mucho más barato. Medio siglo después del viaje de Vasco da Gama ir a la India ya no era algo propio de pioneros que se exponían a lo desconocido, sino una travesía de rutina extraordinariamente larga y llena de escalas en las que se podía distraer la mercancía. Para 1560 los ingresos de la Casa da Índia ya no conseguían cubrir sus gastos, estaba quebrada y con ella la propia monarquía portuguesa. Años más tarde entraron los holandeses en el negocio. Los secretos no se pueden mantener durante mucho tiempo. Los holandeses consiguieron hacerse con los mapas portugueses y, gracias a una empresa privada, la Compañía Neerlandesa de las Indias Orientales, empezaron a dejarse caer por el Índico desplazando a los comerciantes portugueses, por lo general a cañonazos, sin que Portugal dispusiese ya de los medios para repeler el ataque.

La familia real portuguesa estaba emparentada con la de sus

vecinos. Sebastián I, cuyo reinado comenzó en 1557, era hijo de Juana de Habsburgo, hermana de Felipe II que recibió la corona de su padre un año antes. No había planes inmediatos de unificar las dos coronas, pero procuraban estar en buenos términos y que el trono lo ocupasen familiares muy cercanos para evitar guerras y problemas mayores. En el siglo XVI los reyes de Castilla y Aragón intensificaron el uso del título «Hispaniarum Rex» (rey de las Españas) en monedas y documentos oficiales. Era un título delicado ya que Hispania era una realidad geográfica y cultural que todos percibían como más amplia y que necesariamente incluía a Portugal. En el mapa de Waldseemüller que veíamos antes sobre la península ibérica se encargó de escribir Hispania en mayúsculas y a su lado en letra minúscula los nombres de los distintos reinos que la componían. Durante la edad media el uso de ese término había sido, como vimos en el capítulo anterior, muy habitual entre los cronistas, pero el significado que le daban no era político más allá de referencias a los reyes godos. El matrimonio de Isabel de Castilla y Fernando de Aragón no suponía el nacimiento del reino de España porque estaba incompleto en tanto Navarra y Portugal tenían soberanos propios. Navarra fue integrada a sus dominios en 1512, pero Portugal se mantenía como un reino aparte, un reino hispano sin duda, pero con un monarca distinto.

La política matrimonial de los Reyes Católicos iba dirigida a anudar alianzas con las potencias cercanas tratando de aislar a Francia. A Juan, el heredero de la corona, le casaron con una princesa flamenca, Margarita de Habsburgo, pero murió prematuramente en 1497. Para asegurar la alianza con los Habsburgo casaron a Juana con el príncipe Felipe, heredero del ducado de Borgoña y del título imperial. A Isabel la casaron con Alfonso de Portugal, pero murió en 1491 por lo que se casó con su tío Manuel. Al morir Isabel en 1498 la infanta María se casó con Manuel. Por último, Catalina fue enviada a Inglaterra para casarse con Arturo Tudor y, a la muerte de este, con su hermano Enrique. La intención primera de Isabel y Fernando era reforzar los vínculos con los Habsburgo al tiempo que mantenían un vínculo muy estrecho con la familia real portuguesa. En la siguiente generación el rey Carlos, hijo de Juana y Felipe, se casó con su prima, la infanta portuguesa Isabel de Avís, hija de Manuel I y de María. Todos estaban relacionados entre ellos de un modo asombroso de forma que cuando un monarca moría sin descendencia se abría una disputa sucesoria. Eso es lo que sucedió cuando Sebastián I murió en 1578 guerreando en el norte de África. Le sucedió su tío abuelo el cardenal Enrique, pero ya era de avanzada edad y murió dos años después, también sin descendencia ya que el papa no le permitió secularizarse. Esto provocó una crisis sucesoria que se resolvió en las Cortes de Almerim de 1580 entregando la corona a Felipe II de

Habsburgo, rey de Castilla, Aragón, Navarra y unos cuantos principados más. Para entonces Felipe II en las monedas ya se hacía titular «Hispaniarum Rex» aun a sabiendas de que no lo era del todo. Desde 1580 pudo hacerlo sin temor a ofender a nadie.

La incorporación del reino de Portugal al patrimonio de la corona hizo que las referencias Hispania y sus variantes en romance proliferasen tanto en la lengua hablada como en la escrita. Un siglo antes los Reyes Católicos habían intentado hacer lo mismo, pero sus consejeros les disuadieron. Según cuenta Hernando del Pulgar en la Crónica de los Reyes Católicos:

> Platicose en el Consejo del Rey y de la Reina cómo se debían intitular; y como quiere que los votos de algunos de su Consejo eran que se intitulasen Reyes y Señores de España, pues sucediendo en aquellos Reinos del rey de Aragón eran señores de toda la mayor parte de ella, pero determinaron de no hacerlo e intituláronse en todas sus Cartas en esta manera: Don Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios, rey y reina de Castilla, de León, de Aragón, de las dos Sicilias, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, del Algarbe, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, señores de las Indias, tierra firme del Mar Océano, conde y condesa de Barcelona, señores de Vizcaya y de Molina, duques de Atenas y de Neopatria, condes del Rosellón y de Cerdaña, marqueses de Oristán y de Gociano.

La ristra de títulos que poseen los reyes de España se ha mantenido casi inalterada hasta el momento presente, aunque por economía del lenguaje siempre nos referimos a ellos como reyes de España. Lo mismo debieron hacer nuestros antepasados de los siglos XVI y XVII. Durante las seis décadas, de 1580 a 1640, en las que los reinos de toda la península estuvieron unificados en la misma persona aquello no presentaba problemas ya que era algo meramente descriptivo, luego Portugal volvió a establecerse como reino independiente con la casa de Braganza y el término España quedó vinculado exclusivamente a Castilla, Aragón y Navarra. Los portugueses, por su parte, empezaron a rechazarlo, pero aceptaron (y siguen haciéndolo) el concepto de Iberia a pesar de que Hispania e Iberia significan lo mismo, pero el primero se fue llenando de contenido político desde el siglo XVI, mientras que el segundo mantuvo su significado original. Si Felipe II hubiese decidido intitularse como Rey de Iberia se habría invertido el uso de la palabra, hoy todos los habitantes de la península se dirían españoles, pero solo los de este lado de la raya ibéricos. La identificación de Castilla, Aragón y Navarra con España por parte de los portugueses no fue inmediata. Hasta el siglo XVIII todavía seguían entendiendo que Hispania era toda la península. Por eso cuando Felipe V de Borbón decidió ser proclamado abiertamente como rey de España, a su homólogo portugués Pedro II no le pareció bien y empleó esto como coartada para cerrar un acuerdo con británicos y holandeses para

meterse en la guerra en el bando del archiduque Carlos de Habsburgo, a quien recibieron con honores en Lisboa.

Los naturales de la península, es decir, españoles o ibéricos, tanto da porque a efectos geográficos y culturales es lo mismo, estuvieron dos siglos expandiéndose por el mundo y con ellos fue todo lo demás. Llegaron a compartir incluso monarca durante unos años que coincidieron con los del apogeo de los Habsburgo españoles. Fueron los llamados «tres felipes» (II, III y IV en España y I, II y III en Portugal) durante los cuales la monarquía hispánica alcanzó la cúspide de su poder. Fue en esos años cuando la presencia española en América se terminó de consolidar. Los avances del siglo anterior se detuvieron y la corona pasó a organizar la colonización. Los castellanos desde el primer momento se decantaron por crear virreinatos, una figura que conocían bien y ya empleaban en la península. Los virreyes habían surgido en la corona de Aragón durante la edad media. Los dominios del rey de Aragón estaban desde el siglo XIII repartidos entre la península ibérica e Italia, eso obligó a sus monarcas a nombrar a representantes en Sicilia para que gobernasen en su nombre. Con el tiempo se crearían virreinatos en casi todos los reinos propiedad del monarca. Hubo virreyes en Nápoles, en Cerdeña y también en la península en los reinos pertenecientes a la corona de Aragón y en Navarra, pero no en Milán ya que era un ducado feudatario del Sacro Imperio, allí el rey nombraba un gobernador. Ya en el siglo XVI, cuando se produjo la conquista de América, se encontraron con el mismo problema, aunque agravado porque la distancia que separaba España de América era inmensa. Un rey podía visitar ocasionalmente Cataluña, Flandes o Milán, pero era impensable que se embarcase rumbo a las Indias porque el viaje era largo, muy incómodo y no estaba exento de riesgos. El primer virreinato creado en el Nuevo Mundo fue el de Indias y se adjudicó a Cristóbal Colón en las capitulaciones de Santa Fe, pero fue más titular que efectivo y no tuvo continuidad a la muerte de Colón. Su hijo Diego pleiteó con la corona y recuperó el título, pero estaba ya vacío de contenido administrativo. Años más tarde, tras la conquista de México, Carlos I creó el virreinato de Nueva España con capital en Ciudad de México. Tras el de Nueva España llegaría el del Perú en 1542 con capital en Lima y, ya en el siglo XVIII, los de Nueva Granada y el Río de la Plata con su centro en Bogotá y Buenos Aires respectivamente. El virrey hacía las veces de monarca y respondía ante él por correspondencia, también presidía las Reales Audiencias que hubiese en su virreinato. Reales Audiencias hubo muchas más porque era un órgano jurisdiccional y los virreinatos eran muy extensos. Con todo, la presencia de la administración real en América era pequeña. Para sentir de cerca la presencia del poder virreinal había que estar en la

capital del virreinato. Las distancias eran tan grandes que cualquier desplazamiento llevaba semanas o meses por caminos no necesariamente fáciles. Las órdenes e instrucciones emanadas del Consejo de Indias en Madrid tardaban mucho en llegar a las capitales americanas y otro tanto más en alcanzar los rincones de los virreinatos. Eso dio mucha autonomía a los colonos españoles que se fueron asentando allí y a sus sucesores.

La institución de los colonos era el cabildo, algo que se habían traído de Castilla y que no eran más que simples concejos ajustados al derecho indiano. El cabildo estaba íntimamente ligado a la existencia de una ciudad, por eso se fundaron por centenares durante el primer siglo. Hubo algunos años, como el de 1536, en el que se llegaron a fundar hasta veinte ciudades repartidas por todo el continente desde lo que hoy es México hasta lo que hoy es Argentina. Esta actividad urbanizadora, sin parangón en la historia, obedeció a la imperiosa necesidad que la corona de Castilla tenía de organizar políticamente los nuevos territorios conquistados para proceder así de una manera ordenada a su poblamiento y su aprovechamiento económico. En el momento en el que un grupo de colonos fundaba una ciudad la institución y las leyes iban detrás de ellos. Pero América no estaba vacía. Al llegar los españoles se encontraron a millones de personas que habitaban aquellas tierras. Con algunos tuvieron que guerrear mientras que con otros llegaron a acuerdos. Esa población tenía que ser evangelizada y luego poco a poco asimilada si esa era su intención. Para lo primero la Iglesia envió misioneros que acompañaban a las expediciones de exploración y conquista. Para que se convirtiesen por las buenas un profesor de la Universidad de Salamanca llamado Juan López de Palacios pensó que lo mejor era instarles a que abrazasen la verdadera fe porque a la vista estaba que no la conocían. A este documento se le llamó requerimiento y durante décadas se leía en voz alta cuando se encontraban a un grupo de indígenas. El texto decía lo siguiente:

> De parte del muy alto y muy poderoso y muy católico defensor de la iglesia, siempre vencedor y nunca vencido el gran Rey de España, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de las Islas y tierras firmes del Mar Océano, etc., tomador de las gentes bárbaras, los notifico y les hago saber como mejor puedo:
>
> Que Dios nuestro señor único y eterno, creó el cielo y la tierra, un hombre y una mujer de quienes nosotros y vosotros fueron y son descendientes y procreados y todos los de después de nosotros vinieron, mas la muchedumbre de la generación y de esto ha sucedido de cinco mil y mas años que el mundo fue creado, fue necesario que unos hombres fuesen de una parte y otros fuesen por otra y se dividiesen por muchos reinos y provincias de que una sola no se podrían sostener ni conservar. De todas estas gentes nuestro Señor dio cargo a uno que fue llamado San Pedro, para que de todos los hombres del mundo fuese señor y superior, a quien todos obedeciesen y fuese cabeza de todo lo humano, donde quiera que los hombres estuviesen y viviesen en cualquier ley, secta o creencia, pidiéndole a todo el mundo por su reino, señorío y jurisdicción, y como quiera que le mando propusiese su silla

en Roma como el lugar mas aparejado para regir el mundo, también le permitió que pudiese estar y poner su silla en cualquier otra parte del mundo, y juzgar, y gobernar a toda la gente, cristianos, moros, judíos, gentiles y de cualquier otra secta o creencia, a este llamaron Papa, que significa admirable, mayor, padre y guardador. A este San Pedro obedecieron y tomaron por señor, Rey y superior del universo, los que en aquel tiempo vivían y asimismo han tenido todos los otros que después de él fueran al pontificado elegido y así se ha continuado hasta ahora y así se continuará hasta que el mundo se acabe. Uno de los pontífices pasados que en lugar de este mundo, hizo donación de estas Islas y tierras firmes del Mar Océano, a los ricos Rey y Reina y a los sucesores en estos reinos, con todo lo que en ellas hay según se contienen en ciertas escrituras que sobre ellos basaron, así que sus Altezas son Reyes y Sres. de estas Islas y tierras firmes, por virtud de dicha donación y como a tales Reyes y Sres. algunas Islas más y casi todas a quienes esto ha sido modificado han recibido a sus altezas y les han obedecido y servido y sirven como súbditos lo deben hacer, con buena voluntad y sin ninguna resistencia, luego de su inclinación como fueron informado de lo susodicho, obedecieron y recibieron a los valores religiosos que sus Altezas profesaban para que les predicasen y enseñasen la Santa fe, y todos ellos de su humilde y agradable voluntad sin apremio ni condición alguna se hicieron cristianos y lo son, sus Altezas los recibieron alegres y así los mandó tratar como a los otros súbditos y vasallos, los otros son pedidos y obligados a hacer lo contrario.

Por ende, como mejor puedo os ruego y requiero que entendáis bien lo que he dicho, y toméis para entenderlo y deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo y reconozcáis a la Iglesia por Señora y Superiora del universo mundo y al sumo pontífice llamado Papa en su nombre y al Rey y la Reina nuestros señores en su lugar como Superiores y Señores y Reyes de esta isla y tierra firme por virtud de la dicha donación y consentíais en ese lugar a que estos padres religiosos o declaren los susodichos.

Si así lo hicieres te ha de ir bien y aquello a que estás obligado, y sus altezas en su nombre los recibirán con todo amor y caridad, los dejarán vuestras mujeres hijos y haciendas libres, sin servidumbre, para que de ellas y nosotros hagáis libremente lo que quisieres y por bien tuvieres y no os compelerán a que tornéis cristianos, salvo si vosotros informados de la verdad quisieres convertir a la religión católica como lo han hecho casi todos los vecinos de estas islas y además de esto su Alteza dará muchos privilegios y exenciones que gozarán muchas veces.

Si no lo hicieres o en ello dilación maliciosamente pusieres, os certifico que con la ayuda de Dios entraré poderosamente contra vosotros y os haré guerra por todas las partes y maneras que tuviere y sujetaré al yugo y obediencias de la iglesia y de sus Altezas y tomaré vuestras personas y las de vuestras mujeres e hijos y los haré esclavos y como tales los venderé y dispondré de ellos como su Alteza mandare, y os tomaré vuestros bienes, y os haré todos los males y daños que pudiere como a vasallos que no obedecen y que no quieren recibir a su señor y le resisten y contradicen y protesto de los muertes y daños que de ellos se registraren serán a culpa vuestra y no de sus Altezas ni mía, ni de estos caballeros que conmigo vinieron y de como lo digo, requiero, pido al presente Escribano que me lo dé como testimonio firmado y a los presentes ruego que de ello sean testigo.

Como era previsible, los indígenas no entendían una sola palabra y si no presentaban combate se debía a que sospechaban que no tenían las de ganar. Con este formulismo justificaban la conquista, pero una vez conquistado el territorio y sometidas sus gentes hacía falta dar curso a la evangelización. Eso llevó mucho más tiempo porque las barreras lingüísticas eran enormes y el cristianismo, aunque es sencillo para quienes nacen en su seno, puede llegar a ser complicado para quienes lo ignoran todo de él. Los indígenas

terminaron siendo absorbidos por la nueva sociedad virreinal de varias formas. Durante los primeros años se les capturaba sin miramientos y luego se vendían como esclavos, pero la corona intervino declarándolos sus súbditos en las Leyes de Burgos de 1512. Se estableció entonces el sistema de encomiendas mediante el cual a los colonos llegados de la península se les encomendaban indígenas para que los evangelizasen con la ayuda de un cura doctrinero. En lo que se evangelizaban se les ponía a trabajar para el colono. El sistema de la encomienda dio lugar a muchos abusos y fue abolido en 1542 con las Leyes Nuevas. Muchos encomenderos protestaron airadamente porque aquellos indígenas trabajaban para ellos en régimen de servidumbre, pero los virreyes fueron inflexibles. Las leyes estaban para cumplirlas, de modo que si querían tener empleados en sus fincas habrían de pagarles un salario. Las denuncias contra el maltrato de los indígenas dieron lugar, como veíamos antes, a un acalorado debate sobre si estaba o no justificada la conquista, pero cuando este debate llegó a mediados del siglo XVI la conquista propiamente dicha había terminado y la América hispana había echado a andar. En las zonas donde la economía precisaba de gran cantidad de mano de obra como las plantaciones del Caribe se importaron esclavos africanos que, a esos sí, se les podía esclavizar conforme a la ley. La esclavitud de los africanos se mantuvo en Puerto Rico, Cuba y Brasil hasta finales del siglo XIX porque sus economías eran muy dependientes del trabajo esclavo en las plantaciones de azúcar y tabaco.

Durante los siguientes siglos se produjo un intenso mestizaje, pero siempre hubo una fractura racial y cultural entre los indígenas y los peninsulares y sus descendientes nacidos en América, que se denominaban criollos porque ya habían sido criados en las Indias. Había pueblos de indios constituidos como concejos castellanos, pero integrados exclusivamente por población indígena que mantenía su idioma y sus costumbres siempre y cuando no entrasen estas en conflicto con la fe católica. La sociedad americana era, de cualquier modo, esencialmente mestiza. El mestizaje era completamente legal y la corona lo propiciaba, pero solo cuando el indígena se había convertido al cristianismo. Este mestizaje tan acelerado vino motivado por varios factores. El primero y fundamental era que el racismo de tipo biológico no figuraba entre las taras de los españoles de la época. El inconveniente para contraer un matrimonio no era el color de la piel, sino la religión y la cultura. Un español del siglo XVII, por ejemplo, podía casarse con una indígena de cualquier parte de América, pero no con una mujer judía o con una cristiana reformada de Centroeuropa. A eso se sumó la escasez de mujeres españolas que pasaban a las Indias, una empresa que durante los primeros tiempos estaba reservada a hombres recios dispuestos a arrostrar peligros y

privaciones. Las normas morales eran algo más suaves que en España. Los primeros españoles en llegar coleccionaron las concubinas y procrearon con muchas de ellas. La intención de los colonos nunca fue apartar y sustituir a la población local como sucedió en las colonias inglesas de América del Norte, sino asimilar a la población y transformar aquello en algo parecido a una nueva España a miles de kilómetros de distancia. Dos siglos después de la conquista la América hispana ya había adquirido las pautas demográficas que mantendría hasta finales del siglo XIX, cuando sobre el continente se derramó una ola de emigración proveniente de todas partes de Europa.

Para la labor de replicar la España peninsular en el continente americano prestaron una ayuda inestimable las universidades, una institución educativa que ya existía en España desde la edad media y que se implantó en América desde el principio porque la administración no podía llevarse a cabo sin gente debidamente instruida. El primero de los estudios del Nuevo Mundo vio la luz en Santo Domingo en 1538 a instancias de los dominicos, una década más tarde nacerían las universidades de San Marcos en Lima y la Real Universidad de México. Tras ellas llegarían la de Bogotá en 1580, la de Quito en 1603, la de Córdoba en 1621 y la de Santiago de Chile en 1622. Muchas de estas universidades aún se encuentran operativas y hasta se vanaglorian de sus orígenes virreinales, algo poco habitual en las repúblicas hispanoamericanas. En la difusión de las universidades americanas fue crucial la abundancia de libros y la posibilidad de reproducirlos *in situ*, algo que solo un siglo antes hubiese sido imposible ya que los libros eran un bien caro y escaso. Treinta años antes de que los castellanos llegasen a América un orfebre alemán llamado Johannes Gutenberg inventó la imprenta de tipos móviles, un ingenio que permitía sin más límites que los impuestos por la disponibilidad de papel y tinta, copiar un libro tantas veces como se desease. La imprenta llegó a la península en la década de 1470. La primera de las obras impresas fue un sinodal estampado en Segovia en 1479, pero el invento era tan útil que no tardó en extenderse y para el año 1500 ya había talleres de imprenta operando en Valencia, Salamanca, Zaragoza, Barcelona, Lisboa, Toledo, Burgos, Sevilla, Pamplona, Granada, Oporto y otras ciudades. La instalación de la primera imprenta de América está documentada en Ciudad de México en 1539. El primer obispo de la ciudad, el vizcaíno Juan de Zumárraga, solicitó al rey la instalación de una imprenta, seguramente porque la importación de libros desde la península era costosa, requería mucho tiempo y existía el riesgo de que se extraviasen por el camino. Si una congregación religiosa establecida en México solicitaba un ejemplar a su casa matriz en la península el libro tenía que viajar primero hasta Sevilla, ahí se embarcaba, cruzaba el Atlántico con la

flota del Tesoro y una vez en América tenía que abrirse camino por tierra hasta el convento de destino. No era práctico y además la administración virreinal pronto ganó una complejidad extraordinaria porque, aparte de administrar territorios muy extensos, había que evangelizar a una gran cantidad de gente. Tanto para lo primero como para lo segundo la letra impresa era imprescindible. El gobierno y la administración de Justicia trataban de dejarlo todo por escrito para que quedase constancia documental. A fin de cuentas, los virreyes, sus capitanes generales y los oidores de las Reales Audiencias pasaban, pero la ley permanecía. La sociedad indiana no era más que un reflejo especular de la que había en la península. Un porcentaje pequeño pero significativo de la población sabía leer y ese mercado tenía que atenderse de algún modo. En América surgieron también autores en verso y prosa cuyas obras se leían o se escuchaban en todo el ámbito hispano. La imprenta echó raíces en Ciudad de México, se reprodujeron los talleres de impresión y unos años después fue llevada a Lima, capital del otro virreinato. En el siglo XVII las imprentas eran ya muy comunes en toda la América hispana, algo que ha resultado una bendición para los historiadores ya que es abundantísima la documentación impresa que se conserva.

En los siglos XVI y XVII se produjo una explosión cultural e intelectual entre los hispanos de ambas orillas del océano. Los romances medievales se consolidaron en lenguas ya bien diferenciadas, aunque todas muy parecidas entre ellas y hasta cierto punto inteligibles mutuamente. Las dos principales fueron el castellano y el portugués, pero no se abandonó el uso del resto, que siguieron evolucionando a su propio ritmo o quedaron confinadas en comarcas apartadas. A esto no fue ajeno el hecho de que las dos cortes peninsulares, la de Lisboa y la de Madrid, escogieron ambos romances como lengua de la administración. Eso y el hecho de que en el siglo XV el reino de Castilla era más próspero y estaba más poblado hicieron del romance castellano la lengua franca de la península. La demanda de un idioma concreto la define el poder del soberano que la emplee, del número de usuarios y de su prosperidad material. Así fue cómo se expandió el griego en el Mediterráneo oriental y el latín en el occidental durante la antigüedad, y así es cómo se ha expandido el uso del inglés en nuestro mundo. Todos tratamos de aprender inglés porque es la lengua del país más poderoso del mundo y porque la prosperidad económica ha acompañado durante los dos últimos siglos a las potencias angloparlantes. Otras lenguas de nuestro tiempo como, por ejemplo, el alemán moderno, carecen de un soberano especialmente poderoso, pero la pujanza económica y la numerosa población de los países de habla germánica invita a aprender su lengua para mejorar en la vida. Si confluyen los tres factores, poder,

dinero y número de hablantes, el atractivo de esa lengua es irresistible y se propaga como un reguero de pólvora sin que se pueda hacer nada para evitarlo. El avance del reino de Castilla desde el siglo XIII propició que fuese su romance el que se expandiese al valle del Guadalquivir y luego al continente americano. Fue precisamente un andaluz, Antonio de Nebrija, quien redactó la primera gramática castellana. La entregó a la imprenta en 1492 y se la dedicó a la reina Isabel del siguiente modo:

> A la mui alta et assí esclarecida princesa doña Isabel, la tercera deste nombre, Reina i señora natural de España et las Islas de nuestro Mar. Comiença la gramática que nuevamente hizo el maestro Antonio de Lebrixa sobre la Lengua castellana.

La gramática de Nebrija tuvo en su momento tantos partidarios como detractores, pero creó escuela. En 1536 un fraile dominico portugués llamado Fernão de Oliveira publicó la *Grammatica da Lingoagem Portuguesa* dedicándosela a Fernando de Almada, un aristócrata de la corte de Juan III, que costeó la obra. En la dedicatoria escribe:

> Esta he a primeyra anotação que Fernão doliueyra fez da lingua Portuguesa. Dirigida ao mui manifico senhor: e nobre fidalgo o senhor dom fernando Dalmada. Filho herdeyro do muy prudente e animoso Senhor Dom Antão. Capitão geral de Portugal.

En el segundo capítulo, cuando Oliveira expone los motivos que le han llevado a escribir semejante obra recuerda algo que enlaza con lo que veíamos más arriba:

> A antiga nobreza e saber da nossa gente e terra da Espanha: cuja sempre milhor parte foi Portugal: ainda q˜ agora nam e mayor depoys do diluuio geral q˜ e o mais antigo tempo de q˜ se os home˜s lembrão.

Oliveira, como había hecho antes Nebrija con el castellano, deja claro en el mismo título que ese «lingoagem» del que está hablando es el que se habla en Portugal. La lengua adopta así el nombre del reino, algo que vendría a explicar por qué en los siglos siguientes el castellano iría poco a poco siendo asimilado con el español a pesar de que es solo una más de las lenguas hispanas, la más hablada eso sí y la que siempre contó con el soberano más poderoso.

De todas las lenguas de España las únicas que pasaron a América fueron el castellano y el portugués. En ambos casos eran estas las lenguas de la administración y también las de la mayor parte de colonos que se establecían allí. En el caso del castellano durante siglos solo hubo un puerto abierto para el comercio con América. Primero fue Sevilla y, a partir del siglo XVIII, Cádiz ya que el arqueo de los

buques que formaban la flota de Indias había aumentado y tenían problemas para remontar el Guadalquivir. La liberalización del comercio con América no llegaría hasta el reglamento de libre comercio promulgado por Carlos III en 1778 ya en la última etapa del periodo virreinal. Que todo tuviese que embarcarse en la baja Andalucía implicaba que buena parte de las tripulaciones y muchos de los colonos proviniesen de esa región de la península. Fue el dialecto castellano que se hablaba allí el que pasó primero a las Canarias y luego a América. Algunos rasgos fonéticos del castellano en América como el seseo en España solo se observan en ciertas zonas de Andalucía y en las islas Canarias. En lugares donde el castellano llegó más tarde como la pequeña colonia africana de Guinea (hoy Guinea Ecuatorial) esa característica no se aprecia ya que el idioma se implantó a lo largo del siglo XX.

El portugués pasó a América con los primeros colonizadores llegados con la expedición de Martim Afonso de Soussa. Pero eran muy pocos, por lo que no tardaron en aprender las lenguas indígenas locales y mezclarlas con el portugués originando una lengua criolla cuya base era el idioma indígena tupinambá y que dieron en llamar «língua geral». Este idioma se transformó en la lengua franca durante el primer siglo de presencia portuguesa en América. Más allá de los asentamientos urbanos, que eran de pequeño tamaño en comparación con los de los virreinatos españoles, era la única lengua con la que hacerse entender. La colonización de Brasil tuvo sus peculiaridades porque fue más tardía y gradual que la de otras partes de la América hispana y su ámbito geográfico fue mucho más limitado. Los portugueses llegaron a las costas de Brasil en el año 1500, pero no empezaron a colonizarlo hasta mucho después. En 1534 Juan III dividió el territorio costero en capitanías autónomas y hereditarias cuya labor era explorar el territorio y establecer en él grandes plantaciones de caña de azúcar, un producto con muy buena salida en el mercado europeo. El sistema de capitanías lo habían ensayado previamente en Madeira con gran éxito, pero Madeira era muy pequeña y estaba deshabitada cuando llegaron. En Brasil había indígenas y el tamaño de la colonia era descomunal y de límites imprecisos. Los capitanes tomaron posesión de la franja que les habían adjudicado en Lisboa y comenzaron a ganar terreno y roturar la tierra poniendo a los indígenas a trabajar para ellos. Fue un completo fracaso por lo que el rey nombró a un gobernador general con sede en una ciudad de nueva fundación a la que bautizaron Salvador de Bahía. El gobernador se encargaría de organizar el territorio y coordinar a los capitanes. El modelo administrativo portugués, que era similar al castellano, aunque mucho menos ambicioso, se trasladó a Brasil. Las ciudades nacían con su cámara municipal que regía la vida urbana,

pero todo orbitaba en torno al azúcar y, en menor medida, al tabaco y el algodón. En todos los casos se trataba de agricultura de plantación que exigía muchos trabajadores. Los portugueses, que ya estaban presentes en la costa africana, tan solo necesitaron llevar esa mano de obra de una orilla a la otra del Atlántico sur. En una colonia de esas características dedicada casi en exclusiva a exportar azúcar el número de colonos era pequeño y los que había no tenían voluntad alguna de integrar a la población local. En el siglo XVI Brasil y sus plantaciones no era algo que en Lisboa quitase el sueño a nadie. La corona solo tenía ojos para la India y el comercio de especias con Oriente. Establecieron una diócesis en Salvador de Bahía sufragánea del Patriarcado de Lisboa, pero no vieron la necesidad de fundar universidades ni de autorizar la instalación de imprentas. La primera universidad brasileña no sería fundada hasta el siglo XX y la primera imprenta no llegó hasta que la familia real portuguesa se trasladó con toda su corte a Río de Janeiro en 1808.

Durante los siglos XVI y XVII la colonia de Brasil no pasó de ser una plantación inmensa que la convirtió en el mayor productor de azúcar del mundo. En eso difería con la América virreinal española, que llegó a desarrollar una economía propia muy diversificada. A la corona española le interesaba la plata de las minas de Potosí y Zacatecas. Las primeras se encontraban en el Perú, las segundas en Nueva España. Las de Potosí, en la actual República de Bolivia, eran muy productivas. Los yacimientos de plata en aquel rincón de los Andes fueron descubiertos de forma accidental en 1545, tan solo diez años después de la conquista de Perú por Francisco Pizarro. En Potosí los conquistadores se dieron de bruces de forma casi literal con una montaña de plata. A esa montaña la bautizaron cerro Rico por razones fáciles de entender. La plata se empezó a extraer de inmediato mediante un nuevo proceso que acababa de inventar Bartolomé de Medina, un metalúrgico sevillano afincado en Nueva España. El sistema, conocido como método de patios consistía en amalgamar el mineral extraído con mercurio para separar la plata. El método de patios permitía producir más plata con menos esfuerzo y menor gasto de energía. En ese punto tan solo era necesaria mano de obra en abundancia. Aunque la ley impedía esclavizar a la población indígena, el virrey de Perú Francisco Álvarez de Toledo se las ingenió para que a las minas del virreinato no les faltasen trabajadores. Para ello se valió del sistema de la mita. La mita era un tributo que se pagaba trabajando de forma obligatoria para el Estado durante un tiempo determinado. Los incas lo habían utilizado anteriormente y en la propia Europa tampoco era algo del todo extraño, allí se conocía como corvea. A la plata y los trabajadores forzosos se sumó el sistema de flotas y galeones que permitió transportar la plata hasta Europa de

forma más o menos segura, pero no precisamente directa.

La plata de Potosí se cargaba en mulas que descendían de la cordillera hasta el puerto del Callao. Una vez allí se embarcaba en una flota, la armada del mar del sur, que tomaba rumbo norte hasta Panamá, volvía a desembarcar y de nuevo a lomos de mulas cruzaba el istmo. Se reembarcaba en el otro lado, en la llamada flota de los Galeones de Tierra Firme y era conducida hasta La Habana. Allí esperaba hasta que la flota del Tesoro saliese rumbo a Sevilla custodiada por buques de la Armada en previsión de que hubiese piratas esperando en el canal de Florida o entre las Canarias y el estrecho de Gibraltar. Estaba prohibido que los barcos cruzasen el Atlántico por su cuenta, solo podían hacerlo en convoy. Había dos flotas programadas al año, una en enero y otra en junio que llegaban dos o tres semanas después a España. Una vez en el puerto declaraban la mercancía y el rey se quedaba con el 20 por ciento de la plata descargada, el llamado quinto real. No todo se declaraba. El contrabando era corriente y debió ser de grandes proporciones, tanto en el tráfico mercante que entraba en la península como en el que hacía lo propio en las costas virreinales, extraordinariamente extensas e imposibles de vigilar. Tampoco se cumplía la prohibición de realizar la travesía en «navíos sueltos» ya que muchos comerciantes se arriesgaban a cruzar el océano para ahorrarse engorros aduaneros o simplemente porque la flota retrasaba demasiado su partida. De cualquier modo, la abundancia de plata, el trabajo forzado y un buen sistema de transporte que permitía colocar el mineral en el mercado, disparó la producción tanto en las minas novohispanas como en las andinas, poniendo en las manos del monarca una cantidad de plata como no se había visto hasta entonces. Con esa plata se costeó sobradamente la colonización del continente, la dinastía Habsburgo pudo financiar su activa política exterior en Europa y permitió importar todo lo que se necesitase. Con la plata de esas minas se pagaba todo, desde la soldada de los tercios que combatían en Flandes hasta los productos chinos que llegaban en el Galeón de Manila. La plata americana, en definitiva, lubricó la economía mundial durante casi dos siglos. En 1595, el embajador veneciano en Madrid, Francesco Vendramin, comentaba lo siguiente con gran agudeza:

> Parece que no sin razón dicen los españoles, a propósito de este tesoro que llega a España de las Indias, que les causa el mismo efecto que la lluvia sobre los tejados de las casas, la cual, si bien cae sobre ellas, desciende luego hacia abajo sin que los que primero la reciben obtengan de ella ningún beneficio.

Sobre esta lluvia de plata los españoles de la época levantaron un imperio monetario, pero no propiamente económico. Curiosamente ese imperio monetario se prolongó más en el tiempo y en el espacio

que el poderío político del que gozó la corona española durante el siglo XVI y buena parte del XVII. La plata americana amonedada en reales de a ocho en las cecas peninsulares o de los virreinatos se propagó por todo el mundo. Los reales de a ocho eran muy apreciados por los europeos, los otomanos, los persas y los chinos. En la China de la dinastía Ming no sabían bien dónde estaba España, pero conocían la efigie del monarca reinante o de alguno de sus antepasados gracias a los reales que entraban por Macao. Eso provocó que durante un tiempo al rey de España los chinos lo conociesen como «el rey de la plata».

Los portugueses no tenían acceso a semejante cantidad de plata, vendían azúcar para obtenerla, pero a partir del siglo XVIII las exportaciones portuguesas de azúcar brasileño comenzaron a decaer porque en el mar Caribe ingleses, franceses y holandeses se habían puesto a hacer lo mismo en el rosario de islas e islotes que los españoles habían despreciado durante los primeros años de la conquista por ser demasiado pequeñas, o demasiado pobres. Esa es la razón por la que en las Antillas menores encontramos nombres tan hispanos como Granada, Trinidad, Antigua o Barbuda. La producción de azúcar caribeña empujó a los portugueses a buscar nuevas fuentes de ingresos. Ahí entraron en escena los bandeirantes, unos aventureros que penetraban en el interior del territorio brasileño, hasta ese momento limitado a la costa, para capturar indígenas y buscar minas. Entre finales del siglo XVII y principios del XVIII dieron con ricos depósitos de oro en el interior más allá de la línea de demarcación de Tordesillas. Atraídos por el oro se incrementó notablemente el número de portugueses que emigraban a Brasil por lo que también el número de hablantes de portugués en Brasil comenzó a aumentar entrando en conflicto con la «língua geral» que había surgido previamente. La corona intervino y en 1758 el marqués de Pombal declaró el portugués como lengua única y oficial de Brasil, prohibiendo de paso el uso de la «língua geral». En ese momento, debido a la evolución natural del idioma, el portugués hablado en Brasil ya tenía características propias que lo diferenciaban del que se hablaba en Portugal.

Los bandeirantes siguieron empujando esta línea más y más al oeste porque los españoles ni se habían establecido allí ni tenían intención de hacerlo. Cuando se los encontraron ya en la gobernación del Paraguay los problemas no tardaron en presentarse, especialmente para los indígenas protegidos por los misioneros españoles de las reducciones jesuíticas y para el propio gobernador de la provincia, que tuvo que improvisar fuertes para impedir que siguiesen avanzando. El Brasil portugués le debió mucho a estos bandeirantes ya que hicieron lo que la corona portuguesa seguramente no podía financiar y que, de

haber podido, se habría arriesgado a una guerra cierta con España en la que no estaba interesada. El sur del continente, la porosa y a menudo indefinida frontera entre lo que terminaría siendo el virreinato del Río de la Plata y la colonia de Brasil, fue una fuente inagotable de enfrentamientos. En lo que actualmente es Uruguay los portugueses establecieron un puesto de avanzada en 1680, lo llamaron Colonia y aquel emplazamiento fue el origen de una disputa que duró casi un siglo. Los portugueses querían acceder a la costa del Río de la Plata, que estaba ocupado al sur, pero no al norte. En 1723 fundaron el fuerte de Montevideu, pero no les duró mucho, apenas un año. Las autoridades porteñas lo recuperaron y sobre ese fuerte levantaron el de Montevideo, que es la base de la actual capital uruguaya. El Río de la Plata daba acceso al Paraná y al interior del continente sudamericano. El Paraná no es un río cualquiera, es ancho y caudaloso por lo que sus riberas eran difíciles de controlar. Los portugueses necesitaban esa entrada para poder internarse en una región muy poco poblada, pero en la que se podía practicar un comercio muy ventajoso, tanto ellos como sus aliados británicos. Tras la separación de las dos coronas en 1640 Juan IV, el primero de los Braganza, se echó en manos de Inglaterra para que le sirviese de protector frente a las intenciones que tenía Felipe IV de recuperar su antigua posesión. A cambio les entregó Bombay y Colombo en la India, más una serie de privilegios comerciales con la propia Portugal y con todas sus colonias. Buena parte del azúcar brasileño se vendía en Gran Bretaña, con la plata obtenida los colonos importaban de Inglaterra casi todo lo que necesitaban. Los británicos del siglo XVIII encontraron en la América hispana un mercado inmejorable que ni España ni Portugal atendían en condiciones debido a sus respectivos monopolios, y al hecho mismo de que los unos sacaban el efectivo de las minas y los otros lo conseguían fácilmente vendiendo especias o azúcar. Los comerciantes británicos trabajaban legalmente en territorio portugués, no así en el español donde desde el tratado de Utrecht de 1713 podían enviar a los virreinatos un barco al año con no más de 500 toneladas de carga. A este barco se le denominó el navío de permiso, pero los ingleses se las ingeniaron para introducir todo lo que quisieron; ya camuflándolo de navío de permiso, ya en contrabando abierto muy difícil (por no decir imposible) de detectar. La costa americana tenía decenas de miles de kilómetros de costa, bastaba con fondear frente a una playa y eran los propios colonos los que cerraban los tratos. Carlos III trató de poner fin a eso con su reglamento de libre comercio que acababa con el monopolio al tiempo que reformaba la administración virreinal creando las intendencias indianas, un cargo de origen francés, que habían instaurado en la península Felipe V y Fernando VI décadas antes. El intendente era un funcionario real que

actuaba como inspector de hacienda. Entre las élites virreinales, especialmente en los ya poderosos y bien asentados cabildos, las intendencias no fueron bien recibidas.

En esa misma época los portugueses también trataron de reorganizar la administración de la colonia de Brasil convirtiéndola en algo similar a un virreinato. La región de las minas llegó a ser tan importante que el gobernador general creó una capitanía a la que llamó Minas Gerais (Minas Generales), hoy uno de los 27 Estados de Brasil. El auge de las minas provocó el declive de Salvador de Bahía y el ascenso de una ciudad más pequeña situada más al sur llamada Río de Janeiro que servía de puerto de embarque para el mineral extraído en el interior. El gobernador portugués pasó a residir en Río en 1763. Décadas después con motivo de la invasión napoleónica de la península ibérica los reyes de Portugal se trasladaron hasta allí para no tener que entregar la corona a Napoleón como le tocó hacer al rey de España.

La sociedad brasileña era tan mestiza como la de cualquier otra parte de la América hispana, pero menos compleja ya que estaba formada mayoritariamente por esclavos africanos sobre los que se sobreponía una capa social mucho menos numerosa de mestizos y portugueses llegados desde Europa. La colonia de Brasil tenía un tamaño menor que los virreinatos españoles y había continuidad geográfica ya que durante este periodo la zona de control portugués directo se ciñó a la costa del Atlántico y, a lo sumo, unos centenares de kilómetros en el interior. Con los virreinatos no sucedía lo mismo. Los extremos de los dominios españoles en América estaban muy alejados entre sí. Viajar de Ciudad de México a Buenos Aires solo podía hacerse por mar y llevaba semanas si todo iba bien. Lo mismo sucedía si se quería ir de La Habana a Lima, de Asunción a Ciudad de Guatemala o de Santiago de Chile a Santo Domingo. Había dos costas, la atlántica a la que daba el Caribe y las provincias del Río de la Plata situadas mucho más al sur, y la del Pacífico que en el momento de máxima extensión del imperio a finales del siglo XVIII iba desde el norte del actual estado de California hasta el archipiélago de Chiloé en el remoto confín meridional de Chile. Defender un dominio semejante era complicado y costoso. Los puertos del Caribe se fortificaron, en algunos casos con auténticas obras maestras de la poliorcética como las fortalezas de Cartagena de Indias, La Habana, San Juan de Puerto Rico, Veracruz o San Agustín, en el actual estado de Florida. La costa centroamericana también estaba fortificada en ciertos puntos de las actuales Guatemala y Honduras, pero la verdadera barrera eran las impenetrables selvas que jalonan la costa del Caribe. La costa del Pacífico, al principio más o menos segura, fue también hostigada por piratas o armadas extranjeras. Eso obligó a levantar en el Callao, el

puerto de Lima, la fortaleza del Real Felipe, la mayor de cuantas se construyeron en América. Estas fortificaciones sirvieron para repeler ataques que en ciertas épocas fueron muy frecuentes, pero de nada hubieran servido de no ser por la propia población indiana, que era en última instancia la encargada de defender su propio hogar. En 1741 una gran flota británica al mando de Andrew Vernon trató de apoderarse de Cartagena de Indias durante la guerra del asiento. No lo consiguió porque la milicia de la ciudad capitaneada por Blas de Lezo, un marino muy experto, se las apañó para repeler el intento. Algo similar sucedió en el Río de la Plata entre 1806 y 1807 cuando, nuevamente los británicos, intentaron tomar Buenos Aires y Montevideo.

Exceptuando las costas de las zonas más calientes y expuestas, los virreinatos no estaban armados porque la conquista había sido el preludio de un periodo de paz muy prolongado. Las ciudades del interior, por lo general construidas sobre altiplanos para huir del sofocante calor del trópico, no estaban amuralladas ni tenían defensa alguna. Ciudad de México, la mayor y seguramente la más próspera ciudad de la monarquía, carecía de defensas porque no las necesitaba. Lo mismo sucedía con Bogotá, Ciudad de Guatemala, Potosí, Caracas o Cuzco. El que desde la península pasaba a las Indias sabía que él y sus sucesores dejaban para siempre la guerra atrás. En la península sucedía todo lo contrario. Durante los siglos XVI, XVII y XVIII la España peninsular estuvo en un estado de guerra casi permanente. Exceptuando la rebelión de la Alpujarra de 1568 y la crisis de 1640, desde la guerra de las comunidades de Castilla, librada entre 1520 y 1522, hasta la guerra de sucesión las guerras fueron todas extrapeninsulares, pero continuas. En el siglo XVI los españoles guerrearon en Francia, en Italia, en los Países Bajos, en Inglaterra, en el norte de África y contra el turco en el Mediterráneo. En el XVII la corona se metió de lleno en la guerra de los treinta años en Alemania que trajo como epílogo varias guerras contra la Francia de Luis XIV y otra más que libró Felipe IV para recuperar la corona portuguesa. El XVIII arrancó con la guerra de sucesión que se libró mayormente en territorio peninsular. A esta le siguieron guerras en Italia para recobrar las posesiones perdidas en la paz de Utrecht y una retahíla de conflictos con Inglaterra hasta que, ya a final de siglo, volvieron los problemas con Francia tras la revolución. Nada de eso se vivió en América salvo los ecos de conflictos europeos lejanos que se dejaban sentir exclusivamente en las costas caribeñas y la guerra del Arauco con la que, de forma intermitente, convivió la capitanía general de Chile durante más de un siglo.

La consecuencia de esto fue que la historia de la América virreinal fue extremadamente tranquila. En América no pasaba nada, por eso

los libros de historia despachan estos tres siglos con tanta rapidez. Las ciudades crecieron y también lo hizo la economía local. Los virreyes se sucedían con parsimonia. En Nueva España llegaron a contarse 61, en el Perú 40. Nueva Granada y el Río de la Plata tuvieron muchos menos porque estos dos fueron virreinatos de aparición tardía. Algunos pasaron desapercibidos, a otros se les recordaba por haber levantado un puente, por construir un palacio o por patrocinar un convento. Los virreyes, a fin de cuentas, no dejaban de ser funcionarios reales bien pagados. El puesto más deseado era el Perú porque en Lima era donde más dinero se ganaba. Algunos ocuparon ambos virreinatos en distintos momentos, otros venían de Europa de presidir algún consejo en Madrid o de haber ejercido de virreyes de Navarra, de Cerdeña o de Sicilia. En ocasiones las Indias era una carrera profesional en sí misma, pasaban por varias capitanías generales como la de Cuba o la de Guatemala y se jubilaban como virreyes en Ciudad de México poniendo un broche de oro a su servicio a la corona. Por lo general pertenecían a familias aristocráticas o eran altos cargos eclesiásticos que combinaban la dignidad episcopal con la virreinal. Casi todos nacieron en la España peninsular, no porque hubiese una ley que así lo estipulase (nunca se impidió a los criollos ocupar cargos públicos), sino porque las grandes familias se encontraban allí revoloteando en la corte en busca de mercedes y nombramientos. Estos a menudo se conseguían previo pago de su importe. Todo estaba a la venta, desde el cargo mismo de virrey al de oidor de la Real Audiencia y corregidor del cabildo, porque el tesoro real andaba siempre exhausto. Pero sí hubo algunos nacidos en las Indias, especialmente en el siglo XVIII, cuando la sociedad indiana se había sofisticado hasta igualar a la de la península. Lima o Ciudad de México eran ciudades que nada tenían que envidiar a las peninsulares, estaban más pobladas y eran por lo general más prósperas.

En buena medida habían operado en América las mismas fuerzas que en la colonización de Andalucía durante los siglos XIII y XIV, pero a una escala muchísimo mayor. Los reinos de Castilla y León ya unificados replicaron su estructura administrativa y sus patrones culturales en las tierras ganadas a Al Ándalus durante las campañas de Fernando III y Alfonso X. A la vuelta de unos años el centro económico y político de Castilla pasó a Andalucía. No es casual que haya tantos reyes castellanos enterrados en ciudades andaluzas como Córdoba, Sevilla o Granada. En América se procedió de un modo parecido, pero la nueva frontera estaba mucho más alejada lo que impidió trasladar hasta allí el centro político de la monarquía, que buscó un lugar en el corazón de la península ibérica, la villa de Madrid, para administrar sus diferentes reinos que se encontraban muy repartidos entre Europa y América. La elección de Madrid, una

pequeña localidad castellana entre Toledo y Segovia que carecía de obispo, universidad y señores de alcurnia, era todo un síntoma. El monarca no trasladó hasta allí la Real Audiencia de Valladolid o la de Granada, se limitó a establecerse él y sus consejos. A diferencia de la antigua Roma, que había hecho el imperio, en el caso de la España de los Habsburgo fue el imperio el que hizo a Madrid, concebida desde el principio como una ciudad palatina alejada de la costa y de las principales rutas comerciales. En el caso del imperio romano ninguna ciudad fue ni mayor ni más importante que la propia Roma, en del imperio bizantino la supremacía de Constantinopla era incuestionable, en del imperio británico ninguna otra ciudad superó a Londres en tamaño e influencia, en el de los sucesivos imperios franceses París fue siempre el centro político, cultural y económico. Visto así, como un imperio que no tenía un centro definido, se entienden mejor iniciativas como la Real Expedición de la Vacuna, una empresa de carácter filantrópico que puso en marcha un médico alicantino llamado Francisco Javier Balmis a instancias de Carlos IV. Poco antes se había descubierto el modo de vacunar contra la viruela, una enfermedad que hacía estragos entre los niños. Balmis propuso a la corona algo que José Felipe Flores, un médico novohispano natural de Guatemala, ya había intentado anteriormente: vacunar a toda la población infantil de los virreinatos americanos. Nada similar se le ocurrió al rey de Inglaterra hasta el punto de que el inventor de la vacuna contra la viruela, el británico Edward Jenner, quedó conmovido ante un gesto tan altruista y desinteresado. Carlos IV a título personal no tenía nada de altruista, menos aún su valido y primer ministro Manuel de Godoy, pero ambos tenían la convicción de que el reino lo era todo, que no orbitaba en torno un centro propiamente dicho por lo que un niño rioplatense, peruano o neogranadino estaba al mismo nivel que uno nacido en Sevilla, en Barcelona o en un vecindario madrileño a cinco manzanas de palacio. La Real Expedición de la Vacuna finalizó en 1806, momento en el que Balmis regresó a la península después de haber circunnavegado el globo porque se empeñó en vacunar también en Filipinas, una capitanía general dependiente de Nueva España. Dos años más tarde todo saltaría por los aires. Los dominios peninsulares de la monarquía, de las dos monarquías, la española y la portuguesa, fueron invadidos por las tropas napoleónicas, algo simplemente impensable solo unos años antes. La invasión francesa desencadenaría una prolongada guerra en la península y pondría en marcha un proceso que alteraría profundamente la realidad política en ambas orillas del océano.

Capítulo VI.
HISPANIA ROTA

La historia avanza lentamente, a gatas, y de vez en cuando da un salto repentino y, por lo general, inesperado. Eso mismo es lo que les sucedió a las dos monarquías peninsulares en 1808, que al comenzar el siglo reinaban sobre vastos territorios repartidos por todo el mundo y solo veinticinco años después y tras una dilatada crisis que lo volvió todo del revés habían de conformarse con las migajas de lo que habían sido dos grandes imperios. Para los habitantes que los poblaban aquello no supuso necesariamente una mala noticia, al menos en el largo plazo ya que la implosión de ambos imperios precedió a la modernización de ambas metrópolis y sus antiguas dependencias ultramarinas. En el corto trajo infinidad de desgracias y varias décadas de inestabilidad, guerras civiles y problemas políticos de toda índole. Pero antes de nada vayamos a los hechos y ordenémoslos cronológicamente. En 1789 estalló en París la Revolución francesa, un acontecimiento que impactó de lleno en toda Europa y que abrió un periodo de cambios profundos en el modo en el que se entendía la naturaleza del poder político. En aquel momento en España reinaba Carlos IV, nieto de Felipe V, el primero de los monarcas de la dinastía borbónica que se había implantado un siglo antes tras la muerte del último de los Habsburgo y la guerra de sucesión. En Portugal reinaba María I, a quien habían casado con su tío, Pedro III, para asegurar la continuidad dinástica de los Braganza. Ambas familias estaban emparentadas. María era hija de la española María Victoria de Borbón y, por lo tanto, tía carnal de Carlos IV. La relación entre ambas casas reales era buena y, salvo por algunos problemas en las fronteras sudamericanas que veíamos en el capítulo anterior, reinaba la paz e incluso se miraba el futuro con optimismo. Nada había cambiado y nada debía cambiar. Tanto en España como en Portugal se habían puesto en marcha algunas reformas internas para hacer más eficiente el gobierno concentrando más poder en manos de la administración

real. Los monarcas europeos de aquella época estaban inspirados por el denominado despotismo ilustrado. El poder del monarca era indiscutible y estaba sobradamente legitimado, pero como le movían nobles sentimientos de mejora, había que eliminar contrapoderes como la Iglesia, las Cortes y los concejos y dejarle hacer porque él sabía mejor que nadie lo que interesaba al pueblo. Esta concentración del poder real se produjo en toda Europa, aunque había empezado mucho antes. En el siglo XVIII amparándose en la nueva filosofía francesa que hoy conocemos como Ilustración, los cortesanos palatinos se encargaron de la justificación teórica. Estos ilustrados tuvieron mucha influencia en los reinos hispanos porque la distancia cultural que les separaba de Francia era pequeña. En España, además, reinaba una dinastía de origen francés lo que facilitaba aún más que esas ideas las adoptase la élite dirigente empezando por el propio monarca.

Lo que no esperaban, ni ellos ni su homólogo francés Luis XVI, era que algunos estuviesen dispuestos a llevar ciertas teorías de estos «philosophes» hasta sus últimas consecuencias. Por eso cuando todo se precipitó en París entre 1789 y 1794 a Carlos de España, a María de Portugal y al resto de monarcas europeos les pilló descolocados. Algunos de sus súbditos habían abrazado con entusiasmo la filosofía francesa y exigían reformas más profundas e incluso ponían en duda a la propia institución monárquica. En un primer momento trataron de acabar con todo aquel desorden coaligándose con otros reyes europeos, pero no funcionó. La revolución había liberado todas las energías de Francia y, tras varias crisis internas, pasó a la ofensiva. En ello tuvo mucho que ver un joven militar de origen corso llamado Napoleón Bonaparte. Napoleón era francés de milagro, había nacido solo un año antes de que la República de Génova vendiese la isla de Córcega al rey de Francia. Gracias a una gestión de su padre, un importante abogado de Ajaccio, pudo entrar en la academia militar e hizo carrera en el ejército. La revolución le sorprendió en Córcega con solo veinte años siendo subteniente de artillería. Era de ideas radicales y llegó a intimar con el círculo de Maximilien Robespierre, pero también era un militar muy capaz por lo que pudo sortear las intrigas políticas de la época de la Convención. Participó en dos campañas, una en Italia y otra en Egipto, sin quitar ojo de lo que estaba pasando en Francia y, en 1799, cuando acababa de cumplir treinta años se sumó a un golpe de Estado contra el Directorio, el célebre golpe del 18 de brumario. Eso le elevó a la cima del poder político convirtiéndose en poco tiempo en cónsul vitalicio. En solo diez años había pasado de ser un anónimo subteniente que hablaba francés con un apreciable acento italiano destacado en una isla apartada, a dueño de toda Francia y jefe máximo de sus ejércitos. La rápida escalada de Napoleón Bonaparte era un síntoma de todo lo que vendría después

para el resto de Europa y, en especial, para los reinos hispanos.

Napoleón no se conformó con el consulado por muy vitalicio que fuese, aspiraba a reinar, pero no al modo en el que lo habían hecho las casas reales hasta ese momento. Quería rehacer el mapa europeo a la medida de los nuevos tiempos y de sus propias convicciones políticas. Hacían falta nuevos reyes y una nueva aristocracia forjada en las guerras revolucionarias. En 1804 se hizo coronar emperador por el papa Pío VII en la catedral de Notre Dame y se dispuso a culminar su obra. Su problema principal no era España ni Portugal, tampoco las monarquías centroeuropeas como el reino de Prusia o el imperio austriaco, a quienes iría derrotando una tras otra en su veloz cabalgada hacia el este. Su problema era el Reino Unido, que se negaba a reconocerle y que no podía invadir porque Gran Bretaña es una isla y se encontraba bien custodiada por la marina real. Recurrió entonces a los españoles, con quienes había llegado a un trato años antes para que las Armadas española y francesa combatiesen juntas a los británicos. La alianza despertaba algunos recelos en Madrid, pero qué otra cosa podía hacer el rey. De no avenirse a los deseos de Napoleón estallaría la guerra como había sucedido entre 1793 y 1795. En aquella ocasión los franceses avanzaron por Guipúzcoa y el Rosellón haciendo temer a la corona que la derrota sería catastrófica y les llevaría por delante. Todo lo que les pedía Napoleón era que Portugal rompiese su alianza con el Reino Unido y cerrase sus puertos al tráfico británico, pero el gobierno de la reina María se oponía y tenía razones de sobra para hacerlo. Los portugueses y sus colonias eran, como vimos anteriormente, muy dependientes de los británicos. De romper relaciones podían dar por perdidas sus posesiones brasileñas y los puestos de comercio que tenían repartidos por África y Asia a los que sacaban tanto provecho. Tampoco se terminaban de fiar de Napoleón, a quien, como todos los soberanos europeos, consideraban un plebeyo intruso, un extremista que lo había puesto todo patas arriba. Nadie realmente se fiaba de Napoleón en la Europa de la primera década del siglo XIX. Los franceses, eso sí, tenían una confianza ciega en él porque su persona aunaba la revolución y la monarquía. Napoleón les había devuelto el orgullo tras alguna humillante derrota como la de la guerra de los Siete Años en la que Luis XV tuvo que entregar a Gran Bretaña el virreinato de Nueva Francia completo. Ese virreinato tenía su centro neurálgico en lo que hoy es la provincia canadiense de Quebec, pero iba mucho más allá, abarcaba los Grandes Lagos y todo el valle del Misisipi.

Muchos en Madrid pensaban que, después de todo, aquella Francia de Napoleón se antojaba invencible por lo que no parecía tan mala idea aliarse con ella. Aquel error les terminaría saliendo carísimo. En 1805 una flota hispanofrancesa fue derrotada por la

Armada británica en aguas de Trafalgar frente a las costas gaditanas. En el desastre se perdieron los mejores barcos de la Armada, entre ellos el *Santísima Trinidad* que con cuatro puentes y 140 cañones era el mayor navío de línea de su tiempo. Aquello dejó a la corona sin la principal herramienta que tenía para mantener la presencia en ambos lados del océano. Dos años más tarde el emperador propuso a Carlos IV invadir juntos Portugal y repartírselo. Para el rey una oferta así era difícil de rechazar. Por muy familiar que fuese de María I y de su hijo Juan VI que se había casado con la infanta Carlota Joaquina, el recuerdo de cuando ambas coronas habían estado unidas solo siglo y medio antes permanecía. El valido Manuel de Godoy, nacido en Badajoz, una ciudad fronteriza con Portugal, tenía sus propios planes. Aspiraba a quedarse con una parte como príncipe de los Algarves. Años antes, en 1801, ya había invadido personalmente una parte de Portugal apoderándose de la ciudad de Olivenza, un enclave portugués en la orilla derecha del Guadiana muy difícil de socorrer. El acuerdo de invadir conjuntamente Portugal lo sellaron en Fontainebleau en octubre de 1807 y poco después se pusieron en marcha para llevar a cabo lo acordado. El gobierno portugués sabía que era imposible repeler el ataque así que concluyeron que lo más sensato era trasladar a la familia real a Brasil para ponerla a salvo y ahorrarles tener que firmar la rendición. Para entonces Napoleón ya había decidido que el tiempo de la dinastía Borbón en España llegaba a su fin. Como buen revolucionario despreciaba a esa familia y, aunque hasta ese momento había tenido que llegar a acuerdos con ellos, sentía que ya no sería necesario, que podría sacarles del trono de España como había hecho un año antes con Nápoles, donde reinaba Fernando I, hermano de Carlos IV de España. En Nápoles la operación fue rápida, en solo un mes pudo colocar en el trono napolitano a su hermano mayor José Bonaparte. El rey Fernando, entretanto, huyó a Sicilia y se puso bajo la protección de los británicos. Lo de España no sería especialmente complicado. Presumía que, como había sucedido en Francia, la monarquía estaba muy desprestigiada y que la mayor parte de españoles y portugueses les recibirían como libertadores.

Según lo acordado en Fontainebleau el ejército francés podría atravesar España para ocupar Portugal a pesar de que no era necesario ya que, con el rey camino de Brasil, los portugueses no iban a presentar resistencia y las tropas españolas bastarían para ese cometido. Obviamente el plan de Napoleón era otro, quería ocupar las principales ciudades de toda la península y quedarse con ambos reinos. Pero, para dar a aquello una pátina de legitimidad, necesitaba antes recibir los derechos dinásticos. Eso se lo pusieron en bandeja Carlos IV y su hijo Fernando. En marzo de 1808 la familia real, alarmada por la presencia de soldados franceses en todo el país, se

retiró al palacio de Aranjuez en previsión de que tuviesen que partir hacia América para ponerse a salvo. Una vez allí se produjo un motín instigado por el príncipe de Asturias que obligó a su padre a abdicar en él. Esa era la coartada que esperaba Napoleón, mandó prender a ambos y los condujo a Bayona, al otro lado de la frontera del Bidasoa ya en territorio francés y les forzó a transferirle los derechos dinásticos, una vez conseguidos se los trasladó a su hermano José que reinaba en Nápoles.

Las conocidas como abdicaciones de Bayona fueron el detonante de la rebelión. Unos días antes de que se firmasen el pueblo de Madrid se había levantado contra los militares franceses que ocupaban la ciudad. El mariscal Murat, que estaba a cargo del ejército francés en España, aplastó la revuelta sin miramientos, de tal modo que, en cuanto llegaron las noticias de que los reyes habían sido forzados a abdicar en Napoleón, la sublevación se extendió por todo el país. Se fueron constituyendo juntas locales para repeler la invasión francesa que, a lo largo del verano, se unieron en la Junta Suprema Central y Gubernativa del reino. La presidencia cayó en José Moñino, conde de Floridablanca que había sido secretario de despacho con Carlos III y Carlos IV. Pero Floridablanca era ya muy mayor, murió poco después y la presidencia fue rotando entre varios aristócratas. La Junta declaró formalmente la guerra a Francia y reunió a representantes de todos los reinos peninsulares, pero sabían que la península era solo una parte, acordaron enviar emisarios de urgencia a América para que explicasen la situación en los virreinatos y escogiesen un diputado que viajase a la península para incorporarse a la Junta. Cada uno de los cuatro virreinatos enviaría uno más otro por cada capitanía general, que eran seis: Chile, Cuba, Filipinas, Guatemala, Puerto Rico y Venezuela. Pero América estaba muy lejos y era demasiado extensa por lo que no dio tiempo a que los diputados indianos se sumasen a la Junta Central antes de que esta se disolviese para formar el Consejo de Regencia de España e Indias, que gobernaría en nombre del príncipe Fernando, a quien ya habían proclamado en ausencia como Fernando VII. La guerra, que no había empezado mal, se torció a partir de 1809 cuando Napoleón en persona decidió ponerse al mando de un gran ejército de unos 250.000 hombres que pasó como una apisonadora por toda la península. La Junta Central tuvo que abandonar Aranjuez y se estableció en Sevilla, pero las tropas francesas también tomaron la ciudad así que sus integrantes ya convertidos en el Consejo de Regencia se replegaron primero a San Fernando y luego a Cádiz, donde pudieron ponerse a salvo porque en aquel entonces ambas ciudades estaban situadas en una isla rodeada por marismas. Una vez a cubierto y sin temor de que los franceses pudiesen tomar la ciudad a pesar de que lo intentaron en repetidas veces, se reunieron las Cortes

del reino, primero en un corral de comedias y posteriormente en un oratorio. De esas Cortes saldría la Constitución de Cádiz, promulgada el 19 de marzo de 1812, exactamente cuatro años después de que todo empezase con el motín de Aranjuez.

La Cortes eran una institución de gobierno típicamente hispana que hundía sus raíces en la edad media. Reunían periódicamente y a convocatoria del rey a representantes nobiliarios, eclesiásticos y de la gente del común elegida en los principales concejos para deliberar, aprobar tributos, asignar gastos, tomar juramento al monarca y resolver querellas de todo tipo. Las primeras se habían celebrado en el año 1188 en el reino de León, luego todos los reinos peninsulares sin excepción fueron adoptándolas. Las de Castilla y León quedaron unificadas a partir del siglo XIII, no así las de la corona de Aragón, que mantuvo sus Cortes por reinos (Aragón, Cataluña y Valencia) hasta que con los decretos de nueva planta de Felipe V quedaron subsumidas en las generales. Las de Navarra se mantuvieron separadas hasta la última convocatoria en 1828. En Portugal las Cortes, adoptadas por Alfonso III en 1254, se siguieron reuniendo hasta finales del siglo XVII cuando los Braganza decidieron prescindir de ellas. Después de la invasión francesa una junta suprema volvió a convocarlas por última vez en 1820 en lo que pasó a conocerse como Soberano Congreso porque de allí salió la primera constitución del país. En España las últimas Cortes se habían celebrado en 1789 para jurar lealtad al heredero al trono, el entonces niño Fernando VII, y para aprobar la Pragmática Sanción que anulaba la ley sálica traída por los Borbones desde Francia años antes y que impedía a las mujeres reinar. La Pragmática devolvía la cuestión sucesoria al derecho castellano, a las Siete Partidas de Alfonso X que establecían que las mujeres podían ocupar el trono si no había hermanos varones. Carlos IV consiguió la aprobación de las Cortes, ya conformadas por todos los reinos, pero no sancionó ni publicó la Pragmática. Esto ocasionaría problemas sucesorios años más tarde cuando Fernando VII murió sin descendencia masculina. Las Cortes de 1789 no dieron mucho más de sí porque ya se las tenía por una antigualla conformada por dignidades eclesiásticas y aristócratas, algo que iba contra las ideas de la ilustración. El rey, que debía ser culto y bondadoso, no podía verse constreñido por los límites que le pusiese una asamblea de notables por muy tradicional que fuese. A lo largo de todo el siglo XVIII solo se habían reunido en otras dos ocasiones (1713 y 1760) para asuntos menores. Era una institución que estaba prácticamente olvidada por lo que el hecho de que en 1809 la Junta Suprema convocase Cortes tenía algo de justicia poética. La centralización monárquica de los dos siglos precedentes, en particular del XVIII, partía del supuesto de que nunca se produciría un vacío de poder. Si un rey moría le sucedería otro y a

lo más que podía llegarse era a una disputa por el trono entre distintos candidatos que aportaban su carta de legitimidad como había sucedido en la propia España entre 1700 y 1713, en Polonia entre 1733 y 1738 o en Austria entre 1740 y 1748. Al haberse eliminado todos los contrapesos y las instituciones autónomas, si desaparecía la figura del monarca sin nada ni nadie que ocupase su espacio simbólico se abría el vacío. Eso mismo fue lo que ocurrió entre 1808 y 1812 y los contemporáneos debieron percibirlo así, más si cabe cuando un ejército enemigo ocupaba ya el país. En Portugal el soberano consiguió ponerse a salvo embarcando hacia América, pero no en España. Recurrieron entonces a lo único que les quedaba para enfrentar una situación semejante: una convocatoria de Cortes y que los diputados del reino resolviesen lo que hacer. Pero de esas Cortes no salió lo que el rey, exiliado en Francia, esperaba.

Las mismas fuerzas intelectuales que habían sacudido Francia años antes estaban presentes en la España peninsular y la americana. Los diputados de Cádiz llegados tanto desde la propia península como desde ultramar no sentían que estuviesen representando a un estamento o a un concejo, sino una concepción sobre el mismo Estado a pesar de que el procedimiento de elección se ajustó al de las Cortes tradicionales. Para la convocatoria se eligieron un total de 702 diputados de ambos hemisferios distribuidos en 47 procedencias distintas: Álava, Aragón, Asturias, Ávila, Burgos, Cádiz, Cataluña, Córdoba, Cuenca, Extremadura, Galicia, Granada, Guadalajara, Guipúzcoa, Jaén, La Mancha, León, Madrid, Mallorca, Molina de Aragón, Murcia, Navarra, Palencia, Salamanca, Santander, Segovia, Sevilla, Soria, Toledo, Toro, Valencia, Valladolid, Vizcaya y Zamora por la parte peninsular; Canarias, Chile, Cuba, Filipinas, Guatemala, Nueva España, Nueva Granada, Perú, Puerto Rico, Río de la Plata, Santo Domingo y Venezuela. Los virreinatos y algunas capitanías generales se repartieron por distritos para elegir a los diputados. El de Nueva España estaba formado por 17 distritos correspondientes a México, Coahuila, Durango, Guadalajara, Guanajuato, Michoacán, Nuevo México, Oaxaca, Puebla de los Ángeles, Querétaro, San Luis de Potosí, Sonora y Sinaloa, Tabasco, Tlaxcala, Veracruz, Yucatán y Zacatecas. El de Nueva Granada tenía diputados por Bogotá, Quito, Panamá, Río Hacha y Santa Marta. El de Perú eligió representantes por Lima, Arequipa, Cuzco, Chapapoyas, Charcas, Guayaquil, León de Huánuco, Nueva Cuenca, Puno, Piura del Villar, Tarma y Trujillo. A la sesión de apertura de las Cortes solo consiguió asistir uno, el diputado de Puerto Rico, los demás fueron llegando poco a poco. Los virreinatos y capitanías generales que dejaban atrás estaban a punto de sufrir una convulsión política que se desarrollaría en los años siguientes y que terminaría años más tarde con la independencia de los virreinatos

transformados en repúblicas de nuevo cuño.

Lo de conceder la independencia a los virreinatos no era nuevo. Desde finales del siglo XVIII era tema de debate, pero no tanto en América como en la corte. Los reyes y sus consejeros no eran ajenos a la prosperidad y autonomía que habían alcanzado las Indias. En 1781 Carlos III había solicitado un informe para tantear los ánimos. La guerra de independencia de Estados Unidos, a quienes el monarca había apoyado para debilitar a Gran Bretaña, abría la posibilidad de que entre los españoles de América sucediese algo similar. La organización política hispana en el continente era muy diferente a la que habían implantado los británicos en el siglo XVII, consistente en una colonia de la que detraían recursos de forma muy eficiente y que les servía para dar salida a los excedentes demográficos y a la producción de la incipiente industria inglesa. Recordemos que lo que hizo estallar la revuelta en las trece colonias fue un motín fiscal en el puerto de Boston. La monarquía española también aplicaba impuestos en las Indias, pero el sistema fiscal era lento e ineficiente. Con lo único que podía realmente contar el monarca era con los estancos, monopolios sobre ciertos productos que establecía a discreción la corona y que ella misma controlaba mediante sus propios agentes. Hubo estancos en multitud de bienes como la sal, el tabaco, el aguardiente, el salitre, la pólvora, el plomo o los naipes, pero no todos se aplicaron al mismo tiempo y en el mismo lugar. El estanco de tabacos, por ejemplo, se decretó en la península en 1636, era una de las reformas que el conde-duque de Olivares adoptó para sanear la Real Hacienda durante la guerra de los treinta años. Establecieron una serie de reales fábricas de tabacos (la más importante y conocida de todas era la de Sevilla) que se encargaban de las labores y de vender el producto en el mercado. La corona arrendaba el estanco a un particular y así tenía un flujo de efectivo continuo y seguro. Las fábricas reales compraban la materia prima llegada de ultramar a comerciantes que tenían la obligación de vender toda su mercancía a la fábrica a un precio tasado. Pero los comerciantes distraían parte del tabaco y lo colocaban en el mercado negro. El contrabando debía ser de grandes proporciones porque a finales del siglo XVII la Real Hacienda tomó el control de las fábricas y posteriormente, ya con la nueva dinastía, las estatalizó. Unos años antes, en 1717, se había implantado el estanco de tabacos en Cuba, una isla que contaba ya para aquel entonces con grandes plantaciones tabaqueras de las que salía un producto de la máxima calidad muy apreciado en Europa. Eso ocasionó protestas de los tabaqueros locales y de los propios cabildos, que eran quienes recaudaban los impuestos. No sirvió de nada, el rey había encontrado un modo de recaudar directamente y sin intermediarios, algo realmente complicado en América por la

distancia enorme que separaba ambas partes del reino comunicadas por unos medios de transporte lentos e inciertos. Tras el experimento de Cuba el estanco de tabacos se extendió por todos los virreinatos. Entre 1759 y 1766 se establecieron los estancos tabaqueros en Nueva España y el Perú, en 1776 los de Buenos Aires y Asunción. Sirva este ejemplo del estanco de tabacos para hacernos una idea de lo complicada que era la recaudación fiscal en las Indias, algo que traía de cabeza a los funcionarios reales desde el principio. La recaudación ordinaria, figuras tales como el tributo de indios, la alcabala, la sisa o el almojarifazgo, era compleja, la llevaban a cabo los cabildos y entregaban una parte a la administración virreinal. Esta descentralización jugaba en contra de los intereses de la corona porque no tenía el modo de saber cuánto se recaudaba y en concepto de qué. El fraude era la norma y en él participaban todos, tanto las autoridades reales como las municipales. Una parte de lo recaudado se iba a financiar la propia administración, otra a construcciones locales y un porcentaje pequeño cruzaba el Atlántico, pero eso no era lo habitual. El rey tenía que conformarse con los estancos ya que muchos de los impuestos como la avería, destinado a sostener la escolta armada de las flotas en la carrera de Indias, los diezmos, que cubrían los gastos de la Iglesia, o el Real Situado, que financiaba la guerra del Arauco con cargo a las minas del Perú o el mantenimiento de la administración en Manila con los aranceles cobrados en Acapulco, eran tributos finalistas que se consumían en sí mismos. Incluso en los impuestos reservados a la administración real una parte nada desdeñable se quedaba en el camino ya que los asentistas se llevaban su parte

A la recaudación fiscal le sucedía lo mismo que a cualquier otra actividad burocrática. A pesar de que para el siglo XVIII la comunicación entre la península y los virreinatos era ya muy fluida y considerablemente más rápida que en los años de la conquista, cualquier gestión se demoraba meses. Vayamos con un nuevo ejemplo para ilustrar esto. En 1773 un terremoto dejó muy dañada la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala, sede de una capitanía general dependiente del virreinato de Nueva España. Las autoridades decidieron abandonar la ciudad porque ese era el segundo gran terremoto en medio siglo y preferían buscar un lugar alternativo que encontraron no muy lejos, en un valle vecino, el de la Ermita, que era lo suficientemente amplio para realojar a todos los vecinos de la capital y levantar de nuevo en su centro la catedral, el cabildo y la capitanía general. El arquitecto mayor de Guatemala trazó el diseño de la nueva ciudad y lo envió a Madrid para que lo aprobase Francesco Sabatini, maestro mayor de obras reales, uno de los arquitectos favoritos de Carlos III que poco antes había concluido el

nuevo palacio real y la Real Casa de la Aduana en Madrid. Sabatini despachó a uno de sus arquitectos, Marcos Ibáñez, para Guatemala con las modificaciones que había hecho en el plan original. La idea era que el emisario de Sabatini se encargase de supervisarlo todo y de dejar en marcha las obras. Cuando Ibáñez llegó se encontró con que los guatemaltecos habían tirado para adelante y la traza de la ciudad ya estaba hecha conforme al plano original. No podía ser de otra forma en tanto que Guatemala estaba muy lejos y todos, empezando por el propio Sabatini, lo sabían. Se dio por bueno el diseño original y el rey procedió a fundar mediante Real Cédula la ciudad con el nombre de Nueva Guatemala de la Asunción. Estamos hablando de ciudad de Guatemala, una ciudad relativamente importante que tenía capitán general, obispo, real audiencia y universidad, imaginemos lo que tardaría en llegar una orden a lugares más escondidos e inaccesibles como Costa Rica, la alta California o el altiplano andino. Los documentos se demoraban semanas y muy a menudo meses o años. Realmente semanas solo tardaban los muy urgentes, lo normal era que el resto se quedasen atascados en la burocracia, tanto en la de la corte como en la de los virreinatos. Si hoy con la informática, internet, buenos medios de transporte y personal administrativo numeroso y adecuadamente cualificado la burocracia puede retener un asunto durante meses, imaginemos por un momento lo que sucedería hace dos o tres siglos.

El malestar de ciertas élites virreinales a principios del siglo XIX era conocido en la corte y se debía esencialmente a las reformas que habían ido implantando la administración borbónica en las décadas anteriores para mejorar los ingresos reales. La creación de las intendencias no había sentado bien, tampoco las reformas fiscales y la creación de nuevos estancos que privaron a los cabildos de rentas que antes les pertenecían y repartían a su antojo. Pero ese malestar no era lo suficientemente intenso como para provocar una rebelión porque, a pesar de todo, seguían gozando de una admirable autonomía y vivían en paz sin temor a revueltas o a ejércitos extranjeros. En la historia de la América hispana que, como veíamos en el capítulo anterior, fue muy tranquila desde el punto de vista político y social, apenas hubo revueltas. Exceptuando algunas de origen étnico como la de Tupac Amaru de 1570, el levantamiento quechua de 1780 o la rebelión de Cisteil en el Yucatán de 1761, todas de alcance muy limitado, no hubo levantamientos contra el rey, ni siquiera contra el sistema virreinal. La revuelta comunera en Paraguay de 1721 no dirigió sus iras contra el monarca, sino contra el gobernador, a quien acusaban de mal gobierno. Lo que sí encontramos es algunas protestas dirigidas explícitamente contra las reformas borbónicas como la insurrección comunera de El Socorro, en la actual Colombia, o la de Juan Francisco

de León en Venezuela contra la Real Compañía Guipuzcoana, una empresa creada a imagen y semejanza de las inglesas o las holandesas a quien Felipe V entregó el monopolio de comercio con la capitanía general de Venezuela.

El independentismo, en definitiva, no había tomado forma en América a principios del siglo XIX. Lo que sí había era algunos independentistas a título personal, por lo general jóvenes de clase alta con estudios que, o conocían personalmente Europa, o tenían acceso a bibliotecas con ejemplares llegados desde Francia. Uno de esos jóvenes fue el venezolano Francisco de Miranda, hijo de un rico comerciante canario de Caracas, que tuvo una vida ciertamente novelesca. Como era de familia acomodada fue a la universidad y luego viajó a la península para ingresar en el ejército. Ya como oficial fue enviado a Florida y participó en la guerra de independencia de Estados Unidos, fue ascendido a coronel y se vio envuelto en un pleito con la inquisición. Huyó a Estados Unidos, de ahí pasaría a Inglaterra, recorrió Europa y contempló en persona las jornadas revolucionarias alistándose incluso en el ejército, pero se vio de nuevo metido en problemas y regresó a Inglaterra. Fue entonces cuando empezó a concebir no una Venezuela independiente, sino una América hispana independiente. Su plan pasaba por crear un imperio llamado Colombia que reuniese todos los territorios españoles y portugueses en América, el emperador se haría llamar inca en homenaje a los indígenas y tendría su corte en Panamá por encontrarse justo en el centro del continente. La Colombia de Miranda nadie se la tomaba en serio, pero sus elucubraciones geopolíticas coincidieron con el estallido de las revueltas independentistas en los cabildos, algo que no podía desaprovechar. Simón Bolívar le llamó a su lado y le entregó tropas, pero fue derrotado ante los realistas. Eso le distanció de Bolívar, que mandó que le encarcelasen. Pasó a manos de los españoles que se lo llevaron a Cádiz para ser juzgado. Allí moriría, en el arsenal de La Carraca, en 1816 cuatro años después de que se promulgase la constitución a solo unos kilómetros de su celda.

Francisco de Miranda es conocido en Venezuela como «el precursor» y se le venera como un prócer de la patria. Lo de precursor no es exagerado ya que en muchos aspectos sí que lo fue. Miranda es el modelo que otros libertadores seguirían en esos mismos años y sobre los que se levantarían las primeras repúblicas hispanoamericanas. Pero si nos ceñimos a los hechos y, de nuevo, los ordenamos de forma cronológica lo que trajo la invasión francesa de la península no fue un levantamiento independentista. Volvamos a mayo de 1808, momento en el que Napoleón arrancó en Bayona los derechos dinásticos a Carlos IV y se los transfirió a su hermano. En la península, que estaba ya ocupada por las tropas francesas, eso

ocasionó que las ciudades formasen juntas locales que luego se fusionaron en una Junta central. En América no pasó nada distinto, aunque todo el proceso empezó algo más tarde porque las noticias tardaron algo más en llegar. La primera de las juntas indianas se creó en Ciudad de México en agosto de 1808, luego vendrían la de Montevideo, la de La Paz, la de Quito, la de Caracas, la de Cartagena de Indias, la de Buenos Aires y la de Bogotá. En todos los casos lo que reclamaban las juntas era la restauración de Fernando VII en el trono que había sido usurpado por un invasor extranjero, es decir, lo mismo que exigían las juntas provinciales de la península. En Ciudad de México conocían la noticia desde junio, pero quisieron dar lustre a la ceremonia proclamando al rey el 13 de agosto en la plaza central de la ciudad. Ese mismo día en 1521 Hernán Cortés había tomado Tenochtitlan y sus herederos no lo olvidaban. En aquel entonces los novohispanos se sentían muy orgullosos de los conquistadores y les tributaban honores, cosa que no sucedía en la península, donde habían sido olvidados y ni siquiera en su momento habían gozado de buena fama ya que se les tenía por aventureros sin escrúpulos. Eso de que sea en España donde se apropien de Cortés y en México donde se desentiendan de él es algo relativamente reciente. En otras ciudades se enteraron porque un emisario afín a los franceses se lo había hecho saber a las autoridades con antelación para que jurasen lealtad a José I Bonaparte explicándoles que nada salvo el soberano cambiaría. Pero ninguna estaba por la labor de reconocer a José I, querían a Fernando VII, a quien consideraban el único rey legítimo, pero sin someterse a la junta peninsular a la que no daban mucho tiempo de vida a la vista del fulgurante avance de los franceses por la península.

Cuando la Junta Suprema se disolvió en 1810 para constituirse el Consejo de Regencia la cosa cambió. Fue en ese momento cuando se desató el caos, todas las sensibilidades políticas afloraron de golpe en las capitales virreinales y en los principales cabildos. Los españoles de América no eran muy diferentes en este aspecto a los de la península, pero esta se encontraba invadida y eso limó las diferencias entre los partidarios de mantener todo como estaba y los que apostaban por hacer una revolución a la española. De aquel esfuerzo para encontrar un consenso nació la Constitución de Cádiz que era de carácter revolucionario para muchos peninsulares, para otros tantos americanos y también para el propio monarca, que se encontraba confinado por deseo de Napoleón en el castillo de Valençay, en la región del Loira. En América ese sentimiento de vacío fue aprovechado por los independentistas para convertir las primeras juntas en congresos constituyentes que en algunos casos declararon la independencia de forma desordenada e ingenua. Los primeros en hacerlo fueron los venezolanos en julio de 1811 y su caso es muy

ilustrativo de cómo se desarrolló todo aquello. La junta de Caracas se había formado un año antes a instancias del cabildo para defender los derechos de Fernando VII. Sus miembros buscaron entonces el apoyo de otros cabildos, algo que consiguieron sin mayor problema. Pero la situación se complicó en cuanto llegaron a Venezuela las noticias de que acababa de instaurarse el Consejo de Regencia en Cádiz. El cabildo caraqueño se negaba a reconocerlo, el de Maracaibo sí que lo hacía y el de la ciudad de Coro se distanció de Caracas acusándoles de hablar en nombre de toda la capitanía general. En ese ambiente de disputa los independentistas convocaron un congreso en el que declararon la independencia.

Los acontecimientos se desarrollaron de manera similar en los cuatro virreinatos ante el estupor de los propios virreyes, que todavía seguían allí, y de buena parte de la población que no entendía tanta premura y tanta inquietud. Al fin y al cabo, en la península la guerra se estaba cobrando víctimas, las ciudades eran objeto de sitios y bombardeos y todo había quedado en el aire, pero no en las Indias, allí todo seguía transcurriendo con absoluta normalidad. Un siglo antes también había estallado una guerra en la península, la de sucesión, y no había pasado nada digno de ser reseñado. Los independentistas lo veían de otro modo. El poder central había desaparecido, lo cual era estrictamente cierto, y alguien tenía que ocupar ese espacio. Con la península solo les unía la legitimidad histórica de los monarcas, pero esa legitimidad estaba ya muy diluida y muchos la ponían abiertamente en duda. En Buenos Aires el virrey fue depuesto por la junta que no quiso ir tan lejos y declarar la independencia, pero algunos cabildos del Río de la Plata como el de Córdoba, el de Montevideo o el de Asunción se negaron a reconocer a la junta bonaerense. En Cartagena de Indias una revuelta popular destituyó a la junta y declaró la independencia de una república que se hizo con el arsenal y los fuertes de la ciudad. En Quito sucedió algo parecido, allí se tomaron incluso el trabajo de promulgar una constitución. En Nueva España un sacerdote llamado Miguel Hidalgo reunió a la feligresía en su parroquia del pueblo de Dolores y llamó a la rebelión contra el virrey. Reclutaron un ejército improvisado, se dirigieron primero hacia la capital y luego hacia el norte, pero, tras una campaña de varios meses, Hidalgo y casi todos sus aliados fueron derrotados y fusilados por las autoridades virreinales que actuaban de forma autónoma. Este primer estallido independentista fue anárquico y desigual, pero dejó expuestas las fisuras de la sociedad indiana, esas mismas fisuras se fueron agrandando en los años siguientes. En tanto que la guerra continuaba en Europa la mayor parte de la población prefirió esperar acontecimientos ya que el futuro se presentaba incierto y nadie sabía muy bien qué pasaría cuando Fernando VII

regresase de Francia para recuperar el trono.

La guerra en la península terminó en 1814 gracias al apoyo decidido de los británicos que entendieron desde el primer día que Napoleón había cometido un error fatal ocupando España y Portugal contra la voluntad de la mayor parte de sus habitantes. El gobierno de Jorge III envió un cuerpo expedicionario al mando de Arthur Wellesley, duque de Wellington, que desembarcó en Portugal y avanzó en dirección noreste empujando a las tropas napoleónicas hasta la frontera francesa. Napoleón, entretanto, volvió a tentar a la suerte. Envió un gran ejército para invadir Rusia exponiendo aún más su posición en la península. Los británicos contaban con una ventaja añadida y fundamental, los ejércitos de España y Portugal, que se habían ido reconstruyendo, y las guerrillas que aparecieron por todo el territorio haciendo la vida imposible a los ocupantes. La última gran batalla tuvo lugar en San Marcial, en las inmediaciones de San Sebastián, en agosto de 1813. Tras ello el mariscal Soult cruzó la frontera y se dispuso a resistir al otro lado. Napoleón llamó a Fernando VII para devolverle la corona a cambio de arreglar un acuerdo de paz. El rey se dirigió de vuelta a España con su séquito. Allí le esperaba el Consejo de Regencia para que jurase la Constitución de Cádiz. Pero no eran esos los planes del soberano. Entró por Cataluña, se detuvo en Zaragoza y de allí fue a Valencia, donde le esperaba el presidente del Consejo de Regencia y un grupo de diputados contrarios a la Constitución que le hizo entrega de un manifiesto, el llamado manifiesto de los persas, en el que le pedían que derogase todo lo aprobado en Cádiz y restableciese cuanto antes la monarquía absoluta por ser, en palabras textuales «una obra de la razón y de la inteligencia, subordinada a la ley divina, a la justicia y a las reglas fundamentales del Estado». Fernando VII no se hizo de rogar y derogó la Constitución. Tras ello regresó a Madrid, donde fue recibido en olor de multitud. Pero la España a la que volvía el rey era muy diferente a la que había dejado atrás seis años antes tras abdicar en Bayona. La guerra había sido larga y en su ausencia todo se había vuelto del revés tanto en la península como en las Indias, donde el proceso independentista estaba en punto muerto, pero en algunos lugares era ya irreversible. Informado de todo lo que había sucedido en América el nuevo gobierno despachó tropas con la intención de poner fin al desorden y regresar cuanto antes a la situación de preguerra. Los problemas más agudos estaban en los virreinatos sudamericanos, especialmente en el Río de la Plata y Nueva Granada. En el Río de la Plata los cabildos no se terminaban de poner de acuerdo. Algo parecido sucedía en Nueva Granada. Desconfiaban unos de otros y ponían en duda la supremacía que se arrogaban ciertos cabildos sobre los demás. El ejército enviado desde la península no era

numeroso y por sí mismo no podía impedir una rebelión en el caso de que esta fuese masiva, necesitaba reclutar tropas en América entre los adeptos a la corona, algo que no fue difícil porque para entonces la división entre los que querían la independencia y los partidarios de dejar las cosas como estaban estaba ya consumada. Como sucedía en la península, no había puntos intermedios ni voluntad de consenso: o se hacía una cosa o se hacía la contraria.

En tanto que era una guerra civil, la primera que libraban los colonos españoles en América desde los años de la conquista, los cambios de bando fueron moneda común, empezando por los propios libertadores. Los perfiles de los tres principales son inequívocos. José de San Martín, hoy considerado el artífice de la independencia de Argentina, era un rioplatense criado en la península. Allí hizo carrera en el ejército, combatió en la guerra contra los franceses y alcanzó el grado de teniente coronel. Tras ello se mudó a Londres y entró en contacto con algunos exiliados hispanos que frecuentaban logias masónicas. En 1812 regresó a su tierra natal, un lugar que apenas conocía porque lo había abandonado junto a su familia treinta años antes siendo un niño de corta edad. Bernardo O'Higgings, el padre del actual Chile, era hijo del virrey del Perú. Como buen criollo de clase acomodada viajó a Europa para ampliar estudios y empaparse de alta cultura. Pasó por Londres donde conoció a Francisco de Miranda y se hizo masón. Los problemas económicos le empujaron a viajar a Cádiz con intención de regresar a Chile. En Cádiz se encontró con un ambiente parecido al de Londres formado por jóvenes hispanos, tanto peninsulares como indianos, que frecuentaban logias masónicas y fantaseaban con instaurar repúblicas inspiradas en las ideas de la Revolución francesa. Pero de las ideas no se come así que O'Higgins viajó de vuelta a Chile para ponerse al abrigo de la familia. El estallido de la guerra con Francia y la aparición de las juntas locales le convencieron de que su momento había llegado y, efectivamente, así fue. Simón Bolívar, el libertador por antonomasia, era un caraqueño de clase alta que a los dieciséis años fue enviado por su familia a estudiar a Madrid, allí contrajo matrimonio con una peninsular y regresó a Venezuela. Su esposa murió al poco de llegar sumiendo al joven Bolívar en el desconsuelo. Viajó de vuelta a Europa, recorrió Francia y se convirtió allí en un ferviente independentista. A su vuelta a Venezuela conocía de primera mano lo que se estaba cociendo en la metrópoli y las posibilidades reales que los virreinatos tenían de independizarse. Se sumó a la Junta y posteriormente participó en el congreso que declaró la independencia de Venezuela.

Figuras como San Martín, O'Higgings o Bolívar fueron la excepción, no la norma. No era habitual que los jóvenes americanos estudiasen en Europa porque sus familias no se lo podían permitir. El

nivel de vida y las expectativas personales eran mayores en los virreinatos donde reinaba la paz y el peso de la administración era menor. Pocos eran los que realizaban el viaje en dirección este para establecerse en la península, muchos, en cambio, los que hacían la ruta inversa atraídos por la promesa de una vida sin estrecheces. Los que cruzaban el Atlántico desde América lo hacían por motivos comerciales o porque querían ingresar en el ejército. En América no había guerras por lo que si se quería dar salida a la vocación militar se tenía que pasar a la península y recibir la formación en las academias reales. Los ascensos se podían encontrar allí y siempre cabía la posibilidad de regresar a las Indias convertido en un oficial de alta graduación. Ese fue el caso de la familia de San Martín. Su padre y todos sus hermanos hicieron carrera militar en la península y nunca volvieron a América. Lo de San Martín era excepcional pero esas excepciones tuvieron una importancia capital ya que estos jóvenes conocían de cerca lo que pasaba en Europa y habían realizado las lecturas adecuadas. Estaban en muchos casos afiliados a logias masónicas, organizaciones pequeñas y secretas que llevaron a América y que constituían un imán para la juventud medianamente ilustrada de la época. La labor de estas logias, sumada al vacío de poder que se había creado en la península alimentaron un estado de opinión que solo unos años antes no existía. Si examinamos el perfil de otros libertadores como Francisco de Paula Santander, Antonio José de Sucre o Antonio Nariño nos encontramos con jóvenes indianos de clase media persuadidos íntimamente de que las nuevas ideas importadas de Europa eran las únicas posibles para una regeneración completa para América y para el mundo entero. Ese estado de opinión no era muy distinto en la metrópoli. Los jóvenes peninsulares de clase media con estudios medios o universitarios e inquietudes intelectuales también frecuentaron las logias que se iban abriendo de forma más o menos discreta en las principales ciudades, a menudo con el consentimiento y la participación de gente cercana al poder, pero de ideas reformistas. El fenómeno se intensificó con la invasión francesa. Esos jóvenes fueron la base del movimiento liberal que Fernando VII puso al margen de la ley tras su regreso del exilio.

Lo que sucedió en los años siguientes a la guerra en ambos lados del océano presenta tantos paralelismos que sorprende que no se vea como un movimiento común impulsado por idénticos motivos y trate de compartimentarse buscando motivaciones nacionales que aún no existían. Tanto en la península como en América los pronunciamientos armados y los golpes de Estado fueron la tónica general. En 1814, solo unos meses después de que Fernando VII derogase la Constitución, se pronunció Francisco Espoz y Mina en Navarra para forzar al rey a proclamarla de nuevo. Al año siguiente se pronunció Juan Díaz Porlier

en La Coruña por la misma razón. Díaz Porlier era natural de Cartagena de Indias, pertenecía a una familia indiana que había hecho carrera en el ejército. Lo mismo que los San Martín con la diferencia de que Díaz Porlier en lugar de regresar a América tras la guerra como hizo José de San Martín se quedó en la península. Las ideas de ambos, por lo demás, eran muy similares. Ni Espoz y Mina ni Díaz Porlier tuvieron éxito, pero sí Rafael del Riego, un oficial asturiano que se levantó contra el rey en 1820 obligándole a jurar la Constitución de Cádiz.

En ese mismo periodo los pronunciamientos se extendieron por toda América dando lugar a congresos de los que salieron declaraciones de independencia. La de Nueva España, rebautizada como América Septentrional, fue ratificada por el congreso de Anáhuac en 1814, la de las provincias del Río de la Plata se proclamó en 1816 tras el congreso de Tucumán, la de Chile en 1818 y la de la Gran Colombia en 1819 tras el congreso de Angostura. Las mismas fuerzas que habían provocado los pronunciamientos en la península indujeron la celebración de estos congresos y los combates armados que a menudo les siguieron. Que triunfasen o no dependía de la relación de fuerzas que había en cada lugar. En Nueva Granada, el Río de la Plata, Chile y la península las fuerzas se inclinaron del lado de los revolucionarios. En la península por poco tiempo ya que el golpe de Riego solo pudo sostenerse durante tres años hasta que un ejército francés comisionado por la Santa Alianza puso fin al desorden y devolvió a Fernando VII todas sus prerrogativas. En el Río de la Plata y Nueva Granada no fue posible revertir la situación. En el Perú y Nueva España esa relación de fuerzas favoreció a los llamados realistas. Nótese la denominación, realistas y no españoles porque aún no se habían formado las identidades nacionales que llegarían después. Frente a los realistas se levantaban los patriotas, un sobrenombre que también se adjudicaron para sí los liberales en la península ibérica. El realista no era un ejército estable y organizado porque nada parecido a eso había existido nunca en los virreinatos. La única presencia militar continua en los mismos se circunscribía a los puertos amenazados por piratas o por otras potencias europeas. En los virreinatos se tuvo, por lo tanto, que improvisar un ejército al que se sumaron algunas unidades enviadas desde la península entre 1812 y 1820. Los oficiales superiores sí solían ser peninsulares porque era allí donde estaban las academias y donde se había librado una guerra muy prolongada contra el francés. En todo lo demás los peninsulares eran una minoría exigua que no llegaba al 10 por ciento del total, el resto se reclutaba en América entre los partidarios del rey, a menudo indígenas y mestizos que no simpatizaban con los criollos que controlaban los cabildos y que habían puesto en marcha el proceso

independentista. Fue ese ejército contra el que se batieron los libertadores en sucesivas batallas que culminaron en la de Ayacucho en 1824 y en el asedio a la fortaleza del Real Felipe en el Callao que se prolongó hasta 1826.

Para entonces toda América con la excepción de las islas de Cuba y Puerto Rico había quedado políticamente desconectada de la península. La desconexión de los tres virreinatos del sur se había producido de forma violenta en sucesivas campañas que las repúblicas glosarían de forma encomiástica durante los dos siglos siguientes, no así la del gran virreinato del norte, el de Nueva España. Allí la independencia se consumó de un modo más o menos pacífico tras varios años de inestabilidad y desconcierto. Tras el grito de Dolores en 1810 sofocado por las autoridades virreinales se produjo un nuevo levantamiento independentista, el de José María Morelos, otro sacerdote que había luchado con Hidalgo. Morelos consiguió evadirse, se dirigió hacia la costa del Pacífico y tomó Acapulco. Resistió allí durante tres años hasta que dieron con él y le fusilaron. Aquello devolvió la calma al virreinato, cuyas élites desconfiaban de los independentistas porque les identificaban con Hidalgo y Morelos, que apelaban al pueblo llano y pedían reformas sociales. La situación cambió en 1820 cuando Rafael del Riego obligó a Fernando VII a jurar la Constitución de Cádiz, algo por lo que el patriciado novohispano, que era quien mandaba allí, no estaba dispuesto a pasar. Ciudad de México se convirtió en un hervidero de intrigas y conspiraciones. Fue entonces cuando empezó a calar la idea de separarse de una corona que ya no les representaba porque había abrazado los principios liberales de los que ellos renegaban. Uno de los oficiales que más se habían significado en la lucha contra los independentistas, Agustín de Iturbide, cambió de bando y anunció un programa de consenso, el plan de Iguala, que proponía separarse políticamente, pero manteniendo como vínculo la monarquía. Enviaron el plan al virrey Juan José Ruiz de Apodaca, pero no le pareció bien. Ruiz de Apodaca, de hecho, había dejado de ser formalmente virrey en tanto que la Constitución de Cádiz abolía los virreinatos y los sustituía por jefaturas políticas provinciales. El de Nueva España quedaba dividido en seis provincias, cada una de ellas con un jefe político. Ruiz de Apodaca era ya solo jefe político de Nueva España, la provincia central que conservaba el nombre del virreinato. Lo que decidiese importaba poco ya que carecía de apoyo militar y su crédito político era mínimo porque en Madrid el nuevo gobierno había ordenado su sustitución por otro más afín a la Constitución. Ruiz de Apodaca fue relevado y al poco llegó Juan O’Donojú para entrevistarse con Iturbide y dar por buena la independencia, que se materializó en los términos que impuso Iturbide en los tratados de Córdoba. Nueva España dejaba

de llamarse así, pero seguiría siendo una monarquía, un imperio concretamente, al que bautizaron como imperio mexicano y cuyo trono estaría ocupado por el mismo Agustín de Iturbide, proclamado emperador unos meses más tarde. En Centroamérica, que había formado parte del virreinato, la independencia llegó de un modo similar. Cuando llegaron a Guatemala las noticias del plan de Iguala los independentistas locales se pusieron en marcha y solicitaron una reunión al capitán general, Gabino Gaínza. De aquella reunión salió la declaración de independencia en la que el propio Gaínza estampó su firma convirtiéndose de paso en el primer gobernante de la Guatemala independiente.

La independencia de México y la derrota de las tropas realistas en el Perú pusieron fin a tres siglos de gobierno peninsular en América, pero no la presencia física de los peninsulares, que se quedaron allí y fueron adoptando las nuevas nacionalidades que surgieron según iban apareciendo. Por peninsular se entiende el habitante de los virreinatos que había nacido en la península. Esa condición se perdía en la siguiente generación, a partir de ahí se pasaba a ser criollo. Agustín de Iturbide, por ejemplo, era criollo de primera generación ya que su padre había nacido en un pueblo de Navarra. Lo mismo sucedió con el rioplatense José María de Alvear, hijo de una ilustre familia andaluza, el quiteño José de la Mar, hijo de un vizcaíno asentado en Guayaquil, el salteño Martín Miguel de Güemes, hijo de un santanderino, el novohispano Ignacio Allende, hijo de un vizcaíno acomodado de Guanajuato, el uruguayo Juan Antonio Lavalleja, hijo de un estanciero nacido en Huesca y otros muchos próceres al no haber constituido los peninsulares y los criollos dos sociedades apartadas y estancas. Los matrimonios entre ambos eran normales desde la época de la conquista y todo criollo sabía que si escalaba un poco en su árbol genealógico terminaba en algún rincón de la península ibérica de donde habían salido sus antepasados. No eran, en definitiva, comunidades separadas y distinguibles lo que, con el tiempo, obligó a las nuevas repúblicas a buscar legitimación más allá de los virreinatos, algo que se mantiene hasta el momento presente.

En la América portuguesa la independencia llegó de un modo peculiar porque, como veíamos antes, la Corte de Juan VI se había trasladado hasta allí poco antes de que los franceses alcanzasen Lisboa en 1808. Al terminar la guerra y quedar liberado por completo el territorio continental el rey no regresó a Portugal. Había recreado una nueva Lisboa en Río de Janeiro y no parecía estar por la labor de llevar a cabo una engorrosa mudanza de vuelta. En Río la Corte había echado raíces y tanto el monarca como su esposa, la española Carlota Joaquina, se encontraban muy a gusto viviendo en el palacio del gobernador que habían ampliado y embellecido. Carlota Joaquina

llegó incluso a proponerse a sí misma como heredera de su hermano Fernando en América, algo que llegó al Río de la Plata, donde se formó un efímero partido carlotista. Juan VI no quería volver, así que aprovechó la muerte de su madre, María I, que estaba incapacitada por trastorno mental, para convertir el reino de Portugal en Reino Unido de Brasil, Portugal y los Algarves. En la península eso de colocar al reino de Portugal a la misma altura que una simple colonia como Brasil provocó indignación, tanto entre los partidarios de regresar al orden de cosas anterior a la guerra como entre los que querían una constitución liberal como la de Cádiz. En Lisboa se había constituido un consejo patriótico para ir en la misma dirección que los españoles y, de paso, acabar con el gobierno militar que habían establecido los británicos tras la llegada años antes de Wellington con sus tropas. Las actividades de este consejo irritaron a las autoridades británicas. Los patriotas se quejaban con razón de que la otrora orgullosa metrópoli se había convertido en la dependencia de una colonia gobernada, para más escarnio, por una potencia extranjera. El gobernador británico en Portugal, William Carr Beresford, uno de los lugartenientes de Wellington, viajó a Brasil para entrevistarse con Juan VI y pedirle más poderes y recursos para reprimir a los patriotas portugueses, a quienes acusaba de jacobinos. Cuando se encontraba allí estalló una revuelta en Oporto que se extendió con rapidez a otras ciudades. El ejército dio un golpe, arrebató el gobierno a los ingleses y envió un emisario a Río de Janeiro para exigir al rey que regresase a Lisboa. Entretanto se constituyó una junta de gobierno que convocó Cortes generales de las que salió la constitución de 1822. Esta constitución convertía a Brasil en una provincia más con derecho a enviar representantes electos a la asamblea nacional. Ahí surgió el conflicto porque la idea de los constitucionalistas peninsulares difería de la de los constitucionalistas brasileños. Los primeros querían una monarquía unitaria centralizada en Lisboa, los segundos que hubiese dos centros de poder a cada lado del Atlántico cada uno con sus propias cámaras legislativas. Por encima de ellas se situaría el rey auxiliado por una asamblea común a los dos reinos. Como no se ponían de acuerdo, la mayor parte de diputados brasileños abandonaron las Cortes y regresaron a Brasil donde se había quedado el infante Pedro, hijo de Juan VI, a modo de regente. Pedro era de ideas liberales y no veía con malos ojos la independencia de Brasil siempre que se hiciese de un modo pacífico, pactado y manteniéndole a él en el trono, algo que no era ni mucho menos seguro ya que para entonces se había producido el primer levantamiento independentista en Pernambuco. Tras enterarse de lo que estaba sucediendo en Lisboa decidió arriesgarse proclamando él mismo la independencia en lo que se conoció como grito de Ipiranga. Hecho eso escribió a su padre para

comunicarle su decisión. No había ya vuelta atrás, si Juan VI quería recuperar Brasil tendría que enfrentarse a su propio hijo. Tres años más tarde y por mediación británica Portugal reconoció formalmente la independencia brasileña a cambio de una indemnización y de un acuerdo comercial muy ventajoso para Gran Bretaña.

En 1825 ambas orillas del Atlántico habían quedado políticamente desacopladas con la excepción de Cuba y Puerto Rico, que se mantendrían como capitanías generales españolas hasta el fin de siglo. Los portugueses, por su parte, se reorientaron hacia sus colonias africanas. La evolución de todos los países hispanos siguió un rumbo muy parecido. España y Portugal se desangraron en enfrentamientos civiles que drenaron los pocos recursos que habían quedado tras la guerra del francés y la irreparable pérdida de los mercados americanos. En España se les conoce como guerras carlistas, en Portugal como guerras liberales. En ambos casos el detonante fue el mismo: la legitimidad de los sucesores de Fernando VII y Juan VI. Fernando VII murió en 1833 sin descendencia masculina, algo que aprovechó su hermano Carlos María Isidro para reclamar la corona apoyándose en la ley sálica, una tradición que habían importado los Borbones desde Francia. Esa ley estaba ya abolida por la Pragmática Sanción de 1789 que Fernando VII promulgó en 1830, pero Carlos María se negó a admitirlo y no reconoció a su sobrina provocando la guerra. Juan VI murió en 1826 abriendo una crisis sucesoria. Su heredero directo era Pedro, pero se había convertido ya en emperador de Brasil lo que abocaba a la reunión de ambas coronas, algo que podría traer problemas a Pedro. El siguiente en la línea de sucesión era el infante Miguel, que se había enfrentado a su padre porque se negaba a abolir la constitución de 1822. Esto le obligó a exiliarse en Austria y esperar allí a que se le presentase la oportunidad. Pedro se anticipó y, tras aceptar la corona de Portugal, se la entregó a su hija María, en aquel entonces una niña de siete años. Para evitar que la cosa fuese a mayores propuso a su hermano Miguel casarse con su hija a cambio de que reconociese la Constitución. Miguel aceptó el trato, pero al llegar a Lisboa derrocó a la reina niña y se hizo proclamar rey reinstaurando el absolutismo. Fue allí mismo, a la corte de Lisboa donde acudió el español Carlos María Isidro buscando refugio porque estaba casado con María Francisca de Braganza, una de las hijas de Juan VI. Pedro y Miguel se declararon mutuamente la guerra. Pedro abdicó la corona brasileña en su hijo, un niño de corta edad que se llamaba como él, y se trasladó a la península para derrotar a su hermano, cosa que conseguiría unos años más tarde. Tras ello murió repentinamente en Lisboa dejando una niña en el trono portugués y un niño en el brasileño.

En América la resaca fue aún más dolorosa y violenta que en las

antiguas metrópolis ya que allí no había legitimidad alguna a la que agarrarse y se abría un vacío que solo el más fuerte sería capaz de llenar. La promesa era que el final de los virreinatos y del control peninsular de las estructuras políticas traería un orden nuevo en el que imperaría la libertad, la paz, la fraternidad y todo tipo de conquistas que anunciaban los libertadores en sus manifiestos patrióticos. Pero no fue así. El primer cuarto de siglo tras la independencia estuvo presidido por la violencia, lo cual tampoco es extraño teniendo en cuenta que las guerras de independencia habían sido, en esencia, guerras civiles con el reguero de odios y venganzas que suelen traer consigo. Esos conflictos, sostenidos durante un periodo relativamente largo, habían alumbrado en muchos casos sociedades con los ánimos exaltados y militarizadas que tendían a resolver cualquier disputa con el recurso a la violencia. El cambio debió ser llamativo para quienes lo vivieron porque en poco más de dos décadas pasaron de llevar una existencia pacífica a hacerlo pendientes de la infinidad de querellas que surgieron tan pronto como el último general realista arrió el estandarte real y se marchó. No es casual que poco antes de morir Simón Bolívar confesase apesadumbrado en una carta a Juan José Flores, uno de los generales que había combatido a sus órdenes, que:

> La América es ingobernable para nosotros. El que sirve una revolución ara en el mar. La única cosa que se puede hacer en América es emigrar. Este país caerá infaliblemente en manos de la multitud desenfrenada, para después pasar a tiranuelos casi imperceptibles, de todos colores y razas.

La fragmentación política fue la norma y no pudo ser de otra manera a poco que observemos el tamaño combinado de los cuatro virreinatos. Gobernar con criterios liberales desde un solo lugar un territorio tan vasto era simplemente inviable. Los españoles lo habían conseguido gracias a la autonomía de la que gozaban los cabildos y al hecho de que la corona se encontraba muy alejada al otro lado del Atlántico, el peso de su poder era poco perceptible y estaba revestida de legitimidad. Las fuerzas ideológicas que impulsaron las guerras de independencia eran muy diferentes a las que habían creado los virreinatos en el momento de la conquista y durante el siglo siguiente cuando se fueron poblando. No hubo, de hecho, una única guerra de independencia como había sucedido en las trece colonias de Norteamérica, sino varias que adquirieron vida propia y que siguieron sus propios ritmos en función de las circunstancias y de las figuras individuales que concurrieron a ellas. El programa político de los libertadores era, efectivamente, muy parecido y eso a algunos les persuadió de que, poniéndole voluntad, sería posible llegar a instaurar una gran república hispana que fuese desde California a la Patagonia.

Pero esa república imaginaria carecía de un centro natural con el que todos se pudiesen sentir a gusto. Si algo quedó claro desde el principio fue que la atomización iba a ser la regla ya que todos habían visto cómo cabildos cercanos sostenían amargas disputas en los primeros años porque todos se tenían por iguales y no querían someterse a los demás. Las propias capitales virreinales como Ciudad de México, Lima, Bogotá y Buenos Aires se vieron en aprietos para hacer valer su preeminencia política y simbólica. La capitanía general de Guatemala se separó de Nueva España y la de Chile lo hizo del Perú. La de Filipinas, que orgánicamente dependía de Ciudad de México, hizo oídos sordos a lo que estaba pasando en América. En el Río de la Plata la intendencia del Paraguay se desentendió del resto de las provincias muy al principio del proceso, en 1811, y no quiso saber nada de adherirse a una unidad política mayor a pesar de que trataron de anexionar forzosamente la provincia.

El mapa político que dibujó la implosión de la América virreinal es muy ilustrativo al respecto. Hoy nos parece algo irreconocible tanto por sus límites territoriales como por los primeros estados que se formaron. México se había constituido como un imperio y sus fronteras septentrionales llegaban hasta lo que hoy es el estado de Oregón. En Centroamérica se formó una confederación con capital primero en Ciudad de Guatemala y luego en San Salvador. Colombia, Venezuela, Panamá y Ecuador conformaron la Gran Colombia. En el sur se encontraban las Provincias Unidas del Río de la Plata. En el Caribe Santo Domingo había sido absorbido por Haití y Florida fue vendida a Estados Unidos por la corona en 1819. Tan solo Chile, Perú y Bolivia son reconocibles, aunque sus fronteras no coinciden con las de nuestros días. Ninguna de las grandes confederaciones perduró mucho tiempo. La centroamericana, que se había sumado brevemente al imperio mexicano, saltó por los aires en 1839 desovando seis repúblicas: Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Los Altos. Esta última se creó en torno a la ciudad de Quetzaltenango y fue anexionada por la fuerza a Guatemala poco después. La Gran Colombia, un proyecto personal de Simón Bolívar, también naufragó entre enfrentamientos de los libertadores. Así surgieron las repúblicas de Ecuador, Venezuela y la Nueva Granada, que sería el germen de la actual república de Colombia. Panamá se separaría de Colombia más adelante, a principios del siglo XX, coincidiendo con la construcción del canal. En el cono sur el proyecto de construir un gran Estado sobre el antiguo virreinato a imagen de Estados Unidos también fracasó, pero solo parcialmente y perdiendo el nombre para adoptar el de República Argentina. Otras partes del virreinato se separaron como Uruguay o nunca llegaron a integrarse como Paraguay.

Hasta bien entrada la segunda mitad del siglo no se aclaró el

mapa político y sin tener eso resuelto no se podía comenzar con la construcción de los estados nación. Esta también fue muy difícil porque eran muchas las corrientes que dentro de las nuevas repúblicas tiraban en direcciones opuestas: conservadores contra liberales, centralistas contra federalistas. En todos los países en mayor o menor medida se produjeron las mismas tensiones agravadas por los problemas económicos. La guerra es muy cara, si esa guerra es además constante como sucedió en la América hispana durante las décadas posteriores a la independencia, no hay presupuesto que lo resista. Durante los primeros años nadie en Europa quería invertir allí por miedo a que una revuelta o un golpe de Estado diesen al traste con su inversión. El Reino Unido pasó a convertirse en el principal socio comercial, a menudo en el único, en el caso de Brasil se transformó en su verdadera metrópoli una vez Portugal salió del tablero. Pero el Reino Unido no se metía en política más allá de lo imprescindible para mantener abiertas las rutas comerciales. Entrar en aquel avispero hubiese supuesto a su gobierno la carga de tener que financiar una administración y verse envuelto en las peleas políticas internas. Lo que sí hicieron desde Londres fue asegurarse el archipiélago de las Malvinas con colonos traídos de las islas británicas para que sirviese de puerto de escala de camino al Pacífico, y una pequeña franja costera escasamente poblada en el Caribe entre México y Guatemala que bautizaron como Honduras británica y que alcanzó la independencia dentro de la Commonwealth un siglo más tarde como Belice.

A partir de la década de 1840 un nuevo jugador entró en la partida, Estados Unidos, cuyos presidentes años antes habían apoyado con fervor la independencia de sus repúblicas hermanas. Estados Unidos había nacido tras una guerra con Gran Bretaña medio siglo antes de las guerras de independencia hispanoamericanas. En origen el país consistía en trece pequeñas colonias autónomas ubicadas entre los Apalaches y la costa atlántica, nada especialmente amenazador. Pero a principios del siglo empezó a expandirse hacia el oeste y hacia el sur. Superaron los Apalaches y entraron en la cuenca del Misisipi, compraron a Luisiana a Francia y Florida a España, tras ello siguieron el camino hacia el oeste con la vista puesta en la otra costa. En su camino se encontraban tres estados mexicanos poco poblados, pero de gran extensión: Coahuila y Texas, Nuevo México y la Alta California. En el momento de la independencia en Washington no podían ni soñar con enfrentarse al México recién nacido que era el Estado más extenso de todo el continente y uno de los más ricos. Trataron primero de comprar Texas, pero el gobierno mexicano rechazó la oferta. Veinte años más tarde las cosas habían cambiado. Las luchas por el poder eran constantes y la administración de la nueva república muy

ineficiente. Hasta allí habían llegado muchos colonos de habla inglesa que fueron bien recibidos por el gobierno mexicano. Los texanos querían autonomía, pero en Ciudad de México se negaron a otorgársela, poco después declararon la independencia y se convirtieron en una república. El asunto de Texas envenenó las relaciones entre México y Estados Unidos hasta que unos años más tarde estalló la guerra. La derrota mexicana fue total, la capital fue tomada por tropas estadounidenses que forzaron al gobierno de Manuel de la Peña a firmar el tratado de Guadalupe Hidalgo, en virtud del cual México entregaba aproximadamente la mitad de su territorio a Estados Unidos, que culminaba así con éxito su plan de llegar al Pacífico sumando estados de nueva creación poblados con colonos llegados de la costa este o del continente europeo.

La irrupción de California tuvo gran importancia sobre toda Hispanoamérica, mucha más de la que suele pensarse. Se convirtió en Estado muy pronto, en 1850, alterando las rutas comerciales. Estados Unidos necesitaba comunicar ambas costas, pero el ferrocarril transcontinental no estaba construido y aún tardaría dos décadas en entrar en operación. En tanto que el paso del noroeste era intransitable, no quedaba otra opción que llevar la carga circunnavegando América. Eso afectó muy positivamente tanto a las provincias del Río de la Plata, que se habían convertido ya en Argentina, como a las repúblicas ribereñas del Pacífico, especialmente a Chile y Perú que ofrecían buenos puertos de escala. El sur del continente empezó a experimentar un crecimiento económico sostenido. Encontraron su encaje en el mercado mundial vendiendo materias primas como ganado, cereales, salitre o fertilizante en forma de guano. El despegue económico de final de siglo vino acompañado de reformas y de la consolidación de las repúblicas que puso fin a la era dorada de los caudillos. La figura del caudillo fue habitual en todos los países hispanos durante el siglo XIX y en algunos se ha mantenido hasta el momento presente. El caudillo llenaba los vacíos de poder creados por las disputas políticas, las guerras civiles y los golpes de Estado. Se les presumía integridad, se mostraban resueltos frente a los problemas y prometían pan y justicia. Los propios libertadores tenían mucho de caudillo y tanto en la España de Isabel II como en el Portugal de María II aparecieron algunos durante la segunda mitad del siglo como Baldomero Espartero o Antonio da Costa Cabral. En América fueron la tónica dominante durante décadas. Algunos países como Paraguay fueron fundados por un caudillo, Gaspar Rodríguez de Francia, que se mantuvo en el poder hasta su muerte treinta años después. El padre de Uruguay, José Gervasio Artigas, fue otro de esos caudillos providenciales cuya perseverancia allanó el camino para que Uruguay se constituyese como república

aparte incrustada entre Argentina y Brasil. No muy lejos de allí Juan Manuel de Rosas se transformó en el hombre fuerte de la confederación argentina desde el gobierno de la provincia de Buenos Aires. En el resto del continente la nómina de caudillos es inagotable: José Tadeo Monagas en Venezuela, Agustín Gamarra en Perú, Tomás Cipriano de Mosquera en Colombia, Ramón Freire en Chile, Eloy Alfaro en Ecuador, Tomás Martínez en Nicaragua, Rafael Carrera en Guatemala y un largo etcétera.

Algunos de esos caudillos fueron quienes impulsaron las reformas que marcaron la última parte del siglo. Ahí se observa otra tendencia. Tras cincuenta años de desórdenes tanto en la península como en América los sistemas políticos nacidos con la independencia se estabilizaron adoptando regímenes más o menos liberales enfocados al crecimiento económico, la industrialización y la construcción nacional. En España hizo falta un sexenio de máxima agitación en el que se llegó incluso a abolir la monarquía durante un año para que los ánimos se atemperasen dando comienzo a la llamada restauración. El trono pasó a ocuparlo Alfonso XII, hijo de Isabel II, y se estableció un sistema de turnos entre dos partidos, el Liberal y el Conservador, inspirado en el modelo británico. En Portugal tras la proclamación de Pedro V dio comienzo la denominada regeneración que apostaría igualmente por el turnismo de partidos, llamado allí «rotativismo». Dos partidos, el Histórico de ideas liberales y el Regenerador, de tendencia conservadora, se comprometieron a turnarse en el poder de forma pacífica. En América, México consiguió al fin pacificarse con la llamada república restaurada tras haberlo intentado con otro emperador, Maximiliano de Habsburgo, traído esta vez desde la lejana Austria-Hungría. El segundo imperio mexicano duró solo cuatro años y dio paso a un periodo de reconstrucción con Benito Juárez, Sebastián Lerdo de Tejada y Porfirio Díaz, que se hizo el dueño absoluto del país durante más de treinta años. En Argentina la confederación desapareció en 1861 y se transformó en una república federal cuando la provincia de Buenos Aires se integró en ella como capital y centro indiscutido de la vida nacional. A partir de ese momento empezó a expandirse hacia el sur a gran velocidad en la denominada campaña del desierto. Su economía creció con aplomo y a finales de siglo ya figuraba entre los países más prósperos del mundo. En Colombia tras una breve guerra civil en 1885 se instauró el régimen de la regeneración. En la vecina Venezuela, que había pasado en guerra buena parte de su existencia como república independiente, la situación se estabilizó tras la revolución liberal restauradora de Cipriano Castro. Perú, Chile y Bolivia se metieron en dos guerras seguidas, una breve contra España y la otra entre ellos. La primera duró solo unos meses y se limitó a operaciones navales y el

bombardeo de Valparaíso y el Callao. La segunda fue mucho más larga y costosa. Bolivia perdió su acceso al mar y Perú tuvo que ceder el departamento de Tarapacá a Chile. Tras la guerra el crecimiento de Chile se disparó, Bolivia inauguró unos años tranquilos en los que liberales y conservadores se turnaron en el poder, y Perú estrenó el periodo de la reconstrucción nacional. Guatemala y Honduras, por su parte, acometieron sendas reformas liberales que marcaron los últimos años del siglo.

En Centroamérica, Nicaragua y Costa Rica tuvieron que repeler a mediados de siglo la invasión de filibusteros estadounidenses. El más famoso de todos fue William Walker, un aventurero nacido en Tennessee que se propuso crear un Estado propio al sur del río Grande. Primero lo intentó en el norte de México, pero no le salió bien. Lo intentó entonces en Nicaragua y Costa Rica, cuyas costas caribeñas eran asequibles porque estaban prácticamente deshabitadas. Los estados centroamericanos eran especialmente débiles y arrastraban infinidad de problemas políticos internos. El istmo interesaba mucho al gobierno de Estados Unidos porque parte del comercio entre las dos costas lo hacían transportando la mercancía por tierra a través de Panamá. Algunos empresarios como el magnate naviero Cornelius Vanderbilt tenían los ojos puestos en Nicaragua. Fundó una compañía para llevar pasaje a través de territorio nicaragüense de costa a costa ya que se tardaba menos que doblando el cabo de Hornos. Walker dedujo que no le faltarían aliados y se lanzó a por ello. Consiguió hacerse con la presidencia de Nicaragua durante unos meses ocasionando la respuesta de Honduras, El Salvador, Costa Rica y Guatemala. Tras varios años de guerra le derrotaron. La guerra de los filibusteros tuvo como consecuencia que las repúblicas centroamericanas se consolidasen orientando su economía hacia el mercado estadounidense.

En el otro extremo del continente estalló en esos mismos años una guerra a tres bandas entre Paraguay y sus dos poderosos vecinos, Argentina y Brasil, a cuenta de un conflicto civil en Uruguay. No era ningún secreto que argentinos y brasileños ambicionaban repartirse Paraguay, una república aislada y autárquica que ocupaba un territorio muy extenso en el interior del continente. Brasil y Argentina consiguieron imponerse pasando una factura abultadísima a los paraguayos. El país perdió durante la contienda, que fue particularmente sangrienta, cerca de la mitad de la población y tuvo que ceder a Brasil parte del Matto Grosso y a Argentina parte del Chaco y la provincia de Misiones. Paraguay tardaría décadas en recuperarse, lo hizo adoptando un programa de reforma que devolvió al país a las rutas del comercio mundial. Para la Argentina del general Mitre esta guerra, conocida como de la triple alianza, supuso el

despegue definitivo y su consagración como gran potencia americana.

Las mejores perspectivas económicas se tradujeron en prácticamente todas las repúblicas hispanas en un crecimiento sostenido de la población. La América Hispana estaba vacía. Al declararse la independencia México no llegaba a los siete millones de habitantes, el Perú rondaba los dos millones, Colombia poco más de un millón, Chile y Venezuela no llegaban por poco a esa cifra, Argentina medio millón y de ahí para abajo. La América decimonónica contaba con grandes ciudades y algunas áreas densamente pobladas como el valle de México, las islas del Caribe o enclaves muy concretos de Sudamérica, pero el resto estaba vacío. Las dimensiones del continente y de muchas de sus repúblicas aún hoy siguen sorprendiéndonos. Solo Brasil es dos veces más extenso que toda la Unión Europea. Argentina tiene una superficie que multiplica por seis la de la España peninsular. Chile describe un arco latitudinal que va desde los 17ºS hasta los 56ºS, más de cuatro mil kilómetros desde el desierto de Atacama hasta la Tierra del Fuego, el equivalente a la distancia que separa Europa occidental de las costas canadienses. La frontera entre México y Estados Unidos recorre más de tres mil kilómetros, los mismos que por carretera separan Lisboa de Varsovia. Estas cifras permiten que nos hagamos una idea del problema demográfico que encontraron las repúblicas de finales del siglo XIX para modernizar los países y meterlos de lleno en el mundo industrial. Todos coincidieron en que había que repoblar vastas regiones, algunas ya organizadas políticamente y otras habitadas desde antiguo, pero tan remotas que ni siquiera los españoles se habían interesado por ellas. Los gobiernos diseñaron ambiciosos planes de poblamiento que priorizaban a los llegados desde Europa a quienes les presumían unos valores culturales afines y mayor capacidad de trabajo. En algunos países tenían además la intención manifiesta de blanquear la composición étnica, algo que en aquel momento no despertaba suspicacia alguna. Las décadas finales de siglo XIX y las primeras del XX fueron el periodo dorado del denominado racismo biológico, un ramillete de teorías pseudocientíficas muy de moda entonces que aseguraban que los europeos eran superiores, más inteligentes y tenían propensión por las ciencias, las artes y la industria.

En aquel momento Europa padecía un agudo excedente demográfico y sus gobernantes estaban ansiosos por exportarlo para así quitarse problemas de encima. Tenían además un modo rápido y barato de hacerlo. Para finales de siglo los medios de transporte habían mejorado sustancialmente. El ferrocarril permitía traslados rápidos, cómodos y masivos por tierra a un coste muy reducido. En el mar la navegación a vapor empezó a extenderse a partir de mediados de siglo. Como todos los avances que suponen un salto cualitativo,

tanto los ferrocarriles como los barcos a vapor fueron adoptados con entusiasmo y se propagaron a gran velocidad. El ferrocarril exigía una inversión previa, no así los barcos que podían seguir empleando las mismas instalaciones portuarias que los de vela, aunque, eso sí, era necesario contar con estaciones carboneras para reabastecer a los buques. La navegación a vapor transoceánica revolucionó la travesía del Atlántico haciéndola más segura y rápida. Un barco de vela necesitaba un mes de promedio para ir de Europa a América, mucho más si se dirigía a las costas del Pacífico. Dependía de los vientos y de la estación del año en la que se realizase el viaje. Con el vapor esa dependencia llegó a su fin. Un buque largaba amarras en Santander, encendía la caldera y una semana más tarde estaba entrando en el puerto de La Habana.

Los gobiernos reformistas hicieron los cálculos. Si se combinaban los vapores en el mar con los ferrocarriles en tierra, se podrían poblar en muy poco tiempo regiones enteras de gentes llegadas de Europa a las que luego se podría ir asimilando poco a poco y subsumiendo en los valores republicanos, que eran la base de las nuevas identidades nacionales que estaban construyendo. La iniciativa de poblar las Américas fue un éxito para algunos países. Entre 1870 y 1930 casi catorce millones de europeos emigraron a la América hispana, la mayor parte de ellos a cuatro destinos: Argentina, Uruguay, Brasil y Cuba. Una parte nada despreciable de esos emigrantes partió de la península ibérica, que, aunque había empezado tímidamente a industrializarse, iba muy retrasada con respecto a sus vecinos de Europa occidental y le sobraba gente. Entre finales del siglo XIX y principios del XX se establecieron en América más españoles y portugueses de los que lo habían hecho durante todo el periodo virreinal. Este fenómeno actuó como una segunda colonización. Ciudades como Buenos Aires, Montevideo, La Habana o Ciudad de México se llenaron de colonias de españoles recién llegados que se fundieron con la población local de forma inmediata porque no había barrera lingüística. Coincidió todo aquello con el cuarto centenario del descubrimiento de América, que fue celebrado por todo lo alto en ambos lados del océano. Se levantaron estatuas al descubridor y dedicaron sentidas loas a la gesta del descubrimiento y la conquista. Hispanoamérica tenía motivos para el optimismo. Tras medio siglo de turbación parecía haber encontrado su camino. Las reformas y la estabilidad política hacían afluir capitales extranjeros, la población se multiplicaba y las ciudades crecían y se embellecían rivalizando en muchos casos con las francesas y británicas, que era donde las élites republicanas buscaban inspiración.

Incluso en la península, azotada por sucesivas crisis a lo largo del siglo, consiguieron encarrilar el proceso de modernización. En España,

de hecho, se cerró por completo el ciclo americano solo unos meses antes de entrar en el nuevo siglo. El tratado de París, que entró en vigor en abril de 1899, ponía fin a la guerra de Cuba obligando a España a entregar las Filipinas, Puerto Rico y la isla de Guam en el Pacífico a Estados Unidos. Cuba quedaba en un limbo, ocupada por tropas estadounidenses, pero con la promesa de alcanzar la independencia en un plazo breve. Esta guerra, la última que los españoles libraron en América, estalló en la isla de Cuba en 1895 como un levantamiento independentista que el gobierno español reprimió con gran dureza. Luego el asunto se complicó. Washington, que llevaba años tratando de hacerse con Cuba, se valió de una estratagema, el hundimiento del acorazado *Maine* amarrado en La Habana, para intervenir y declarar la guerra a España. No duró mucho, poco más de tres meses, pero supuso el remate del imperio ultramarino. Cuba alcanzó la independencia tutelada dos años más tarde. Filipinas tardaría mucho más, no lo conseguiría hasta 1946. Puerto Rico se terminó convirtiendo en un Estado libre asociado, una suerte de protectorado que se mantiene hasta nuestros días. La pérdida de Cuba y Puerto Rico, dos islas unidas por un vínculo sentimental muy poderoso con la península, cayó como un estacazo sobre la intelectualidad española, pero para la economía peninsular fue un revulsivo. Se repatrió capital desde las Antillas y eso contribuyó a acelerar el proceso industrializador, que estaba en marcha desde mediado el siglo XIX. El ejército, entretanto, tuvo que conformarse con la promesa de un imperio colonial en el norte de África que terminaría siendo una fuente inagotable de molestias. Algo similar le había ocurrido a Portugal años antes. Se reconvirtió como potencia colonial africana haciendo valer sus derechos históricos en el continente.

El control directo de Cuba y Puerto Rico hizo de Estados Unidos la potencia dominante y el incuestionable árbitro del Caribe y sus países ribereños, a quienes muchos en Washington denominaban despectivamente *backyard* (patio trasero). Empresas estadounidenses como la United Fruit Company, fundada en 1899, el mismo año del tratado de París, llegaron a controlar extensos territorios de cultivo en las repúblicas centroamericanas. Eso permitió a la empresa influir decisivamente en sus débiles gobiernos. A lo largo del siglo XX esto traería infinidad de problemas políticos. La tutela estadounidense se dejaría sentir en todo el continente con la entrada del nuevo siglo. Estados Unidos se había convertido en una potencia mundial que rivalizaba con los grandes poderes coloniales europeos. En la América hispana nada ni remotamente similar podría hacerle frente, pero al menos ese puñado de repúblicas nacidas ocho décadas antes tras las guerras napoleónicas habían conseguido consolidarse y asegurar su

continuidad.

Fue en este momento cuando surgen las identidades nacionales hispanoamericanas y cuando se forja la identidad nacional moderna en España y Portugal. Esas identidades se construyeron sobre el concepto de Estado nación, desarrollado en Europa entre los siglos XVII y XVIII, pero que no se concretaría en algo práctico hasta después de la Revolución francesa. La idea de Estado nación no solo implicaba contar con unas fronteras bien definidas y convenientemente custodiadas, eso era algo de lo que los monarcas de tiempos pasados también se preocupaban. Dentro de esas fronteras regiría el mismo derecho sin excepción posible, se hablaría la misma lengua y se compartirían las mismas tradiciones y símbolos. Eso parecía lo racional, todo ordenado desde arriba y de obligado cumplimiento. La religión, considerada un vestigio de otros tiempos, perdió importancia y se fue relegando a un asunto privado. La construcción de los estados nación en Europa fue traumática porque, hasta bien entrado el siglo XIX, el continente era un crisol de lenguas, legislaciones y tradiciones locales. Ni para los monarcas ni para sus súbditos aquello suponía un problema siempre y cuando la confesión religiosa de ambos coincidiese. Los Habsburgo españoles, por ejemplo, eran soberanos de una miríada de principados europeos muy distantes entre sí, tanto desde el punto geográfico como cultural. Tan súbdito de Felipe II era un castellano de Burgos como un flamenco de Amberes, un portugués de Oporto, un italiano de Nápoles o un borgoñón de Belfort. El rey esperaba que todos fuesen católicos, pero no que todos hablasen el mismo idioma, que se rigiesen por las mismas leyes o que enarbolasen la misma bandera. Cuando los castellanos llegaron a América se encontraron con infinidad de pueblos que hablaban centenares de idiomas distintos. Eso les sorprendió al principio, pero no tanto por la variedad como por el hecho de que todos les sonaban realmente extraños, algo que les decepcionó porque significaba que estaban aún muy lejos de la India. Su labor allí era colonizar la tierra, extraer sus riquezas y evangelizar a aquellas gentes. Para esto último, que era lo que legitimaba en última instancia la conquista, no dudaron en estudiar y aprender las lenguas locales. No es casual que la primera gramática náhuatl se publicase en 1531, la primera quechua en 1560, la primera quekchí en 1565, la primera aimara en 1603, la primera mapuche en 1606 y la primera guaraní en 1643. Lo importante era evangelizar y como los indios no sabían castellano había que hacerlo en su idioma. Durante el periodo virreinal el uso de las lenguas indígenas se mantuvo a pesar de que la corona recomendaba a los virreyes y las órdenes religiosas que extendiesen la enseñanza del castellano. Pero a los religiosos no les parecía buena idea ya que ellos sí habían aprendido las lenguas indígenas y podían entenderse con sus

parroquianos. La administración, por su parte, tenía sus propias prioridades que no pasaban por enseñar a los indios a hablar castellano. Mientras abonasen puntualmente los tributos que les correspondían bastaba. Durante años los reyes insistieron en el particular. A finales del siglo XVII Carlos II despachó a las Indias una Real Cédula que decía:

> Que en todas las ciudades, villas, lugares y pueblos de Yndios de las provincias y yslas de ambos reinos de la Nueva España y el Perú, se pongan escuelas con maestros que enseñen a los Yndios la lengua castellana.

Huelga decir que la orden de Carlos II no se cumplió como no se cumplían o se cumplían a medias la mayor parte de las instrucciones que llegaban desde Madrid. Ni el monarca ni el consejo de Indias tenían posibilidad de comprobarlo y, si lo hacían, habría pasado ya mucho tiempo y a nadie podría culparse. La dinastía Borbónica mostró mucho más interés con este tema, pero sus dominios eran muy extensos y siempre había asuntos más urgentes que resolver. El resultado final fue que, en el momento en el que se produjo la independencia, de los quince millones de habitantes que tenían los cuatro virreinatos, solo tres millones tenía como lengua madre el castellano, el resto un centón de lenguas indígenas y creoles africanos que habían ido llenándose de castellanismos, pero que en todo lo demás permanecían como en el momento de la conquista. Cuando estallaron las guerras de independencia ambos bandos trataron de reclutar soldados entre esos indígenas que habían vivido en los márgenes de la sociedad virreinal, integrados en ella, pero solo superficialmente. Los indígenas preferían sumarse a las fuerzas realistas ya que veían al rey de España como algo lejano cuya efigie figuraba en las monedas, pero que apenas afectaba a su vida cotidiana. Con los criollos del cabildo tenían una relación mucho más tirante y problemática. Ellos representaban el poder cercano y tangible. Las nuevas repúblicas se encontraron de frente con el problema y le pusieron solución obligando a todas las comunidades indígenas a aprender castellano, la lengua de los criollos que serviría a la vez de idioma nacional. De modo que si el castellano y el portugués son hoy los principales idiomas del continente americano no se debe tanto a los peninsulares, como a los criollos que tomaron esos dos idiomas como base para levantar el edificio republicano. Una paradoja más que se suma a la de la conquista y la independencia. La primera nunca hubiese sido posible sin el concurso de los indígenas que se aliaron con los conquistadores. La segunda la trajeron los sucesores directos de aquellos conquistadores contra el parecer de buena parte de los indígenas.

La nacionalización de los indios fue paralela a la anexión forzosa

de sus tierras en los lugares donde los territorios indígenas tenían una frontera bien definida como Argentina, Chile, Paraguay, Perú o las repúblicas centroamericanas. Primero se les intentó atraer por las buenas y en algunos casos se consiguió, pero en otros muchos las comunidades indígenas eran reacias a integrarse en la república criolla en la que no veían más que desventajas porque les obligaba a abandonar sus costumbres y perder los derechos que habían tenido hasta ese momento, y que la corona española había respetado. Se hizo entonces empleando la violencia mediante campañas militares como las que chilenos y argentinos realizaron en la Patagonia. Se perpetraron espantosas matanzas para que sirviesen de escarmiento y persuadiesen a otros de no seguir por ahí. En los lugares donde la frontera de los virreinatos era difusa como la Patagonia, la Araucanía o los desiertos al norte de México siempre existieron problemas con los indios bravos que ocupaban tierras ya colonizadas o robaban ganado. En tiempos de Carlos III se intentó llegar a acuerdos con ellos, pero el gobierno mexicano era reluctante a seguir ese camino porque suponía reconocer derechos estatales a aquellas tribus. Estados Unidos y México fijaron su frontera teniendo muy en cuenta a indios como los apaches o los comanches que habitaban una región de límites indefinidos a la que los novohispanos del virreinato conocían como apachería y comanchería. En Argentina y Chile el avance hacia el sur se hizo primero extendiendo la frontera agrícola y ganadera y luego con el ejército en campañas bien organizadas no muy distintas a las que el gobierno de Estados Unidos realizó durante la conquista del oeste. No es extraño que los argentinos bautizasen la gran ofensiva que anexionó a la república parte de la Pampa y la Patagonia como conquista del desierto, se trataba de eso mismo, de conquistar un territorio que permanecía en estado salvaje e incorporarlo en la civilización. Juan Bautista Alberdi, uno de los intelectuales rioplatenses más destacados de todo el siglo XIX dejó por escrito que:

> En América todo lo que no es europeo es bárbaro; no hay más división que esta: 1º. el indígena, es decir, el salvaje; 2º. el europeo, es decir, nosotros, los que hemos nacido en América y hablamos español, los que creemos en Jesucristo.

En Chile la Constitución de 1822 había convertido a todos los araucanos en ciudadanos chilenos, pero la realidad era que la capitanía general nunca había ejercido un control efectivo más allá de Valdivia. Al sur se encontraba Chiloé, un archipiélago cercano a la costa cuya posición se consideraba estratégica y, por lo tanto, dependía del virrey en Lima. La república de Chile tuvo que hacer efectivo el precepto constitucional ocupando todo el sur del país e incorporándolo a la fuerza, algo que los virreyes habían descartado en su momento por el poco beneficio que podía sacarse de aquello frente

al coste que acarrearía conquistarlo.

Lo que se hizo entonces hoy nos puede parecer censurable, pero nuestra labor no es juzgar a nuestros antepasados, sino saber lo que hicieron y, más importante aún, entender por qué lo hicieron. La conversión de estas repúblicas en estados nación conllevaba reformas muy profundas en la administración y adoptar ciertos consensos que pasaron a convertirse en divisas del buen y el mal patriota. Las reformas se fueron aplicando a trompicones en las dos o tres últimas décadas del siglo para hacer viables y sostenibles los propios estados nación, cosa que no siempre sucedía porque los gobiernos republicanos vivían permanentemente ahogados en deudas. Los consensos patrióticos fueron poco a poco imponiéndose mediante la instrucción pública, la conscripción en el ejército y el poder creciente de la administración que se volvió más compleja. A lo largo del siglo se fijaron los pabellones nacionales, se diseñaron vistosos escudos y se compusieron himnos nacionales. Junto a eso se elevó a los altares a los libertadores, ya todos desaparecidos, y se fue elaborando la historia nacional. Esto no fue privativo de las repúblicas hispanoamericanas, en España y Portugal el proceso fue idéntico, pero ajustándolo a la realidad local. En España la bandera rojigualda no se adoptó como enseña oficial del Estado hasta mediado el siglo XIX, antes de eso el Estado no tenía bandera porque nunca la había necesitado, bastaba con el escudo del rey para identificar una unidad del ejército. Se escogió la rojigualda porque desde finales del siglo XVIII era el pabellón de la Armada. Con el himno, la denominada marcha real, sucedió lo mismo. Apareció en tiempos de Carlos III como una marcha de honor que se interpretaba única y exclusivamente cuando comparecía el rey en persona. Mucho tiempo después su biznieta Isabel II convirtió esta marcha en himno nacional. Como es una marcha militar carece de letra. En Portugal la bandera fue adoptada en 1830 porque antes todo lo más que podían mostrar era el escudo real con un fondo blanco. La primera bandera portuguesa era azul y blanca porque esos mismos eran los colores que exhibía el bando liberal en las guerras liberales que enfrentaron al infante Miguel y a su hermano Pedro IV. El himno portugués se adoptó poco después de aprobar la constitución de 1922, su nombre era *O hino da carta* (himno de la constitución). Tanto la bandera monárquica como el himno se sustituyeron tras la proclamación de la república en 1910, pero los elementos propios de la construcción nacional se habían instaurado antes. En América no tenían que cargar con una pesada historia anterior que engastar en el nuevo Estado liberal, partían de cero y fueron copiándose entre ellos. Por eso los himnos y banderas hispanoamericanas guardan tantas semejanzas entre ellos y, en el caso de estas últimas, pueden incluso dividirse en

familias por su diseño. La norma de cualquier modo fue romper con el largo pasado virreinal y esconderlo en un baúl ya que eso cuestionaba parte de la legitimidad de los nuevos estados, no solo de cara a las antiguas metrópolis que se constituyeron también como estados nación, sino entre ellos mismos.

Este proceso, que concluyó durante las primeras décadas del siglo XX, no estuvo exento de problemas, algunos de los cuales se terminaron presentando años más tarde, pero en líneas generales fue exitoso. Al comenzar el nuevo siglo los hispanos de ambos lados del océano vivían en una veintena de estados nación ya bien establecidos, eran muchos más que sus bisabuelos y los tiempos convulsos los habían dejado atrás.

Capítulo VII.
HISPANIA GRANDE

El siglo XX se estrenó con el nacimiento de dos nuevas repúblicas hispanas y en el origen de ambas tuvo mucho que ver la mano de Estados Unidos. La república de Cuba vio la luz en mayo de 1902. Como vimos en el capítulo anterior, el país estaba ocupado por el ejército estadounidense desde el final de la guerra contra España de 1898. Washington había prometido a los cubanos la independencia y tenía que cumplir con su palabra, pero esta solo llegaría después de que se eligiese una asamblea constituyente para elaborar la constitución. Eso llevaba algo de tiempo, entretanto la isla pasó a estar gobernada por un militar. La constitución cubana fue aprobada en 1901, no tenía nada de especial, era una constitución liberal calcada a cualquier otra de la época, pero el Congreso estadounidense insistió en que se incluyese un apéndice que facultaba a su gobierno a intervenir en Cuba si consideraban que sus intereses estaban amenazados. A este apéndice se le llamó Enmienda Platt porque fue un senador por Connecticut llamado Orville Platt quien lo promovió. Con la Enmienda Platt la independencia no era total, pero tampoco podían hacer nada para cambiarlo, a fin de cuentas, la independencia se la debían al cuerpo de marines y al almirante Sampson que había derrotado a Cervera en Santiago. El país, además, estaba ocupado por lo que aquello ni era ni pretendía ser un acuerdo entre iguales. Tras ello vendría un tratado comercial muy ventajoso para Estados Unidos y otro más de arrendamiento de estaciones navales que permitió la creación de la base de Guantánamo, alquilada a perpetuidad al ejército estadounidense. La tutela que ejercía el gobierno estadounidense sobre Cuba no era del agrado de todos los cubanos, pero el país se las prometía felices con la independencia recién conquistada, se dejó estar y la isla, que ya era muy rica entonces, prosperó aún más durante los años siguientes.

Un año más tarde vería la luz la república de Panamá, que había

formado parte de Colombia desde las guerras de independencia. La ubicación del país en el mismo centro geográfico del continente había llevado a algunos libertadores a fantasear con la idea de que ese sería el emplazamiento idóneo para colocar la capital de una gran república que reuniese a los hispanos de ambos hemisferios. En 1826 Simón Bolívar convocó un congreso en Panamá al que invitó a representantes de todos los estados que se habían formado tras el fin de las guerras de independencia. Se referían a él como Congreso Anfictiónico en homenaje a la liga anfictiónica de la Grecia clásica que reunía a las tribus de la Grecia central en Delfos. Para Bolívar el istmo panameño era para los patriotas americanos el equivalente al istmo de Corinto para los antiguos griegos. El congreso se celebró, pero no sacaron nada en claro salvo que la empresa era titánica e irrealizable. No había, por lo demás, mucha voluntad porque ni siquiera asistieron todos. Las Provincias Unidas del Río de la Plata, Brasil y Chile declinaron la invitación, Paraguay no fue invitado y los representantes bolivianos no consiguieron llegar a tiempo. Tras aquello Panamá, que había jugado un gran papel durante el periodo virreinal, se unió a la Gran Colombia y luego a la república de Colombia. Los panameños habían intentado separarse de Colombia en numerosas ocasiones, algunas incluso llegaron a proclamar formalmente la independencia, pero siempre se regresaba al *statu quo*. Con el cambio de siglo eso cambió gracias a un factor externo que había vuelto a poner a Panamá en el centro de atención. Un ingeniero francés llamado Ferdinand de Lesseps concibió un gran canal transoceánico que uniese el Atlántico y el Pacífico. Lesseps era el padre del canal de Suez por lo que su proyecto parecía sólido. En canal comenzó a construirse en 1881, pero era una empresa muy complicada, a la compañía que había creado para tal fin se le acabó el dinero, quebró y dejó las obras abandonadas. Se interesó entonces el gobierno de Estados Unidos, que sería el más beneficiado con la puesta en marcha del canal porque así sus dos costas quedarían comunicadas por mar en mucho menos tiempo y con un coste sensiblemente inferior. Los estadounidenses llamaron a la puerta del gobierno colombiano para ofrecerle un trato. Ellos pagarían la construcción del canal y lo explotarían comercialmente, para proteger su inversión se quedarían con la zona limítrofe y a cambio de todo eso pagarían un canon anual a Colombia. Al gobierno colombiano no le pareció mal el acuerdo, necesitaba fondos porque acababa de salir de un conflicto civil, la guerra de los mil días, y quería estar a buenas con el gigante. El convenio, conocido como tratado Hernán-Hay por los dos firmantes Tomás Hernán y John M. Hay, pasó al Senado colombiano y este se negó a ratificarlo porque los senadores consideraban inaceptable enajenar una parte del territorio nacional. En ese momento los independentistas panameños

vieron la posibilidad de salirse con la suya, buscaron el apoyo de Estados Unidos, algo que no tardaron en encontrar, y declararon la independencia.

Los cambios en el mapa político del Caribe auspiciados por Washington fueron el aperitivo de una ola de intervenciones que no eran más que el reflejo de un principio de política exterior que el presidente Theodore Roosevelt había enunciado con llaneza en una carta a un amigo: «*I have always been fond of the West African proverb: "Speak softly and carry a big stick; you will go far"*» (siempre me ha gustado un proverbio de África occidental: «habla en voz baja y lleva un gran garrote; llegarás lejos»). Mediante la política de *big stick* habían conseguido que nadie se opusiese a la construcción del canal de Panamá y con ese mismo método trataron durante las dos primeras décadas del siglo de mantener a raya su patio trasero. Intervinieron en Nicaragua en 1912, en Haití en 1915 y en la República Dominicana en 1916. No fueron como podría pensarse intervenciones quirúrgicas destinadas a resolver un problema puntual, sino ocupaciones. En Nicaragua el gobierno militar estadounidense se mantuvo hasta 1925, en la República Dominicana la ocupación duró hasta 1924 y en Haití hasta 1934. La debilidad de las repúblicas caribeñas y su dependencia económica de Estados Unidos era tal que no podían oponer más resistencia que la retórica. Ese poder absoluto que había adquirido Estados Unidos se lo debía al dinamismo de su economía y a que se había convertido en una gran potencia mundial tras su participación en la primera guerra mundial, un conflicto en el que a los países hispanos nada se le había perdido. Todos sin excepción se declararon neutrales al desatarse las hostilidades. En Europa España mantuvo la más exquisita neutralidad durante toda la guerra y se benefició notablemente de ello. Portugal terminó sumándose al bando de los aliados porque temía que los alemanes penetrasen en sus colonias africanas. Brasil hizo lo mismo a causa de la guerra submarina total y llegó incluso a ocupar un asiento en las negociaciones de paz. En Centroamérica y el Caribe algunas repúblicas declararon la guerra a Alemania, pero fue algo meramente simbólico por puro seguidismo hacia Estados Unidos. No sucedió lo mismo en Sudamérica, allí tanto Argentina como Chile, alejados tanto del foco principal del conflicto como de Washington, se mantuvieron al margen. Con México sucedió algo curioso. Allí aún pervivía el recuerdo de la humillación sufrida por el tratado de Guadalupe Hidalgo y no era mucha la simpatía que tenía por Estados Unidos y sus aliados. El ministro de exteriores del káiser, Arthur Zimmermann, debía estar al tanto de aquello y envió un telegrama al gobierno mexicano de Venustiano Carranza en el que le ofrecía una alianza si Estados Unidos entraba en la guerra. Alemania prometía cuantiosa ayuda económica y México quedaba libre para

recuperar Nuevo México, Texas y Arizona. El telegrama fue interceptado por la inteligencia británica y en Washington se encendieron las alarmas, pero el asunto no fue a mayores porque Carranza declinó la oferta, sabía que México no podía permitirse entrar en guerra porque tenía ya una en casa desde hacía años y nadie encontraba el modo de ponerle fin.

Esa guerra a la que el mismo Carranza le debía la presidencia era la Revolución mexicana, el acontecimiento central en la historia de México durante el siglo XX, un parteaguas que divide en dos la historia del México independiente. Duró diez años entre 1910 y 1920 y sus ecos aún se dejan sentir con fuerza porque el sistema político que impera en aquel país, empezando por su constitución, es el que salió de aquel espasmo. Sus orígenes hay que ir a buscarlos al gobierno de Porfirio Díaz, que se hizo con el poder en 1876 y lo retuvo hasta 1911. Durante los años del llamado porfiriato México llevó la reforma hasta sus últimas consecuencias y se modernizó a fondo, empezó a industrializarse, tendió una densa red ferroviaria y diversificó su economía. El precio que pagó por esos años de estabilidad y desarrollo fue la dictadura muy mal disimulada de Porfirio Díaz, un general que se había significado durante los convulsos años del segundo imperio y que era muy respetado por buena parte de los mexicanos. Llevaba más de tres décadas en el poder y seguía allí a pesar de que era mayor y su momento había pasado. En 1910 prometió en una entrevista que no se presentaría a la reelección en las elecciones de ese año. Apareció entonces un opositor, un hacendado del norte llamado Francisco Madero que anunció un plan para superar el porfiriato y recuperar la democracia. Díaz ordenó que le encarcelasen y se presentó a las elecciones, que ganó con una mayoría tan aplastante como fraudulenta. Fue eso lo que encendió la mecha de una revolución en la que no pararían de entrar y salir (por lo general con los pies por delante) todo tipo de figuras. Díaz ayuno de apoyos y sin control de la situación dimitió y se marchó al exilio. En las elecciones del año siguiente Madero ganó sin problemas, pero los ánimos estaban muy exaltados. De un lado empujaban los revolucionarios de Emiliano Zapata, del otro los contrarrevolucionarios de Victoriano Huerta. Estos últimos terminaron dando un golpe de Estado. Huerta se apoderó del gobierno lo que provocó una reacción de otros revolucionarios como Venustiano Carranza y Francisco Villa, más conocido por su apodo Pancho. En esas estaban cuando el ejército estadounidense ocupó el puerto de Veracruz para evitar que llegase un cargamento de armas que Huerta había adquirido a través de un intermediario. Eso hizo caer el gobierno de Huerta, pero no trajo la paz al país. Carranza convocó un congreso nacional en Aguascalientes, pero el resultado del congreso no

le gustó y decidió ignorarlo. En su lugar encargó la redacción de una nueva constitución que fue aprobada en 1917 y que estableció el sistema político que rige en México hasta la actualidad. La actividad guerrillera se mantuvo durante algunos años hasta bien entrada la siguiente década. Ninguno de sus protagonistas consiguió sobrevivir mucho tiempo a la revolución. Francisco Madero, Emiliano Zapata, Pancho Villa, Venustiano Carranza y Álvaro Obregón fueron asesinados. Tras la desaparición de este último la revolución se institucionalizó a través de un partido, el PRI, que retuvo el poder durante siete décadas.

El caso de México fue excepcional porque, tras atravesar el calvario de diez años extremadamente agitados, consiguió encontrar un sistema político propio que dio al país estabilidad y alejó para siempre los pronunciamientos y los enfrentamientos civiles. En la mayor parte de países hispanos el siglo XX fue, sino tan convulso como el XIX, sí lo suficientemente accidentado como para que regresasen los caudillos, los golpes de Estado y el desasosiego se hiciese de nuevo dueño de la situación. A ello contribuyó la situación mundial marcada por las dos guerras mundiales, la revolución rusa, el auge de los totalitarismos y la guerra fría. El mundo hispano ha sido siempre parte de Occidente ya que comparte con el resto de los pueblos occidentales todas las características que lo definen. Es normal que a lo largo de la historia los hispanos se hayan ido sumando a todas las grandes corrientes políticas, culturales y sociales que iban apareciendo, en muchos casos han abanderado esas mismas corrientes. Las guerras de independencia hispanoamericanas no fueron más que el reflejo de las revoluciones liberales europeas años antes de que estallasen en muchas partes de Europa. La Constitución de Cádiz, por ejemplo, fue la tercera gran constitución liberal de la historia tras la francesa de 1791 y la estadounidense de 1789. Lo de Cádiz no fue una anomalía aislada. Entre 1820 y 1850 la práctica totalidad de repúblicas hispanas se había dotado ya de una constitución, o de varias porque si algo ha caracterizado a los sistemas políticos hispanos de los dos últimos siglos es su congénita inestabilidad y el amor por la letra escrita de sus legisladores, que han tratado de resolverlo todo con nuevas leyes fundamentes que se superponían sobre las anteriores. Derechos como el sufragio universal o el femenino se adoptaron en los países hispanos mucho antes que en la mayor parte de lugares del mundo. La porosidad y apertura de las élites culturales hispanas ha sido proverbial. Todas las nuevas ideas, también las malas, han encontrado entre los hispanos legiones de admiradores. Lo mismo podríamos decir de las tendencias culturales y los avances tecnológicos. Toda novedad que ha ido surgiendo en Europa o Estados Unidos la han adoptado los hispanos, a menudo de forma ardorosa. Ahí tenemos las vanguardias

artísticas del siglo XX, que estarían incompletas sin los escritores, pintores, músicos, escultores, cineastas y arquitectos hispanos. En el caso de la ciencia y tecnología si bien es cierto que el mundo hispano muchos aportes no ha podido hacer en los dos últimos siglos por su atraso económico, toda nueva invención se ha abrazado con pasión, desde el ferrocarril hasta las tecnologías de la información. No ha sido el orbe hispano un compartimento estanco refractario a los cambios como a veces se piensa, todo lo contrario, y ahí está el siglo XX como demostración. Cualquier cosa que sucediese en otras partes de Occidente retumbaba en el orbe hispano, a veces con una fuerza atronadora.

Poco antes de que la revolución mexicana marcase sus últimos compases acababa de terminar la primera guerra mundial, un conflicto mucho mayor con el que estuvo parcialmente solapada. Pero esa guerra, aparte de diez millones de muertos y un rediseño completo del mapa de Europa, trajo una revolución de grandes dimensiones dentro de lo que había sido el imperio ruso. De la guerra civil que siguió a la revolución salió un Estado de nuevo cuño al que llamaron Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), el primer experimento socialista a gran escala de la historia. El influjo que sobre todo Occidente tuvo la URSS fue inmenso. Los movimientos obreros eran habituales desde finales del siglo XIX, pero los partidos que surgieron en su entorno estaban lejos de constituir una amenaza para los sistemas liberales instaurados en el siglo XIX. Eso cambió tras la revolución rusa y las consecuencias que tuvo primero en Europa y luego en América fueron dramáticas. El caso europeo es bien conocido. En Italia y Alemania se establecieron dos dictaduras cuya razón de ser era esa misma, combatir el peligro que representaba el marxismo al tiempo que liquidaban la fastidiosa herencia del parlamentarismo liberal decimonónico. En España y Portugal las ondas de choque no tardaron en impactar. Portugal había proclamado la república en 1910 tras el asesinato en el centro de Lisboa del rey Carlos I y de su hijo el príncipe heredero Luis Felipe. No era en principio nada insólito, aquella fue una época dorada para los magnicidas (en 1900 asesinaron a Umberto I de Italia; en 1901 al presidente de EE.UU., William McKinley; en 1908 a Alejandro I de Serbia) en la que los altos mandatarios no iban blindados por escoltas impenetrables. Era relativamente sencillo acercarse a ellos y disparar o arrojarles una bomba como le ocurrió a Alfonso XIII el día de su boda en 1906. Pero la situación política en Portugal estaba muy caldeada, algo que aprovecharon los republicanos para evitar que Manuel, hijo menor de Carlos, se consolidase en el trono. En 1910 se produjo un levantamiento y el rey, joven e inexperto, tuvo que marcharse. A la monarquía le sucedió una república parlamentaria

extraordinariamente débil y acosada por los pronunciamientos. El último de ellos, el de 1926, tuvo éxito, se hizo con el poder el general Óscar Carmona que llamó a su lado a Antonio de Oliveira Salazar, un reputado profesor de la universidad de Coímbra, para que reorganizase el Estado. Salazar, de fuertes convicciones conservadoras y nacionalistas, fue ganando peso hasta convertirse en el hombre fuerte. Unos años más tarde dio por inaugurado el Estado Novo, una dictadura personal que duraría hasta 1974 y que cayó tras una prolongada guerra colonial en África por la obcecación de los gobernantes portugueses por mantener un imperio colonial a cualquier precio.

En la vecina España el guion de los acontecimientos fue similar. El rey Alfonso XIII fue destronado en 1931 tras unos años en los que había alentado una dictadura militar para poner fin al desorden social y a la guerra en el protectorado de Marruecos, un premio de consolación después de la pérdida de Cuba y Puerto Rico. Le sucedió una república que, como la portuguesa, era débil y vivió asediada por las sublevaciones desde ambos extremos del espectro político. La última de ellas, un golpe de Estado urdido por un grupo de oficiales del ejército, consiguió salir adelante, pero solo a medias. La república retuvo la capital y las principales ciudades del país, pero los sublevados se hicieron con el ejército de África y algunas zonas de la península. La guerra que sucedió al golpe duró casi tres años y fue traumática. De ella saldría victorioso el general Francisco Franco que instauró un régimen dictatorial parecido en muchos aspectos al Estado Novo. Ambos, la dictadura de Franco y el Estado Novo terminaron con un par de años de diferencia en la década de los setenta. En España se reinstauró la monarquía y, como su vecino Portugal, se vio abocada a realizar una transición que terminaría de integrar a ambos en la Unión Europea.

España y Portugal fueron en paralelo durante el siglo XX empujadas por los vientos y corrientes que venían de otras partes de Europa. Las dictaduras, eso sí, se prolongaron más que en otras partes del continente porque ningunos de los dos países entró en la segunda guerra mundial. Eso les ahorró tomar partido y padecer la suerte de los derrotados. En América esas mismas corrientes también afectaron, pero adquirieron las peculiaridades propias de cada uno de los países. Veamos el ejemplo de Argentina. El país entró en la década de los treinta con una cadena de golpes de Estado que ponían fin a varios años socialmente muy conflictivos, el mundo estaba en crisis y Argentina, un país muy rico y dependiente del comercio internacional, lo notó rápidamente. A esta época de los golpes de Estado se le conoce en Argentina como la «década infame», pero era solo un anticipo de lo que estaba por venir. En los años cuarenta ganó las elecciones Juan

Domingo Perón, un militar devenido en caudillo providencial cuya figura marcaría la política argentina hasta nuestros días. Tras el paso de Perón, que terminó exiliándose en España, el sistema no logró estabilizarse y se precipitó entre 1976 y 1983 en una dictadura militar bautizada con el eufemismo de Proceso de Reorganización Nacional. En su convulsión final esta dictadura terminó metiéndose en guerra con el Reino Unido a cuenta de las islas Malvinas. Todo eso lo hizo con la misma constitución, la de 1853, que había marcado el fin de la confederación un siglo antes. Esa constitución con sucesivas reformas ha aguantado todo tipo de regímenes políticos. En ese mismo periodo de tiempo otros países las han coleccionado. Desde la independencia de Colombia y Guatemala han tenido 9, Chile 10, Perú 12, Bolivia 19, Venezuela 21 y la República Dominicana 31. Con una o con muchas constituciones, no ha sido tanto el sistema político consagrado en las cartas magnas como el respeto que ese sistema ha inspirado lo que a lo largo del siglo XX diferenció a unos países de otros, pero en todos hubo problemas políticos generalmente asociados a dificultades económicas y a tensiones ideológicas.

Las primeras se dejaron ver con crudeza a partir de 1929 cuando la Bolsa de Nueva York se desplomó arrastrando a Estados Unidos y al resto del mundo a una crisis muy dura y prolongada que afectó de lleno al comercio internacional. La crisis de los años treinta, que tuvo su eco en Europa en forma de regímenes fascistas o filofascistas, en la América hispana hizo resurgir con fuerza el caudillismo decimonónico de las décadas inmediatamente posteriores a la independencia. Juan Domingo Perón fue uno de ellos, acaso el más famoso, pero no el único. En Ecuador reeligieron cinco veces seguidas a José María Velasco Ibarra dando lugar al velasquismo. En Nicaragua Anastasio Somoza se hizo con el poder en 1934 y ya no lo soltaría hasta que fue asesinado en 1956, le sucedería su hijo que se llamaba igual. En Perú Augusto Leguía empalmó once años seguidos en el poder, algo tan anormal que a ese periodo se le conoce como el «oncenio». En Guatemala Jorge Ubico fue el dueño de la república durante más de una década y en la vecina Honduras Tiburcio Carías Andino siguió sus pasos. En Brasil se hizo con el poder en 1930 Getúlio Vargas y puso fin a la primera república, la que había comenzado con el destronamiento del emperador Pedro II en 1889. Vargas se inspiró en lo que Salazar estaba haciendo en Portugal e instauró el Estado Novo a la brasileña. Podríamos seguir país por país y nos encontraríamos ante una estampa similar. En el centro de Sudamérica esa crisis general hizo incluso estallar una guerra de tres años entre Bolivia y Paraguay a causa de unas diferencias fronterizas no resueltas en la región del Chaco. Los gobernantes de estos dos países, los únicos de toda América sin acceso al mar, querían sacarse la espina de dos

derrotas en el siglo anterior: Bolivia la de la guerra del pacífico y Paraguay la de la guerra de la triple alianza.

De cualquier modo, si las tensiones provocadas por la crisis del 29 provocaron un aguacero en el mundo hispano, las de la guerra fría desataron un temporal huracanado. Los dos principales vencedores de la segunda guerra mundial fueron Estados Unidos y la Unión Soviética. Habían entrado en la guerra de forma tardía y por circunstancias distintas. Estados Unidos apoyó al Reino Unido y Francia desde el primer momento, pero los estadounidenses de la época eran muy aislacionistas y no querían verse de nuevo metidos en un conflicto europeo. Sucedió entonces que, en diciembre de 1941, el imperio del Japón atacó a traición la base de Pearl Harbor en las Hawái obligando al presidente Franklin Delano Roosevelt a declararles la guerra. Japón había firmado un año antes un pacto tripartito con Alemania e Italia que precipitó las cosas. Adolf Hitler y Benito Mussolini respondieron declarando la guerra a Estados Unidos que se vio empujado a combatir en dos frentes. Su poderío militar era tal que salió bien librado de ambos. La Unión Soviética, por su parte, había firmado con Alemania un pacto de no agresión poco antes de que esta invadiese Polonia. Eso dejaba a Iósif Stalin fuera del conflicto como mero espectador hasta que, dos años más tarde, Hitler decidió invadir la URSS convirtiendo así a soviéticos y estadounidenses en aliados inesperados. Los combates en el frente europeo concluyeron en mayo de 1945. Poco antes los soldados del ejército rojo y los del estadounidense se habían dado la mano junto al río Elba, pero esa imagen de camaradería era engañosa. Alemania y su capital, Berlín, quedó dividida en cuatro zonas de ocupación y Europa en dos áreas de influencia que se correspondían con el territorio que habían conseguido ganar los aliados occidentales por un lado y los soviéticos por el otro. Ese fue el origen del telón de acero que dividiría Europa durante las siguientes cuatro décadas. La Unión Soviética, que había surgido en los años veinte de las cenizas de la guerra civil rusa, se transformó en una superpotencia con espíritu expansivo. La base de su poder era la propia URSS, el país más extenso del mundo y también el mejor dotado por la naturaleza, y los países de Europa del este que el ejército rojo había ocupado durante la guerra. Todos se reconvirtieron en repúblicas populares hechas a imagen y semejanza de la Unión Soviética. El soviético tenía, como todos los imperios, su propia ideología, el marxismo-leninismo, una doctrina que pretendía enterrar el capitalismo para siempre y crear un mundo nuevo. Frente a eso se levantaba Estados Unidos ya elevado a la categoría de primera potencia mundial sin discusión posible. En Europa los dos bloques eran perfectamente distinguibles y vivían a espaldas el uno del otro. Eso llevó la batalla, tanto la ideológica como la armada, fuera de

Europa.

La paz impuso nuevos consensos internacionales. Uno de ellos era el rechazo al colonialismo, algo que hasta solo unos años antes se consideraba bueno y necesario. Las potencias europeas, exhaustas tras las dos guerras mundiales y con un margen de maniobra muy estrecho, tuvieron que ir desmantelando sus imperios coloniales en África y Asia. Eso ampliaba notablemente el tablero de juego. Tanto un bloque como el otro trataron de ir ganando terreno en los países recién descolonizados. Que la Unión Soviética entrase en el continente africano o en el sudeste asiático formaba parte del juego, no así que lo hiciese en América, un hemisferio que Estados Unidos consideraba dentro de su área de influencia. Los soviéticos lo sabían y lo respetaban en tanto que aquel continente está aislado del resto de tierras emergidas, complicando así cualquier tipo de intervención más allá del aliento que insuflaban a los partidos comunistas de las repúblicas hispanas, casi todos recién nacidos, con poca militancia y en muchos casos proscritos. En Estados Unidos eso no quitaba el sueño. Ellos también tenían comunistas en casa, pero era algo minoritario con nulas posibilidades que conseguir algo. Acaeció entonces algo imprevisible en el lugar más inesperado. En Cuba, quizá la república hispana sobre la que Washington ejercía un control más directo, apareció una guerrilla que perseguía derrocar al caudillo local, Fulgencio Batista, un militar aupado a la presidencia tras un golpe de Estado. El gobierno estadounidense había retirado el apoyo a Batista y no veía con malos ojos que los guerrilleros, un grupo de jóvenes idealistas capitaneados por un joven llamado Fidel Castro, se hiciesen con el poder, algo que consiguieron en enero de 1959. Pero Castro no tenía intención ni de devolver la democracia al país reinstaurando la constitución de 1940, ni de quedarse como mero sucesor de Batista expuesto a que desde el norte le moviesen la silla. Eso solo podía conseguirlo poniéndose a disposición de los soviéticos, que, sin esperarlo, se encontraron con un satélite a solo cien kilómetros de las costas de Florida. De ahí en adelante la revolución cubana marcaría la historia de la América hispana durante varias décadas ya que Castro se obstinó en exportar su revolución a todo el mundo, pero con especial predilección a las repúblicas hermanas, a quienes consideraba uncidas en una suerte de unidad de destino.

No hubo país que se librase del flagelo de las guerrillas, pequeños grupos armados que se emboscaban en las sierras y desde allí hostigaban al gobierno. Todas trataban de imitar el ejemplo cubano, pero lo que había salido bien en Sierra Maestra no funcionó ni en los Andes, ni en la cordillera centroamericana. A partir de ahí el proceso se fue retroalimentando en una espiral diabólica. Las guerrillas creaban inestabilidad, creaban problemas de orden público y

perpetraban atentados terroristas, los gobiernos respondían con represión y esta encontraba más violencia como respuesta. Una parte de la población demandaba medidas más severas para acabar con la subversión, cuando llegaban estas medidas se sustanciaban con frecuencia en un golpe de Estado y la implantación de una dictadura militar que ocasionaba un recrudecimiento de la actividad guerrillera. Para Estados Unidos aquello terminó representando un problema ya que en algunos casos esos guerrilleros terminaron haciéndose con el poder, como sucedió en Nicaragua en 1979 tras el derrocamiento de Somoza, el hijo, al padre le habían asesinado unos años antes. Los sandinistas nicaragüenses se encontraron con oposición interna a la que Estados Unidos apoyó decididamente. Lo que sucediese en Centroamérica preocupaba en el departamento de Estado, pero todas eran repúblicas muy pequeñas con un peso e influencia muy limitados. Lo que de verdad alarmaba al gobierno estadounidense era que uno de los grandes países de Sudamérica se pasase al bloque del este. Si algo así sucedía, esa hemorragia sería mucho más difícil de contener.

Empezaron entonces a producirse golpes de Estado seguidos de dictaduras militares. En Chile, un país que había conseguido cierta estabilidad democrática, llegó al poder en las elecciones de 1970 Salvador Allende, un político socialista con una larga trayectoria que había sido antes senador y ministro. No parecía muy amenazante, pero tenía la convicción de que se podía llegar al socialismo por la vía democrática. Una vez en el gobierno coqueteó con la Unión Soviética, con Fidel Castro y aprobó una serie de reformas que fracturaron a la sociedad chilena. Tres años más tarde el ejército dio un golpe de Estado instaurando una dictadura que duraría hasta finales de la década siguiente. En el derrocamiento de Allende participó el gobierno de Estados Unidos porque el asunto se había ido ya de las manos. En otros casos el apoyo se limitó a ayuda económica, operaciones de inteligencia y al reconocimiento formal de los dictadores, a quienes preferían antes de encontrarse con un nuevo Fidel Castro. En Bolivia se hizo con el poder tras un golpe Hugo Banzer, en Paraguay Alfredo Stroessner, ambos generales del ejército. En Colombia, Perú y Guatemala las guerrillas se cronificaron. Lo que había comenzado como simples insurgencias muy puntuales se transformó en conflictos civiles que durarían muchos años, en Colombia hasta bien entrado el siglo XXI. En Brasil y Argentina las décadas de los sesenta y setenta fueron muy agitadas y en ambos casos se instauró una dictadura. Argentina no conseguía salir del círculo vicioso en el que había entrado en 1930 y se precipitó de nuevo a la dictadura en 1976 conmocionada por la violencia política. Brasil recorrió un camino similar. En 1964 un golpe de Estado condenó al país a veinte años de gobiernos militares hasta que recuperó la

democracia ya en los años ochenta.

Como había sucedido en el siglo XIX, las continuas perturbaciones políticas afectaron al crecimiento económico. La América hispana se benefició de no haber participado en ninguna de las dos guerras mundiales y siguió recibiendo emigrantes desde Europa hasta entrada la década de los sesenta. En aquel momento algo se torció provocando que algunos países hasta entonces muy prósperos como Argentina o Uruguay se estancasen. No fue algo repentino, pero a la vuelta de unos años su atraso ya era apreciable. Habían caído en lo que los economistas denominan la trampa del medio ingreso y no han conseguido salir de ahí. Otros como Chile tomaron la delantera abriendo su economía y diversificándola. En México tuvieron que renunciar a parte de la mística revolucionaria, el país registró un crecimiento notable durante la posguerra para volver al estancamiento más tarde del que pudieron sobreponerse gracias a un programa de reformas ya a final de siglo. En su conjunto, la lacra de las economías hispanoamericanas de los dos últimos siglos ha sido su fe ciega en el papel del Estado, la incapacidad de sus gobiernos para acometer ambiciosas reformas como las que se llevaron a cabo en extremo Oriente y su concepción extractivista. La mayor parte de repúblicas son de grandes dimensiones y ricas en materias primas muy demandadas en los mercados internacionales. Una parte nada despreciable del cobre, los metales preciosos, el petróleo, el algodón, los cereales, la soja, el azúcar, el café, las bananas y la carne de vacuno son de origen hispanoamericano. El ejemplo más ilustrativo de esto es el caso de Venezuela que cuenta con las mayores reservas petrolíferas del mundo, pero eso, más que jugar a su favor, lo ha hecho en su contra. En Venezuela la existencia de petróleo era conocida desde tiempos virreinales, pero no se empezó a explotar a escala local hasta finales del siglo XIX cuando ya se había encontrado para ese mineral un uso industrial masivo. Sabedor del tesoro que albergaba el subsuelo, en 1904 el gobierno impulsó una ley de minas para atraer inversión extranjera, algo que no tardaría en llegar convirtiendo en unos pocos años al país en uno de los principales productores del mundo. Desde entonces Venezuela y sus gobiernos han vivido sometidos a los vaivenes de la cotización internacional del crudo descuidando todo lo demás. Buena parte de los cambios políticos han venido motivados por el petróleo, cuya industria fue nacionalizada en 1976, y cuyas rentas hicieron posible en última instancia el surgimiento del régimen bolivariano, la última de las grandes dictaduras hispanoamericanas que, en busca de referentes y con el socialismo soviético ya desaparecido, se legitimó sobre la figura de Simón Bolívar.

La fijación de gobiernos como el venezolano con los libertadores

nos recuerda que la historia está ahí para quien tenga la capacidad de adueñarse de ella y arreglarla a su antojo. Uno de los problemas más espinosos que, desde el mismo momento de la independencia, enfrentaron los países hispanos a ambas orillas de océano fue el de crear una historia nacional, ingrediente imprescindible en cualquier Estado nación que se precie. Obcecados con sacar del cuadro a sus propios antepasados, identificados siempre con los hispanos del otro lado del Atlántico y que solo comparecen en la historia oficial en calidad de saqueadores y genocidas, tuvieron que buscar acomodo a las civilizaciones y culturas prehispánicas. Se dio así el contrasentido de establecer una línea entre ellas y las repúblicas criollas del siglo XIX creando la impresión de que el Perú de nuestros días es heredero directo del imperio incaico, México del imperio mexica y Guatemala la continuación natural de la civilización maya.

En España y Portugal la elaboración de esa historia nacional no fue algo tan comprometido porque el Estado liberal se montaba sobre los reinos precedentes, a los que había superado, pero de los que se sentía heredero. Los historiadores pudieron entonces compartimentar el pasado y componerlo al gusto de los consensos liberales del XIX loando las glorias y señalando los fracasos como producto de monarcas indeseables y ajenos al ser nacional. Pero esa misma construcción no se vio libre de problemas en España ya que desde principios del siglo XX en algunas regiones que habían mantenido su lengua local aparecieron movimientos nacionalistas que, valiéndose de las mismas herramientas teóricas, reclamaron sus propias naciones Estado. Esa tensión entre los defensores de una sola nación española que acoge en su interior a nacionalidades de rango inferior y los que niegan la existencia misma de la nación española se ha mantenido hasta nuestros días envenenando la convivencia y provocando más de una crisis política. A fin de cuentas, los límites de una nación son un tanto imprecisos y tienden a confundirse con las fronteras físicas del Estado. El empeño, típicamente decimonónico, de hacer coincidir nación y Estado en Portugal salió bien, en España no porque el elemento esencial que tomaron para definir una nación fue la lengua. Eso tuvo como consecuencia que unos tratasen de imponer el castellano como ya habían hecho los franceses desde el siglo XVIII, y los otros buscasen erradicarlo por ser una lengua ajena al cuerpo nacional y, por tanto, al nuevo Estado nación. En el último tercio del siglo XX los gobiernos españoles por fin aprendieron a convivir con la pluralidad lingüística sustituyendo la idea de lengua nacional por la de lengua común, la que todos entienden atendiendo así al uso primordial de cualquier idioma: servir de código mutuamente comprensible para transmitir y recibir información. En América los problemas lingüísticos aparecieron más tarde, ya bien entrada la

segunda mitad del siglo pasado. La labor de castellanización y lusificación forzosa que las repúblicas llevaron a cabo a finales del XIX fue exitosa, pero, a pesar de ello, muchas de las lenguas indígenas seguían allí, algunas con millones de usuarios que, aunque sabia y mayoritariamente habían adoptado el castellano como lengua franca, seguían hablando la lengua de sus antepasados allá donde les era útil hacerlo. La pervivencia de estos idiomas indígenas, como la de las lenguas regionales en la península, se debía a la tolerancia de los monarcas hispanos, para quienes la lengua de sus súbditos no era un asunto relevante. Siglo y medio después los herederos de quienes habían fundado las repúblicas tuvieron que mirar la realidad de frente y reconocerla tal cual era. En la América de nuestros días subsisten centenares de lenguas indígenas, la mayor parte habladas por comunidades muy pequeñas. No obstante, idiomas como el quechua, el aimara, el náhuatl, el quiché o guaraní cuentan con un número de hablantes muy elevado y son incluso cooficiales en algunos países. Es un misterio si se seguirán hablando dentro de cien o doscientos años, dependerá de quienes las usan que son, como ya dije anteriormente, los propietarios de la lengua en cuestión. Ellos serán quienes decidan si merece la pena transferirlas a la siguiente generación o condenarlas al olvido para siempre.

El pasado podemos conocerlo mediante las fuentes, los testimonios y los vestigios que hemos ido encontrando, podemos ordenar los hechos y hacerlos más comprensibles para transmitir ese conocimiento a los que vengan, pero el futuro no tenemos manera de adivinarlo. No sabemos durante cuánto tiempo la cultura hispana seguirá desplegándose, pero, por el número ingente de los que pertenecemos a ella no cabe otra posibilidad que ser optimista. El mundo hispánico es complejo, diverso, contradictorio y a menudo tan problemático como solo puede serlo una cultura de ámbito global en continuo desarrollo y transformación. El viaje que todos nuestros antepasados hicieron hasta llegar aquí ha sido muy largo, ha estado plagado de desafíos, de avances, retrocesos y vueltas a empezar, pero el hilo se ha mantenido hasta llegar a nosotros. También a usted, querido lector, que está coronando la lectura de este humilde libro porque ha sido capaz de entenderlo desde la primera a esta, la última página. Esto es así porque he codificado lo que le quería contar en una de las versiones más recientes de una lengua que adoptaron nuestros antepasados y que, ya muy evolucionada, seguimos empleando para entendernos. La comunidad de los que la usamos es muy grande, una porción nada desdeñable de la humanidad. Todo empezó por casualidad hace ya mucho tiempo, nada menos que veintidós siglos han transcurrido desde que un romano anónimo pusiese su pie en una playa perdida del confín más remoto del mundo conocido. Ni el en el

más febril y delirante de sus sueños hubiese imaginado que aquella Hispania que se abría ante sus ojos iba a llegar a ser tan grande.

Bibliografía seleccionada

ARCE, Javier, *Bárbaros y romanos en Hispania*, Marcial Pons, Madrid, 2017.

BALBÁS, Yeyo, *Espada, hambre y cautiverio. La conquista islámica de España*, Desperta Ferro, Madrid, 2022.

BALLESTER RODRÍGUEZ, Mateo, *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665)*, Tecnos, Madrid, 2010.

BARCELÓ, Pedro y FERRER MAESTRO, Juan José, *Historia de la Hispania romana,* Alianza Editorial, Madrid, 2016.

CARDELÚS Y MUÑOZ-SECA, Borja, *América hispánica*, Almuzara, Madrid, 2021.

DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, *España, tres milenios de historia*, Marcial Pons, Madrid, 2007.

ELLIOTT, John H., *España y su mundo (1500-1700)*, Taurus, Barcelona, 2007.

——, *El viejo Mundo y el Nuevo (1492-1650)*, Taurus, Barcelona, 2015.

GIUSEPPE, Massimo de y LA BELLA, Gianni, *Historia contemporánea de América Latina*, Turner, Madrid, 2021.

HALPERIN DONGHI, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 2013.

HERZOG, Tamar, *Fronteras de posesión. España y Portugal en Europa y las Américas*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2018.

JUARISTI, Jon y ALONSO, Juan Ignacio, *El canon español. El legado de la cultura española a la civilización*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2022.

KAMEN, Henry, *La invención de España,* Espasa, Barcelona, 2020.

MUÑOZ MACHADO, Santiago*, Hablamos la misma lengua*, Planeta, Barcelona, 2017.

RAMOS, Rui, VASCONCELOS e SOUSA, Bernardo y GONÇALO MONTEIRO, Nuno, *História de Portugal*, A Esfera dos Livros, Lisboa, 2014.

SOTO CHICA, José*, Los visigodos. Hijos de un dios furioso*, Desperta Ferro, Madrid, 2020.

VALDEÓN BARUQUE, Julio, *La Reconquista*, Espasa, Barcelona, 2006.